MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Crónicas indígenas
Visión de los vencidos

Edición de Miguel León-Portilla

CRÓNICAS DE AMÉRICA 6

En la historia de México la conquista marcó el momento en que se enfrentaron pueblos muy distintos entre sí. Las páginas de esta obra son el canto colectivo del perdedor: *Visión de los vencidos*.

La historia, suele decirse, la escriben siempre los vencedores. En este caso, la afirmación es verdad sólo a medias. Los sabios indígenas mexicanos que sobrevivieron al trauma de la conquista de su pueblo, de sus gentes y culturas nos han dejado testimonios escritos y orales de cómo vieron y vivieron ellos la conquista. Es la *Visión de los vencidos* una obra recopilada con inigualable acierto por Miguel León-Portilla allá por el año 1959 y que ya ha sido traducida a trece idiomas.

El lector va a encontrarse, en las páginas de esta obra, con una narración diferente del choque armado entre españoles y mexicanos que culminó con la derrota del mundo azteca. En el libro se recogen los testimonios de Tenochtitlan, Texcoco, Chalco y Tlaxcala. Se trata de testimonios no siempre coincidentes entre sí ni tampoco, en otros puntos, con los relatos de los españoles.

Miguel León-Portilla

Crónicas indígenas

Visión de los vencidos

Crónicas de América - 6

ePub r1.0

Himali 02.03.16

Título original: *Visión de los vencidos: relaciones indígenas de la conquista*

Miguel León-Portilla, 1959

Traducción de textos nahuas: Ángel María Garibay K.

Edición, introducción y notas: Miguel León-Portilla

Ilustraciones de códices: Alberto Beltrán

Diseño de cubierta: Himali

Editor digital: Himali

ePub base r1.2

INTRODUCCIÓN

Desde los primeros años del siglo XVI se sabía en España y en otros muchos lugares de Europa que, más allá de las islas con que se había topado Colón, se extendía un inmenso litoral, desde muy al norte y que, con entrantes y salientes, continuaba a lo largo de miles de leguas hacia el sur. Nuevas exploraciones, partiendo de las islas y también de varios puertos europeos, habían sido enviadas no ya sólo por España sino también por Inglaterra y Portugal, para esclarecer qué eran esas tierras y, de ser posible, tomar posesión de ellas. Tales fueron los propósitos de expediciones como las de Juan Caboto (1497-1498) que, al servicio de Inglaterra, en busca de un estrecho o paso por el norte que abriera el camino al Asia, llegó a las actuales Terranova y Nueva Escocia. Navegantes españoles fueron Alonso de Ojeda que en 1493 había acompañado a Colón en su segundo viaje y que desde 1499 comenzó a explorar las costas de Venezuela, en tanto que Diego de Nicuesa se adentraba por el rumbo de Panamá a la que se nombró Castilla del Oro. También por ese rumbo anduvieron en cercanas fechas el célebre piloto y cartógrafo Juan de la Cosa y Rodrigo de Bastidas, todos empeñados en inquirir acerca de ese litoral que se extendía más allá de las islas. Otras penetraciones por el norte fueron las de los portugueses Gaspar Corterreal y su hermano Miguel, (1501-1502) que exploraron las costas de Groenlandia y la península de Labrador. Los afanes por desvelar los enigmas de las tierras nuevas llevaron a más viajes hacia el sur. Entre los que así navegaron sobresalen Pedro Álvarez Cabral que, desviándose en 1500 de su ruta cercana al áfrica, llegó a las costas del Brasil; Juan Díaz de Solís que también, con Vicente Yáñez Pinzón y, más tarde por su cuenta, tocó tierras brasileñas y otras mucho más meridionales, así como Américo Vespucio, el florentino que, por obra de sus viajes y relatos, movió al cartógrafo Martín Waldseemüller a adjudicar en 1507 el nombre de América a la gran masa de tierra tenida como de imprecisos perfiles[1].

Los mapas que se produjeron por ese tiempo, desde el de Juan de la Cosa

en 1500 (con probables adiciones hacia 1508) y los debidos a Alberto Cantino (1502), Giovanni Matteo Contarini (1506) o al ya citado Waldseemüller (1507, 1508, 1513…) y hasta el globo terráqueo de Johannes Shöner (1515, 1520…), tienen en común delinear, al poniente, norte y sur de las Antillas, litorales muy grandes y poco precisos que son como la fachada de una gran masa continental respecto de la cual prevalece una casi total ignorancia[2].

La gran pregunta de si las tierras hasta entonces avistadas, objeto a veces de rápidos desembarcos, eran o no parte del Asia estaba aún por responderse. Perduraban los rumores sobre fabulosos reinos, con riquezas de toda suerte que, se decía, existían en el interior de esas vastas regiones cuyas costas eran hasta entonces lo único que se conocía. Hubo algunas penetraciones, como la que llevó en 1513 a Vasco Núñez de Balboa a encontrarse con el océano Pacífico a la altura de Panamá. Sin embargo, ni allí ni en sitio alguno de los explorados hasta 1515 había vestigios de los supuestos reinos poseedores de grandes riquezas. Si Cathay y Cipango —China y Japón— estaban cerca o lejos, era algo que con certeza no podía precisarse.

En tal contexto histórico de nuevas exploraciones e incertidumbres, es como debe situarse la significación de lo que vino a ser el encuentro con las altas culturas de Mesoamérica, maya, náhuatl o azteca y otras. El comienzo de lo que fue asombrosa historia del contacto con los pueblos indígenas de México y la ulterior conquista de los mismos tuvo lugar en función de dos expediciones realizadas en 1517 y 1518. Zarpando de Santiago de Cuba con rumbo al poniente, tocaron éstas las islas de Mujeres y Cozumel, las costas de Yucatán y una parte del litoral del golfo de México. Gracias a quienes iban al frente de ellas, primero Francisco Hernández de Córdoba y luego Juan de Grijalva, se tuvo entonces noticia cierta de que en tales latitudes había gentes que vivían en grandes pueblos y ciudades, con ricos templos y palacios. Estas expediciones, que tenían el respaldo de la autoridad del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, además de determinar el encuentro, que iba a ser ya permanente, entre los españoles y las gentes de alta cultura de Mesoamérica, al convertirse en noticia difundida no ya sólo en las Antillas sino también en el Viejo Mundo, fueron acicate que avivó con gran fuerza el interés por conocer lo que en realidad había más allá de Cuba y La Española.

Consta, a través de un testimonio de Bernal Díaz del Castillo, que Diego Velázquez, desde abril de 1517, informó del hallazgo al Presidente del Consejo de Indias[3]. Por su parte fray Bartolomé de las Casas refiere que el propio Francisco Hernández de Córdoba le escribió poco antes de morir,

dándole noticia del éxito de su navegación y quejándose de que Velázquez había preferido a Grijalva para ponerlo al frente de una segunda expedición[4]. Estas fueron, según parece, las primerísimas noticias que llegaron a España referentes a las tierras mexicanas. Si su difusión fue todavía muy limitada, en cambio, a partir de lo que pudieron observar Grijalva y sus hombres en 1518 dio comienzo la que pronto llegó a ser información ampliamente propalada de testimonios sobre lo que se describiría como *descubrimiento y conquista de México*.

Como veremos, esos testimonios despertaron grande interés no sólo en España sino en general en Europa. Publicados una y otra vez en distintas lenguas fueron por varios años la fuente básica para conocer los principios del encuentro que culminó con la imposición de la soberanía española en los vastos territorios que, por tres siglos, se conocieron como la Nueva España. A partir de esos primeros testimonios, que se incrementaron en extremo con mapas y cartas de relación, cuantos escribieron luego sobre esta historia que hoy llamamos de la conquista de Mesoamérica, se apoyaron siempre en lo expresado por los españoles que en ella tomaron parte. No se pensó que pudiera haber otros testimonios.

A pesar de que se reconocía que los pueblos vencidos habían alcanzado creaciones culturales dignas de admiración, los historiadores europeos de tiempos posteriores no se plantearon la pregunta de si era posible conocer recuerdos o *puntos de vista* de los nativos sobre lo que para ellos fue la conquista. Y, sin embargo, esos testimonios, portadores de la *Visión de los vencidos*, existían en mayor abundancia de lo que pudiera sospecharse.

Antes de hablar de cómo fue dado rescatar la palabra de los vencidos, conviene atender a la gestación y secuencia de los otros testimonios que fueron revelando a los europeos que, más allá de las Antillas, existían esos *reinos* que, al fin se sabría no eran Cipango ni Cathay. Si había resultado fallido el anhelo de encontrarse por el poniente con un Asia relativamente cercana, era verdad, en cambio, que había otros reinos de enorme interés por sus riquezas y como ámbito geográfico de grandes proporciones, campo propicio para extender la cristiandad y el imperio de los monarcas de Castilla. Viendo cómo se elaboraron y difundieron los testimonios básicos escritos por españoles, podrá valorarse mejor lo que fue el largo olvido en que por siglos quedó *la visión de los vencidos*.

Los más tempranos testimonios (1518)

Se conserva un relato, conocido como *Itinerario de la armada…* que es, hasta donde se sabe, el primero de los testimonios, espejo de la admiración que causó en los españoles el encuentro con las altas culturas de Mesoamérica[5]. Escrito en 1518 por el clérigo Juan Díaz, capellán en la expedición de Grijalva, incluye noticias que iban a impresionar sobremanera a cuantos lo leerían en Cuba, España y otros muchos lugares de Europa. Juan Díaz describe allí lo que más le llamó la atención a lo largo de ese viaje. Habla de los templos que, cercanos a las costas, podían verse *con sus altas torres*, de pueblos a los que entraron, con calles empedradas que, por sus *edificios y casas*, podía inferirse eran de *gente de grande ingenio y poseedora* de no poca riqueza. Recuerda la de *ciertos calderos de oro, pequeños, unas manillas y brazaletes de oro…, rodelas relucientes de oro…, campanillas y collares de oro…, edificios de cal y arena, muy grandes y un trozo de edificio asimismo de aquella materia conforme a la fábrica de un arco antiguo que está en Mérida* [de Extremadura]. Recuerda también las representaciones de dioses, y los hombres sacrificados, y, más adelante, *un gran pueblo que, visto desde el mar, no parecía menos que Sevilla, así en las casas de piedra como en sus torres y su grandeza…*[6]

Reflejando el permanente afán de precisar geográficamente a dónde había llegado la expedición, el relato, cuyo título completo es *Itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán en la India, el año 1518, en la que fue por comandante y capitán general Juan de Grijalva…*, concluye sosteniendo que encontraron también gentes que *adoran una cruz de mármol, blanca y grande, que encima tiene una corona de oro; y dicen que en ella murió uno que es más lúcido y resplandeciente que el sol…*[7] Y, tras mencionar los principales objetos de oro *rescatados* y enviados al rey, se plantea nueva cuestión al decir que *todos los indios de dicha isla* [Yucatán] *están circuncidados; por donde se sospecha que cerca se encuentren moros y judíos, Pues afirman los dichos indios que allí cerca había gentes que usaban naves, vestidos y armas como los españoles…*[8]

Al conocerse todo esto en Cuba, aun antes del regreso de Grijalva, ya que éste había despachado a Pedro de Alvarado para que informara del éxito obtenido, el gobernador Diego Velázquez tomó dos decisiones en extremo importantes. Una fue la de enviar de inmediato a España a un hombre de su confianza, su capellán Benito Martín. Debía éste alcanzar que Velázquez, además de gobernador y adelantado de Cuba, fuera designado también capitán general de las nuevas tierras visitadas por Grijalva, nombradas entonces de

Santa María de los Remedios… El clérigo Martín no sólo logró su cometido sino que además hizo posible se difundiera en España y fuera de ella la noticia del gran descubrimiento. Llevando consigo copias del *Itinerario de la armada*, hizo entrega de las mismas al futuro Carlos V y a Gonzalo Fernández de Oviedo que se encontraba a la sazón en España.

Tan grande fue el interés que despertaron en España las noticias de la expedición y hallazgos realizados por Grijalva que el texto del *Itinerario* que había llevado Benito Martín comenzó muy pronto a difundirse en forma impresa. Una versión italiana del mismo se publicó en Venecia el 3 de marzo de 1520. Otra apareció en Valladolid en latín, el día 7 del mismo mes y año. En alemán comenzaría a circular desde marzo de 1522[9]. Como habremos de verlo, dicho texto sería también aprovechado en los años inmediatos por varios escritores o cronistas ocupados en difundir las noticias que se recibían de las islas y tierra firme en las que penetraban por entonces los españoles con propósitos de conquista y hacer poblamiento en ellas. De esta suerte la primera de las decisiones del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, de informar sobre los óptimos resultados de esa expedición para obtener nombramiento y derechos en su favor, fue asimismo causa de la más temprana difusión de noticias sobre esas tierras de las que se sabía ya con certeza estaban habitadas por gentes que vivían en grandes pueblos y ciudades, dueñas de considerables riquezas, muchas de las cuales estaban a la vista en sus templos y palacios.

La otra decisión, tomada asimismo por Velázquez, fue la de preparar una nueva expedición que debía regresar de inmediato al país visitado antes por Grijalva. Obrando en su calidad de gobernador de la isla y asimismo como promotor y empresario a título personal, Velázquez invitó a otros españoles que habían acumulado ya ciertos recursos a que participaran también en ella. No siendo mi intención repetir aquí lo que entonces ocurrió, traeré sólo a cuento cómo fue que Velázquez puso al frente de tal empresa a Hernán Cortés.

Muy amigo de éste último era Amador de Lariz, natural de Burgos, contador del Rey en Cuba y hombre que, aunque no sabía leer ni escribir, era en extremo astuto. Se decía que este Lariz había servido como maestresala del gran capitán Fernández de Córdoba. Enterado Lariz de los proyectos de Velázquez, concibió la idea de proponerle nombrar a su amigo Hernán Cortés como capitán de esa expedición. Contribuyó a esto mismo el secretario de Velázquez, Andrés de Duero, también muy vinculado a don Hernando[10].

Este actuaba entonces como alcalde y disponía además de buenos ducados, fruto de sus trabajos y granjerias en la isla. Consultado Cortés por Velázquez sobre si quería embarcarse con rumbo a esa tierra de la que tantas cosas se decía, el extremeño no sólo aceptó sino que ofreció poner para la empresa veinte mil ducados. En menor proporción contribuyeron otros de los que iban a salir a sus órdenes hasta lograr disponer diez embarcaciones adecuadamente abastecidas y que debían transportar poco más de quinientos soldados, cien marineros y algunos indios y negros, dieciséis caballos, treinta y dos ballestas, diez cañones de bronce, y otras muchas piezas de artillería de calibre más corto.

Las primeras noticias que hizo llegar Cortés a España (1519)

De la festinada salida de Cortés, al tiempo en que Velázquez quiso quitarle el mando de la expedición, de la travesía de sus barcos que tocaron varios lugares a partir de la isla de Cozumel y Yucatán, hasta que desembarcó en las costas de Veracruz el jueves Santo de 1519, habrían de informar muy pronto el mismo Cortés y el Cabildo que, a instancias suyas, quedó allí constituido[11]. Las cartas que don Hernando dispuso fueran llevadas a España con ricos presentes para el Emperador, confirmarían y ampliarían las noticias que corrían ya en el Viejo Mundo gracias a los informes que había hecho circular Benito Martín, el referido capellán de Diego Velázquez. Para llevar las cartas de Cortés y del cabildo de Veracruz, salieron en la nao capitana, en calidad de procuradores, Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarrero. La embarcación, en la que iba como piloto Antón de Alaminos, zarpó el 16 de julio de 1519 con rumbo a España. Llegados a Sanlúcar, no obstante una serie de contratiempos, los procuradores de Cortés lograron en esencia su cometido. Por una parte las comunicaciones del Cabildo de Veracruz y de don Hernando llegaron a manos del Emperador. Por otra, los presentes de oro y plata, así como otros objetos suntuarios y dos *libros* o manuscritos indígenas fueron remitidos a Valladolid para que pudiera allí contemplarlos el monarca que en ese momento salía de Barcelona con rumbo a La Coruña en donde se embarcaría luego con destino a Flandes.

Aunque es cierto que ni las comunicaciones del Cabildo de Veracruz ni la escrita por don Hernando fueron dadas a conocer públicamente, el viaje de los procuradores Montejo y Hernández Portocarrero no resultó vano para los ulteriores planes de Cortés y asimismo para una más amplia difusión en España y fuera de ella de las noticias referentes a esas tierras tan ricas, habitadas por gentes que vivían en ciudades con mucho orden y acomodo. En

tanto que, un siglo después el erudito Antonio de León Pinelo manifestaría, a modo de explicación de por qué no se supo más de esta primera carta de don Hernando que, *parece es la que se mandó recoger por el Real Consejo de Indias a instancias de Pánfilo de Narváez*[12], consta, en cambio, que los procuradores, entrevistándose con el cronista real Pedro Mártir de Anglería (1455-1526), hallaron en él otro camino para propalar las noticias que traían.

La expedición de Grijalva y las primeras acciones de Cortés en el Enchiridion de Pedro Mártir de Anglería (Basilea, 1521)

Pedro Mártir que, desde varios años antes se mantenía informado acerca de las cosas del Nuevo Mundo, refiere expresamente que tuvo ocasión de conversar con Hernández Portocarrero y con Montejo. Los informes que de ellos recibió y la contemplación y examen de los presentes que habían traído para el Emperador, lo movieron a escribir para dar a conocer a otros cuanto pareció a él de interés excepcional. Siguió en ello su costumbre de incluir sus noticias en cartas que en principio destinaba a personajes prominentes, de modo particular al Romano Pontífice. Así había difundido ya copiosa información que abarcaba otros hechos a partir del desembarco de Colón en las Antillas[13]. La primera publicación de Pedro Mártir en la que habla de las tierras y gentes que se conocería más tarde como la Nueva España ostentó el siguiente título en latín: *De Nuper sub D. Carolo Repertis Insulis, simulatque Incolarum Moribus Enchiridion, dominae Margaritae divi Max [imiliani] Caes [aris] Dicatuni, Basileae, Anno MDXXI* (Enchiridio o Epítome acerca de las islas recientemente descubiertas bajo el imperio de don Carlos y de las costumbres de sus habitantes. Dedicado a doña Margarita, hija del ínclito emperador Maximiliano, Basilea, año de 1521). En este libro que, escrito en latín, tuvo gran difusión, incluyó también Pedro Mártir, la versión que había recibido del capellán de Diego Velázquez, el clérigo Martín, del «Itinerario de la Armada…», o sea la obra de Juan Díaz sobre la expedición en la que participó al mando de Juan de Grijalva. Su testimonio de la impresión que le causó contemplar los presentes indígenas remitidos por Cortés al Emperador, quedó más tarde incorporado en su *IV Década del Nuevo Mundo*[14]. Allí se difundió por vez primera la opinión de un humanista del Renacimiento sobre las creaciones de gentes para él desconocidas, los mexicanos prehispánicos, de cuyo ingenio, industria y arte quedó él maravillado. Veamos al menos algo de lo que escribió al respecto:

> *Trajeron —nos dice en su* IV década del Nuevo Mundo*— dos muelas como de mano, una de oro y otra de plata, macizas, de casi igual circunferencia, veintiocho palmos… El centro lo ocupa, cual rey sentado en su trono, una imagen de un codo, vestida hasta la rodilla, semejante*

a un zeme, con la cara con que entre nosotros se pintan los espectros nocturnos, en campo de ramas, flores y follaje. La misma cara tiene la de plata, y casi el mismo peso, y el metal de las dos es puro…

De sus casquetes, ceñidores y abanicos de plumas, no sé qué decir. Entre todas las alabanzas que en estas artes ha merecido el ingenio humano, merecerán éstos llevarse la palma. No admiro ciertamente el oro y las piedras preciosas; lo que me pasma es la industria y el arte con que la obra aventaja a la materia; he visto mil figuras y mil caras que no puedo describir; me parece que no he visto jamás cosa alguna, que por su hermosura, pueda atraer tanto las miradas de los hombres[15].

Dado que se conserva el registro de los objetos que envió Cortés, cabe afirmar que de ellos enumeró Pedro Mártir tan sólo los que más atrajeron su atención[16]. Lo mismo ocurrió en el caso de uno de los más grandes artistas de esa época, el pintor Alberto Durero. Refiere éste en su *Diario de Viaje* que, hallándose en Bruselas en 1520, pudo ver aquellos objetos *extraños y maravillosos* enviados al Emperador desde *la nueva tierra del oro*. El hecho de que Durero haya podido ver tales objetos en Bruselas, pone de manifiesto que Carlos V, que los había recibido en Valladolid, decidió llevarlos consigo en su viaje a Flandes. La reacción de Durero ante esas creaciones del México antiguo, casi un año antes de que Cortés se adueñara de la metrópoli azteca, es en verdad reveladora. No es inverosímil pensar que quien con tanta elocuencia se expreso así respecto de esas creaciones, hable de ellas otras muchas veces, contribuyendo en consecuencia a difundir las noticias que a muchos debían interesar sobre las nuevas tierras en las que se hallaba Hernán Cortés. He aquí las palabras de Durero:

Y también vi allí [en Bruselas] *las cosas que trajeron al rey desde la nueva tierra del oro* [desde México]*: un Sol todo de oro de una braza de ancho, igualmente una Luna toda de plata, también así de grande, asimismo dos como gabinetes con adornos semejantes, al igual que toda clase de armas que allá se usan, arneses, cerbatanas, armas Maravillosas, vestidos extraños, cubiertas de cama y toda clase de cosas maravillosas hechas para el uso de la gente. Y eran tan hermosas que sería maravilla ver algo mejor. Estas cosas han sido estimadas en mucho, ya que se calcula su valor en 100 000 florines. Y nada he visto a todo lo largo de mi vida que haya alegrado tanto mi corazón como estas cosas, En ellas he encontrado objetos maravillosamente artísticos y me he admirado de los sutiles ingenios de los hombres de esas tierras extrañas*[17].

De esta suerte el testimonio que expresó Durero en 1520 vino a sumarse a los que se difundían en publicaciones en latín, italiano y alemán. Información mucho más amplia iba a recibirse en breve que alcanzaría aún mayor difusión, capaz de despertar en no pocos el afán de embarcarse con rumbo a esas tierras de las que tan grandes cosas se referían.

El Primer mapa del golfo de México y tierras circundantes

En el mismo año de 1519, poco tiempo después del desembarco de don Hernando en playas veracruzanas, cuando se aprestaba a marchar con rumbo

a Tlaxcala, recibió nuevas de ciertos navíos que habían sido avistados muy cerca de las costas. Pronto supo Cortés que dichos barcos habían sido enviados desde Jamaica por Francisco de Garay. Aunque en esa ocasión los hombres de Garay no intentaron hacer penetración o poblamiento alguno, consta que, siguiendo su derrotero hacia el norte, costearon el litoral del golfo, desde Yucatán hasta la Florida[18].

Tanto acerca de la Florida como de Yucatán se tenían ya desde antes algunas noticias. En lo que respecta a la Florida había sido visitada ésta desde 1512 por Juan Ponce de León. Respecto de Yucatán las expediciones de Hernández de Córdoba y Grijalva, así como luego la del mismo Cortés, habían allegado información relativamente abundante. Sin embargo, hasta 1519 la configuración del golfo de México con esas dos penínsulas, era por completo desconocida en el contexto de la cartografía del Nuevo Mundo.

Correspondió precisamente al piloto de la expedición enviada por Garay, Alonso Álvarez de Pineda, disponer un primerísimo mapa, bastante preciso, del perfil del golfo de México y tierras adyacentes. Ese mapa enviado por Garay a España como prueba fehaciente de sus esfuerzos y gastos destinados a ampliar la expansión española más allá de las Antillas, tendría en poco tiempo muy amplia difusión[19]. Lo curioso del caso es que ésta no redundaría en beneficio de Garay sino de quien fue su permanente adversario, el propio Cortés.

Bien sabido es que Garay participó en una segunda expedición, en 1522, en la que desembarcó por el rumbo del río Pánuco con propósito de hacer poblamiento. No obstante haberse asociado con el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, su empresa tuvo resultados en extremo precarios. Con el nombre un tanto pomposo de *Victoria Garayana*, se designó a la nueva penetración y asentamiento. Al intento siguió luego el encuentro con Hernán Cortés y a la postre la llamada *Victoria Garayana* se convirtió en derrota. Trasladándose Garay a México, donde Cortés le dio hospedaje, murió allí muy poco después *de mal de costado*, al decir de algunos, en tanto que otros, cuando el juicio de resistencia de Cortés, quisieron culpar a éste del fallecimiento de quien fue su rival.

Pudiera pensarse que la desaparición de Garay iba a dejar en el olvido más completo a sus expediciones. Si éstas fracasaron desde el punto de vista de hacer conquistas, tuvieron al menos la importante consecuencia de haberse logrado, gracias a la primera de ellas, un bastante preciso conocimiento del perfil geográfico de las extensas tierras con riberas en el golfo de México. Al

ocuparnos en seguida de los ulteriores testimonios que envió Cortés a España para dar cuenta de sus logros al Emperador, veremos cuál fue en última instancia el destino y la difusión que tuvo ese primerísimo mapa debido a Alonso Álvarez de Pineda.

Las cartas de relación de don Hernando (1520-1526)

Aproximadamente año y medio después de haber desembarcado en Veracruz, y cuando ya habían ocurrido sucesos de enorme trascendencia, Cortés escribió el 30 de octubre de 1520 la segunda de sus cartas de relación al Emperador. Redactada en la que se llamó villa de Segura de la Frontera, abarca en una primera parte, desde la salida de Cortés de Veracruz con rumbo al altiplano, hasta la llegada a la gran ciudad de México, el recibimiento de Moctezuma, descripción de las maravillas que allí había, y estancia en ella de los españoles en calidad de huéspedes. En el resto de la carta trata Cortés de la venida de Pánfilo de Narváez, enviado por Diego Velázquez para quitarle el mando; la derrota de Narváez; el regreso del extremeño a México donde descubrió lo que había ocurrido allí con la consiguiente rebelión de los aztecas que, tras la muerte de Moctezuma, acometieron a los españoles que se vieron forzados a salir de la ciudad y buscar refugio entre sus aliados tlaxcaltecas.

La recepción de esta carta en España, prescindiendo ahora de las consecuencias favorables que tuvo para Cortés, despertó aún más el interés, tanto del monarca como de otros muchos, ante noticias que sonaban casi a fantasías. El hecho es que esta comunicación comenzó a tener enorme circulación, impresa primeramente en su original castellano en Sevilla, 1522. A dicha edición siguieron otras muchas: segunda en español, Zaragoza, 1523; primera en francés, Amberes, 1522; primera en flamenco, 1523; primera en latín, Nüremberg, 1524; segunda en latín, Colonia, 1532; primera en italiano, Venecia, 1524; segunda en italiano, Venecia, 1524…[20]

Importa señalar que, acompañando al texto de la primera edición de esa carta en castellano, apareció un mapa del golfo de México, a todas luces inspirado en el ya mencionado del capitán Alonso Álvarez de Pineda. Del viaje de éste, enviado por Francisco de Garay, había tenido noticia Cortés desde que, todavía en 1519, apresó en las cercanías del Pánuco a cuatro de los hombres que venían a las órdenes de Álvarez de Pineda[21]. Como quiera que haya sido, el hecho es que la semejanza del mapa que se publicó junto con la segunda relación de Cortés con respecto al anterior, debido a Álvarez de Pineda que era el único que había costeado el interior de todo el golfo de

México, prueba que la fuente última estuvo en la delineación geográfica obra del enviado de Garay. De esta suerte ese mapa comenzó a difundir en varias de las ulteriores ediciones de la segunda relación, una primera imagen del país sobre el que tantas noticias se daban.

Las cartas tercera (15 de mayo de 1522) y cuarta (15 de octubre de 1524), que don Hernando envió al Emperador con otros procuradores suyos y más obsequios, alcanzaron por igual rápida y extensa difusión. En la tercera el tema central fue la conquista del gran imperio azteca, en tanto que en la cuarta se refirió Cortés a sus primeras acciones y reducciones de otras provincias, una vez tomada la ciudad de México. No siendo mi propósito ofrecer aquí un elenco bibliográfico de las ediciones que tuvieron esas cartas, expresaré tan sólo que de ellas se conocen más de una docena, anteriores a 1550, en castellano, latín, italiano, francés y alemán[22].

En lo que toca a la quinta carta de relación (3 de septiembre de 1526) en la que se refiere Cortés sobre todo a su expedición a las Hibueras, debe notarse que permaneció por mucho tiempo inédita, hasta que en 1844 la sacó a luz Martín Fernández de Navarrete en el volumen V de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España* (Madrid, 1844). También en fechas bastante tardías fueron saliendo a la luz pública otras muchas cartas y memoriales, en general de corta extensión, escritos en diversos momentos por el mismo conquistador. A modo de explicación de esto puede decirse que en la mayoría de tales comunicaciones el asunto principal no era ya describir ni la grandeza de los reinos indígenas ni los hechos de la Conquista, temas que en realidad eran los que tanto habían atraído el interés de numerosos lectores en muchos lugares de Europa.

Más publicaciones hasta 1536 sobre las nuevas tierras y la conquista de las mismas

Sería difícil querer dar aquí un registro completo del gran conjunto de obras en las que, con apoyo sobre todo en las relaciones de Cortés y también en otros testimonios recibidos de viva voz, se buscó satisfacer el creciente interés y curiosidad sobre lo que se decía acerca de esos reinos recién conquistados. Como muestra mencionaré sólo algunas publicaciones principales.

De temprana fecha es la que apareció en Ausburgo, 1522, con el título en alemán de *Ein schone newe Zeytung so Kayserlich Mayestet aus India yetz, nemlich Zukommen seind* (Un hermoso noticiero de como los de su majestad

imperial ahora desde la India han regresado). En dicho impreso, tras recordarse los viajes de Colón, se describe la conquista de México y se habla luego del retorno a España de una de las embarcaciones de la armada de Magallanes, aquélla en la que dio la vuelta al mundo Juan Sebastián Elcano.

A la par que aparecían libros y folletos que, en diversas lenguas, hablaban de los ricos países recién conquistados por Cortés, también en la cartografía acerca del Nuevo Mundo se fue delineando, cada vez con mayor precisión, el perfil de esas tierras que comenzaban ya a conocerse como *Nueva España*, el nombre que les dio don Hernando en la segunda de sus cartas de relación (1520). Mapas de particular interés en este contexto son el todavía muy fantasioso atribuido a Johannes Schonner, de 1523, en el que se traza el recorrido de la expedición de Magallanes. En él la masa continental de América muestra ya con bastante precisión el perfil del sur del continente. Respecto del hemisferio norte incluye anotaciones como *La Florida, Dariensis y Bacalaos*. La parte en que se representa a México muestra el correspondiente golfo y la península yucateca. En el interior del país se traza un lago con la inscripción *Senotormus*. En un panfleto que escribió el mismo Schonner, al referirse a la ciudad de México, nota una extravagancia digna de ser recordada:

> *Por un muy largo circuito hacia el poniente, partiendo de España, hay una tierra llamada México y Temistitán, en la Alta India, que en tiempos antiguos se llamó Quinsay, es decir Ciudad del Cielo, en la lengua del país…*[23]

Mejor informado estuvo, en cambio, Vesconte de Maiollo, cartógrafo genovés que publicó un mapamundi en Génova, 1527. En el lugar en que se registra la ciudad de México, se reproduce en pequeño el plano de la ciudad atribuido a Cortés y publicado, junto con su segunda relación desde 1524[24]. Al inglés Robert Thorne se debe una *Orbis Universalis Descriptio*, en la que sobre tierras mexicanas aparece ya la leyenda *Hispania Nova*[25]. Mucho más rico en información precisa es el mapamundi del portugués Diego Ribero, al servicio de Carlos V, producido en 1529 con base en la información reunida en el Padrón General existente en Sevilla. En dicho mapa aparecen las leyendas *Nueva España y Guatimala*, así como una copiosa toponimia a lo largo de las costas del golfo de México. En el interior de México una leyenda expresa que se llama Nueva España porque hay en ella muchas de las cosas que se encuentran en España… Encierra mucho oro…[26]

La existencia de estas y otras alusiones a México en la cartografía universal anterior a 1530 es indicio del enorme interés que despertaban las

maravillas y riquezas que se decía allí abundaban. A propósito de otros testimonios que se imprimieron luego, me limito a mencionar tan sólo tres aparecidos antes de 1540. Comenzaré con los del humanista siciliano afincado en Salamanca, Lucio Marineo Siculo. Publicó éste en 1530 en Alcalá de Henares su *Opus de Rebus Hispaniae Memorabilibus*, que apareció también en castellano en el mismo lugar y año. En dicha obra, al hablar de los varones ilustres de España, dedica varias páginas a la vida del que llama *Don Fernando Cortés, marqués del Valle*. Las noticias que allí proporciona sobre el conquistador dejan entrever que había tenido contacto personal con el mismo durante su reciente estancia en España (de 1528-1530), cuando precisamente recibió el título de marqués. Esta biografía, fruto de una probable *entrevista, poco* tomada ahora en cuenta por los estudiosos de la vida y hechos de Cortés, pone de manifiesto la celebridad que había alcanzado el conquistador. Signo de los tiempos fue que, cuando esta obra de Lucio Marineo Siculo se reimprimió en 1533 en la misma Alcalá de Henares, se suprimieron en ella, por disposición de la Corona, los folios que contenían las vidas de los hombres ilustres, entre ellas la de Hernán Cortés.

Publicaciones asimismo de particular significación fueron las recopilaciones póstumas de lo escrito por Pedro Mártir de Anglería, así como la primera edición de la gran crónica de Gonzalo Fernández de Oviedo. De Pedro Mártir se reprodujeron sus Décadas, *De Orbe Novo* (Alcalá de Henares, 1530), en las que se reunió, entre otras cosas, el conjunto de sus noticias sobre México, desde el viaje de Grijalva hasta la consumación de la Conquista. En el caso de Fernández de Oviedo, que había publicado desde 1526 en Toledo su *Natural Hystoria de las Indias*, cabe decir que incorporó en su nueva obra, dividida en diecinueve libros, intitulada *Historia general y natural de las Indias*, impresa en Sevilla en 1535, muchos testimonios tocantes a Cortés y las cosas de Nueva España. Con su aportación, más allá de los documentos primarios como el *Itinerario de la Armada* y las cartas de Cortés, se iniciaba formalmente en la crónica oficial sobre las Indias Occidentales, una interpretación de los hechos ocurridos y de su relevancia para el imperio de Carlos V. A la primera edición de 1535 siguieron otras, basadas en la enriquecida con una segunda parte publicada en Valladolid, 1556.

México en otras grandes obras de cronistas y compiladores de documentos a lo largo del XVI

Para acabar de valorar cuáles han sido los textos y publicaciones a los que, por mucho tiempo, se ha acudido —como fuentes para estudiar el tema

de la conquista de México— mencionaré a modo de elenco, otros trabajos que vieron la luz en el siglo XVI y que, por tanto, fueron accesibles a los interesados. Por una parte destacan las dos obras del capellán de Cortés, Francisco López de Gomara, *Historia de las Indias* e *Historia de la Conquista de México*, aparecidas en Zaragoza, 1552. Tildadas de tendenciosas, se llegó incluso a prohibir su circulación. La *Historia de la Conquista de México* refleja fundamentalmente el punto de vista de Cortés. Las reacciones antagónicas a que dio lugar vuelven a ser testimonio del nunca extinguido apasionamiento en torno a la figura del conquistador y sus hechos. Y a pesar de todo, entre los años de 1552 y 1554, se reimprimió en Zaragoza y en Medina del Campo y otras cinco veces más en Amberes, lo que no deja la menor duda acerca de la popularidad que llegó a alcanzar, incrementada tal vez por el mismo hecho de tratarse de un libro prohibido[27].

Durante el resto del siglo XVI y primeros años del XVII hubo al menos otras cuatro grandes obras en las que ocupan lugar prominente las exploraciones y conquista de México. Una, de carácter documental, en la que se incluyen varios testimonios como el del llamado *conquistador anónimo* y otros referentes a las expediciones dispuestas por Cortés a California, es la conocida compilación de Gianbattista Ramussio, *Delle Navigationi et Viaggi*, en tres volúmenes, el tercero de los cuales se destinó a temas americanos, publicado en Venecia, 1565.

Notable difusión tuvo asimismo el trabajo del jesuita José de Acosta (1540-1600), *Historia natural y moral de las Indias*, Sevilla, 1590, y reimpreso en Barcelona, 1571; Sevilla, 1591; Madrid, 1608; 1610… Aunque es mucho lo que podría decirse para valorar esta obra escrita con un sentido de modernidad, me limito a señalar que en ella, tras describir las peculiaridades del Nuevo Mundo y las costumbres y creencias sobre todo de los antiguos mexicanos y peruanos, se dedica la mayor parte del libro séptimo y último a la historia del México prehispánico y de su conquista por Cortés.

De modo especial importa subrayar que, por caminos indirectos, correspondió a Acosta ser el primero que, al escribir sobre la conquista de México, tomó en cuenta hasta cierto punto algo que, con raras excepciones, los estudiosos de tiempos posteriores habrían de olvidar por completo. Me refiero a la existencia de testimonios indígenas sobre el encuentro con los españoles.

Citaré tan sólo dos lugares en los que el jesuita alude expresamente a las fuentes nativas. En un caso lo hace a propósito *de los presagios y prodigios*

extraños que acaecieron en México antes de que feneciese su imperio. Después de expresar muchas salvedades, insistiendo en que *la divina escritura nos veda el dar crédito a agüeros y pronósticos vanos…*, señala que lo que va a referir debe, sin embargo, tomarse en cuenta:

> *He dicho todo esto tan de propósito, para que nadie desprecie lo que refieren las historias y anales de los indios, cerca de los prodigios extraños, y pronósticos que tuvieron de acabarse su reino, y el reino del demonio, a quien ellos adoraban juntamente; los cuales, así por haber pasado en tiempos muy cercanos, cuya memoria está fresca, como por ser muy conforme a buena razón, que de una tan gran mudanza el demonio sagaz se recelase y lamentase, y Dios, junto con esto, comenzase a castigar a idólatras tan crueles y abominables, digo que me parecen dignos de crédito, y por tales los tengo y refiero aquí*[28].

En otro contexto, hablando de cómo entraron los españoles en México y de los hechos de Hernán Cortés, nota que:

> *De esto mismo hay ya muchas historias y relaciones y las que el mismo Fernando Cortés escribió al Emperador Carlos Quinto… Sólo para cumplir con mi intento, resta decir lo que los indios refieren de este caso, que no anda en letras españolas hasta el presente…*[29]

Si fue Acosta el primero que consideró pertinente tomar en consideración testimonios indígenas al escribir acerca de la conquista de México, cabe al menos preguntarse cuál fue la documentación que tuvo al alcance y si realmente perteneció ella al conjunto de textos que pueden describirse como integrantes de *la visión de los vencidos*.

Es cierto desde luego que Acosta ni supo la lengua indígena ni tampoco realizó una investigación directa en busca de tales fuentes nativas. Lo que ocurrió es que, durante su estancia en México entre los años de 1586 y 1587, poniéndose en contacto con el también jesuita Juan de Tovar, recibió de él copia de una obra que tenía redactada sobre antigüedades indígenas y la conquista de México. Para preparar su manuscrito se había servido Tovar del trabajo inédito del dominico Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*[30]. Ahora bien, el dominico Durán que sí hablaba el náhuatl y había pasado numerosos años de su existencia en México, probablemente desde 1540, para disponer su obra había tomado muy en cuenta diversos testimonios indígenas, en especial una crónica en náhuatl a la que alude con frecuencia. Puesto que el manuscrito de Tovar constituía en realidad un extracto de la obra de Durán, fue así cómo, a través del primero, tuvo Acosta acceso indirecto a lo expresado por indígenas en relación con la Conquista[31].

En tanto que, hasta mediados del siglo XIX, nadie volvió a acordarse de los manuscritos de Durán y Tovar, puede afirmarse que correspondió al padre

Acosta el honor de ser el primero en publicar una obra en la que, si se quiere indirectamente, la documentación indígena mereció ya cierta atención. Lo extraño del caso es que, a pesar de las referencias expresas de Acosta a la existencia de testimonios indígenas, hubo sólo otro único autor que, algunos años más tarde, volvió a atender a ellos en los volúmenes que publicó. Ese autor fue fray Juan de Torquemada que habría de publicar la primera edición de su *Monarquía Indiana* en 1615. En dicha obra se da entrada a más copiosas referencias a testimonios indígenas, de modo especial a los que transcribió pocos años antes fray Bernardino de Sahagún con sus colaboradores nativos. Esos testimonios, citados también indirectamente por Torquemada, eran en realidad parte importantísima del conjunto de textos de *la Visión de los vencidos*. Antes de ver lo que manifestó Torquemada sobre tales testimonios, importa hacer referencia a otro clásico de la historiografía, cronista real de Indias, que escribió en España y desconoció por completo la existencia de fuentes indígenas mesoamericanas.

Las obras de Herrera y Torquemada

Casi al mismo tiempo, el franciscano fray Juan de Torquemada (c. 1562-1624) que laboraba en Tlatelolco, al norte de la ciudad de México, y el Cronista Real Antonio de Herrera y Tordesillas (1549-1625), célebre humanista e historiador oriundo de Cuéllar, en Segovia, se afanaban en la preparación de dos magnas obras que darían a uno y otro gran celebridad. En lo que toca a Herrera, se había distinguido ya éste como traductor de obras clásicas del italiano y como autor de una *Historia de lo sucedido en Escocia e Inglaterra en cuarenta y cuatro años que vivió María Estuarda, reina de Escocia*, publicada en Madrid en 1589, y asimismo de otra que le atrajo considerable atención, intitulada *Cinco libros de la Historia de Portugal y Conquista de las islas Azores en los años de 1582-1583*, sacada a luz en Madrid, 1591. De modo especial este último trabajo debió ser del agrado de Felipe II cuya persona fue allí objeto de amplia consideración, al haber tenido lugar durante su reinado la incorporación de Portugal a España.

Ahora bien, gracias a sus méritos y otros valimientos, Herrera alcanzó un doble y codiciado nombramiento, el de Cronista de Castilla y también el de las Indias. Este último encargo le fue conferido en mayo de 1596. En su calidad de Cronista Mayor de Indias logró Herrera acumular documentación en extremo copiosa, proveniente de lo allegado hasta esos años en los reales archivos, sobre los reinos y provincias de ultramar. Herrera se propuso distribuir sus materiales por décadas, en las que situó lo acontecido en las

diversas regiones del Nuevo Mundo. Su obra, aunque precedida de una especie de libro introductorio en el que intenta una descripción y demarcación de las Indias occidentales, fue básicamente una especie de gran surtido documental. Copiando unas veces y resumiendo otras los distintos documentos a su alcance, fue enhebrando la secuencia de los hechos con muy pocos comentarios y con muy escasos juicios críticos de su propia cosecha. Su trabajo fue, no obstante, de enorme importancia ya que en él se reunieron multitud de documentos antes dispersos, no pocos de los cuales se encuentran en la actualidad perdidos.

Con tanta celeridad trabajó Herrera que en 1601 pudo sacar una primera parte de la que intituló *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano*. En dicha publicación incluyó su *Descripción de las Indias*, así como lo referente a las cuatro primeras décadas, a partir de la llegada de Colón a las Antillas. Más tarde, en 1615, continuaría la publicación de su trabajo, hasta alcanzar éste su cabal completamiento como ahora se conoce.

En la obra de Herrera ocupan lugar muy especial las noticias sobre las primeras expediciones a tierras mexicanas y el relato pormenorizado de la conquista de México llevada a cabo por Cortés. Para escribir sobre este asunto se valió Herrera del *Itinerario de la Armada*, las *Cartas de Relación* de don Hernando, lo escrito por Fernández de Oviedo, los textos del cronista Francisco Cervantes de Salazar, los manuscritos de fray Bartolomé de las Casas, las obras publicadas de Francisco López de Gómara y del padre José de Acosta. Respecto de posibles testimonios indígenas, ni supo acerca de ellos, ni probablemente pasó por su mente que pudieran haber existido.

La obra de Herrera, desde su parcial publicación en 1601, despertó tan grande interés que muy pronto aparecieron traducciones al latín (cuatro ediciones), al francés (tres ediciones), al alemán (una edición), al holandés (una edición) y al inglés (dos ediciones). La difusión que así alcanzó confirma el interés que siguió prevaleciendo en Europa por saber acerca de las cosas del Nuevo Mundo.

Como ya dijimos, en tanto que, en su calidad de Cronista Real en España, adelantaba Herrera con grande empeño en sus trabajos, también el franciscano Torquemada estudiando todo género de testimonios, laboraba en su celda del convento de Santiago de Tlatelolco. En particular tuvo acceso Torquemada a los escritos, que por mucho tiempo permanecieron inéditos, de varios hermanos suyos de religión como fray Toribio de Benavente Motolinía, fray

Andrés de Olmos, fray Jerónimo de Mendieta y fray Bernardino de Sahagún. Pudo aprovecharse también de la gran aportación, asimismo inédita, de fray Bartolomé de las Casas, la *Apologética Historia Sumaria*. Pero además de dichos testimonios, Torquemada había dedicado varios años al estudio directo y la valoración de buen número de manuscritos indígenas, con pinturas y textos en legua náhuatl. Su intención era llegar a publicar una magna obra dispuesta en veintiún libros y en la que abarcaría cuanto pudiera reunir acerca del pasado prehispánico, la conquista de México, la evangelización y el primer siglo de vida de la Nueva España. Hallándose en medio de tal empresa tuvo ocasión Torquemada de leer, tanto la *Historia Natural y Moral de las Indias* de José de Acosta (1509), como las primeras cuatro Décadas de la aportación de Herrera (1601). Respecto del libro de Acosta, aunque reconoció sus méritos, le hizo varias críticas, sobre todo por apoyarse a veces en fuentes que Torquemada no tuvo como dignas de fe. Mucho más duro fue el cronista franciscano al juzgar la aportación de Herrera. Entre los cargos que enderezó al Cronista de las Indias sobresalen dos. El primero es haberse puesto a escribir sobre la historia de tierras que enteramente desconocía. El segundo es no haber tomado en cuenta fuentes para Torquemada primordiales, como las de algunos franciscanos, en especial Motolinía, Olmos, Mendieta y Sahagún, y menos todavía la de autores indígenas de cuyo estudio mucho se apreciaba Torquemada.

El franciscano, después de bastantes años de trabajo, dio por concluida su obra hacia 1612. Trasladándose a Sevilla para cuidar de la publicación de la misma, la *Monarquía Indiana*, en tres gruesos volúmenes, apareció en 1615[32]. Fue esta obra la primera de las que se publicaron en la que se dio cabida a testimonios indígenas consultados por quien conocía la lengua náhuatl y era experto escudriñador de los manuscritos indígenas. Se mencionó antes que José de Acosta había hecho algunas referencias a testimonios nativos. Pero como también se indicó, tales referencias fueron indirectas y con apoyo en lo reunido en última instancia por Diego Durán cuya obra no habría de publicarse sino hasta mediados del siglo XIX. Razón tuvo pues Torquemada al preciarse de haber buscado la verdad plena de los hechos de la Conquista acudieron al testimonio de los indígenas. En su opinión, Herrera se equivocó en lo que escribe por haber consultado sólo autores españoles. Así, por ejemplo, al hacer referencia al presente enviado por Moctezuma a Cortés expresa que de eso hablan.

> *Gómara y Antonio de Herrera confusamente…*
>
> *Pienso estuvo el yerro en no hacer estas inquisiciones e informaciones más que con los*

españoles que entonces vinieron, y no las averiguaron con los indios, que también les tocaba mucha parte de ellas y aun el todo, pues fueron el blanco donde todas las cosas de la Conquista se asestaron, y son los que muy bien las supieron y las pusieron en historia a los principios, por sus figuras y caracteres, y después que supieron escribir, algunos curiosos de ellos, las escribieron, las cuales tengo en mi poder. Y tengo tanta envidia al lenguaje y estilo con que están escritas, que me holgaré saberlas traducir en castellano con la elegancia y gracia que en su lengua mexicana se dicen. Y por ser historia pura y verdadera, la sigo en todo; y si a los que las leyeren parecieran novedades, digo que no lo son, sino la pura verdad sucedida; pero que no se ha escrito hasta ahora, porque los pocos que han escrito los sucesos de las Indias, no las supieron, ni hubo quién se las dijese…[33]

Y añade a continuación que en alto grado se debía la recopilación de muchos de esos testimonios en lengua indígena al ya citado franciscano Sahagún:

Ni tampoco yo las escribiera si no las hallara averiguadas de el padre fray Bernardino de Sahagún, religioso santo y grave, que fue de los segundos que entraron en la conversión de esta Nueva España, y de los primeros, el primero investigador de las cosas mis secretas de la tierra; y supo todos los secretos de ella, y se ocupó más de sesenta años en escribir lengua mexicana y todo lo que pudo alcanzar en ella…[34]

Tomando así en cuenta los testimonios indígenas allegados por él mismo y los que había obtenido antes Sahagún de ancianos que habían contemplado los hechos de la Conquista, dio cabida Torquemada en su obra a fuentes que pertenecen plenamente a *la visión de los vencidos*. No dejaré de notar que el cronista Herrera, ocupado todavía en la preparación de las siguientes Décadas de su obra, tuvo ocasión de leer las críticas que le hizo Torquemada. Molesto por ellas, endilgó a su vez duras palabras al fraile *que ha sacado un Monarchía Indiana*, del cual notó que *no sabría juzcar cuál es mis en este autor, el ambición o el descuido en guardar las reglas de la historia…*, añadiendo de paso un juicio adverso a los trabajos de los frailes, entre ellos los de Olmos, Sahagún y Mendieta, y su parecer sólo pretendidos conocedores de las realidades indígenas[35].

Con esta especie de polémica de la que hablan los cargos que en sus respectivas obras se hicieron el franciscano y el Cronista Real, y en la que fue asunto de debate la existencia y valor de testimonios indígenas sobre la Conquista, concluye el ciclo de las aportaciones hechas hasta principios del siglo XVII para dar a conocer a los europeos los grandes hechos ocurridos en el Nuevo Mundo. A modo de balance, es necesario reiterar que, fuera de las indirectas referencias de Acosta y las alusiones de Torquemada, todo lo que se difundió por el ancho mundo respecto al choque de pueblos y culturas que fue la conquista de México, provino en exclusiva del testimonio expresado por los vencedores. Esta realidad confirmaba plenamente el viejo dicho de que la historia la escriben siempre los que triunfan y se imponen.

Olvido de siglos

Cuantos se siguieron ocupando más tarde, en diversas obras, del tema del *descubrimiento y conquista de México*, adoptaron posturas básicamente semejantes a la de Antonio Herrera. Y aunque parezca extraño, en la mayor parte de esas obras posteriores prevaleció todavía mayor miopía. La razón de ello fue que los autores de las mismas, no sólo tampoco inquirieron sobre la existencia de testimonios indígenas sino que desconocieron asimismo varias de las fuentes españolas que había aprovechado Herrera. Ejemplos de fuentes que ya no se tomaron en cuenta son las aportaciones que permanecieron en los archivos, por mucho tiempo inéditas, del cronista de Tlaxcala Diego Muñoz Camargo, y de Francisco Cervantes de Salazar que, escribiendo a mediados del XVI, reunió en su llamada *Crónica de Nueva España* relatos de primera mano debidos a varios conquistadores como Alonso de Ojeda, jerónimo Ruiz de la Mota, Alonso de Mata, Francisco de Montaño y otros[36].

De los historiadores posteriores que incurrieron en este género de miopía recordaré los nombres y fechas de publicación de sus obras, limitándome a algunos de entre los que mayor fama llegaron a alcanzar: Antonio de Solís y Rivadeneita (1684), Ignacio de Salazar y Olarte (1743), W. H. Dailworth (1759), William Robertson (1777), William H. Prescott (1844), Lucas Alamán (1844), Niceto de Zamacois (1877), Hubert H. Bancroft (1883), Justin Winsor (1884), Carlos Pereyra (1931), Salvador de Madariaga (1949), Ángel Altolaguirre (1954)… Cierto que, al menos en la intención, hubo algunos pocos que consideraron necesario tomar en cuenta los puntos de vista indígenas respecto de la Conquista, pero de hecho, por no tener acceso a la documentación nativa, tampoco pudieron lograrlo. Tal fue el caso de quien, exiliado, no pudo consultar las fuentes indígenas que antes había conocido, el jesuita Francisco Xavier Clavijero (1780-1781) y, mucho más tarde, de Manuel Orozco y Berra que, sólo en pequeña parte pudo aducirlas (1880).

Incluso tras haberse publicado ya las crónicas escritas en el XVI, de Diego Durán y Toribio de Benavente Motolinía que, al igual que Torquemada, hacen referencia expresa a testimonios indígenas sobre la Conquista, prevaleció el desdén por los mismos. Por vía de ejemplo citaré sólo dos afirmaciones sobre este asunto, la primera, expresada antes de 1540 por el franciscano Motolinía que sostuvo desde entonces la existencia de tales testimonios, y la segunda de quien fue, por otra parte, distinguido pensador mexicano, José Vasconcelos, que en 1937 negó apriorísticamente el hecho. He aquí el antiguo testimonio del fraile:

Mucho notaron estos naturales indios, entre las cuentas de sus años, el año que vinieron y entraron en esta tierra los españoles, como cosa muy notable y que al principio les puso muy grande espanto y admiración. Ver una gente venida por el agua (lo que ellos nunca habían visto, ni oído que se pudiese hacer), de traje tan extraño del suyo, tan denodados y animosos, tan pocos entrar por todas las provincias de esta tierra con tanta autoridad y osadía, como si todos los naturales fueran sus vasallos. Así mismo se admiraban y espantaban de ver los caballos y lo que hacían los españoles encima de ellos… A los españoles llamaron teteuh*, que quiere decir dioses y los españoles, corrompiendo el vocablo, decían* teules*…*[37]

En chocante contraste, casi cuatro siglos después, en su *Breve Historia de México*, el referido Vasconcelos, al hablar de las fuentes para conocer los sucesos de la Conquista, asentó:

Todos los hechos conducentes nos van a ser dados por escritores de nuestra lengua, historiadores y cronistas de España, comentaristas y pensadores de México: Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés, Solís, Las Casas y, en la época moderna, Alamán, Pereyra. ¿Y dónde está preguntaréis la versión de los indios que son porción de nuestra carne nativa? Y es fácil responder con otra pregunta: ¿Cómo podrían dar versión alguna congruente los pobres indios precortesianos que no tenían propiamente ni lenguaje, puesto que no escribían, ni sabían lo que les pasaba, porque no imaginaban en la integridad de una visión cabal o siquiera de un mapa, ni lo que eran los territorios del México suyo, mucho menos el vasto mundo de donde procedían los españoles y el Mundo Nuevo que venían agregado a la geografía y a la cultura universales[38]*?*

Las investigaciones realizadas durante las últimas décadas dan ampliamente la razón al franciscano Motolinía. Tenemos hoy al alcance, entre la rica documentación que se conserva de los pueblos de idioma náhuatl (aztecas, tlaxcaltecas…) y en menor grado, de los mayas, quichés, cakchiqueles, mixtecas y otros, un conjunto de códices y relaciones indígenas en que el tema central es el enfrentamiento con *los hombres de Castilla*. Tales fuentes nativas tocantes a la Conquista, en su conjunto más de quince, se deben en buena parte a testigos de vista, hombres que participaron en los hechos de que dan fe. El caudal de textos es lo suficientemente amplio como para encontrar en ellos la que he llamado *Visión de los Vencidos*.

Elenco de las fuentes indígenas

A cuatro siglos y varias décadas más de lo que ocurrió en México entre 1517 y 1521, podemos conocer por fin el otro espejo en que se reflejaron los hechos. Tan grande ha sido el interés que han despertado no sólo en México sino también fuera de él estos testimonios que la *Visión de los Vencidos*, sacada a luz en 1959, corre hoy también en inglés, francés, alemán, italiano, polaco, serbo-croata, sueco, hebreo, húngaro, japonés, portugués y catalán.

En los relatos indígenas se recuerdan acontecimientos y se formulan apreciaciones que contrastan con lo que escribieron los cronistas españoles. Ahora bien, en las obras de vencedores y vencidos, si bien se consignan

hechos oprobiosos que no pueden negarse, es cierto también que Hernán Cortés y sus hombres, al igual que el príncipe azteca Cuauhtémoc y sus guerreros, alcanzan el rango de figuras de epopeya. Si Cortés se nos muestra como el prototipo del conquistador de los tiempos modernos, Cuauhtémoc se hace acreedor al título que le diera el poeta de *único héroe a la altura del arte*.

Fueron tres las formas principales como preservaron las gentes de idioma náhuatl sus recuerdos y juicios acerca de la Conquista. La primera fue valiéndose de sus antiguas formas de escritura: con sus glifos pictográficos, ideográficos y en parte fonéticos, siempre en el complemento de dibujos y pinturas de las escenas o sucesos en cuestión. La segunda manera incluye elementos de la antigua escritura, dibujos, y también textos (relatos) consignados ya por medio del alfabeto. A este respecto debe recordarse que, desde 1524 con la presencia de los tres primerísimos frailes (Pedro de Gante y sus compañeros), se estableció una escuela en Tetzcoco donde hubo indígenas que participaron en la adaptación del alfabeto para representar los fonemas del náhuatl. Son algunos *cantos tristes (icnocuícatl)*, la tercera forma de recordación que ha llegado hasta nosotros. Compuestos a raíz de los hechos y preservados por tradición oral, se transcribieron hacia comienzos de la segunda mitad del XVI.

A continuación describiré con algún detenimiento los principales testimonios indígenas que cabe situar dentro de estos géneros.

a) *Cantares acerca de la Conquista*

Parece ser que los más antiguos testimonios indígenas sobre la Conquista encontraron natural expresión en varios cantares, compuestos a la usanza antigua, por algunos de los pocos cuicapicque o poetas nahuas sobrevivientes. Así, para no citar otros, pueden recordarse al menos aquellos dos poemas, verdaderos ejemplos de los llamados icnocuícatl, cantos tristes, o elegías, en el primero de los cuales se describen los últimos días del sitio de Tenochtitlan, mientras que en el segundo se refiere cómo se perdió el pueblo mexicatl. Copiamos aquí siquiera unas estrofas de cada uno de dichos poemas, para mostrar ya cuál fue la reacción de los indios, al contemplar destruido su mundo y forma de vida antigua:

> En los caminos yacen dardos rotos,
>
> los cabellos están esparcidos.
>
> Destechadas están las casas,

enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos,
es como si bebiéramos agua de salitre.
Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo,
pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad…[39]
Llorad, amigos míos,
tened entendido que con estos hechos
hemos perdido la nación mexicatl.
¡El agua se ha acedado, se acedó la comida!
Esto es lo que ha hecho el Dador de la Vida en Tlatelolco…[40]

Como indica el doctor Ángel M.ª Garibay, al analizar estos documentos en su *Historia de la literatura náhuatl*, para la composición del segundo de estos poemas podría fijarse la fecha de 1523 y para la del primero el año siguiente de 1524[41].

b) *La relación anónima de Tlatelolco (1528)*

Pero además de los poemas, existen las relaciones netamente indígenas, escritas ya desde 1528. Verdaderamente importante es en este sentido el manuscrito 22 de la Biblioteca Nacional de París, conocido bajo el título de *Unos anales históricos de la Nación Mexicana*, escrito en náhuatl por autores anónimos de Tlatelolco hacia 1528. Tan valioso testimonio pone al descubierto un hecho ciertamente extraordinario: el de un grupo de indios, que antes de la fundación misma del Colegio de Santa Cruz, llegaron a conocer a la perfección el alfabeto latino y se sirvieron de él para consignar por escrito diversos recuerdos de sus tiempos pasados y sobre todo su propia visión de la Conquista.

Si como documento son valiosos estos anales, desde un punto de vista literario y humano lo son todavía mucho más, porque en ellos se expresa por vez primera con no pocos detalles el cuadro de la destrucción de la cultura náhuatl, tal como lo vieron algunos de sus supervivientes. La versión castellana de este texto, preparada por Garibay sobre la base de la reproducción facsimilar del mencionado manuscrito de la Biblioteca Nacional

de Paris, se incluye íntegramente, en lo que a la Conquista se refiere, en el capítulo XIV de este libro. En el elenco bibliográfico que va al final de esta obra, podrán hallarse las referencias correspondientes, tanto de la versión castellana, como de otra al alemán, así como de la reproducción facsimilar de tan importante testimonio.

c) *Testimonios de los informantes de Sahagún*

Sigue en importancia y antigüedad al texto de 1528, la mucho más amplia relación de la Conquista que, bajo la mirada de fray Bernardino de Sahagún, redactaron en idioma náhuatl varios de sus estudiantes indígenas de Tlatelolco, aprovechando los informes de indios viejos, testigos de la Conquista. Según parece, la primera redacción de este texto «en el lenguaje indiano, tan tosco como ellos lo pronunciaron», como escribe Sahagún, quedó terminada hacia 1555. Posteriormente fray Bernardino hizo un resumen castellano de la misma. Desgraciadamente esa primera redacción en náhuatl de 1555, se extravió. Se conoce en cambio una segunda redacción asimismo en náhuatl, concluida hacia 1585 y en la que, según Sahagún, se hicieron varias correcciones, respecto de la primera, ya que en aquélla «se pusieron algunas cosas que fueron mal puestas y otras se callaron que fueron mal calladas…».

Como ha escrito Ángel M.ª Garibay, no es posible decir si ganó o perdió el texto con esta enmienda, en tanto que no conozcamos el primitivo[42]. El hecho es que, tal como hoy se conserva la relación de la Conquista, debida a los informantes de Sahagún, constituye el testimonio más amplio dejado por los indios al respecto. Abarca desde los varios presagios que se dejaron ver, «cuando aún no habían venido los españoles a esta tierra» (incluido en el capítulo I de este libro), hasta uno de los discursos, «con que amonestó don Hernando Cortés a todos los señores de México, Tezcoco, y Tlacopan», exigiéndoles la entrega del oro y de sus varios tesoros.

En este libro se incorporaron numerosas secciones de tan valioso testimonio. De igual manera que en el caso anterior, se ofrecen al fin las correspondientes referencias bibliográficas.

d) *Principales testimonios pictográficos*

Tanto en lo que se refiere a la obra de los informantes de Sahagún, como en otras varias recopilaciones llevadas a cabo por los indios, encontramos la supervivencia de su antigua manera de escribir la historia, sobre la base de pinturas. Mencionamos aquí tan sólo algunos de los principales trabajos en

este sentido: las pinturas correspondientes al texto náhuatl de los informantes de Sahagún, que hoy día se conservan en el *Códice Florentino*. El célebre *Lienzo de Tlaxcala*, de mediados del siglo XVI, que ofrece en ochenta cuadros una relación de los tlaxcaltecas, aliados de los conquistadores. La serie de pinturas del impropiamente llamado *Manuscrito, de 1576* (ya que en él se ofrecen datos de fecha posterior a la citada), conocido también bajo el nombre de *Códice Aubin*, en el que al lado de importantes textos, se conservan también ilustraciones alusivas. Hay asimismo dibujos de clara procedencia indígena en el manuscrito conocido como *Códice Ramírez*, debido probablemente a la recopilación de datos que en los años anteriores a 1580, llevó a cabo el jesuita Juan de Tovar, así como se sabe, tuvo acceso a otros muchos testimonios indígenas hoy desaparecidos.

De esas fuentes pictográficas, provienen las ilustraciones que se incluyen en el presente libro y que fueron copiadas por la hábil pluma de Alberto Beltrán.

e) *Otras relaciones indígenas más breves*

Además de las ya mencionadas fuentes pictográficas, existen otras varias relaciones indígenas de menor extensión, de algunas de las cuales se transcribirán aquí varios fragmentos. En el ya citado *Códice Aubin*, o de 1576, se encuentran varios textos de sumo interés. De él se tomó una de las versiones indígenas que acerca de la matanza del templo máximo se dan en el capítulo IX de este libro.

Otros importantes testimonios nos ofrecen don Fernando Alvarado Tezozómoc en sus dos crónicas «Mexicana» y «Mexicáyotl», así como el célebre historiador oriundo de Chalco, Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, de cuya *Séptima Relación* se tomó un texto incluido en el capítulo XIII de este libro en el que se describen las pesquisas llevadas a cabo por el Cortés, después de tomada la ciudad.

Además del ya citado *Códice Ramírez*, en el que también se contienen importantes noticias de informantes de Tlatelolco, deben mencionarse las breves secciones acerca de la Conquista contenidas en los *Anales Tepanecas de Azcapotzalco* y en los más breves de México y Tlatelolco. De todas estas fuentes se ofrece, como en los casos anteriores, la correspondiente referencia bibliográfica al final de este libro.

f) *Testimonios de los aliados indígenas de Cortés*

Deficiente resultaría esta presentación de textos indígenas acerca de la Conquista, si no se incluyeran en ella, por lo menos en algunos casos, los testimonios de algunos escritores indígenas y mestizos, que hacen gala de descender de quienes se aliaron con Cortés para conseguir la derrota de los aztecas. La pintura que de algunos hechos nos ofrecen, distinta de las otras descripciones indígenas, no cae fuera del título general de este trabajo *Visión de los vencidos*. Porque, si es cierto que los tlaxcaltecas y los tezcocanos lucharon al lado de Cortés, no deja de ser igualmente verdadero que las consecuencias de la Conquista fueron tan funestas para ellos como para el resto de los pueblos nahuas: todos quedaron sometidos y perdieron para siempre su antigua cultura.

De estos testimonios, además del ya citado *Lienzo de Tlaxcala*, se aducen aquí algunos textos tomados de la *Historia de Tlaxcala*, redactada en castellano por Diego Muñoz Camargo, mestizo que escribió durante la segunda mitad del siglo XVI. Es particularmente interesante su versión, claramente tendenciosa, de la matanza de Cholula, texto que se incluye en el capítulo V de este libro.

La interpretación histórica de la Conquista, desde el ángulo de los tezcoanos, nos la ofrece el célebre descendiente de la casa de Tezcoco, don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Tanto en su *XIII relación*, como en su *Historia chichimeca*, escritas ambas en castellano, se encuentran numerosos datos recogidos por Ixtlilxóchitl de antiguas fuentes indígenas en náhuatl hoy desconocidas, pero interpretadas con un criterio muy distinto al de los escritores de México y Tlatelolco. Los textos de Ixtlilxóchitl que aquí se transcribirán son en algunos casos particularmente interesantes. Así, para citar sólo un ejemplo, aquel breve cuadro en el que nos pinta la reacción de la vieja indígena Yacotzin, madre del príncipe Ixtlilxóchitl hijo de Nezahualpilli y aliado de Cortés, que calificó a su hijo de loco y sin juicio por haber abrazado tan deprisa la religión de «esos bárbaros» (los españoles), que en forma tan violenta habían hecho su aparición en Anáhuac[43].

Tales son, descritas de manera general, las principales fuentes indígenas de las que provienen los textos e ilustraciones que en este trabajo se ofrecen. Preservándose en ellas el testimonio de quienes vieron y sufrieron la Conquista, sin hipérbole puede afirmarse que la presentación de estos documentos, con todas las limitaciones propias de quienes llevamos a cabo la versión y selección de los mismos, constituye un cuadro indígena de la Conquista: *una visión de los vencidos*.

Valor humano de las relaciones indígenas de la Conquista

Un estudio comparativo de los textos y pinturas indígenas que acababan de describirse mostrará sin duda numerosos puntos de desacuerdo respecto de las diversas crónicas y relaciones españolas de la Conquista. Sin embargo, más que constatar diferencias y posibles contradicciones entre las fuentes indígenas y las españolas, nos interesan aquí los textos que van a aducirse en cuanto testimonio profundamente humano, de subido valor literario, dejado por quienes sufrieron la máxima tragedia: la de ver destruidos no ya sólo sus ciudades y pueblos, sino los cimientos de su cultura.

No es exageración afirmar que hay en estas relaciones de los indios pasajes de un dramatismo comparable al de las grandes epopeyas clásicas. Porque, si al cantar en la *Ilíada* la ruina de Troya nos dejó Homero el recuerdo de escenas del más vivo realismo trágico, los escritores indígenas, antiguos poseedores de la *tinta negra y roja* de sus códices[44], supieron también evocar los más dramáticos momentos de la Conquista. Valgan como ejemplo de lo dicho, unos cuantos párrafos entresacados de los documentos que en este libro se presenta.

En pocas líneas narran los informantes indígenas de Sahagún el modo como comenzó la terrible matanza del templo máximo perpetrada por Pedro de Alvarado. Después de describir el principio de la fiesta de Tóxcatl, «mientras se van enlazando unos cantos con otros», aparecen de pronto los españoles entrando al patio sagrado:

> *Inmediatamente cercan a los que bailan, se lanzan al lugar de los atabales: dieron un tajo al que estaba tañendo: le cortaron ambos brazos. Luego lo decapitaron: lejos fue a caer su cabeza cercenada.*
>
> *Al momento todos acuchillan, alancean a la gente y le dan tajos, con las espadas los hieren. A algunos les acometieron por detrás; inmediatamente cayeron por tierra dispersadas sus entrañas. A otros les desgarraron la cabeza: les rebanaron la cabeza, enteramente hecha trizas quedó su cabeza.*
>
> *Pero a otros les dieron tajos en los hombros: hechos grietas, desgarrados quedaron sus cuerpos, a aquéllos hieren en los muslos, a éstos en las pantorrillas, a los de mis allá en pleno abdomen. Todas las entrañas cayeron por tierra. Y había algunos que aún en vano corrían: iban arrastrando los intestinos y parecían enredarse los pies en ellos. Anhelosos de ponerse en salvo, no hallaban a donde dirigirse…*[45]

Otro cuadro, obra maestra del arte descriptivo de los nahuas, nos pinta el modo como vieron a esos «ciervos o venados», en los que se asentaban los españoles, es decir, los caballos. Ya Motolinía, en el párrafo que se citó más arriba, nos habla de «la admiración de los indios al contemplar los caballos y lo que hacían los españoles encima de ellos». Ahora son los informantes de

Sahagún quienes nos ofrecen su propia descripción. Tal es su fuerza, que parece una evocación de aquella otra pintura extraordinaria del caballo, que dejó escrita en hebreo el autor del *Libro de Job*. Escuchemos la descripción dada por los indios:

> *Vienen los «ciervos» que traen en sus lomos a los hombres. Con sus cotas de algodón, con sus escudos de cuero, con sus lanzas de hierro. Sus espadas, penden del cuello de sus «ciervos».*
>
> *Estos tienen cascabeles, están escascabelados, vienen trayendo cascabeles. Hacen estrépito los cascabeles, repercuten los cascabeles.*
>
> *Esos «caballos», esos «ciervos», bufan, braman. Sudan a mares: como agua de ellos destila el sudor. Y la espuma de sus hocicos cae al suelo goteando: es como agua enjabonada con amole: gotas gordas se derraman.*
>
> *Cuando corren hacen estruendo: hacen estrépito, se siente el ruido, como si en el suelo cayeran piedras. Luego la tierra se agujera, luego la tierra se llena de hoyos en donde ellos pusieron su pata. Por sí sola se desgarra donde pusieron mano o pata…*[46]

Finalmente, para no alargar más la serie de ejemplos que podrían aducirse, copiamos tan sólo el breve relato conservado por los autores anónimos del Manuscrito de Tlatelolco de 1528, en el que mencionan la suerte que corrieron aquellos sabios o magos, seguidores de Quetzalcóatl, que vinieron a entregarse a los conquistadores en Coyoacán, después de sometido ya todo el Valle de México. Llegaron con los libros de pinturas bajo el brazo, los poseedores de la antigua sabiduría, simbolizada por la tinta negra y roja de sus códices. No sabemos por qué voluntariamente optaron por entregarse. Pero los conquistadores les echaron los perros. Sólo uno pudo escapar. Escuchemos el testimonio indígena:

> *Y a tres sabios de Ehécatl (Quetzalcóatl), de origen tetzcocano, los comieron los perros. No más ellos vinieron a entregarse. Nadie los trajo. No más venían trayendo sus papeles con pinturas (códices). Eran cuatro, uno huyó: sólo tres fueron alcanzados, allá en Coyoacán*[47].

Escenas como las citadas abundan en las relaciones indígenas que aquí se publican. Quien lea el presente libro, no podrá menos de sorprenderse al encontrar en la documentación indígena incontables pasajes, tan dramáticos y en cierto modo tan plásticos, que parecen una invitación al artista, pintor o dibujante, capaz de llevarlos al lienzo o al papel.

Por otra parte, la riqueza de información y el modo mismo como la presentan los cronistas del México indígena en sus relaciones, abre sin duda el camino a numerosos temas de investigación.

Piénsese por ejemplo en estudios tales como el de «la indígena de los conquistadores», que podría mostrar los diversos esfuerzos realizados por los indios para comprender quiénes eran esos hombres desconocidos, venidos de

más allá de las aguas inmensas. Proyectando primero sus viejos mitos, creyeron los indios que Quetzalcóatl y los otros *teteo* (dioses) habían regresado. Pero, al irlos conociendo más de cerca, al ver su reacción ante los objetos de oro que les envió Moctezuma, al tener noticias de la matanza de Cholula y al contemplarlos por fin frente a frente en Tenochtitlan, se desvaneció la idea de que Quetzalcóatl y los dioses hubiera regresado. Cuando asediaron a la ciudad los españoles, con frecuencia se les llama popolocas (bárbaros). Sin embargo, nunca se olvidan los indios del poder material superior de quienes en un principio tuvieron por dioses. Implícitamente, en función de su pensamiento simbólico, a base de «flores y cantos», los indios se forjaron una imagen de los conquistadores. Los varios rasgos de una imagen de los conquistadores. Los varios rasgos de esa imagen están precisamente en los textos que acerca de la Conquista escribieron. He aquí un posible tema de investigación, ciertamente de interés.

Pero no es ese el único aspecto que podría estudiarse. Además del asunto propiamente histórico de comparar los testimonios indígenas con los de los españoles, es posible contraponer las ideas propias de ese mundo indígena casi mágico, que tenía su raíz en los símbolos, con la mentalidad mucho más práctica y sagaz de quienes, superiores en la técnica, se interesaban principalmente por el oro.

Con frecuencia se ha dicho que en las relaciones e historias que sobre la Conquista expresaron los capitanes españoles sobresalen, entre otros rasgos, los siguientes: asombro ante lo que contemplan, conciencia de que están realizando una gran misión en servicio del emperador y de la fe cristiana, providencialismo que, en algún caso, les hace proclamar que varios de los combatientes han visto a Santiago que los auxiliaba en sus luchas en contra de los indios, actitud deslumbrada en ocasiones y desencantada en otras, respecto de lo que describen como *rescate* de oro y otros objetos preciosos.

Como algo que cabe poner en parangón con el providencialismo de los hispanos, el hombre indígena recuerda apariciones de la diosa Cihuacóatl, *Nuestra madre,* la que llora por la noche; de Tezcatlipoca, uno de los dioses más venerados que se aparece a los mensajeros de Moctezuma y los reprende, o el dramático postrer esfuerzo por vencer a los conquistadores oponiéndoles el arma invencible del dios Huitzilopochtli, la *xiuhcóatl*, es decir *la serpiente de fuego,* con la que había él destrozado a sus enemigos.

Desde luego que las fuentes indígenas no coinciden todas entre sí, ni tampoco, en diversos puntos, con los relatos de los españoles. Obvio es que

los testimonios de los aliados de Cortés, tlaxcaltecas y tetzcocanos, contradigan en más de una ocasión a los cronistas aztecas. Asuntos en los que la diferencia de opinión sobresale son los siguientes: lo tocante a la que se conoce como *matanza de Cholula*, la forma en que murió Moctezuma, diversas acciones a lo largo del asedio final de la ciudad de México y el modo como ésta hubo de rendirse. Pero más allá de éstas y otras diferencias, me atrevo a pensar que, al igual que en algunos pasajes de los testimonios españoles, hay también en las relaciones indígenas un dramatismo comparable al de las grandes epopeyas clásicas. Si al cantar Homero en la *Ilíada* la ruina de Troya evocó escenas de emotivo realismo, los escritores nativos acertaron también a revivir los más dramáticos momentos de la Conquista.

Más allá de fobias y filias entrego de nuevo este libro que, por los cuatro rumbos del mundo, tantos han ya leído. Mi deseo es ahora que la antigua palabra de Mesoamérica se difunda también en España. A más de cuatro siglos y medio de lo que aquí se refiere, cabe pensar hoy en formas más humanas de encuentro. Insoslayable verdad es que ancestros de los mexicanos son los guerreros aztecas y los soldados que partieron de la Península Ibérica. A través de los tiempos la fusión de sangres se ha acrecentado. Cientos de miles, venidos principalmente de Extremadura, Andalucía, ambas Castillas, Asturias, Galicia y las tierras Vascongadas, se han unido muchas veces con descendientes de los antiguos habitantes de Mesoamérica. La más reciente de todas las inmigraciones hispánicas en México, la muy fecunda de los *transterrados* que la guerra civil llevó a tierras aztecas, ha reconfirmado el cuatro veces secular parentesco. A todos cuantos están así emparentados interesa esta historia que es, a la vez, de México y de España.

Miguel León-Portilla

Ciudad Universitaria, México.

Año Nuevo de 1985.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

No pretendiendo ofrecer una bibliografía de la Conquista, únicamente se mencionan aquí aquellas obras particularmente relacionadas con los textos publicados en este libro. Con un breve comentario se señalan primero las principales fuentes indígenas de las que proceden los documentos e ilustraciones incluidas en la presente obra. A continuación se presentan las correspondientes referencias bibliográficas acerca de las principales crónicas y relaciones escritas por los conquistadores, por frailes misioneros de los siglos XVI y XVII, así como por otros escritores coloniales y finalmente por autores modernos y contemporáneos. Siendo muy abundantes las obras, estudios y artículos escritos sobre la Conquista, se incluyen aquí tan sólo los de mayor importancia e interés para quien desee profundizar en este tema.

I

Principales textos y pinturas indígenas acerca de la Conquista

Anales de México y Tlatelolco. Breve texto anónimo en náhuatl que abarca hechos acaecidos entre 1473 y 1521. Perteneció a Boturini. Se conserva actualmente en el Mueso de Antropología de México. Forma parte de la colección «Anales Antiguos de México y sus Contornos», compilados por José Ramírez. Existe la edición bilingüe (traducción muy deficiente de Portofirio Aguirre) publicada por Vargas Rea: *Qualli Amatl, Conquista de Tlatelolco*, México, 1950.

Anales Tepanecas (México-Azcapotzalco), 1426-1589, traducidos del náhuatl por don Faustino Galicia Chimalpopoca, en *Anales del Museo Nacional de México*, t. VII, septiembre y diciembre, 1900, pp, 49-74. Contiene breves datos sobre la Conquista.

Anónimo, Manuscrito de Tlatelolco (1528) conservado en la Biblioteca Nacional de París. Forma parte de los llamados por Boturini «Anales Históricos de la Nación Mexicana». Edición facsimilar de Ernst Mengin publicada en el t. II del *Corpus Codicum Americanorum Medii Evi*.

Copenhagen, 1945. La traducción al castellano de la parte relativa a la Conquista que aquí se publica (capítulo XIV de este libro) fue preparada por el doctor Garibay e incluida primero como un apéndice en la edición de la *Historia* de Sahagún. Porrúa, México, 1956, t. IV, pp. 167-185.

Existe asimismo una versión al alemán de Ernst Mengin publicada en el *Baessler Archiv*, t. XXII. cuadernos 2 y 3. De dicha versión procede la deficiente traducción castellana incluida en la «Colección de Fuentes para la Historia de México», *Anales de Tlatelolco y Códice Tlatelolco*, Robredo, México, 1948.

Atlas o Códice de Durán en Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de Tierra Firme, por fray Diego de Durán, México, 1867-80. Son 50 láminas pintadas en papel europeo por indígenas del siglo XVI. No obstante la influencia española en la técnica de las pinturas, conservan testimonios de documentos indígenas más antiguos. Se incluyen en este «Atlas» o códice, cinco láminas referentes a la conquista, desde la llegada de los españoles por el mar, hasta el asedio de la capital azteca.

Cantares Mexicanos (Colección de Cantares Mexicanos), Ms. del siglo XVI conservado en la Biblioteca Nacional de México. Reproducción facsimilar publicada por Antonio Peñafiel. Oficina Tipográfica de la Secretaria de Fomento. México, 1904.

Es éste uno de los más ricos repertorios de cantares en náhuatl. De él proceden algunos icnoculcatl acerca de la Conquista. El doctor Ángel M.ª Garibay K., publicó una selección de estos cantares, vertidos al castellano, en *Poesía indígena de la altiplanicie* (Bibl. Estudiante Universitario, II) UNAM, 1940. (2.ª Edic., 1952). Otros varios de estos cantares han sido publicados también en la *Historia de la literatura náhuatl* del mismo autor, 2 vols. Porrúa, México, 1955-54, así como en *La filosofía náhuatl*, Instituto Indigenista Interamericano, México, 1956.

Recientemente (1957) publicó el Instituto Iberoamericano de Hamburgo la versión parcial al alemán dejada por el desaparecido Leonhard Schultze-Jena: *Alt-aztekische Gesänge* en «*Quellenwerke zur alten Geschichte Amerikas*», vol. VI, Stuttgart, 1957.

Códice Aubin (o de 1576) Histoire de la Nation Mexicaine depuis le départ d'Aztlan jusqu'a l'arrivée des Conquérants espagnols. E. Leroix editeur. París, 1893. Véase también *Colección de documentos para la historia de México*, publicados por Antonio Peñafiel. México, 1903. Se trata de una

recopilación de testimonios indígenas, textos y pinturas, desde la salida de los aztecas o mexicas de Aztlan, hasta bien entrada la época colonial. Contiene importantes datos acerca de la Conquista, como los referentes a la matanza del Templo Mayor.

Códice Florentino (Ilustraciones), ed. facs., de Del Paso y Troncoso, vol. V, Madrid, 1905. Aunque en estas ilustraciones indígenas se percibe claramente la influencia técnica española, las pinturas son copia de otras más antiguas netamente indígenas, algunas de las cuales se conservan todavía en el *Códice Matritense del Real Palacio*, también editado facsimilarmente por Del Paso y Troncoso. Madrid, 1906.

Códice Florentino (textos nahuas de los informantes de Sahagún), libros I, II, III, IV, V, VII, VIII y XIL, publicados por Dibble y Anderson: *Florentine Codex*, Santa Fe, New México, 1950-1957. El libro XII contiene el texto náhuatl de 1585 de los informantes de Sahagún, acerca de la conquista, con versión al inglés por los mencionados Dibble y Anderson. Hay asimismo versión al alemán de dicho texto preparada por Eduard Seler, en *Einige Kapitel aus dem Geschichteswerk del P. Sahagún* aus dem Aztekischen übersetzt von… (Herausgegeben von C. Seler-Sachs in Gemeinschaft mit Prof. W. Lehmann), Stuttgart, 1927.

La única versión directa y completa del náhuatl al castellano ha sido publicada por el doctor Garibay en *Historia general de las cosas de Nueva España*, por fray Bernardino de Sahagún, Editorial Porrúa, 4 vols., México, 1956. Véase t. IV, pp. 78-165.

Al igual que en el texto de 1528, los informantes de Sahagún, en su mayoría de Tlatelolco (por lo que toca a la Conquista), exaltan el valor y osadía de los tlatelolcas de manera muy especial.

Códice Ramírez, «Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España, según sus historias». Editorial Leyenda, México, 1944. Este documento parece ser un resumen fragmentario de los testimonios indígenas allegados por el jesuita Juan de Tovar, durante el último tercio del siglo XVI.

Entre los fragmentos que en él se incluyen, hay textos de clara procedencia indígena acerca de la conquista y vertidos al castellano. Por esto puede considerarse, al menos en parte, como una fuente indígena.

Chimalpain Quauhtlehuanitzin, Francisco de San Antón Muñón, *Sixiéme et*

Septiéme Relations (1528-1612), publiées et traduites sur le manuscrit original par Rémi Siméon. Maisonneuve et Ch. Leclerc, París, 1889.

Chimalpain descendiente de los señores de Amercameca y Chalco, escribió sus relaciones en náhuatl, apoyándose en antiguos testimonios indígenas, a principios del siglo XVII. Ofrece varios datos de importancia en relación con la conquista y los hechos que a ella siguieron.

Información indígena de Sahagún, *Historia de la Conquista* (Véase: *Códice Florentino*).

IXTLILXÓCHITL, Fernando de Alva: *Obras históricas*, 2 vols., México, 1891-1892.

Ixtlilxóchitl, descendiente de la casa real de Tezcoco, reunió numerosos documentos y pinturas indígenas para escribir en náhuatl, al menos en parte, sus relaciones y su *Historia chichimeca*. Hacia 1608 Ixtlilxóchitl sometió sus obras a la consideración del gobernador de Otumba y de otros varios ancianos indígenas, quienes examinando pinturas y textos, fallaron que eran «muy ciertos y verdaderos». Como lo indica Garibay (véase *Historia de la literatura náhuatl*, t. II, pp. 308-313), en numerosos fragmentos de las obras de Ixtlilxóchitl «se trasluce el fondo del escrito en náhuatl».

Aún cuando Ixtlilxóchitl defiende la actitud de sus antepasados tezcocanos, aliados de Cortés, puede afirmarse que los testimonios que aporta quedan muchas veces dentro del rubro general de *Visión de los vencidos*, porque, como se escribió en la Introducción de este libro, «si es cierto que los tlaxcaltecas y los tezcocanos lucharon al lado de Cortés, no deja de ser igualmente verdadero que las consecuencias de la Conquista fueron tan funestas para ellos como para el resto de los pueblos nahuas. Todos quedaron sometidos y perdieron para siempre su antigua cultura».

Lienzo de Tlaxcala. Antigüedades mexicanas, Publicadas por la Junta Colombina de México en el IV Centenario del Descubrimiento de América. 2 vols., Oficina de la Secretaría de Fomento. México, 1892.

Pintado el original y dos copias a mediados del siglo XVI, en la actualidad sólo se conoce otra copia muy posterior. Entre sus 80 ilustraciones o cuadros hay datos muy valiosos acerca de la conquista, interpretada por los tlaxcaltecas, quienes querían así testificar la ayuda que habían prestado a los españoles.

Existe una descripción del lienzo escrita por Nicolás Faustino Mazihcatzin y Calmecahua, hacia fines del siglo XVIII: Mazilicatzin, Faustino, *Descripción del Lienzo de Tlaxcala*, con una nota de F. Gómez de Orozco en *Revista Mexicana de Estudios Históricos*. Apéndice a los núm. 2 y 3 del t. I, pp. 59-88. México 1927.

MUÑOZ CAMARGO, Diego: *Historia de Tlaxcala*, Ed. Chavero. México, 1892. Véase también la más reciente 6.ª edición cotejada por Lauro Rosell con la copia existente en el archivo del Museo Nacional (México 1948). Es esta obra, junto con el citado «Lienzo», el principal documento acerca de los tlaxcaltecas y de la Conquista vista por ellos.

Acerca de Muñoz Camargo, dice Beristáin en la *Biblioteca Americana Septentrional* «Muñoz Camargo (D. Diego), noble mestizo tlaxcalteca, intérprete de los españoles y diligente investigador de las antigüedades de su patria. Nació (dice Torquemada) en los primeros años de la Conquista y murió muy anciano. Escribió la *Historia de la ciudad y república de Tlaxcala*…».

De la obra de Muñoz Camargo, que muestra los hechos y actitudes de los tlaxcaltecas, aliados de Cortés, cabe decir lo mismo que acerca de los escritos de Ixtlilxóchitl: aunque aliados de los españoles, los tlaxcaltecas sobrellevaron también la más trágica de las derrotas, al ver destruida su civilización y cultura antiguas.

TEZOZOMOC, F. Alvarado: *Crónica mexicana*, ed. de Vigil, reimpreso por la Editorial Leyenda. México, 1944.

TEZOZOMOC, F. Alvarado: *Crónica mexicáyotl*, paleografía y versión al español de Adrián León. Imprenta Universitaria. México, 1949.

Ambas obras de suma importancia escritas la primera hacia 1598 y la segunda a principios del siglo XVII ofrecen datos tomados de manuscritos y pinturas antiguas por Tezozómoc, descendiente de nobles mexicas. Sin ofrecer una historia completa de la conquista proporcionan numerosos detalles acerca de la misma.

II

Principales relaciones e historias de la Conquista escritas por conquistadores, misioneros y otros investigadores coloniales y modernos:

ACOSTA, Joseph de: *Historia natural y moral de las Indias*, Fondo de

Cultura Económica. México, 1940. (En su presentación de los hechos de la conquista sigue por lo general el texto de Tovar, *Códice Ramírez* y de fray Diego de Durán, en su *Historia*).

AGUILAR, fray Francisco de: *Historia de la Nueva España*, 2.ª ed. copiada y revisada por Alfonso Teja Zabre. Ediciones Botas. México, 1938.

AMAYA TOPETE, Jesús: *Atlas mexicano de la Conquista*, Fondo de Cultura Económica. México, 1958.

ARGENSOLA, Bartolomé Leonardo de: *La Conquista de México*, Editorial Robredo. México, 1940.

BANCROFT, H. H.: *The Conquest of México*. New York, 1883.

BRADEN, Charles S.: *Religious Aspects of the Conquest of México*. Duke University Press, 1930.

CASAS, fray Bartolomé de las: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Madrid, 1879.

—*Historia de las Indias*, 2 vols. México, 1877.

CERVANTES DE SALAZAR, Francisco: *Crónica de la Nueva España*, t. I, Hauser y Menet. Madrid, 1914, t. II y III Museo Nacional de México, 1936.

CHAVERO, Alfredo. «Historia Antigua y de la Conquista», en *México a través de los siglos*: t. I, Ballescá, Espasa y Cía. México y Barcelona, s. f.

CLAVIJERO. Francisco Javier: *Historia antigua de México*, Colección de Escritores Mexicanos, 4 vols., Editorial Porrúa. México. 1945.

Colección de documentos para la historia de México, recopilados por Joaquín García Icazbalceta. 2 vols. Imprenta particular del editor. México, 1858-1866.

CONQUISTADOR ANÓNIMO, *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitan México; escrita por un compañero de Hernán Cortés*, Edición Alcancía. México, 1938.

CONWAY, G. R. G.: *La Noche Triste*, Documentos: Segura de la Frontera en Nueva España, año de 1520, Gante Press. México, 1943.

CORTÉS, Hernán: *Cartas de relación de la conquista de México* (Cartas y relaciones al emperador Carlos V), Edic. de Gayangos. Paris, 1866. Existen ediciones más recientes: en *Cartas y relaciones de la conquista de*

América, Editorial Nueva España, s. f., México. Hay una edición económica. Cortés, Hernán: *Cartas de relación de la conquista de México*, 3.ª edición (Colección Austral) Espasa-Calpe, Argentina, Buenos Aires-México, 1957, Recientemente (1958), la Srta. Eulalia Guzmán ha iniciado la publicación de las mencionadas cartas. Véase: *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V, sobre la invasión del Anáhuac*, aclaraciones y rectificaciones por Eulalia Guzmán, t. I (Relaciones I y II). Libros Anáhuac. México, 1958.

En esta misma colección de «Crónicas de América», aparecerá en breve *Cartas de relación*, en una edición a cargo del profesor Mario Hernández Sánchez-Barba.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 2 vols., edición de Miguel León-Portilla, col. «Crónicas de América», Historia 16, Madrid, 1984.

DORANTES DE CARRANZA, Baltasar: *Sumaria relación de las cosas de Nueva España*, con noticia individual de los descendientes legítimos de los conquistadores y primeros pobladores españoles. Peleografiada del original por José M.ª de Agreda y Sánchez. Imprenta del Museo Nacional. México, 1902.

DURAN, fray Diego: *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, 2 vols. y Atlas, publicado por José F Ramírez. México, 1867-1880.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme*, 4 vols., Madrid, 1851-1855.

GARIBAY K., Ángel M.ª: *Poesía indígena de la altiplanicie*, «Biblioteca del Estudiante Universitario», núm. 11. México, 1940 (2.ª Edic., 1952), (Contiene varios icnocuícatl, «cantos tristes» de la conquista).

—*Historia de la literatura náhuatl*, Editorial Porrúa, 2 vols., México, 1953-1954. (Incluye numerosos datos acerca de los textos indígenas sobre la conquista, así como versiones de algunos de esos textos).

GÓMARA, Francisco López de: *Historia de la conquista de México*, introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas. 2 vols. Editorial Robredo. México, 1943.

HERNÁNDEZ, Francisco: *De Antiquitatibus Novae Hispaniae*, Códice de la Real Academia de la Historia en Madrid, ed, facs., México, 1926. Hay

traducción castellana de L. García Pimentel, Editorial Robredo. México, 1945.

HERRERA, Antonio de: *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme de el Mar Océano*, Edición facsimilar de la española de 1725-30. 10 vols. Editorial Guaranía, Asunción y Buenos Aires, 1945-47.

ICAZA, Francisco A. de: *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de Nueva España*, 2 vols. Madrid, 1928.

ILLESCAS, Gonzalo de: *Un capítulo de su historia pontificial sobre la conquista de la Nueva España*, Editorial Robredo. México, 1940.

LEÓN-PORTILLA, Miguel: *La filosofía náhuatl, estudiada en sus fuentes, Instituto Indigenista Interamericano*. México, 1956. (Se incluyen las más importantes secciones de los célebres «coloquios» entre los sabios indígenas vencidos y los doce primeros frailes venidos a Nueva España).

MARTÍNEZ, Henrico: *Repertorio de los tiempos e historia natural de Nueva España*, Secretaría de Educación Pública. México, 1948.

MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro: *Décadas del Nuevo Mundo*, Editorial Bajel Buenos Aires, 1944.

MENDIETA, fray Jerónimo de: *Historia eclesiástica indiana*, 4 vols. Editorial Salvador Chávez Hayhoe. México, 1945. (sólo contiene algunas referencias acerca de la conquista).

MOTOLINIA, fray Toribio: *Historia de los indios de la Nueva España*, Editorial Salvador Chávez Hayhoe. México, 1941. (Contiene sólo algunas menciones sobre hechos de la conquista).

OROZCO Y BERRA, Manuel: *Historia antigua y de la conquista de México*, 4 vols., y Atlas. México, 1880.

PÉREZ DE OLIVA, Fernán: «Algunas Cosas de Hernán Cortés y México», en *La Conquista de México*, por Bartolomé Leonardo de Argensola, pp. 333-357, Editorial Robredo. México, 1950.

PRESCOTT, William: *History of the Conquest of México*, Ed. John Foster Kirk, Ruskin House, Museum St. London, 1949.

RICO GONZÁLEZ, Víctor: Hacia *un concepto de la Conquista de México*, Instituto de Historia. México, 1953.

SAHAGÚN, Fray Bernardino de: *Historia general de las cosas de Nueva España*, Edición Bustamante, 3 vols. México, 1829. Edic. Robredo, 5 vols. México, 1958. Edic. Acosta Saignes, 3 vols. México. 1946. Edición Porrúa, preparada por el doctor Garibay, 4 vols., 1956.

SOLÍS, Antonio de: *Historia de la Conquista de México, población y progresos de la América Septentrional conocida por el nombre de Nueva España*, 2 vols. Imprenta de 1. Paz. México, 1889-95.

SUÁREZ DE PERALTA, Juan: *Tratado del descubrimiento de las Indias. (Noticias históricas de Nueva España).* Secretaría de Educación Pública. México, 1949.

Sumario de la residencia tomada a don Fernando Cortés gobernador y capitán general de la N. E., y a otros gobernadores y oficiales de la misma, paleografiado del original por el licenciado Ignacio López Rayón. 2 vols., Tipografía de Vicente García Torres. México, 1852-53.

TAPIA, Andrés de: «Relación sobre la Conquista de México», en *Colección de Documentos para la Historia de México*, publicada por J. G. Icazbalceta, t. II, México, 1866. Se incluye también en *Crónicas de la Conquista*, publicadas por Agustín Yánez («Biblioteca del Estudiante Universitario», núm. 2), 2.ª Edic., UNAM. México, 1950.

TORQUEMADA, fray Juan de: *De los veintiún libros rituales y monarquía indiana*, 3 vols, fotocopia de la 2a edición. Madrid 1723.

TOVAR, Juan de, S. J.: *Historia de los indios mexicanos (Códice Ramírez).* México, 1944.

VÁZQUEZ DE TAPIA, Bernardino: *Relación del conquistador…* publicada por Manuel Romero de Terreros. Editorial Polis. México, 1939.

VEYTIA, Mariano: *Historia antigua de México*, 2 vols., Ed. Leyenda. México, 1944.

YÁÑEZ, Agustín: *Crónicas de la Conquista* («Biblioteca del Estudiante Universitario», núm. 2), UNAM, 2.ª Ed. México, 1950. Contiene íntegramente el «Itinerario de Juan de Grijalva», la «Relación de Andrés de Tapia», así como la crónica maya de Chac-Xulub-Chen. Ofrece asimismo algunas selecciones de las *Cartas de relación* de Cortés, y de la *Historia* de Bernal Díaz del Castillo.

Capítulo Primero

Presagios de la venida de los españoles

Los documentos indígenas que se presentan en los trece primeros capítulos de este libro comprenden hechos acaecidos desde poco antes de la llegada de los españoles a las costas del Golfo de México, hasta el cuadro final, México-Tenochtitlan en poder de los conquistadores. Los dos últimos capítulos, el XIV y el XV ofrecen a manera de conclusión, la relación acerca de la Conquista, escrita en 1528 por varios informantes anónimos de Tlatelolco, así como unos cuantos ejemplos de célebres icnocuícatl «cantares tristes» de la Conquista.

Ordenando los varios textos en función de la secuencia cronológica de los hechos y acciones de la Conquista, se dan en algunos casos testimonios que presentan ciertas variantes y divergencias. Sin pretender resolver aquí los problemas históricos que plantean tales variantes, fundamentalmente interesa el valor humano de los textos, que reflejan, más que los hechos históricos mismos, el modo como los vieron e interpretaron los indios nahuas de diversas ciudades y procedencias.

En este primer capítulo transcribimos la versión directa del náhuatl preparada por el doctor Garibay, de los textos de los informantes indígenas de Sahagún contenidos al principio del libro XII del Códice Florentino*, así como una breve sección tomada de la* Historia de Tlaxcala *de Diego Muñoz Camargo, que como se indicó en la Introducción General, emparentado con la nobleza indígena de dicho señorío, refleja en sus escritos la opinión de los indios tlaxcaltecas, aliados de Cortés. Ambos documentos, que guardan estrecha semejanza, narran una serie de prodigios y presagios funestos que afirmaron ver los indios y de manera especial Motecuhzoma, desde unos diez años antes de la llegada de los españoles. Se transcribe primero el texto de los informantes de Sahagún, de acuerdo con el* Códice Florentino *y a continuación el testimonio del autor de la* Historia de Tlaxcala.

Los presagios, según los informantes de Sahagún

Primer presagio funesto: Diez años antes de venir los españoles primeramente se mostró un funesto presagio en el cielo. Una como espiga de

fuego, una como llama de fuego, una como aurora: se mostraba como si estuviere goteando, como si estuviera punzando en el cielo.

Ancha de asiento, angosta de vértice. Bien al medio del cielo, bien al centro del cielo llegaba, bien al cielo estaba alcanzando.

Y de este modo se veía: allá en el oriente se mostraba: de este modo llegaba a la medianoche. Se manifestaba: estaba aún en el amanecer; hasta entonces la hacía desaparecer el sol.

Y en el tiempo en que estaba apareciendo: por un año venía a mostrarse. Comenzó en el año 12-Casa.

Pues cuando se mostraba había alboroto general: se daban palmadas en los labios las gentes; había un gran azoro; hacían interminables comentarios.

Segundo presagio funesto que sucedió aquí en México: por su propia cuenta se abrasó en llamas, se prendió en fuego: nadie tal vez le puso fuego, sino por su espontánea acción ardió la casa de Huitzilopochtli. Se llamaba su sitio divino, el sitio denominado «Tlacateccan» (casa de mando).

Se mostró: ya arden las columnas. De adentro salen acá las llamas de fuego, las lenguas de fuego, las llamaradas de fuego.

Rápidamente en extremo acabó el fuego todo el maderamen de la casa. Al momento hubo vocerío estruendoso; dicen: «¡Mexicanos, venid deprisa: se apagará! ¡Traed vuestros cántaros!…».

Pero cuando le echaban agua, cuando intentaban apagarla, sólo se enardecía flameando más. No pudo apagarse: del todo ardió.

Tercer presagio funesto: fue herido por un rayo un templo. Sólo de paja era: en donde se llama «Tzummulco»[1]. El templo de Xiuhtecuhtli. No llovía recio, sólo lloviznaba levemente. Así, se tuvo por presagio; decían de este modo: «No más fue golpe del Sol». Tampoco se oyó el trueno.

Cuarto presagio funesto: cuando había aún sol, cayó un fuego. En tres partes dividido: salió de donde el sol se mete: iba derecho viendo a donde sale el sol: como si fuera una brasa, iba cayendo en lluvia de chispas. Larga se tendió su cauda; lejos llegó su cola. Y cuando visto fue, hubo alboroto: como si estuvieran tocando cascabeles.

Quinto Presagio funesto: hirvió el agua: el viento la hizo alborotarse hirviendo. Como si hirviera en furia, como si en pedazos se rompiera al revolverse. Fue su impulso muy lejos, se levantó muy alto. Llegó a los

fundamentos de las casas: y derruidas las casas, se anegaron en agua. Eso fue en la laguna que está junto a nosotros.

Sexto presagio funesto: muchas veces se oía: una mujer lloraba, iba gritando por la noche; andaba dando grandes gritos:

—¡Hijitos míos, pues ya tenemos que irnos lejos!

Y a veces decía:

—Hijitos, ¿a dónde os llevaré?[2].

Séptimo presagio funesto: muchas veces se atrapaba, se cogía algo en redes. Los que trabajaban en el agua cogieron cierto pájaro ceniciento, como si fuera grulla. Luego lo llevaron a mostrar a Motecuhzoma, en la Casa de lo Negro (casa de estudio mágico).

Había llegado el sol a su apogeo: era el mediodía. Había uno como espejo en la mollera del pájaro, como rodaja de huso, en espiral y en rejuego: era como si estuviera perforado en su medianía.

Allí se veía el cielo: las estrellas, el Mastelejo. Y Motecuhzoma lo tuvo a muy mal presagio, cuando vio las estrellas y el Mastelejo.

Pero cuando vio por segunda vez la mollera del pájaro, nuevamente vio allá, en la lontananza; como si algunas personas vinieran deprisa; bien estiradas; dando empellones. Se hacían la guerra unos a otros, y los traían a cuestas unos como venados.

Al momento llamó a sus magos, a sus sabios. Les dijo:

—¿No sabéis: qué es lo que he visto? ¡Unas como personas que están en pie y agitándose!…

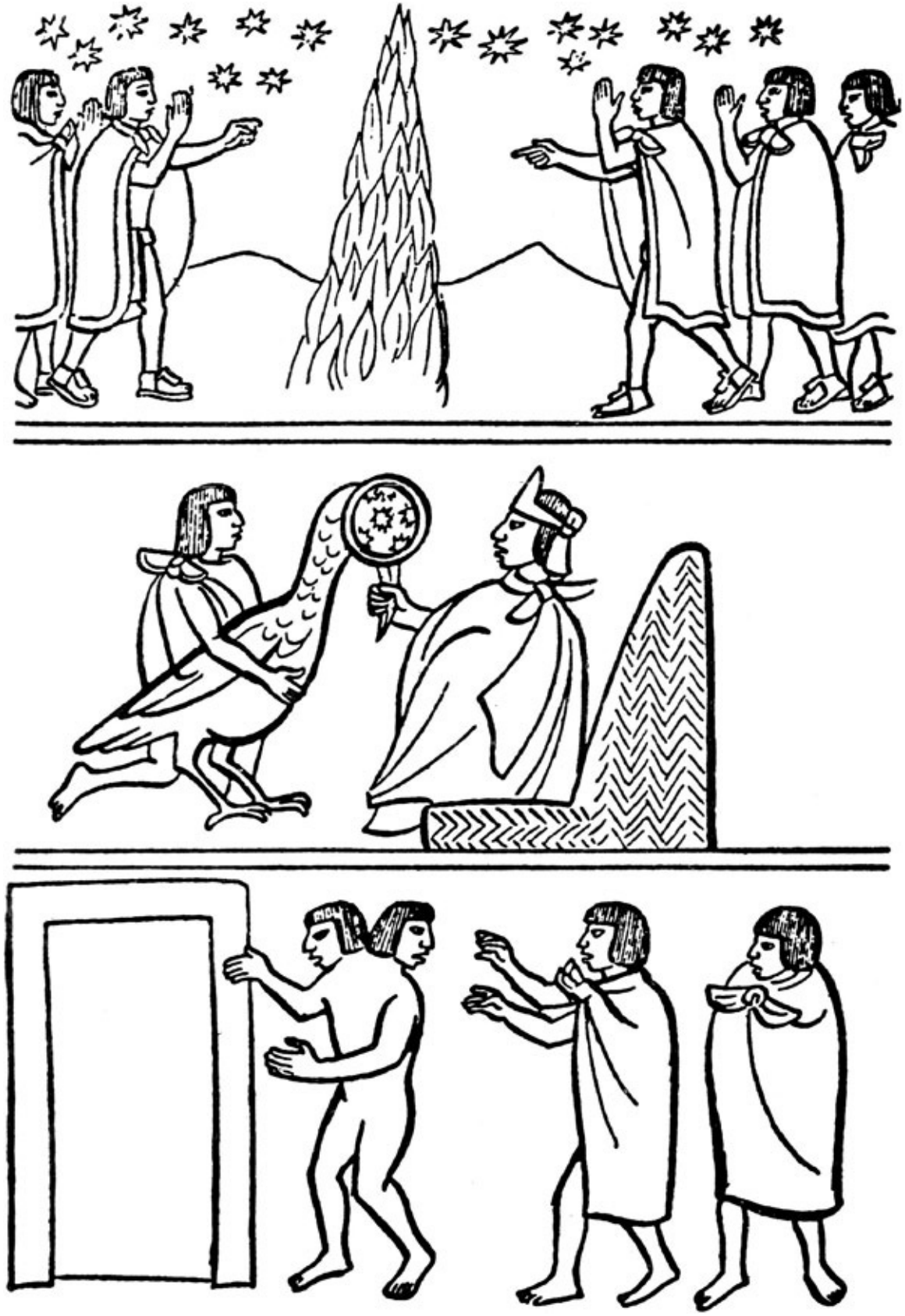
Pero ellos, queriendo dar la respuesta, se pusieron a ver: desapareció (todo): nada vieron.

Octavo presagio funesto: muchas veces se mostraban a la gente hombres deformes, personas monstruosas. De dos cabezas, pero un solo cuerpo. Las llevaban a la Casa de lo Negro; se las mostraban a Motecuhzoma. Cuando las había visto luego desaparecían[3].

Testimonio de Muñoz Camargo (Historia de Tlaxcala, escrita en castellano por su autor)[4].

Diez años antes que los españoles viniesen a esta tierra, hubo una señal que se tuvo por mala abusión, agüero y extraño prodigio, y fue que apareció

una columna de fuego muy flamígera, muy encendida, de mucha claridad y resplandor, con unas centellas que centelleaba en tanta espesura que parecía polvoreaba centellas, de tal manera, que la claridad que de ellas salía, hacía tan gran resplandor, que parecía la aurora de la mañana. La cual columna parecía estar clavada en el cielo, teniendo su principio desde el suelo de la tierra de do comenzaba de gran anchor, de suerte que desde el pie iba adelgazando, haciendo punta que llegaba a tocar el cielo en figura piramidal. La cual aparecía a la parte del mediodía y de medianoche para abajo hasta que amanecía, y era de día claro que con la fuerza del sol y su resplandor y rayos era vencida. La cual señal duró un año, comenzando desde el principio del año que cuentan los naturales de doce casas, que verificada en nuestra cuenta castellana, acaeció el año de 1517.



Presagios funestos *(Códice Florentino)*

Y cuando esta abusión y prodigio se veían, hacían los naturales grandes extremos de dolor, dando grandes gritos, voces y alaridos en señal de gran

espanto y dándose palmadas en las bocas, como lo suelen hacer. Todos estos llantos y tristeza iban acompañados de sacrificios de sangre y de cuerpos humanos como solían hacer en viéndose en alguna calamidad y tribulación, así como era el tiempo y la ocasión que se les ofrecía, así crecían los géneros de sacrificios y supersticiones.

Con esta tan grande alteración y sobresalto, acuitados de tan gran temor y espanto, tenían un continuo cuidado e imaginación de lo que podría significar tan extraña novedad, procuraban saber por adivinos y encantadores qué podrá significar una señal tan extraña en el mundo jamás vista ni oída. Hase de considerar que diez años antes de la venida de los españoles, comenzaron a verse estas señales, mas la cuenta que dicen de doce casas fue el año de 1517, dos años antes que los españoles llegasen a esta tierra.

El segundo prodigio, señal, agüero o abusión que los naturales de México tuvieron, fue que el templo del demonio se abrasó y quemó, el cual le llamaban el templo de Huitzilopuchtli, sin que persona alguna le pegase fuego, que está en el barrio de Tlacateco. Fue tan grande este incendio y tan repentino, que se salían por las puertas de dicho templo llamaradas de fuego que parecía llegaban al cielo, y en un instante se abrasó y ardió todo, sin poderse remediar cosa alguna «quedó deshecho», lo cual, cuando esto acaeció, no fue sin gran alboroto y alterna gritería, llamando y diciendo las gentes: «¡Ea Mexicanos! Venid a gran prisa y con presteza con cántaros de agua a apagar el fuego», y así las más gentes que pudieron acudir al socorro vinieron. Y cuando se acercaban a echar el agua y querer apagar el fuego, que a esto llegó multitud de gentes, entonces se encendía más la llama con gran fuerza, y así, sin ningún remedio, se acabó de quemar todo.

El tercer prodigio y señal fue que un rayo cayó en un templo idolátrico que tenía la techumbre paliza, que los naturales llamaban Xacal, el cual templo los naturales llamaban Tzonmolco, que era dedicado al ídolo Xiuhtecuhtli, lloviendo una agua menuda como una mullisma cayó del cielo sin trueno ni relámpago alguno sobre el dicho templo. Lo cual asimismo tuvieron por gran abusión, agüero y prodigio de muy mala señal, y se quemó y abrasó todo.

El cuarto prodigio fue, que siendo de día y habiendo sol, salieron cometas del cielo por el aire y de tres en tres por la parte de Occidente «que corrían hasta Oriente», con toda fuerza y violencia, que iban desechando y desapareciendo de sí brasas de fuego o centellas por donde corrían hasta el Oriente, y llevaban tan grandes colas, que tomaban muy gran distancia su

largor y grandeza; y al tiempo que estas señales se vieron, hubo alboroto, y asimismo muy gran ruido y gritería y alarido de gentes.

El quinto prodigio y señal fue que se alteró la laguna mexicana sin viento alguno, la cual hervía y rehervía y espumaba en tanta manera que se levantaba y alzaba en gran altura, de tal suerte, que el agua llegaba a bañar a más de la mitad de las casas de México, y muchas de ellas se cayeron y hundieron; y las cubrió y del todo se anegaron.

El sexto prodigio y señal fue que muchas veces y muchas noches, se oía una voz de mujer que a grandes voces lloraba y decía, anegándose con mucho llanto y grandes sollozos y suspiros: ¡oh hijos míos! Del todo nos vamos ya a perder… e otras veces decía: oh hijos míos, ¿a dónde os podré llevar y esconder?…

El séptimo prodigio fue que los laguneros de la laguna mexicana, nautas y piratas o canoístas cazadores, cazaron una ave parda a manera de grulla, la cual Incontinente la llevaron a Motecuhzoma para que la viese, el cual estaba en los Palacios de la sala negra habiendo ya declinado el sol hacia el poniente, que era de día claro, la cual ave era tan extraña y de tan gran admiración, que no se puede imaginar ni encarecer su gran extrañeza, la cual tenía en la cabeza una diadema redonda de la forma de un espejo redondo muy diáfano, claro y transparente, por la que se veía el cielo y los mastelejos y estrellas que los astrólogos llaman el signo de Géminis; y cuando esto vio Motecuhzoma le tuvo gran extrañeza y maravilla por gran agüero, prodigio, abusión y mala señal en ver por aquella diadema de aquel pájaro estrellas del cielo.

Y tornando segunda vez Motecuhzoma a ver y admirar por la diadema y cabeza del pájaro vio grande número de gentes, que venían marchando esparcidas y en escuadrones de mucha ordenanza, muy aderezados y a guisa de guerra, y batallando unos contra otros escaramuceando en figura de venados y otros animales, y entonces, como viese tantas visiones y tan disformes, mandó llamar a sus agoreros y adivinos que eran tenidos por sabios. Habiendo venido a su presencia, les dijo la causa de su admiración. Habéis de saber mis queridos sabios amigos, como yo he visto grandes y extrañas cosas por una diadema de un pájaro que me han traído por cosa nueva y extraña que jamás otra como ella se ha visto ni cazado, y por la misma diadema que es transparente como un espejo, he visto una manera de unas gentes que vienen en ordenanza, y porque los veáis, vedle vosotros y veréis lo propio que yo he visto.

Y queriendo responder a su señor de lo que les había parecido cosa tan inaudita, para idear sus juicios, adivinanzas y conjeturas o pronósticos, luego de improviso se desapareció el pájaro, y así no pudieron dar ningún juicio ni pronóstico cierto y verdadero.

El octavo prodigio y señal de México, fue que muchas veces se aparecían y veían dos hombres unidos en un cuerpo que los naturales los llaman Tlacaritzolli[5]. Y otras veían cuerpos, con dos cabezas procedentes de un solo cuerpo, los cuales eran llevados al palacio de la sala negra del gran Motecuhzoma, en donde llegando a ella desaparecían y se hacían invisibles todas estas señales y otras que a los naturales les pronosticaban su fin y acabamiento, porque decían que había de venir el fin y que todo el mundo se había de acabar y consumir, e que habían de ser creadas otras nuevas gentes e venir otros nuevos habitantes del mundo. Y así andaban tan tristes y despavoridos que no sabían que juicio sobre esto habían de hacer sobre cosas tan raras, peregrinas, tan nuevas y nunca vistas y oídas.

Los presagios y señales acaecidos en Tlaxcala

Sin estas señales, hubo otras en esta provincia de Tlaxcala antes de la venida de los españoles, muy poco antes. La primera señal fue que cada mañana se veía una claridad que salía de las partes de oriente, tres horas antes que el sol saliese, la cual claridad era a manera de una niebla blanca muy clara, la cual subía hasta el cielo, y no sabiéndose qué pudiera ser ponía gran espanto y admiración.

También veían otra señal maravillosa, y era que se levantaba un remolino de polvo a manera de una manga, la cual se levantaba desde encima de la Sierra Matlalcueye que llaman agora la Sierra de Tlaxcalla, la cual manga subía a tanta altura, que parecía llegaba al cielo[6]. Esta señal se vio muchas y diversas veces más de un año continuo, que asimismo ponía espanto y admiración, tan contraria a su natural y nación.

No pensaron ni entendieron sino que eran los dioses que habían bajado del cielo, y así con tan extraña novedad, voló la nueva por toda la tierra en poca o en mucha población. Como quiera que fuese, al fin se supo de la llegada de tan extraña y nueva gente, especialmente en México, donde era la cabeza de este imperio y monarquía[7].

CAPÍTULO II

Primeras noticias de la llegada de los españoles

De acuerdo con el testimonio de Alvarado Tezozómoc en su Crónica mexicana, perturbado Motecuhzoma por los varios presagios que se han descrito en los textos anteriores, hizo llamar a sabios y hechiceros con objeto de interrogarlos. Quería averiguar si había señales de próximas guerras, de desastres imprevistos, o de cualquier otra forma de desgracia.

Los nigrománticos en realidad no pudieron dar respuesta. Pero, en cambio, por ese tiempo apareció un pobre macehual (hombre del pueblo), venido de las costas del Golfo con las primeras noticias de la llegada de unas como «torres o cerros pequeños que venían flotando por encima del mar». En ellos venían gentes extrañas «de carnes muy blancas, más que nuestras carnes, todos los más tienen barba larga y el cabello hasta la oreja les da…». Tal noticia despertó la angustia de Motecuhzoma y, como veremos en el capítulo siguiente, movido a temor envió mensajeros y dones a quienes creyó que eran posiblemente Quetzalcóatl y otros dioses que volvían, según lo anunciado en sus códices y tradiciones.

Motecuhzoma interroga a los nigrománticos

Y mandó Motecuhzoma a Petlacálcatl[8], que llamase a todos los mayordomos de todos los pueblos; de cada pueblo el suyo. Díjoles que fuesen a los pueblos que ellos tenían encomendados, y le buscasen nigrománticos en los pueblos, y si los hallasen, se los trajesen. Y algunos mayordomos trajeron algunos de los cuales venidos y dado aviso de ello a Motecuhzoma, traídos ante él, entraron e hincaron una rodilla en el suelo, le hicieron gran reverencia y les dijo: ¿habéis visto algunas cosas en los cielos, o en la tierra, en las cuevas, lagos de agua honda, ojos, puentes o manantiales de agua, algunas voces, como de mujer dolorida, o de hombres; visiones, fantasmas u otras cosas de éstas?

Como no habían visto cosa de las que deseaba Motecuhzoma, ni de las que él les preguntaba daban razón, dijo a Petlacálcatl: llevadme a estos bellacos, y encerradlos en la cárcel de Cuauhcalco, de maderones, que ellos lo dirán, aunque no quieran. Otro día llamó a Petlacálcatl, y díjole: decidles a esos encantadores, que declaren alguna cosa, si vendrá enfermedad, pestilencia, hambre, langosta, terremotos de agua o secura de año, si lloverá o no, que lo digan; o si habrá guerra contra los mexicanos, o si vendrán muertes súbitas, o muertes por animales venidos, que no me lo oculten; o si han oído

llorar a Cihuacóatl, tan nombrada en el mundo, que cuando ha de suceder algo, lo interpreta ella primero, aún mucho antes de que suceda[9].

Respondieron los nigrománticos: ¿qué podemos decir? Que ya está dicho y tratado en el cielo lo que será, porque ya se nombró su nombre en el cielo, y lo que se trató de Motecuhzoma, que sobre él ante él, ha de suceder y pasar un misterio muy grande: y si de esto quiere nuestro rey Motecuhzoma saber, es tan poco, que luego será ello entendido, porque a quien se mandó presto vendrá, y esto es lo que decimos nosotros, para que esté satisfecho; y pues ello ha de ser así aguárdelo.

Fue luego Petlacálcatl y tratóselo de plano a Motecuhzoma, cómo presto vendría lo que había de venir. Admiróse Motecuhzoma de ver que conformaba esto con lo que le dejó dicho Nezahualpilli rey (de Tezococo, hijo de Nezahualcóyo). Díjole Motecuhzoma al mayordomo: preguntadles, que esto que ha de venir o suceder, de dónde ha de venir, del cielo o de la tierra; de qué parte, de qué lugar y que cuándo será.

Volvió Petlacálcatl a ratificar la pregunta a los encantadores, y entrando y abriendo las puertas, no halló a persona alguna, de que quedó muy espantado. Fue luego Petlacálcatl a contárselo a Motecuhzoma: llegado ante él dijo: señor mío, hacedme tajadas, o lo que más fuéredes servido: sabed, señor, que cuando llegué y abrí las puertas, estaba todo yermo, que uno ni ninguno parecía, pues yo también tengo especial cuenta, porque tengo allí viejos con la misma guarda de ellos y de otros, y no los sintieron salir, y creo que volaron, como son invisibles y se hacen todas las noches invisibles, y se van en un punto al cabo del mundo, esto deberían hacer.

Dijo Motecuhzoma: váyanse los bellacos; llamad a los principales Cuauhnochtli y Tlacochcálcatl[10] y a los demás, que vayan a los pueblos donde ellos están y maten a sus mujeres e hijos, que no quede uno ni ninguno y les derriben las casas. Hizo llamar muchos mancebos que fuesen con ellos a saquear las casas de las mujeres de los nigrománticos, los cuales se juntaron luego, y fueron a las casas de ellos, y mataron a sus mujeres, que las iban ahogando con unas sogas, y a los niños iban dando con ellos en las paredes haciéndolos pedazos, y hasta el cimiento de las casas arrancaron de raíz.

Llegada del macehual de las costas del Golfo

A pocos días vino un macehual (hombre del pueblo), de Mictlancuauhtla[11], que nadie lo envió, ni principal ninguno, sino sólo de su autoridad. Luego que llegó a México, se fue derecho al palacio de Motecuhzoma y díjole: señor y rey nuestro, perdóname mi atrevimiento. Yo soy natural de Mictlancuauhtla; llegué a las orillas de la mar grande, y vide andar en medio de la mar una sierra o cerro grande, que andaba de una parte a otra y no llega a las orillas, y esto jamás lo hemos visto, y como guardadores que somos de las orillas de la mar, estamos al cuidado. Dijo Motecuhzoma: sea norabuena, descansad. Y este indio que vino con esta nueva no tenía orejas, que era desorejado, tampoco tenía dedos en los pies, que los tenía cortados.

Díjole Motecuhzoma a Petlacálcatl, llevad a éste y ponedle en la cárcel del tablón, y mirad por él. Hizo llamar a un teuctlamacazqui (sacerdote) y díjole: id a Cuetlaxtlan, y decidle al que guarda el pueblo, que si es verdad que andan por la gran mar, no sé qué, ni lo que es, que lo vayan a ver, y qué es lo que guarda o encierra la mar del cielo, y esto sea con toda brevedad y presteza, y llevad consigo en vuestra compañía a Cuitlalpítoc.

Llegados a Cuetlaxtlan dijeron y contaron la embajada de Motecuhzoma, y estaba muy atento el cuetlaxtécatl, llamado Pínotl. Respondió (éste): señor, descansad y vayan luego prácticos que vean y anden las orillas de la mar, y verán lo que es. Fueron a registrar y volvieron a toda prisa a dar noticia al Calpixque Pínotl, diciéndole cómo era verdad, que andaban como dos torres o cerros pequeños por encima de la mar. Dijo el Teucnenenqui[12] a Pínotl: señor, quiero ir en persona a verlos y como son, para dar fe como testigo de vista, y estaré con esto satisfecho y haré la relación conforme lo que viere. Y así fue luego con otros más que eran el Cuitlalpítoc y otro Cuetlaxtécatl, y luego que llegaron vieron lo que andaba por la orilla del mar, y habían salido con un barco y estaban pescando siete u ocho de los del barco con anzuelos.

El Teucnenenqui y el Cuitlalpítoc: se subieron a un árbol, que llamaban árbol blanco, muy copudo, y desde allí los estaban mirando cómo cogían pescados y habiendo acabado de pescar, se volvieron otra vez a la nao con su batel o barquillo. Dijo el Teucnenenqui: vamos, Cuitlalpítoc. Bajáronse del árbol, y volvieron al pueblo de Cuetlaxtlan, y al instante se despidieron del Pínotl. Volviéronse con toda la brevedad posible a la gran ciudad de México-Tenochtitlan, a dar la razón, de lo que habían ido a ver.

Llegados a México, fuéronse derechos al palacio de Motecuhzoma, a quien hablaron con la reverencia y humildad debida. Dijéronle: señor y rey nuestro, es verdad que han venido no sé qué gentes, y han llegado a las orillas de la gran mar, las cuales andaban pescando con cañas y otros con una red que echaban. Hasta ya tarde estuvieron pescando, y luego entraron en una canoa pequeña y llegaron hasta las dos torres muy grandes y subían dentro, y las gentes serían como quince personas, con unos como sacos colorados, otros de azul, otros de pardo y de verde, y una color mugrienta como nuestro ychtilmatle[13], tan feo; otros encarnado, y en las cabezas traían puestos unos paños colorados, y eran bonetes de grana, otros muy grandes y redondos a manera de comales pequeños que deben de ser guardasol (que son sombreros) y las carnes de ellos muy blancas, más que nuestras carnes, excepto que todos los más tienen barba larga y el cabello hasta la oreja les da. Motecuhzoma estaba cabizbajo, que no habló cosa ninguna.

Preparativos ordenados por Motecuhzoma

Al cabo de gran rato habló Motecuhzoma y dijo: vos sois principales de mi casa y palacio; no puedo dar más fe ni crédito a otra persona más que a vos, porque me tratáis la verdad cada día: id ahora vos y el mayordomo, y traedme al que está preso en la cárcel, que vino por mensajero de la costa: idos por él a la cárcel adonde estaba entapiado. Fueron, y abriendo las puertas, no lo hallaron donde lo habían puesto, de que quedaron admirados y espantados. Fuéronselo a decir a Motecuhzoma, de que quedó más espantado y admirado, y dijo: en fin, es de la cosa natural, que casi todos son nigrománticos, pues mirad lo que os mando con pena, que si alguna cosa descubriéredes de lo que os digo, debajo de mi estrado os tengo de enterrar, y morirán vuestras mujeres e hijos, y os despojarán de todos vuestros bienes y desharán vuestras casas, hasta los postreros cimientos, hasta que salga agua de ellos, y asimismo morirán vuestros deudos y parientes; y traedme secretamente dos plateros muy buenos oficiales de obra primorosa, y dos lapidarios de los buenos gastadores de esmeraldas.

Dijéronle: señor, aquí están los oficiales que mandaste traer. Dijo Motecuhzoma: hacedlos entrar acá. Entraron y díjoles: venid acá, padres míos; habéis de saber que os envié a llamar para que hagáis cierta obra, y mirad que no lo descubráis a hijo de madre, so pena de las graves penas de tirar hasta los cimientos de casas, pérdida de bienes y muerte vuestra; de mujer, hijos y parientes, porque todos han de morir: cada uno ha de hacer dos obras, y se han de hacer delante de mí. Aquí secretamente en este palacio adonde ahora estamos: hase de hacer un ahogadero o cadena de oro de a cuatro dedos cada eslabón, muy delgado, y han de llevar estas piezas y medallas en medio unas esmeraldas ricas, y a los lados, como a manera de zarcillos, de dos en dos, y luego se harán unas muñequeras de oro y su cadena de oro colgando de él, y esto con toda la brevedad del mundo.

A los otros oficiales les mandó hacer dos amosqueadores grandes de rica plumería y en medio una media luna de oro, y de la otra parte el sol muy bien bruñido el oro, con muy rica plumería. Y a los lapidarios les mandó hacer a cada uno, dos muñequeras de dos, o para las dos manos y para los dos pies, de oro, en medio engastada ricas esmeraldas. Y mandó al mayordomo Petlacálcatl, que trajese luego secretamente mucho oro que estaba en cañutos, y mucha plumería rica de la menuda, la más suprema de las aves «tlauhquechol» y «tzinitzcan zacuan»[14], y muchas esmeraldas y otras piedras ricas de muy gran valor: todo lo cual dieron a los oficiales, y en pocos días fue acabada toda la obra. Y una mañana, luego que se levantó Motecuhzoma, enviaron a uno de los corcovados a rogar al rey Motecuhzoma que se llegase al aposento de los oficiales.

Habiendo entrado, después de haberle hecho todos gran reverencia, le dijeron: señor nuestro, la obra toda está de todo punto acabada: véisla aquí, señor. Parecióle muy bien todo lo hecho a Motecuhzoma. Díjoles que estaba muy bien hecho y a su contento y placer.

Hizo llamar a Petlacálcatl su real mayordomo y díjole: a cada uno de estos mis abuelos, dadles a cada uno una carga de mantas de las de a diez brazas y de a ocho, y de a cuatro, y mantas ricas, pañetes, huipiles, naguas para mis abuelas, maíz, chile, pepita, algodón, frijol, a cada uno igualmente, y con esto se fueron muy contentos los oficiales a sus casas…[15]

Capítulo III

Las idas y venidas de los mensajeros

Hablan los textos indígenas, principalmente los informantes de Sahagún, acerca de las varias idas y venidas de los mensajeros de Motecuhzoma hacia las costas del golfo, por donde habían aparecido los forasteros. Se ofrecen primero algunos textos tomados del Códice Florentino *referentes a las instrucciones dadas por Motecuhzoma a sus mensajeros. En dichos textos aparece claramente la proyección que hicieron los nahuas de sus antiguas ideas para explicarse la venida de los españoles: pensaban que el recién llegado era Quetzalcóatl, Nuestro Príncipe.*

A continuación, relatan los indios el modo como llegaron los mensajeros hasta la orilla del mar, siendo allí recibidos por los españoles, a quienes entregaron los dones enviados por Motecuhzoma. Es particularmente interesante la descripción que hacen los indios de los dones ofrecidos a Cortés y del modo como éste trató luego de atemorizarlos, disparando ante su vista un arcabuz.

La tercera parte de este capítulo trata del regreso de los mensajeros de Motecuhzoma a México-Tenochtitlan y de los informes que dan a éste, acerca de cómo eran los españoles, sus cañones, los animales en que venían montados, especie de «venados» enormes, pero sin cuernos, sus perros, etcétera.

Motecuhzoma instruye a sus mensajeros

Motecuhzoma luego dio órdenes al de Cuetlaxtlan, Pínotl, y a todos ellos. Les dijo:

—Dad orden: que haya vigilancia por todas partes en la orilla del agua, en donde se llama Nauhtla, Tuztlan, Mictlancuauhtla. Por donde ellos (los forasteros) vienen a salir.

Inmediatamente se fueron los mayordomos. Dieron órdenes de que hubiera vigilancia.

Por su parte Motecuhzoma hizo junta con sus príncipes:

El Cihuacóatl Tlilpotonqui, el Tlacochcálcatl Cuappiaztzin, el Tizociahuácatl Quetzalaztatzin, el Huiznahuatlailótlac Hecateupatiltzin. Les hizo oír el relato y les mostró, les puso a la vista los collares que había mandado hacer.

Les dijo:

—Hemos admirado las turquesas azules. Se guardarán bien. Los tesoreros las guardarán bien. Si dejan que se pierda alguna, nuestras serán sus casas, nuestros hijos, los que están en el seno materno.

E hizo su turno el año, que linda con 13-Conejo. Y cuando a va a tener fin, al ya acabarse el año 13-Conejo, vienen a salir, son otra vez vistos.

Luego presurosos vienen a dar cuenta a Motecuhzoma. Al saberlo, también deprisa envía mensajeros. Era como si pensara que el recién llegado era nuestro príncipe Quetzalcóatl.

Así estaba en su corazón: venir sólo, salir acá: vendrá para conocer su sitio de trono y solio. Como que por eso se fue recto, al tiempo que se fue.

Envió Motecuhzoma cinco que lo fueran a encontrar, que le fueran a regalar dones. Los guiaba un sacerdote, el que tenía a cargo y bajo su nombre el santuario de Yohualichan.

En segunda, el de Tepoztlan; el tercero, el de Tizatlan; el cuarto era el de Huehuetlan, y el quinto, el de Mictlan grande.

Les dijo:

—Venid acá, caballeros tigres, venid acá.

Dizque otra vez ha salido tierra nuestro señor.

Id a su encuentro, id a hacerle oír: poned buena oreja a lo que él os diga. Buena oreja tenéis que guardar.

Los dones que se ofrecen a los recién venidos

He aquí con lo que habéis de llegar a nuestro señor:

Este es el tesoro de Quetzalcóatl:

Una máscara de serpiente, de hechura de turquesas.

Un travesaño para el pecho, hecho de plumas de quetzal.

Un collar tejido a manera de petatillo: en medio tiene colocado un disco de oro.

Y un escudo de travesaños de oro, o bien con travesaños de concha nácar: tiene plumas de quetzal en el borde y unas banderolas de la misma pluma.

También un espejo de los que se ponen al trasero los danzantes, guarnecido de plumas de quetzal. Ese espejo parece un escudo de turquesas: es mosaico de turquesas, de turquesas está incrustado, tachonado de turquesas.

Y una ajorca de chalchihuites[16], con cascabelillos de oro.

Igualmente, un lanza-dardos guarnecido de turquesas: todo de turquesas lleno, es como si tuviera cabecillas de serpiente; tiene cabezas de serpiente.

Y unas sandalias de obsidiana.

En segundo lugar les dio el atavío de Tezcatlipoca:

Un capacete de forma cónica, amarillo, por el oro, lleno todo él de estrellas.

Y sus orejeras adornadas con cascabeles de oro.

Y un collar de concha fina: un collar que cubre el pecho, con hechura de caracoles, que parecen esparcirse desde su borde. Y un chalequillo todo pintado, con el ribete con sus ojillos: en su ribete hay pluma fina que parece espuma.

Un manto de hilos atados de color azul, éste se llama el «campaneante resonador». A las orejas se alza allí se ata.

También está colocado un espejo de dorso.

Y también un juego de cascabeles de oro que se atan al tobillo.

Y un juego de sandalias de color blanco.

En tercer lugar, el atavío de Tlalocan Tecuhtli; (señor del Tlalocan):

Una peluca de plumas de quetzal y de garza: toda hecha de pluma de quetzal, llena totalmente de pluma de quetzal; como que verdeguea, como que está verdegueando, y sobre ella, un travesaño hecho de oro y concha nácar.

Unas orejeras en forma de serpiente, hechas de chalchihuite.

Su chalequillo matizado con chalchihuites.

Su collar: un collar de chalchihuites, tejidos en petatillo, también con un disco de oro.

También un espejo para la parte de atrás, tal como se dijo, también con campanillas.

La manta con que se cubre, con bordes de anillos rojos, y cascabeles para el pie, hechos de oro.

Y su bastón de forma serpentina con mosaico de turquesas.

En cuarto lugar, también el atavío de Quetzalcóatl:

Una diadema de piel de tigre con plumas de faisán: sobre ella hay una enorme piedra verde: con ésta está ataviada la cabeza.

Y orejeras de turquesas, de forma redonda, de las cuales pende un zarcillo curvo de concha y oro.

Y un collar de chalchihuites tejido en manera de petatillo: también en el medio yace un disco de oro.

Y la manta con que se cubre, con ribetes rojos.

También requiere en el pie cascabeles de oro.

Y un escudo de oro, perforado en el medio, con plumas de quetzal tendidas en su borde; también con banderola de quetzal.

Y el cayado torcido propio de Ehécatl: curvo por arriba, con piedras preciosas blancas, constelado.

Y sus sandalias de espuma.

Allí están todos los géneros de insignias que se llaman «insignias divinas». Fueron puestos en posesión de los embajadores. Y aún muchos más objetos que llevaron como regalos de bienvenida:

Un capacete de caracol hecho de oro.

Una diadema de oro.

Luego esto fue acomodado en cestones, fue dispuesto en armadijos para la carga.

Y por lo que toca a los cinco mencionados, luego les da órdenes Motecuhzoma, les dice:

—Id, no os demoréis. Haced acatamiento a nuestro señor el dios. Decidle:

—«Nos envía acá tu lugarteniente Motecuhzoma. He aquí lo que te da en agasajo al llegar a tu morada de México».

Llegan los mensajeros ante los españoles

Pues cuando hubieron llegado al borde del mar, los trasportaron, en barcas los llevaron a Xicalanco.

Otra vez allí los tomaron en barcas, los llevaron los marineros: todos los objetos pusieron en barcas, los colocaron, los metieron en ellas.

Y metidos ya en sus canoas, por el río fueron, llegaron a las barcas de aquéllos (de los españoles), se repegaron a sus barcas.

Ellos (los españoles) les dijeron:

—¿Quiénes sois vosotros? ¿De dónde vinísteis?

—Hemos venido de México[17].

Otra vez les dijeron:

—Puede ser o no ser que vosotros de allá procedáis, o tal vez no más lo inventáis; tal vez no más que nosotros os estáis burlando.

Pero su corazón se convenció, quedó satisfecho su corazón. Luego pusieron un gancho en la proa de la nave; con ella los levantaron estirando, luego pararon una escala.

Por tanto, subieron a la nave. Iban llevando en los barcos los objetos. Uno a uno hicieron la ceremonia de tocar la tierra con la boca delante del capitán (o sea, hicieron reverencia y juramento).

En seguida le hacen una arenga, le dicen:

—Dígnese oírlo el dios: viene a rendir homenaje su lugarteniente Motecuhzoma. Él tiene en cargo la ciudad de México. Dice: «Cansado ha quedado, fatigado está el dios».

En seguida atavían al capitán. Le pusieron con esmero la máscara de turquesa, en ella estaba fijada la banda travesaña de pluma de quetzal.

Y de esta máscara va pendiendo, en ella está la orejera de uno y otro lado.

Y le pusieron el chalequillo, lo enchalecaron. Y le pusieron al cuello el collar de petatillo: el petatillo de chalchihuites: en medio tiene un disco de oro.

Después, en su cadera le ataron el espejo que cae hacia atrás y también le revistieron por la espalda la manta llamada «campanillante».

Y en sus pies le colocaron las grebas que usan los huastecos, consteladas de chalchihuites, con sus cascabeles de oro.

También le dieron, en su mano le pusieron el escudo que tiene travesaño de oro y de concha nácar, con sus flecos de pluma de quetzal y sus banderolas de lo mismo.

Ante su vista pusieron las sandalias de obsidiana.

En cuanto a los otros tres géneros de atavíos divinos, no hicieron más que colocarlos enfrente de él, los ordenaron allí.

Así las cosas, díjoles el capitán:

—¿Acaso ésta es toda vuestra ofrenda de bienvenida? ¿Aquello con que os llegáis a las personas?

Dijeron ellos:

—Es todo: con eso hemos venido, señor nuestro.

Cortés trata de poner temor en los indios

Entonces dio órdenes el capitán; en consecuencia, fueron atados (los indios); les pusieron hierros en los pies y en el cuello. Hecho eso, dispararon el cañón grande.

Y en este momento los enviados perdieron el juicio, quedaron desmayados. Cayeron, se doblaron cada uno por su lado: ya no estuvieron más en sí.

Los españoles, por su parte, los levantaron, los alzaron, les dieron de beber vino, y en seguida, les dieron de comer, los hicieron comer. Con esto, recobraron su aliento, se reconfortaron.

Así las cosas, les dijo el capitán:

—Oídlo: he sabido, ha llegado a mi oído, que dizque los mexicanos son muy fuertes, que son muy guerreros, que son muy tremendos.

Si es un solo mexicano, muy bien pone en fuga, bien hace retroceder, bien vence, bien sobrepasa, aunque de veras sean diez y acaso aun si son veinte los guerreros.

Pues ahora mi corazón quiere quedar convencido: voy a ver yo, voy a

experimentar qué tan fuertes sois, ¡qué tan machos!

Les dio en seguida escudos de cuero, espadas y lanzas. Y además (dijo):

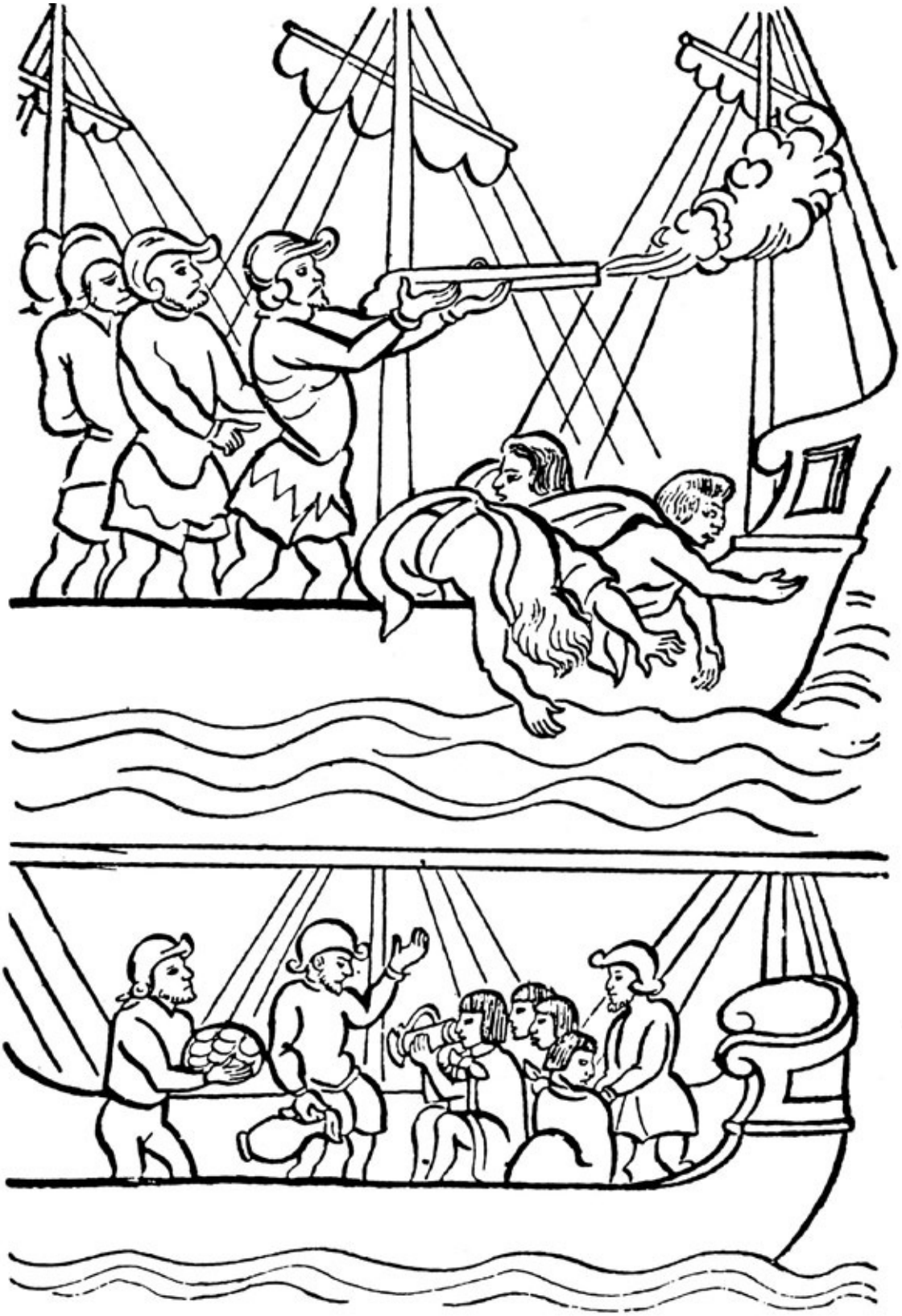
—Muy tempranito, al alba se hará: vamos a contender unos con otros: vamos a hacer torneo en parejas; nos desafiaremos. Tendremos conocimiento de las cosas. ¡A ver quién cae al suelo!

Respondieron al capitán, le dijeron:

—Óigalo el señor: ¡puede ser que esto no nos lo mandara Motecuhzoma, lugarteniente tuyo!… En exclusiva comisión hemos venido, a dar reposo y descanso hemos venido, a que nos saludemos unos a otros. No es de nuestra incumbencia lo que el señor quiere. Pero si tal cosa hiciéramos, pudiera ser que por ello se enojara mucho Motecuhzoma. Por esto acabara con nosotros.

Dijo al punto el capitán:

—No, se tiene que hacer. Quiero ver, quiero admirar: ha corrido fama en Castilla de que dizque sois muy fuertes, muy gente de guerra. Por ahora, comed muy temprano: también yo comeré. ¡Mucho ánimo!



Los españoles reciben a los mensajeros de Motecuhzoma *(Códice Florentino)*

Después los despachó, los hizo bajar a su navío de ellos (de los indios). No bien hubieron bajado a su nave, remaron fuertemente. Se remaba con

ardiente afán. Algunos aun con las manos remaban, iban con el alma afanada. Se decían unos a otros presurosos:

—¡Mis capitanes, con todas vuestras fuerzas!… ¡Remad esforzadamente. No vaya a sucedemos algo aquí! ¡Que nada nos pase!…

Con toda prisa llegaron por el mar hasta el sitio llamado Xicalanco.

Con trabajos tomaron aliento allí. Luego con gran empeño siguieron su camino. Llegaron a Tecpantlayacac. De allí se pusieron en camino, fueron de marcha y llegaron presurosos a Cuetlaxtlan. Tal como en su viaje de ida, tomaron allí aliento.

Y el cuextlaxteca les dijo:

—¡Siquiera un día descansen! ¡Siquiera tomen aliento!

Pero ellos le dijeron:

—¡Pues no! Estamos deprisa: vamos a darle cuenta al señor rey Motecuhzoma. Le diremos qué hemos visto. Cosa muy digna de asombro. ¡Nunca cosa así se vio! O, ¿acaso tú antes lo oíste?

Regreso de los mensajeros

Luego deprisa se fueron, hasta México llegaron. Y entraron no más de noche; sólo en la noche llegaron.

Y cuando esto sucedió, Motecuhzoma ya no supo de sueño, ya no supo de comida. Ya nadie con él hablaba. Y si alguna cosa hacía, la tenía como cosa vana. Casi cada momento suspiraba. Estaba desmoralizado, se tenía como un abatido.

Ya nada que da dicha, ya no cosa que da placer, ya no cosa de deleite le importaba.

Y por todo esto decía:

—«¿Qué sucederá con nosotros? ¿Quién de veras queda en pie?

¡Ah, en otro tiempo yo fui!… ¡Vulnerado de muerte está mi corazón! ¡Cual si estuviera sumergido en chile, mucho se angustia, mucho arde!… ¿Adónde, pues, nuestro señor?».

Entonces dio órdenes a los que tenían el cargo de vigilar, los que guardan sus principales cosas. Les dijo:

—Aun cuando durmiendo esté, avisadme: —Ya llegaron los que enviaste

a la mar.

Pero cuando fueron a decirlo, dijo al momento:

—Aquí no los quiero oír. Los oiré allá en la Casa de la Serpiente. Que allá vayan.

Y viene a dar orden, dice: ¡que se tiñan de greda dos cautivos!…

Y luego fueron a la Casa de la Serpiente los enviados. También él, Motecuhzoma. Luego a sus ojos fueron los sacrificios. Abrieron el pecho a los cautivos: con su sangre rociaron a los enviados.

La razón de hacer tal cosa, es haber ido por camino muy difícil; por haber visto a los dioses; haber fijado sus ojos en su cara y en su cabeza. ¡Bien con los dioses conversaron!…

Lo que vieron los mensajeros

Hecho esto, luego dan cuenta a Motecuhzoma. Le dijeron en qué forma se habían ido a admirar y lo que estuvieron viendo, y cómo es la comida de aquéllos.

Y cuando él hubo oído lo que le comunicaron los enviados, mucho se espantó, mucho se admiró. Y le llamó a asombro en gran manera su alimento.

También mucho espanto le causó el oír cómo estalla el canon, cómo retumba su estrépito, y cómo se desmaya uno; se le aturden a uno los oídos.

Y cuando cae el tiro, una como bola de piedra sale de sus entrañas: va lloviendo fuego, va destilando chispas, y el humo que de él sale, es muy pestilente, huele a lodo podrido, penetra hasta el cerebro causando molestia.

Pues si va a dar contra un cerro, como que lo hiende, lo resquebraja, y si da contra un árbol, lo destroza hecho astillas, como si fuera algo admirable, cual si alguien le hubiera soplado desde el interior.

Sus aderezos de guerra son todos de hierro: hierro se visten, hierro ponen como capacete a sus cabezas, hierro son sus espadas, hierro sus arcos, hierro sus escudos, hierro sus lanzas.

Los soportan en sus lomos sus «venados». Tan altos están como los techos.

Por todas partes vienen envueltos sus cuerpos, solamente aparecen sus caras. Son blancas, son como si fueran de cal. Tienen el cabello amarillo, aunque algunos lo tienen negro. Larga su barba es, también amarilla; el bigote

también tienen amarillo. Son de pelo crespo y fino, un poco encarrujado.

En cuanto a sus alimentos, son como alimentos humanos: grandes, blancos, no pesado, cual si fueran paja. Cual madera de caña de maíz, y como de médula de caña de maíz es su sabor. Un poco dulces, un poco como enmielados: se comen como miel, son comida dulce.

Pues sus perros son enormes, de orejas ondulantes y aplastadas, de grandes lenguas colgantes; tienen ojos que derraman fuego, están echando chispas: sus ojos son amarillos, de color intensamente amarillo.

Sus panzas, ahuecadas, alargadas como angarilla, acanaladas.

Son muy fuertes y robustos, no están quietos, andan jadeando, andan con la lengua colgando. Manchados de color como tigres, con muchas manchas de colores.

Cuando hubo oído todo esto Motecuhzoma se llenó de gran temor y como se le amorteció el corazón, se le encogió el corazón, se le abatió con la angustia[18].

CAPÍTULO IV

Actitud psicológica de Motecuhzoma

Enterado por los informes de sus mensajeros de la llegada de esos forasteros que traían consigo animales y cosas tan extrañas, el ánimo de Motecuhzoma se turbó cada vez más. Los informantes de Sahagún refieren cómo envió toda clase de magos y brujos para causar algún maleficio a los españoles e impedir se acercaran a México-Tenochtitlan. En medio de sus dudas, pensando que posiblemente fueran dioses, Motecuhzoma envió también cautivos para que fueran sacrificados en su presencia. Los informantes nos describen vivamente cuál fue la reacción de los españoles al enterarse de esto.

El texto indica también por qué fueron llamados «dioses» los conquistadores. Antes de «inventar» una imagen capaz de explicar la presencia de los forasteros, por una especie de proyección, se les aplica el viejo mito del retorno de Quetzalcóatl. Se pensó que eran los dioses venidos del cielo, los dioses que regresaban.

Los magos fracasaron en su intento de causar un maleficio a los españoles, para lograr que decidieran mejor alejarse, Los mensajeros comunican todo esto a Motecuhzoma.

En México-Tenochtitlan, tanto Motecuhzoma como el pueblo en general viven intensos días de terror. «Los dioses», o unos extraños forasteros, venidos de más allá del mar inmenso, amenazan con acercarse a la gran capital azteca. El texto indígena nos pinta algo así como un retrato psicológico de la figura de Motecuhzoma agobiado por las dudas y las vacilaciones. Al fin vemos al gran tlataoani (o rey) resignado, dominando su corazón para ver y admirar lo que habrá de suceder.

Motecuhzoma envía magos y hechiceros

En este tiempo precisamente despachó una misión Motecuhzoma. Envió todos cuantos pudo, hombres inhumanos, los presagiadores, los magos. También envió guerreros, valientes, gente de mando.

Ellos tenían que tener a su cargo todo lo que les fuera menester de cosas de comer: gallinas de la tierra, huevos de éstas, tortillas blancas. Y todo lo que aquéllos (los españoles) pidieran, o con que su corazón quedara satisfecho. Que los vieran bien.

Envió cautivos con que les hicieran sacrificio: quién sabe si quisieran beber su sangre. Y así lo hicieron los enviados.

Pero cuando ellos (los españoles) vieron aquello (las víctimas) sintieron mucho asco, escupieron, se restregaban las pestañas; cerraban los ojos, movían la cabeza. Y la comida que estaba manchada de sangre, la desecharon con náusea; ensangrentada hedía fuertemente, causaba asco, como si fuera una sangre podrida.

Y la razón de haber obrado así Motecuhzoma es que él tenía la creencia de que ellos eran dioses, por dioses los tenía y como a dioses los adoraba. Por esto fueron llamados, fueron designados como «Dioses venidos del cielo». Y en cuanto a los negros, fueron dichos: «divinos sucios».

Hasta entonces comieron las tortillas blancas, los huevos, las gallinas, y toda especie de frutos como son:

Zapote de árbol (zapotes de varios géneros).

Tezonzapote (mamey).

Aztazapote (zapote blanco).

Zapote caca de gallina (tal vez el chicozapote).

Camote, cuauhcamote, poxcauhcamote (camote manchado: morado), xochicamote (camote morado), tlapalcamote (camote rojo).

Jícama, mazaxócotl (¿fruta del venado?), fruta del río (atoyajacote), guayaba (xalxócotl).

Cuauhjilotes, aguacates, huajes, tejocotes, capulines, tunas, tunas rojas, tunas de dulce, tunas de zapote, tunas de agua.

También comida para los «venados» (caballos); punta de tule, recortes de hierba.

Y aun dizque (los envió) para que vieran qué casta de gente era aquélla: a

ver si podían hacerles algún hechizo, procurarles algún maleficio. Pudiera ser que les soplaran algún aire, o les echaran algunas llagas, o bien alguna cosa por este estilo les produjeran.

O también pudiera ser que con alguna palabra de encantamiento les hablaran largamente, y con ella tal vez los enfermaran, o se murieran, o acaso se regresaran a donde habían venido.

Por su parte ellos hicieron su oficio, su comisión para con los españoles, pero de nada fueron capaces en absoluto, nada pudieron hacer.

Se informa a Motecuhzoma del fracaso de los magos

En consecuencia, al momento regresaron presurosos, dieron cuenta a Motecuhzoma de qué condición eran, y cuán fuertes:

—¡No somos sus contendientes iguales, somos como unas nadas!

Por lo tanto, Motecuhzoma dio órdenes rigurosas: intimó con enojo, punzantemente mandó, bajo amenaza de muerte impuso precepto a los mayordomos y a todos los principales, capitanes, de que vieran y cuidaran esmeradamente sobre todo lo que aquéllos pudieran necesitar.

Y cuando salieron de sus naves (los españoles) y al fin ya van a emprender la marcha hacia acá, y ya están en movimiento, ya van siguiendo su camino, fueron muy esmeradamente cuidados, se les hicieron honores: venían bajo el amparo de ellos, vinieron siguiendo su camino: mucho se hizo en favor suyo.

La angustia de Motecuhzoma y del pueblo en general

Ahora bien, Motecuhzoma cavilaba en aquellas cosas, estaba preocupado; lleno de terror, de miedo: cavilaba qué iba a acontecer con la ciudad. Y todo el mundo estaba muy temeroso. Había gran espanto y había terror. Se discutían las cosas, se hablaba de lo sucedido.

Hay juntas, hay discusiones, se forman corrillos, hay llanto, se hace largo llanto, se llora por los otros. Van con la cabeza caída, andan cabizbajos. Entre llanto se saludan; se lloran unos a otros al saludarse. Hay intento de animar a la gente, se reaniman unos a otros. Hacen caricias a otros, los niños son acariciados.

Los padres de familia dicen:

—¡Ay, hijitos míos!… ¿Qué pasará con vosotros? ¡Oh, en vosotros sucedió lo que va a suceder!…

Y las madres de familia dicen:

—¡Hijitos míos! ¿Cómo podréis vosotros ver con asombro lo que va a venir sobre vosotros?

También se dijo, se puso ante los ojos, se le hizo saber a Motecuhzoma, se le comunicó y se le dio a oír, para que en su corazón quedara bien puesto.

Una mujer, de nosotros los de aquí, los viene acompañando, viene hablando en lengua náhuatl. Su nombre, Malintzin; su casa, Teticpac. Allá en la costa primeramente la cogieron…

Por este tiempo también fue cuando ellos (los españoles), hacían con instancia preguntas tocante a Motecuhzoma: cómo era, si acaso muchacho, si acaso hombre maduro, si acaso viejo. Si aún tenía vigor, o si ya tenía sentido de viejo, si acaso ya era un hombre anciano, si tenía cabeza blanca.

Y les respondían a los «dioses», a los españoles:

—Es hombre maduro; no grueso, sino delgado, un poco enjuto; no más cenceño, de fino cuerpo.

Motecuhzoma piensa en huir

Pues cuando oía Motecuhzoma que mucho se indagaba sobre él, que se escudriñaba su persona, que los «dioses» mucho deseaban verle la cara, como que se le apretaba el corazón, se llenaba de grande angustia. Estaba para huir, tenía deseos de huir; anhelaba esconderse huyendo, estaba para huir. Intentaba esconderse, ansiaba esconderse. Se les quería esconder, se les quería escabullir a los «dioses».

Y pensaba y tuvo el pensamiento; proyectaba y tuvo el proyecto; planeaba y tuvo el plan; meditaba y andaba meditando en irse a meter al interior de alguna cueva.

Y a algunos de aquéllos en quienes tenía puesto el corazón, en quienes el corazón estaba firme en quienes tenían gran confianza, los hacía sabedores de ello. Ellos le decían:

—«Se sabe el lugar de los muertos, la Casa del Sol, y la Tierra de Tláloc, y la Casa de Cintli. Allá habrá que ir. En donde sea tu buena voluntad».

Por su parte él tenía su deseo: deseaba ir a la Casa de Cintli (templo de la diosa del maíz).

Así se pudo saber, así se divulgó entre la gente.

Pero esto no lo pudo. No pudo ocultarse, no pudo esconderse. Ya no estaba válido, ya no estaba ardoroso; ya nada se pudo hacer.

La palabra de los encantadores con que habían trastornado su corazón, con que se lo habían desgarrado, se lo habían hecho estar como girando, se lo habían dejado lacio y decaído, lo tenía totalmente incierto e inseguro por saber (si podría ocultarse) allá donde se ha mencionado.

No hizo más que esperarlos. No hizo más que resolverlo en su corazón, no hizo más que resignarse; dominó finalmente su corazón, se recomió en su interior, lo dejó en disposición de ver y de admirar lo que habría de suceder[19].

Capítulo V

Los españoles se ponen en marcha: llegada a Tlaxcala y Cholula

No obstante los esfuerzos de los mensajeros de Motecuhzoma con el fin de impedir que los españoles trataran de acercarse a México-Tenochtitlan, la gente de Cortés decidió ponerse en marcha. Los dos textos indígenas que se transcriben en este capítulo, el primero de los informantes indígenas de Sahagún y el segundo de la Historia de Tlaxcala *de Muñoz Camargo, nos relatan la llegada de los españoles a Tlaxcala y Cholula.*

La sección de los informantes indígenas da cuenta del primer combate tenido por los españoles con un grupo de otomíes procedentes de Tecoac. Se refiere en seguida cómo decidieron los tlaxcaltecas recibir en son de paz a los extranjeros. Llegados ya los españoles, muy pronto empezaron los tlaxcaltecas a intrigar en contra de la gente de Cholula y de los mexicas.

Es interesante ver la doble versión que acerca de los motivos de la matanza perpetrada por los españoles en Cholula nos dan, por una parte los informantes de Sahagún y por otra el autor de la Historia de Tlaxcala. *Según los primeros, todo se debió a intrigas de los tlaxcaltecas «cuya alma ardía contra los de Cholula». La versión de la* Historia de Tlaxcala *es en cambio distinta: se dice que los cholultecas dieron ocasión a su propia destrucción, al no haberse sometido a los españoles y al asesinar traidoramente a Patlahuatzin, embajador tlaxcalteca, que incitaba a los cholultecas a alzarse con los españoles. Esta versión, inventada tal vez por los tlaxcaltecas, para excusar su participación en la matanza de Cholula, no encuentran corroboración, ni en la* Historia *de Bernal Díaz del Castillo, ni en las* Cartas de relación *de Cortés.*

Los españoles se ponen en marcha

Pues al fin vienen, los españoles ya se pusieron en marcha hacia acá.

Un hombre de Cempoalla, llamado el Tlacochcálcatl, también primero lo habían hallado cuando vinieron a ver tierras y ciudades, también venía hablando náhuatl. Este les viene preparando el camino, éste les viene haciendo cortar caminos, éste les viene dando el verdadero camino. Los guiaba, los traía, viniendo por delante.

Y cuando a Tecoac llegaron, fue en tierra de tlaxcaltecas, en donde estaban poblando sus otomíes. Pues esos otomíes les salieron al encuentro en son de guerra; con escudos les dieron la bienvenida.

Pero a los otomíes de Tecoac muy bien los arruinaron, totalmente los vencieron. Los dividieron en bandas, hubo división de grupos. Los cañonearon, los asediaron con la espada, los flecharon con sus arcos. Y no

unos pocos sólo, sino todos perecieron.

Y cuando Tecoac fue derrotada, los tlaxcaltecas lo oyeron, lo supieron: se les dijo. Mucho se amedrentaron, sintieron ansias de muerte. Les sobrevino gran miedo, y de temor se llenaron.

Entonces se congregaron, en asamblea se reunieron. Se reunieron los caudillos, los capitanes se juntaron. Unos a otros se decían el hecho, y dijeron:

—«¿Cómo seremos? ¿Iremos a su encuentro? ¡Muy macho y muy guerrero es el otomí: en nada lo tuvieron, como nada lo miraron!…».

¡Todo con una mirada, todo con un volver de ojos acabaron con el infeliz macehual!…

Pues ahora, entremos a su lado; hagámonos sus amigos, seamos amigos suyos. ¡Los de abajo están arruinados!…

Llegada a Tlaxcala

Pues en seguida van a darles encuentro, los señores de Tlaxcala. Llevaron consigo comida: gallinas de la tierra, huevos, tortillas blancas, tortillas finas.

Les dijeron:

—Os habéis fatigado, señores nuestros.

Respondieron ellos:

—¿Dónde es su casa? ¿De dónde han venido?

Dijeron:

—Somos de Tlaxcala. Os habéis fatigado, habéis llegado y habéis entrado a vuestra tierra: es vuestra casa Tlaxcala. Es vuestra casa la Ciudad del águila, Tlaxcala.

Pues allá en la antigüedad se llamaba Texcala: sus habitantes se designaban texcaltecas[20].

Los condujeron, los llevaron, los fueron guiando. Los fueron a dejar, los hicieron entrar a su casa real.

Mucho los honraron, les proporcionaron todo lo que les era menester, con ellos estuvieron en unión y luego les dieron sus hijas.

Luego ellos preguntaron:

—¿Dónde es México? ¿Qué tan lejos es?

Les respondieron:

—Ya no es lejos. Tal vez en tres días se llegará. Es muy buen lugar. Y muy valientes, muy guerreros, conquistadores. Por todo lugar andan conquistando.

Intrigas contra los de Cholula

Pero los de Tlaxcala ha tiempo están en guerra, ven con enojo, ven con mala alma, están en disgusto, se les arde el alma contra los de Cholula. Esta fue la razón de que le dieran hablillas (al conquistador) para que acabara con ellos.

Le dijeron:

—Es un gran perverso nuestro enemigo el de Cholula. Tan valiente como el mexicano. Es amigo del mexicano.

Pues cuando esto oyeron los españoles, luego se fueron a Cholula. Los fueron llevando los de Tlaxcala, y los de Cempoala. Estaban todos en son de guerra.

La matanza de Cholula

Cuando se hubo llegado, se dieron gritos, se hizo pregón: los guías, y también los hombres del pueblo.

Hubo reunión en el atrio del dios.

Pues cuando todos se hubieron reunido, luego se cerraron las entradas: por todos los sitios donde, había entrada.

En el momento hay acuchillamiento, hay muerte, hay golpes. ¡Nada en su corazón temían los de Cholula!

No con espadas, no con escudos hicieron frente a los españoles.

No más con perfidia fueron muertos, no más como ciegos murieron, no más sin saberlo murieron.

No fue más que con insidias se les echaron encima los de Tlaxcala.

Y en tanto que todo esto se hacía, todo se le hacía llegar, se le decía, se le hacía oír a Motecuhzoma.

En cuanto a los enviados, vienen hasta acá, y se van; están dando vueltas de allá a acá. Ya no como quiera se oye, se percibe el relato.

Por su parte, la gente humilde no es más está llena de espanto. No nace más que sentirse azorada. Es como si la tierra temblara, como si la tierra girara en torno de los ojos. Tal como si le diera vueltas a uno cuando hace ruedos. Todo es una admiración.

Y después de sucedidas las matanzas de Cholula, ya se pusieron en marcha, ya van hacia México. Van en círculo, van en son de conquista. Van alzando en torbellino el polvo de los caminos. Sus lanzas, sus astiles, que murciélagos semejan, van como resplandeciendo. Así hacen también estruendo. Sus cotas de malla, sus cascos de hierro; haciendo van estruendo.

Algunos van llevando puesto hierro, van ataviados de hierro, van relumbrando. Por esto se les vio con gran temor, van infundiendo espanto en todo: son muy espantosos, son horrendos.

Y sus perros van por delante, los van precediendo; llevan sus narices en alto, llevan tendidas sus narices: van de carrera: les va cayendo la saliva[21].

La versión tlaxcalteca de la matanza de Cholula (Texto original en castellano)

De manera que desde allí en adelante no se trataba de otra cosa (entre los españoles) que de hacer gente contra los Culhuas Mexicanos, lo cual dentro de muy breve tiempo se hizo por no dar lugar a que éstos se confederasen con los tlaxcaltecas. Y por evitar malos pensamientos y otras nuevas ocasiones y propósitos, procuró Cortés de no dejar de la mano a sus nuevos amigos y confederados, usando como siempre de sus astucias como astuto capitán de la buena ocasión que presente tenía.

Hecha su gente comenzaron a marchar y mover sus ejércitos españoles y tlaxcaltecas con mucho orden de su milicia, número y copia de gentes y bastimentos bastantes para tan grande empresa, con muy principales y famosos capitanes ejercitados en la guerra según su uso y manera antigua. Fueron por capitanes Piltecuhtli, Acxoxécatl, Tecpanécatl, Cahuecahua, Cocomitecuhtli, Quauhtotohua, Textlipitl, y otros muchos que por ser tantos y tanta la variedad de sus nombres, no se ponen, sino los más señalados que siempre tuvieron fidelidad con Cortés hasta el cabo de su conquista.

La primera entrada que se hizo fue por la parte de Cholula, donde gobernaban y reinaban dos Señores que se llamaban Tlaquiach y Tlalchiac, que siempre los que en este mando sucedían eran llamados de este nombre, que quiere decir el mayor de lo alto y el mayor de lo bajo del suelo.

Entrados pues por la provincia de Cholula, en muy breve tiempo fue destruida por muy grandes ocasiones que para ello dieron y causaron los naturales de aquella ciudad. La cual destruida y muerta en esta entrada gran muchedumbre de cholultecas, corrió la fama por toda la tierra hasta México, donde puso horrible espanto, y más en ver y entender que los tlaxcaltecas se habían confederado con los «dioses», que así generalmente eran llamados los nuestros (los españoles) en toda la tierra de este Nuevo Mundo, sin poderles dar otro nombre.

Tenían tanta confianza los cholultecas en su ídolo Quetzalcohuatl, que entendieron que no había poder humano que los pudiese conquistar ni ofender, antes acabar a los nuestros en breve tiempo, lo uno porque eran pocos, y lo otro porque los tlaxcaltecas los habían traído allí por engaño a que ellos los acabaran, pues confiaban tanto en su ídolo, que creían que con rayo y fuego del cielo los habían de consumir y acabar y anegar con aguas.

Decíanlo así, y lo publicaban a grandes voces diciendo: dejad llegar a estos advenedizos extranjeros, veamos qué poder es el suyo, porque nuestro dios Quetzalcohuatl está aquí con nosotros, que en un improviso los ha de acabar; dejadlos, lleguen esos miserables, veámoslos ahora, gocemos de sus devaneos y engaños que traen, son locos de quienes se fían aquellos sométicos (sodomitas) mujeriles, que no son mas que mujeres bardajas de sus hombres barbudos, que se han rendido a ellos de miedo. Dejadlos lleguen a los alquilados, que bien les han pagado la vida a los miserables. Mirad a los ruines tlaxcaltecas, cobardes, merecedores de castigo: como se ven vencidos de los mexicanos, andan a buscar gentes advenedizas para su defensa. ¿Cómo os habéis trocado en tan breve tiempo, y os habéis sometido a gente tan bárbara y advenediza, extranjera y en el mundo no conocida? Decidnos de dónde los habéis traído alquilados para vuestra venganza. ¡Oh miserables de vosotros que habéis perdido la fama inmortal que teníais de vuestros varones ascendientes de la muy clara sangre de los antiguos teochichimecas, pobladores de estas tierras inhabitables! ¿Qué ha de ser de vosotros gente perdida? Mas aguardad que muy presto veréis el castigo sobre vosotros que hace nuestro dios Quetzalcohuatl.

La matanza de Cholula *(Lienzo de Tlaxcala)*

Estas y otras cosas semejantes decían porque tenían entendido que en efecto se habían de abrasar con rayos de fuego que del cielo habían de caer sobre ellos, y que de los mismos templos de sus ídolos habían de salir y

manar ríos caudalosos de agua para los anegar, así a los de Tlaxcala como a los nuestros, que no poco temor y espanto causaban a los amigos tlaxcaltecas creyendo que sucediese así como decían los cholultecas. Decían, especialmente los pregoneros del templo de Quetzalcohuatl, todo esto que así lo publicaban.

Mas, visto por nuestros tlaxcaltecas que nuestros españoles apellidaban a Santiago, y comenzaban a quemar los españoles los templos de los ídolos y a derribarlos por los suelos, profanándolos con gran determinación, y como no veían que hacían nada, ni caían rayos, ni salían ríos de agua, entendieron la burlería y cayeron en la cuenta de cómo era todo falsedad y mentira.

Tornaron así cobrando tanto ánimo, que como dejamos referido hubo en esta ciudad tan gran matanza y estrago, que no se puede imaginar; de donde nuestros amigos quedaron muy enterados del valor de nuestros españoles, y desde allí en adelante no estimaban acometer mayores crímenes, todo guiado por orden divina, que era Nuestro Señor servido que esta tierra se ganase y rescatase y saliese del poder del demonio.

Antes que esta guerra se comenzara, fueron enviados mensajeros y embajadores de la ciudad de Tlaxcala a los cholultecas, a rogarles y requerirlos por la paz, enviándoles a decir que no venían a buscar a ellos, sino a los de Culhua, culhuacanenses mexicanos, que como está dicho, éste era el nombre y apellido culhuaque, porque habían venido de las partes de Culhuacan de hacia la parte del poniente, y mexicanos porque así se llamaba la ciudad de México donde estaban poblados con supremo poder: fueles enviado decir por los de Tlaxcala que se vinieran y de parte de Cortés, que se viniesen y diesen de paz, y no tuviesen temor que los hombres blancos y barbudos les hiciesen daño, porque era muy principal gente y muy noble, que querían su amistad, y así les rogaban como amigos los recibiesen de paz, pues haciéndolo así serían bien tratados de ellos y que no les harían ningún mal tratamiento, porque de otra manera si los enojaban era gente muy feroz, atrevida y valiente, que traían armas aventajadas y muy fuertes de hierro blanco.

Decían esto a causa de que entre ellos no había hierro sino cobre, y que traían tiros de fuego y animales fieros que los traían de trailla atados con cordeles de hierro, y calzaban y vestían hierro, y de cómo traían ballestas fortísimas, y leones, y onzas muy bravas que se comían las gentes, lo cual decían por los perros lebreles y alanos muy bravos que en efecto traían los nuestros, que fueron de mucho efecto, y que con estas cosas no se podían

escapar ni tener reparo, si los «dioses» se enojaban y no se entregaban de paz, lo cual les parecía a ellos muy bien por excusar mayores daños. Y que les aconsejaban como amigos lo hiciesen así.

Muerte del enviado tlaxcalteca

Mas sin hacer caso de estas cosas no quisieron sino seguir su parecer de no darse, sino morir antes, y en lugar de este buen consejo y buena respuesta a los de Tlaxcala, desollaron vivo la cara a Patlahuatzin su embajador, persona de mucha estima y principal valor. Y lo mismo hicieron de sus manos, que se las desollaron hasta los codos, y cortadas las manos por las muñecas, que las llevaba colgando. Y le enviaron de esta manera con gran crueldad, diciéndole así: andad y volved y decid a los de Tlaxcala y a esos otros andrajosos hombres, o dioses o lo que fuesen, que son esos que decís que vienen, que eso les damos por respuesta.

Y así se vino el pobre embajador con harta lástima y dolor, el Cual puso terrible espanto y pena en la república, siendo uno de los gentiles y hermosos hombres de esta Señoría, dispuesto y bien agestado; y visto tan gran atrevimiento y vil tratamiento, de que murió Patlahuatzin en servicio de su patria y república, donde dejó eterna fama entre los suyos como lo refieren en sus enigmas y cantares. Fueron indignados los tlaxcaltecas, pues recibieron por grande afrenta una cosa que jamás había pasado en el mundo; que los semejantes embajadores eran tenidos en mucho y honrados de los reyes y señores extraños que con ellos comunicaban las paces, guerras otros acontecimientos que entre las provincias y reinos suelen suceder.

Y así con esta indignación dijeron a Cortés: «Señor muy valeroso, en venganza de tan gran desvergüenza, maldad y atrevimiento, queremos ir contigo a asolar y destruir aquella nación y su provincia, y que no quede a vida gente tan perniciosa, obstinada y endurecida en su maldad y tiranía, que aunque no fuera por otra cosa más de por ésta merecen castigo eterno, pues que en lugar de darnos gracias por nuestro buen comedimiento, nos han querido menospreciar y tener en tan poco por amor de ti».

El valeroso Cortés les respondió con rostro severo diciéndoles de esta manera: «Que no tuviesen pena, que él les prometía la venganza de ello», como en efecto lo hizo así, por esto como por otras traiciones, se puso en ejecución darles guerra muy cruel, donde murieron grandes muchedumbres de ellos como se verá por la crónica que de la conquista de esta tierra está hecha.

Decían los cholultecas que los habían de anegar en virtud de su ídolo

Quetzalcohuatl, que era el ídolo más frecuentado de todos los que se tenían en esta tierra, y así el templo de Cholula lo tenían por relicario de los dioses. Y decían que cuando se descostraba alguna costra de lo encalado en tiempo de su gentilidad, por allí manaba agua. Y porque no se anegasen mataban niños de dos a tres años, y de la sangre de éstos mezclada con la cal, hacían a manera de zulaque[22] y tapaban con ella los manantiales y fuentes que así manaban.

Y ateniéndose a esto decían los cholultecas que cuando algún trabajo les sucediese en la guerra de los dioses blancos y tlaxcaltecas, descostrarían y despostillarían todo lo encalado, por donde manarían fuentes de agua en que los anegasen, lo cual hicieron, pusieron por obra, cuando se vieron en tan grande aprieto como el que se vieron.

La ruina de Cholula

Lo cual aunque lo hicieron, no les aprovechó cosa alguna, de que quedaron muy burlados, y como hombres desesperados los más de ellos que murieron en aquella guerra de Cholula, se despeñaban ellos propios y se echaban a despeñar de cabeza arrojándose del *Cu* de Quetzalcohuatl abajo, porque así lo tenían por costumbre muy antigua desde su origen y principio, por ser rebeldes y contumaces como gente indómita y dura de cerviz, y que tenían por blasón de morir muerte contraria de las otras naciones, y morir de cabeza.

Finalmente, los más de ellos en esta guerra morían desesperados matándose ellos propios. Acabada la guerra de Cholula entendieron y conocieron los cholultecas que era de más virtud el Dios de los hombres blancos y sus hijos más poderosos. Los tlaxcaltecas nuestros amigos, viéndose en el mayor aprieto de la guerra y matanza llamaban y apellidaban al Apóstol Santiago, diciendo a grandes voces: ¡Santiago!; y de allí les quedó que hoy en día hallándose en algún trabajo los de Tlaxcala, llaman al Señor Santiago.

Usaron los de Tlaxcala de un aviso muy bueno que les hizo entre los enemigos por yerro. Porque sus armas y divisas eran casi de una manera y habían en ellas poca diferencia, que como era tan gran multitud de gente la una y la otra, así fue menester, porque si esto no fuera, en tal aprieto se mataran unos a otros sin conocerse. Y así se pusieron en las cabezas unas guirnaldas de esparto a manera de torzales, y con esto eran conocidos los de nuestra parcialidad que no fue pequeño aviso.

Destruida en esta primera parte y entrada que se hizo en Cholula, y muerta ya tanta muchedumbre de gente, saqueada y robada, pasaron luego nuestros ejércitos adelante, poniendo grande temor y espanto por donde quiera que pasaban, hasta que la nueva de tal destrucción llegó a toda la tierra, y las gentes, admiradas de oír cosas tan nuevas, y de cómodos cholultecas eran vencidos y perdidos, los más de ellos muertos y destruidos en tan breve tiempo, y de cómo su ídolo Quetzalcohuatl no les había ayudado en cosa alguna…[23]

Capítulo VI

Nuevo envío de presentes y la aparición de Tezcatlipoca en las cercanías del Popocatépetl

El siguiente texto de los informantes indígenas de Sahagún, preservado en el Códice Florentino*, relata dos anécdotas de especial interés. Los conquistadores, después de la matanza de Cholula, continúan su marcha en compañía de los tlaxcaltecas hacia el Valle de México.*

Estando ya en las inmediaciones de los volcanes, en el llamado por los indios «Tajón del águila», nuevos enviados de Motecuhzoma, encabezados por Tzihuacpopocatzin, les salen al paso. Al entregara los españoles numerosos objetos de oro, los indios se complacen en pintarnos cuál fue la reacción de los forasteros: «Se les puso risueña la cara… como si fueran monos levantaban el oro… como unos puercos hambrientos ansiaban el oro…».

A continuación se relata el engaño de Tzihuacpopocatzin, que trató de hacerse pasar por Motecuhzoma. Fracasado su intento, nos encontramos con otra serie de enviados. Son más hechiceros que pretenden impedir la marcha de los conquistadores. Pero éstos, no se detienen.

La presencia misteriosa de un fingido borracho que sale al paso de los hechiceros, prediciendo la ruina de México y realizando portentos, hace que los magos se retiren. Estos piensan que Tezcatlipoca se les ha aparecido. De regreso ya en México Tenochtitlan, narran a Motecuhzoma lo que han visto. El gran tlatoani azteca se abatió todavía más. Fatalmente aceptó lo que habría de venir.

La reacción de los conquistadores al recibir el oro

Y Motecuhzoma luego envía, presenta a varios principales. Los encabeza Tzihuacpopocatzin, y otros muy numerosos representantes suyos. Fueron a encontrar (a los españoles), en la inmediación del Popocatépetl, allí en el «Tajón del águila».

Les dieron a los españoles banderas de oro, banderas de pluma de quetzal, y collares de oro. Y cuando les hubieron dado esto, se les puso risueña la cara, se alegraron mucho (los españoles), estaban deleitándose. Como si fueran monos levantaban el oro, como que se sentaban en ademán de gusto, como que se les renovaba y se les iluminaba el corazón.

Como que cierto es que eso anhelan con gran sed. Se les ensancha el cuerpo por eso, tienen hambre furiosa de eso. Como unos puercos hambrientos ansían el oro[24].

Y las banderas de oro las arrebatan ansiosos, las agitan a un lado y a otro, las ven de una parte y de otra. Están como quien habla lengua salvaje; todo lo que dicen, en lengua salvaje es.

Tzihuacpopoca finge ser Motecuhzoma

Pues cuando vieron a Tzihuacpopoca, dijeron:

—¿Acaso ése es Motecuhzoma?

Les dijeron los que andan con ellos, sus agregados, lambiscones de Tlaxcala y de Cempoala, que astuta y mañosamente los van acompañando. Les dijeron:

—No es él, señores nuestros. Ese es Tzihuacpopoca: está en representación de Motecuhzoma.

Le dijeron:

—¿Acaso tú eres Motecuhzoma?

Dijo él:

—Sí; yo soy tu servidor. Yo soy Motecuhzoma.

Pero ellos le dijeron:

—¡Fuera de aquí!… ¿Por qué nos engañas? ¿Quién crees que somos?

Tú no nos engañarás, no te burlarás de nosotros.

Tú no nos amedrentarás, no nos cegarás los ojos.

Tú no nos harás mal de ojo, no nos torcerás el rostro.

Tú no nos hechizarás los ojos, no los torcerás tampoco.

Tú no nos amortecerás los ojos, no nos los atrofiarás.

Tú no echarás lodo a los ojos, no los llenarás de fango.

Tú no eres… ¡Allá está Motecuhzoma! No se podrá ocultar, no podrá esconderse de nosotros.

¿A dónde podrá ir?

¿Será ave y volará? ¿O en la tierra pondrá su camino?

¿Acaso en lugar alguno ha de perforar un cerro para meterse en su interior?

Nosotros hemos de verlo. No habrá modo de no ver su rostro.

Nosotros oiremos su palabra, de sus labios la oiremos.

No más así lo desdeñaron, en nada lo reputaron. Y de una vez quedó fallida otra vez esta donación de bienvenida, esta embajada de saludo.

Por esto desde ese momento se dirigieron por recto camino.

Motecuhzoma envía más hechiceros

Pues otra serie de enviados: eran estos hechiceros magos, y aun sacerdotes. También iban, también fueron para darles el encuentro. Pero también nada pudieron hacer allí, no pudieron hacer daño de ojos, no pudieron dominarlos; de hecho no los dominaron. Ni siquiera allá llegaron.

No más fue que cierto borracho con ellos tropezó en el camino. Vino a salir a su encuentro, con él de repente dieron. La forma en que lo vieron: como un hombre de Chalco era como estaba revestido: una chalca en el aderezo, una chalca en la ficción. Estaba como borracho, se fingía ebrio, simulaba ser un beodo. Tenía el pecho atado con ocho cuerdas de grama.

La aparición de Tezcatlipoca

De repente les salió al paso cuando estaban frente a los españoles, cuando estaban a punto de unirse a ellos. Y no hizo más que lanzarse hacia los mexicanos y les dijo:

—¿Por qué, por vuestro motivo, venís vosotros acá? ¿Qué cosa es la que

queréis? ¿Qué es lo que hacer procura Motecuhzoma? ¿Es que aun ahora no ha recobrado el seso? ¿Es que aun ahora es un infeliz miedoso?

«Ha cometido errores: ha llevado allá lejos a sus vasallos, ha destruido a las personas.

»Unos con otros se golpean; unos con otros se amortajan.

»Unos con otros se revuelven, unos de otros se burlan».

Y cuando tales cosas oyeron; cuando su discurso escucharon, aun a él en vano fueron a acercarse. Se pusieron a impetrarlo, prepararon para él presurosos un altarcillo, un adoratorio y un asentadero de grama. Pero entonces… ya no lo vieron.

Aunque en vano le disponen, aunque allí en vano le hacen su adoratorio, ya no más de su boca se meten en el oráculo. Allí los espanta, los reprende con dureza, como si de lejos les hablara. Les dijo:

«¿Por qué en vano habéis venido a pararos aquí? ¡Ya México no existirá más! ¡Con esto, se le acabó para siempre!».

—«¡Largo de aquí: aquí ya no!… ¡Volved allá, por favor!… ¡Dirigía la vista a México. Lo que sucedió, ya sucedió!».

Luego vinieron a ver, vinieron a fijar los ojos con presura. Ardiendo están los templos todos, y las casas comunales, y los colegios sacerdotales, y todas las casas en México. Y todo era como si hubiera batalla.

Y cuando los hechiceros todo esto vieron, como que se les fue el corazón quién sabe a dónde. Ya no hablaron claramente. Como si algo hubieran tragado. Dijeron:

—«No tocaba a nosotros ver esto: al que le tocaba verlo era a Motecuhzoma: ¡todo esto que hemos visto!…

»No era un cualquiera ése… ¡ése era el joven Tezcatlipoca!…».

De improvisto desapareció; ya no lo vieron más.

Y los enviados ya no fueron a dar el encuentro, ya no caminaron hacia ellos. Sino que de allí regresaron hechiceros y sacerdotes y fueron a contarlo a Motecuhzoma. Vinieron juntos con los que habían ido primero, con los de Tzioacpopoca.

Abatimiento de Motecuhzoma

Y cuando estos enviados llegaron, narraron a Motecuhzoma cómo pasó, cómo lo vieron. Y cuando lo oyó Motecuhzoma, no hizo más que abatir la frente, quedó con la cabeza inclinada. Ya no habló palabra. Dejó de hablar solamente. Largo tiempo así estuvo cabizbajo. Todo lo que dijo y todo con lo que respondió fue esto:

—«¿Qué remedio, mis fuertes? ¡Pues con esto ya fuimos aquí!… ¡Con esto ya se nos dio lo merecido!… ¿Acaso hay algún monte donde subamos? ¿O acaso hemos de huir? Somos mexicanos: ¿acaso en verdad se dará gloria a la nación mexicana?

Dignos de compasión son el pobre viejo, la pobre vieja, y los niñitos que aún no razonan. ¿En dónde podrán ser puestos en salvo? Pero… no hay remedio… ¿Qué hacer?… ¿Nada resta? ¿Cómo hacer y en dónde?… Ya se nos dio el merecido… Como quiera que sea, y lo que quiera que sea… ya tendremos que verlo con asombro…»[25].

Capítulo VII

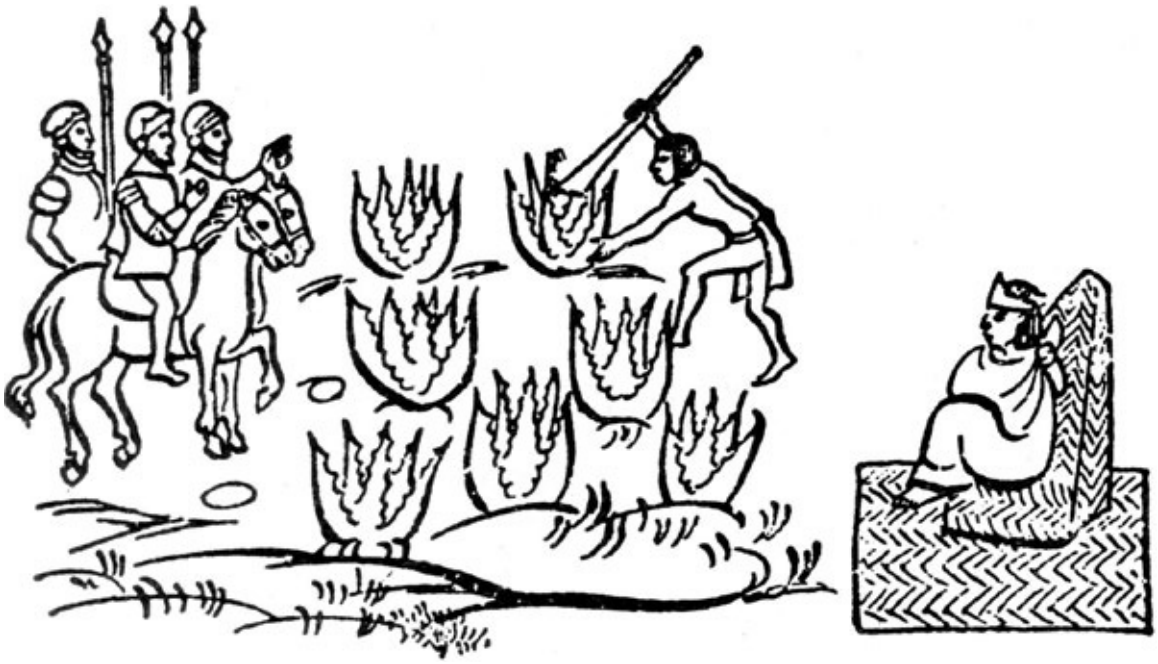
El príncipe Ixtlilxóchitl recibe favorablemente a los españoles

Dejando atrás los volcanes, vinieron a salir los españoles por el rumbo de Tlalmanalco, con el fin de encaminarse luego hacia México-Tenochtitlan. Según el testimonio del Códice Ramírez*, poco después de haber bajado de la sierra, salió al encuentro de Cortés el príncipe Ixtlilxóchitl, hermano de Cacamatzin, Señor de Tezcoco, con acompañamiento de gente y en son de paz.*

El Códice Ramírez*, que conserva fragmentos de una más antigua relación indígena hoy desaparecida, refiere que gracias al príncipe Ixtlilxóchitl, la gente de Tezcoco se unió con facilidad a los conquistadores desde ese momento. Y añade que fue precisamente entonces cuando Cortés visitó la ciudad de Tezcoco. Acerca de este punto existen numerosas divergencias en otras fuentes. Ni Bernal Díaz del Castillo, ni los informantes de Sahagún, ni el mismo don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl mencionan esa primera visita a Tezcoco, sino que tratan únicamente de la marcha de los españoles hacia Ixtapalapa, desde donde marcharon por fin hacia la capital azteca.*

De cualquier manera, los datos aportados por el Códice Ramírez *ofrecen anécdotas particularmente interesantes, como por ejemplo la violenta reacción de la india Yacotzin, madre de Ixtlilxóchitl, quien al ser invitada a cambiar de religión, respondió a su hijo que debía haber perdido el juicio, «pues tan presto se había dejado vencer de unos pocos bárbaros que eran los conquistadores».*

Entretanto, en México-Tenochtitlan, enterado Motecuhzoma de la presencia de los conquistadores en las cercanías de Tezcoco, reúne por última vez a los principales indígenas para tratar sobre si convenía o no recibir pacíficamente a los forasteros. No obstante los presagios funestos de Cuitlahuacatzin, decide Motecuhzoma al fin recibir en son de paz a los españoles.



La marcha hacia el rumbo de Tezcoco (Antigua versión castellana de un texto indígena)

Alegres los españoles de ver desde lo alto de la sierra tantas poblaciones, hubo algunos pareceres de que se volviesen a Talxcallan hasta que fuesen más en número de los que eran. Pero el Cortés los animó y así comenzaron a marchar la vuelta de Tetzcuco y se quedaron aquella noche en la serranía. Y otro día fueron caminando, y a poco más de una legua llegaron Ixtlilxúchitl[26] y sus hermanos con mucho acompañamiento de gente, de la cual se receló al principio Cortés, pero al fin por señas y por intérpretes supo que venían de paz con que se holgó mucho. Y ellos llegaron a los cristianos y como les enseñasen al capitán, Ixtlilxúchitl se fue a él con un gozo increíble y le saludó conforme a su usanza, y Cortés con la suya, y luego que lo vio quedó admirado de ver a un hombre tan blanco y con barbas, y que en su brío representaba mucha majestad, y el Cortés de verle a él y a sus hermanos, especialmente a Tecocoltzin que no había español más blanco que él.

Y al fin, por lengua de Marina y de Aguilar, le rogaron (los de Tezcoco) que fuese por Tetzcuco para regalarle y servirle. Cortés agradecido admitió la merced, y que para allá dejaba el tratar la causa de su venida.

Llegada a la ciudad

Y allí, a pedimento de Ixtlilxúchitl, comieron Cortés y los suyos de los regalos que de Tezcuco les trajeron, y caminaron luego a su ciudad y les salió a recibir toda la gente de ella con grande aplauso.

Hincábanse de rodillas los indios y adorábanlos por hijos del sol, su dios decían que había llegado el tiempo en que su caro emperador Netzahualpitzintli muchas veces había dicho. De esta suerte entraron y los aposentaron en el imperial palacio, y allí los recogieron, en cuyo negocio los dejaremos por tratar de las cosas de México, que por momentos entraban correos y avisos al rey Motecuhzoma, el cual se holgó mucho del recibimiento que sus sobrinos hicieron al Cortés y más de que Cohuamacotzin y Ixtlilxúchitl se hubiesen hablado, porque entendía nacería de aquí al retirar Ixtlilxúchitl la gente de guarnición que tenía en las fronteras; pero de otra suerte lo tenía ordenado Dios.

Agradecido Cortés al amor y gran merced que de Ixtlilxúchitl y hermanos suyos había recibido, quiso en pago, por lengua del intérprete Aguilar, declararles la ley de Dios, y así habiendo juntado a los hermanos y a algunos señores les propuso el caso, diciéndoles como, supuesto que les habían dicho

cómo el emperador de los cristianos los había enviado de tan lejos a tratarles de la ley de Cristo la cual les hacían saber qué era.

Declaróles el misterio de la creación del hombre y su caída, el misterio de la Trinidad y el de la Encarnación para reparar al hombre, y el de la Pasión y Resurrección, y sacó un crucifijo y enarbolándole se hincaron los cristianos de rodillas, a lo cual el Ixtlilxúchitl y los demás hicieron lo propio, y declarándoles luego el misterio del bautismo y rematando su plática les dijo que el emperador Carlos condolido de ellos que se perdían, les envió a sólo esto, y así se lo pedía en su nombre, y les suplicaba que en reconocimiento le reconociesen vasallaje; que así era la voluntad del Papa con cuyo poder venían, y pidiéndoles la respuesta, respondióle Ixtlilxúchitl llorando y en nombre de sus hermanos que él había entendido muy bien aquellos misterios y daba gracias a Dios que le hubiese alumbrado, que él quería ser cristiano y reconocer su emperador.

Ixtlilxúchitl se hace cristiano

Y pidió luego el Cristo y le adoró, y sus hermanos hicieron lo propio con tanto contento de los cristianos que lloraban de placer y pidieron que los bautizasen, y el Cortés y clérigo que allí había le dijeron le instruirían mejor y le darían personas que los instruyesen. Y él respondió que mucho de norabuena aunque les suplicaba se le diesen luego, porque él desde luego condenaba la idolatría y decía que había entendido muy bien los misterios de la fe.

Por lo que al oír que hubo muchos pareceres en el contrario, se determinó Cortés a que le bautizasen y fue su padrino Cortés y le pusieron por nombre Hernando, y porque su señor se llamaba así, lo cual todo se hizo con mucha solemnidad. Y luego vestidos Ixtlilxúchitl y su hermano Cohuamacotzin con sus hábitos reales dio principio a la primicia de la ley evangélica, siendo él primero y Cortés su padrino, por lo cual le llamó Hernando, como a nuestro rey católico, y el Cohuamacotzin se llamó Pedro por Pedro de Alvarado que fue su padrino, y a Tecocoltzin también le llamaron Femando y fue su padrino el Cortés, y así fueron los cristianos apadrinando a todos los demás señores y poniéndoles sus nombres.

La reacción de Yacotzin, madre de Ixtlilxúchitl

Y si fuera posible, aquel día se bautizaran más de veinte mil personas, pero con todo eso se bautizaron muchos, y el Ixtlilxúchitl fue luego a su madre Yacotzin y diciéndole lo que había pasado y que iba por ella para

bautizarla.

Ella le respondió que debía haber perdido el juicio, pues tan presto se había dejado vencer de unos pocos bárbaros como eran los cristianos. A lo cual le respondió el don Hernando que si no fuera su madre, la respuesta fuera quitarle la cabeza de los hombros, pero que lo había de hacer, aunque no quisiese, que importaba la vida del alma. A lo cual respondió ella con blandura que la dejase por entonces, que otro día se miraría en ello y vería lo que debía hacer. Y él se salió de palacio y mandó poner fuego a los cuartos donde ella estaba, aunque otros dicen porque la halló en un templo de ídolos.

Finalmente ella salió diciendo que quería ser cristiana y llevándola para esto a Cortés con grande acompañamiento la bautizaron y fue su padrino el Cortés y la llamaron doña María, por ser la primera cristiana. Y lo propio hicieron a las infantas sus hijas que eran cuatro y otras muchas señoras. Y en tres o cuatro días que allí estuvieron, se bautizaron gran número de gente como está dicho.

Última deliberación de Motecuhzoma

Y a cabo de esto el Motecuhzoma, sabiendo lo que pasaba, llamó a su sobrino Cacama a consejo y a Cuitlahuacatzin su hermano, y los demás señores, y propuso una larga plática en razón de si se recibirían los cristianos y de qué manera. A lo cual respondió Cuitlahuacatzin que a él le parecía que en ninguna de las maneras, y el Cacama respondió que él era de contrario parecer, porque parecía falta de ánimo estando en las puertas no dejarlos entrar, de más de que a un tan grande señor como era su tío no le estaba bien dejar de recibir unos embajadores de un tan grande príncipe como era el que les enviaba, de más de que si ellos quisiesen algo que a él no le diese gusto, les podía enviar a castigar su osadía teniendo tantos y tan valerosos hombres como tenía.

Y esto dijo que era su último parecer, y así el Motecuhzoma antes que hablase nadie dijo que a él le parecía lo propio. Cuitlahuacatzin dijo: «plega a nuestros dioses que no metáis en vuestra casa a quien os eche de ella y os quite el reino, y quizá cuando lo queráis remediar no sea tiempo». Con lo cual se acabó y concluyó el consejo y aunque todos los demás señores hacían señas que aprobaban este último parecer, Motecuhzoma se resolvió en que los quería recibir, hospedar y regalar, y que Cacama su sobrino los fuese a recibir y Cuitlahuacatzin su hermano se fuese a Iztapalapan y los aguardase en sus palacios[27].

CAPÍTULO VIII

Llegada de los españoles a México-Tenochtitlan

Contando con el auxilio de toda la gente, que traían de la región de Tlaxcala, los españoles se encaminaron derecho hacia México. Los textos de los informantes de Sahagún (Códice Florentino) *que a continuación se transcriben, comienzan por describir el orden como hicieron su aparición los diversos cuerpos de ejército de los conquistadores.*

Acercándose a México por el Sur, por el rumbo de Ixtapalapa, llegaron hasta Xoloco, lugar que como dice don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl se llamó después San Antón y se encuentra por la llamada actualmente Calzada de San Antonio Abad. El mencionado Ixtlilxóchitl en su XIII relación, *indica la fecha precisa en que esto tuvo lugar: el 8 de noviembre de 1579.*

Frente a frente Motecuhzoma y Cortés sostuvieron un diálogo que nos conservan puntualmente los informantes de Sahagún. Motecuhzoma llegó a exclamar entonces:

«No, no es sueño, no me levanto del sueño adormilado, no lo veo en sueños, no estoy soñando… es que ya te he visto, es que ya he puesto mis ojos en tus ojos…».

El contexto que aquí se transcribe se refiere luego a la estancia misma de los conquistadores en la gran capital y a sus intrigas y empeños por adueñarse del oro guardado en la casa del tesoro.

Al final de este capítulo se ofrecen las breves palabras de la ya aludida décima tercera relación *«de la venida de los españoles», escrita por Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, que confirma en resumen las palabras de los informantes indígenas de Sahagún.*

Motecuhzoma sale al encuentro de Cortés

Así las cosas, llegaron (los españoles) hasta Xoloco[28]. Allí llegan a su término, allí está la meta.

En este tiempo se adereza, se engalana Motecuhzoma para ir a darles el encuentro. También los demás grandes príncipes, los nobles, sus magnates, sus caballeros. Ya van todos a dar el encuentro a los que llegan.

En grandes bateas han colocado flores de las finas: la flor del escudo, la del corazón; en medio se yergue la flor de buen aroma, y la amarilla fragante, la valiosa. Son guirnaldas, con travesaños para el pecho.

También van portando collares de oro, collares de cuentas colgantes gruesas, collares de tejido de petatillo.

Pues allí en Huitzillan les sale al encuentro Motecuhzoma. Luego hace dones al capitán, al que rige la gente, y a los que vienen a guerrear. Los regala con dones, les pone flores en el cuello, les da collares de flores y sartales de flores para cruzarse el pecho, les pone en la cabeza guirnaldas de flores.

Pone en seguida delante los collares de oro, todo género de dones, de obsequios de bienvenida.

Diálogo de Motecuhzoma y Cortés

Cuando él hubo terminado de dar collares a cada uno, dijo Cortés a Motecuhzoma:

—¿Acaso eres tú? ¿Es que ya tú eres? ¿Es verdad que eres tú Motecuhzoma?

Le dijo Motecuhzoma:

—Sí, yo soy.

Inmediatamente se pone en pie, se para para recibirlo, se acerca a él y se inclina, cuanto puede dobla la cabeza; así lo arenga, le dijo:

—«Señor nuestro: te has fatigado, te has dado cansancio: ya a la tierra tú has llegado. Has arribado a tu ciudad: México. Aquí has venido a sentarte en tu solio, en tu trono. Oh, por tiempo breve te lo reservaron, te lo conservaron, los que ya se fueron, tus sustitutos.

Los señores reyes, Itzcoatzin, Motecuhzomatzin el viejo, Axayácac, Tízoc, Ahuítzotl. Oh, breve tiempo tan sólo guardaron para ti, dominaron la ciudad de México. Bajo su espalda, bajo su abrigo estaba metido el pueblo

bajo.

¿Han de ver ellos y sabrán acaso de los que dejaron, de sus pósteros?

¡Ojalá uno de ellos estuviera viendo, viera con asombro lo que yo ahora veo venir en mí!

Lo que yo veo ahora: yo el residuo, el superviviente de nuestros señores.

No, no es que yo sueno, no me levanto del sueño adormilado: no lo veo en sueños, no estoy soñando…

¡Es que ya te he visto, es que ya he puesto mis ojos en tu rostro!…

Ha cinco, ha diez días yo estaba angustiado: tenía fija la mirada en la Región del Misterio.

Y tú has venido entre nubes, entre nieblas.

Como que esto era lo que nos habían dejado dicho los reyes, los que rigieron, los que gobernaron tu ciudad:

Que habrías de instalarte en tu asiento, en tu sitial, que habrías de venir acá…

Pues ahora, se ha realizado: ya tú llegaste, con gran fatiga, con afán viniste.

Llega a la tierra: ven y descansa; toma posesión de tus casas reales; da refrigerio a tu cuerpo.

¡Llegad a vuestra tierra, señores nuestros!».

Cuando hubo terminado la arenga de Motecuhzoma: la oyó el marqués, se la tradujo Malintzin, se la dio a entender.

Y cuando hubo percibido el sentido del discurso de Motecuhzoma, luego le dio respuesta por boca de Malintzin. Le dijo en lengua extraña; le dijo en lengua salvaje:

—Tenga confianza Motecuhzoma, que nada tema. Nosotros mucho lo amamos. Si bien satisfecho está hoy nuestro corazón. Le vemos la cara, lo oímos. Hace ya mucho tiempo que deseábamos verlo.

Y dijo esto más:

—Ya vimos, ya llegamos a su casa en México; de este modo, pues, ya podrá oír nuestras palabras, con toda calma.

Luego lo cogieron de la mano, con lo que lo fueron acompañando. Le dan palmadas al dorso, con que le manifiestan su cariño.

Actitud de los españoles y de los otros señores indígenas

En cuanto a los españoles, lo ven, ven cosa por cosa. Apean del caballo, suben de nuevo, bajan otra vez, al ir viendo aquello.

Y éstos son todos los magnates que se hallaron a su lado: El primero, Cacamatzin, rey de Tetzcuco.

El segundo, Tetlepanquetzaltzin, rey de Tlacopan.

El tercero, Itzcuauhtzin, el Tlacochcálcatl, rey de Tlatilulco. El cuarto, Topantemoctzin, tesorero que era de Motecuhzoma en Tlatilulco.

Estos estuvieron allí en hilera.

Y éstos son los demás príncipes de Tenochtitlan:

Atlixcatzin, Tlacatécatl[29].

Tepeoatzin, Tlacochcálcatl[30].

Quetzalaztatzin, Tizacahuácatl[31].

Totomotzin.

Hecatempatitzin.

Cuappiatzin.

¡Cuando fue preso Motecuhzoma, no más se escondieron, se ocultaron, lo dejaron en abandono con toda perfidia!…

Entrada de los españoles a México-Tenochtitlan

Y cuando hubieron llegado y entrado a la Casa Real, luego lo tuvieron en guardia, lo mantuvieron en vigilancia. No fue exclusivo de él, también a Itzcuauhtzin juntamente. En cuanto a los demás, salieron fuera.

Y así las cosas, luego se disparó un cañón: como que se confundió todo. Se corría sin rumbo, se dispersaba la gente sin ton ni son, se desbandaban, como si los persiguieran de prisa.

Todo esto era así como si todos hubieran comido hongos estupefacientes, como si hubieran visto algo espantoso. Dominaba en todos el terror, como si todo el mundo estuviera descorazonado. Y cuando anochecía, era grande el espanto, el pavor se tendía sobre todos, el miedo dominaba a todos, se les iba

el sueño, por el temor.

Cuando hubo amanecido, luego se dio pregón de todo lo que se necesitaba para ellos: tortillas blancas, gallinas de la tierra fritas, huevos de gallina, agua limpia, leña, leña rajada, carbón. Cazoletas anchas, tersas y pulidas, jarritos, cántaros, tacitas y en suma, todo artefacto de cerámica. Esto era lo que había mandado Motecuhzoma.

Pero los principales a quienes mandaba esto, ya no le hacían caso, sino que estaban airados, ya no le tenían acatamiento, ya no estaban de su parte. Ya no era obedecido.

Y, sin embargo, llevaban en bateas, daban todo aquello que se requeriría. Cosas de comer, cosas de beber y agua y pastura para os caballos.

Los conquistadores muestran su interés por el oro

Cuando los españoles se hubieron instalado, luego interrogaron a Motecuhzoma tocante a los recursos y reservas de la ciudad: las insignias guerreras, los escudos; mucho le rebuscaban y mucho le requerían el oro.

Y Motecuhzoma luego los va guiando. Lo rodeaban, se apretaban a él. Él iba en medio, iba delante de ellos. Lo van apretando, lo van llevando en cerco.

Y cuando hubieron llegado a la casa del tesoro, llamada Teucalco, luego se sacan fuera todos los artefactos tejidos de pluma, tales como, travesaños de pluma de quetzal, escudos finos, discos de oro, los collares de los ídolos, las lunetas de la nariz, hechas de oro, las grebas de oro, las ajorcas de oro, las diademas de oro.

Inmediatamente fue desprendido de todos los escudos el oro, lo mismo que de todas las insignias. Y luego hicieron una gran bola de oro, y dieron fuego, encendieron, prendieron llama a todo lo que restaba, por valioso que fuera: con lo cual todo ardió.

Y en cuanto al oro, los españoles lo redujeron a barras, y de los chalchihuites, todos los que vieron hermosos los tomaron; pero las demás de estas piedras se las apropiaron los tlaxcaltecas.

Y anduvieron por todas partes, anduvieron hurgando, rebuscando la casa del tesoro, los almacenes, y se adueñaron de todo lo que vieron, de todo lo que les pareció hermoso.

Los españoles se apoderan de las riquezas de Motecuhzoma

Van ya en seguida a la casa de almacenamiento de Motecuhzoma. Allí se guardaba lo que era propio de Motecuhzoma, en el sitio de nombre «Totocalco»[32]. Tal como si unidos perseveraran allí, como si fueran bestezuelas, unos a otros se daban palmadas: tan alegre estaba su corazón.

Y cuando llegaron, cuando entraron a la estancia de los tesoros, era como si hubieran llegado al extremo. Por todas partes se metían, todo codiciaban para sí, estaban dominados por la avidez.

En seguida fueron sacadas todas las cosas que eran de su propiedad exclusiva; lo que a él le pertenecía, su lote propio; toda cosa de valor y estima: collares de piedras gruesas, ajorcas de galana contextura, pulseras de oro, y bandas para la muñeca, anillos con cascabeles de oro para atar al tobillo, y coronas reales, cosa propia del rey, y solamente a él reservada. Y todo lo demás que eran sus alhajas, sin número.

Todo lo cogieron, de todo se adueñaron, todo lo arrebataron como suyo, todo se apropiaron como si fuera su suerte. Y después que le fueron quitando a todo el oro, cuando se lo hubieron quitado, todo lo demás lo juntaron, lo acumularon en la medianía del patio, a medio patio: todo era pluma fina.

Pues cuando de este modo se hubo recolectado todo el oro, luego vino a llamar, vino a estar convocando a todos los nobles Malintzin. Se subió a la azotea, a la orilla de la pared se puso y dijo:

—Mexicanos, venid acá: ya los españoles están atribulados. Tomad el alimento, el agua limpia: todo cuanto es menester. Que ya están abatidos, ya están agotados, ya están por desmayar. ¿Por qué no queréis venir? Parece como que estáis enojados.

Pero los mexicanos absolutamente ya no se atrevieron a ir allá. Estaban muy temerosos, el miedo los avasallaba, estaban miedosos, una gran admiración estaba sobre ellos, se había difundido sobre ellos. Ya nadie se atrevía a venir por allí: como si estuviera allí una fiera, como si fuera el peso de la noche.

Pero no obstante esto, no los dejaban, no eran abandonados. Les entregaban cuanto había menester, aunque con miedo lo entregaban. No más venían temerosos, se llegaban llenos de miedo y entregaban las cosas. Y cuando se habían acercado, no más se volvían atrás, se escabullían de prisa, se iban temblando[33].

El testimonio de Alva Ixtlilxóchitl

Y así otro día (8 de noviembre de 1519) salió Motecuhzoma con su sobrino Cacama y su hermano Cuitlahua, y toda su corte a recibir a Cortés, que ya a esta ocasión estaba en donde es ahora S. Antón, que después de haberlo recibido lo llevó a su casa, y lo hospedó en las casas de su padre el rey Axayaca, y le hizo muchas mercedes, y se ofreció de ser amigo del emperador, y recibir la le evangélica, y para el servicio de los españoles pusieron mucha gente de Tezcoco, México y Tlacopan. Y después de cuatro días los españoles estaban en México muy contentos, servidos y regalados… [34]

Capítulo IX

La matanza del templo mayor en la fiesta de Tóxcatl[35]

Establecidos ya los españoles en México-Tenochtitlan Motecuhzoma se convirtió prácticamente en prisionero de Cortés. Varios textos indígenas como el Códice Ramírez*, la* XIII relación *de Ixtlilxóchitl, el* Códice Aubin *etcétera, se refieren de manera directa a la matanza preparada por don Pedro de Alvarado, durante la fiesta de Tóxcatl, celebrada por los nahuas en honor de Huitzilopochtli.*

Hernán Cortés se había ausentado de la ciudad para ir a combatir a Pánfilo de Narváez, quien había venido a aprehender al conquistador por orden de Diego Velázquez, gobernador de Cuba. Alvarado «el Sol», como lo llamaban los mexicas, alevosamente llevó a cabo la matanza, cuando la fiesta alcanzaba su mayor esplendor. Aquí se ofrecen dos testimonios, conservados en náhuatl y que pintan con un realismo comparable al de los grandes poemas épicos de la antigüedad clásica, los más dramáticos detalles de la traición urdida por Alvarado.

Primeramente oiremos el testimonio de los informantes indígenas de Sahagún, que nos narran los preparativos de la fiesta, el modo como hacían los indios con masa de bledos la figura de Huitzilopochtli y por fin, cómo en medio de la fiesta, de pronto los españoles atacaron a traición a los mexicas. Los informantes nos habían en seguida de la reacción de los indios, del sitio que pusieron a los españoles refugiados en las casas reales de Motecuhzoma. El cuadro se cierra, cuando llega la noticia de que ya vuelve Cortés. Los indios «se pusieron de acuerdo en que no se dejarían ver, que permanecerían ocultos, estarían escondidos… como si reinara la profunda noche…».

Después de transcribir el texto de los informantes de Sahagún, se ofrecerá también en este capítulo la breve pintura que de la misma matanza de la fiesta de Tóxcatl nos da el autor indígena del Códice Aubin*. Se trata de un pequeño cuadro acerca del cual Garibay ha escrito: «Literariamente hablando, a ninguna literatura le viene mal tal forma de narración, en que vemos, viviendo y padeciendo, al pueblo de Tenochtitlan ante la acometida del Tonatiuh (Alvarado), tan bello como malvado».*

Los preparativos de la fiesta de Tóxcatl

Luego pidieron (los mexicanos) la fiesta de Huitzilopochtli. Y quiso ver el español cómo era la fiesta, quiso admirar y ver en qué forma se festejaba.

Luego dio orden Motecuhzoma: unos entraron a la casa del jefe, fueron a dejarle la petición.

Y cuando vino la licencia a donde estaba Motecuhzoma encerrado, luego ya se ponen a moler la semilla de chicalote[36] las mujeres que ayunaban durante el año, y eso lo hacen allá en el patio del templo.

Salieron los españoles, mucho se juntaron con sus armas de guerra.

Estaban aderezados, estaban armados. Pasan entre ellas, se ponen junto a ellas, las rodean, las están viendo una por una, les ven la cara a las que están moliendo. Y después que las vieron, luego se metieron a la gran Casa Real: como se supo luego, dizque ya en este tiempo tenían la intención de matar a la gente, si salían por allí los varones.

Hacen la figura de Huitzilopochtli

Y cuando hubo llegado la fiesta de Tóxcatl, al caer la tarde, comenzaron a dar cuerpo, a hacer en forma humana el cuerpo de Huitzilopochtli, con su semblante humano, con toda la apariencia de hombre.

Y esto lo hacían en forma de cuerpo humano solamente con semilla de bledos: con semilla de bledos de chicalote. Lo ponían sobre un armazón de varas y lo fijaban con espinas, le daban sus puntas para afirmarlo.

Cuando ya estaba formado en esta figura, luego lo emplumaban y le hacían en la cara su propio embijamiento, es decir, rayas que atravesaban su rostro por cerca de los ojos. Le ponían sus orejas de mosaico de turquesa, en figura de serpientes, y de sus orejeras de turquesas está pendiente el anillo de espinas. Es de oro, tiene forma de dedos del pie, esta elaborado como dedos del pie.

La insignia de la nariz hecha de oro, con piedras engastadas; a manera de flecha de oro incrustada de piedras finas. También de esta nariguera colgaba un anillo de espinas de rayas transversales en el rostro. Este aderezo facial de rayas transversales era de color azul y de color amarillo. Sobre la cabeza, le ponían el tocado mágico de plumas de colibrí. También luego le ponían el llamado anecúyotl[37] es de plumas finas, de forma cilíndrica, pero hacia la parte del remate es aguzado, de forma cónica.

Luego le ponían al cuello un aderezo de plumas de papagayo amarillo, del cual está pendiente un fleco escalonado de semejanza de los mechones de cabello que traen los muchachos. También su manta de forma de hojas de ortiga, con tintura negra: tiene en cinco lugares mechones de pluma fina de águila.

Lo envuelven todo en él también con su mano de abajo, que tiene pintadas calaveras y huesos. Y arriba le visten su chalequillo, y éste está pintado con miembros humanos despedazados: todo él está pintado de cráneos, orejas, corazones, intestinos, tóraces, tetas, manos, pies.

También su maxtle[38]. Este maxtle es muy precioso y su adorno es de puro papel, es decir, de papel de amate, de ancho una cuarta, de largo veinte. Su pintura es de rayas verticales de color azul claro.

A la espalda lleva colocada como una carga su bandera de color de sangre. Esta bandera de color de sangre es de puro papel. Está teñida de rojo, como teñida de sangre. Tiene un pedernal de sacrificio como coronamiento, y ése es solamente de hechura de papel. Igualmente está rayado con rojo color de sangre.

Porta su escudo: es de hechura de bambú, hecho de bambú. Por cuatro partes está adornado con un mechón de plumas finas de águila: está salpicado de plumas finas; se le denomina tehuehuelli. Y la banderola del escudo igualmente está pintada de color de sangre, como la bandera de la espalda. Tenía cuatro flechas unidas al escudo.

Su banda a manera de pulsera está en su brazo; bandas de piel de coyote y de éstas penden papeles cortados en tiras cortas.

El principio de la fiesta

Pues cuando hubo amanecido, ya en su fiesta, muy de mañana, le descubrieron la cara los que habían hecho voto de hacerlo. Se colocaron en fila delante del ídolo, lo comenzaron a incensar, y ante él colocaron todo género de ofrendas: comida de ayuno (o acaso comida de carne humana) y rodajas de semilla de bledos apelmazada.

Y estando así las cosas, ya no lo subieron, ya no lo llevaron a su pirámide.

Y todos los hombres, los guerreros jóvenes, estaban como dispuestos totalmente, con todo su corazón iban a celebrar la fiesta, a conmemorar la fiesta, para con ella mostrar y hacer ver y admirar a los españoles y ponerles las cosas delante.

Se emprende la marcha, es la carrera: todos van en dirección del patio del templo para allí bailar el baile del culebreo. Y cuando todo el mundo estuvo reunido, se dio principio, se comenzó el canto, y la danza del culebreo.

Y los que habían ayunado una veintena y los que habían ayunado un año, andaban al frente de la gente: mantenían en fila a la gente con su bastón de pino. Al que quisiera salir lo amenazaban con su bastón de pino.

Y si alguno deseaba orinar, deponía su ropa de la cadera y su penacho partido de plumas de garza.

Pero al que no más se mostraba desobediente, al que no seguía a la gente en su debido orden, y vela como quiera las cosas, luego por ello lo golpeaban en la cadera, lo golpeaban en la pierna, lo golpeaban en el hombro. Fuera del recinto lo arrojaban, violentamente lo echaban, le daban tales empellones que cala de bruces, iba a dar con la cara en tierra, le tiraban con fuerza de las orejas: nadie en mano ajena chistaba palabra.

Eran muy dignos de veneración aquellos que por un año habían ayunado; se les temía; por título propio y exclusivo tenían el de «hermanos de Huitzilopochtli».

Ahora bien, iban al frente de la danza guiando a la gente los grandes capitanes, los grandes valientes. Pasaban en seguida los ya jovenzuelos, aunque sin pegarse a aquéllos. Los que tienen el mechón que caracteriza a los que no han hecho cautivo, los mechudos, y los que llevaban el tocado como

un cántaro: los que han hecho prisioneros con ayuda ajena.

Los bisoños, los que se llamaban guerreros jóvenes, los que ya hicieron un cautivo, los que ya cogieron a uno o dos cautivos, también los iban cercando. A ellos les decían:

—¡Fuera allá, amigotes, mostradlo a la gente (vuestro valor), en vosotros se ve!

Los españoles atacan a los mexicas

Pues así las cosas, mientras se está gozando de la fiesta, ya es el baile, ya es el canto, ya se enlaza un canto con otro, y los cantos son como un estruendo de olas, en ese preciso momento los españoles toman la determinación de matar a la gente. Luego vienen hacia acá, todos vienen en armas de guerra.

Vienen a cerrar las salidas, los pasos, las entradas: La Entrada del águila, en el palacio menor; la de Acatl iyacapan (Punta de la Caña), la de Tezcacoac (Serpiente de espejos). Y luego que hubieron cerrado en todas ellas se apostaron: ya nadie pudo salir.

Dispuestas así las cosas, inmediatamente entran al Patio Sagrado para matar a la gente. Van a pie, llevan sus escudos de madera, y algunos los llevan de metal y sus espadas.

Inmediatamente cercan a los que bailan, se lanzan al lugar de los atabales: dieron un tajo al que estaba tañendo: le cortaron ambos brazos. Luego lo decapitaron: lejos fue a caer su cabeza cercenada.

Al momento todos acuchillan alancean a la gente y les dan tajos, con las espadas los hieren. A algunos les acometieron por detrás; inmediatamente cayeron por tierra dispersas sus entrañas. A otros les desgarraron la cabeza: les rebanaron la cabeza, enteramente hecha trizas quedó su cabeza.

Pero a otros les dieron tajos en los hombros: hechos grietas, desgarrados quedaron sus cuerpos. A aquéllos hieren en los muslos, a éstos en las pantorrillas, a los de más allá en pleno abdomen. Todas las entrañas cayeron por tierra. Y había algunos que aun en vano corrían: iban arrastrando los intestinos y parecían enredarse los pies en ellos. Anhelosos de ponerse en salvo, no hallaban a donde dirigirse.

Pues algunos intentaban salir: allí en la entrada los herían los apuñalaban. Otros escalaban los muros; pero no pudieron salvarse. Otros se metieron en la

casa común: allí sí se pusieron en salvo. Otros se entremetieron entre los muertos, se fingieron muertos para escapar. Aparentando ser muertos, se salvaron. Pero si entonces alguno se ponía en pie, lo veían y lo acuchillaban.

La sangre de los guerreros cual si fuera agua corría: como agua que se ha encharcado, y el hedor de la sangre se alzaba al aire, y de las entrañas que parecían arrastrarse.

Y los españoles andaban por doquiera en busca de la casa de la comunidad: por doquiera lanzaban estocadas, buscaban cosas: por si alguno estaba oculto allí; por doquiera anduvieron, todo lo escudriñaron. En las casas comunales por todas partes rebuscaron.

La reacción de los mexicas

Y cuando se supo fuera, empezó una gritería:

—Capitanes, mexicanos… venid acá. ¡Qué todos armados vengan: sus insignias, escudos, dardos!… ¡Venid acá de prisa, corred: muertos son los capitanes, han muerto nuestros guerreros!… Han sido aniquilados, oh capitanes mexicanos.

Entonces se oyó el estruendo, se alzaron gritos, y el ulular de la gente que se golpeaba los labios. Al momento fue el agruparse, todos los capitanes, cual si hubieran sido citados: traen sus dardos, sus escudos.

Entonces la batalla empieza: dardean con venablos, con saetas y aun con jabalinas, con arpones de cazar aves. Y sus jabalinas furiosos y apresurados lanzan. Cual si fuera capa amarilla, las cañas sobre los españoles se tienden.

Los españoles se refugian en las casas reales

Por su parte los españoles inmediatamente se acuartelaron. Y ellos también comenzaron a flechar a los mexicanos, con sus dardos de hierro. Y dispararon el cañón y el arcabuz.

Inmediatamente echaron grillos a Motecuhzoma.

Por su parte, los capitanes mexicanos fueron sacados uno en pos de otro, de los que habían sucumbido en la matanza. Eran llevados, eran sacados, se hacían pesquisas para reconocer quién era cada uno.

El llanto por los muertos

Y los padres y las madres de familia alzaban el llanto. Fueron llorados, se hizo la lamentación de los muertos. A cada uno lo llevan a su casa, pero

después los trajeron al Patio Sagrado: allí reunieron a los muertos; allí a todos juntos los quemaron, en un sitio definido, el que se nombra Cuauhxicalco (Urna del águila). Pero a otros los quemaron sólo en la Casa de los Jóvenes.

El mensaje de Motecuhzoma

Y cuando el sol iba a ocultarse, cuando apenas había un poco de sol, vino a dar pregón Itzcuauhtzin, desde la azotea gritó y dijo:

—Mexicanos, tenochcas, tlatelolcas: os habla el rey vuestro, el señor, Motecuhzoma: os manda decir: que lo oigan los mexicanos:

—Pues no somos competentes para igualarlos, que no luchen los mexicanos. Que se deje en paz el escudo y la flecha.

Los que sufren son los viejos, las viejas, dignas de lástima. Y el pueblo de clase humilde. Y los que no tienen discreción aún: los que apenas intentan ponerse en pie, los que andan a gatas. Los que están en la cuna y en su camita de palo: los que aún de nada se dan cuenta.

Por esta razón dice vuestro rey:

—«Pues no somos competentes para hacerles frente, que se deje de luchar». A él lo han cargado de hierros, le han puesto grillos a los pies.

Cuando hubo acabado de hablar Itzcuauhtzin le hicieron una gran grita, le dijeron oprobios. Se enojaron en extremo los mexicanos, rabiosos se llenaron de cólera y le dijeron:

—¿Qué es lo que dice ese ruin de Motecuhzoma? ¡Ya no somos sus vasallos!

Luego se alzó el estruendo de guerra, fue creciendo rápidamente el clamor guerrero. Y también inmediatamente cayeron flechas en la azotea. Al momento los españoles cubrieron con *sus* escudos a Motecuhzoma y a Itzcuauhtzin, no fuera a ser que dieran contra ellos las flechas de los mexicanos.

La razón de haberse irritado tanto los mexicanos fue el que hubieran matado a los guerreros, sin que ellos siquiera se dieran cuenta del ataque, el haber matado alevosamente a sus capitanes. No se iban, ni desistían.

Los mexicas sitian a los españoles

Estaban sitiando la casa real; mantenían vigilancia, no fuera a ser que alguien entrara a hurtadillas y en secreto les llevara alimentos. También desde

luego terminó todo aportamiento de víveres: nada en absoluto se les entregaba, como para que los mataran de hambre.

Pero aquéllos que aún en vano trataban de comunicarse con ellos, les daban algún aviso; intentaban congraciarse con ellos dando en secreto algunos alimentos, si eran vistos, si se les descubría, allí mismo los mataban, allí acababan con ellos. O ya les quebraban la cerviz, o a pedradas los mataban.

Cierta vez fueron vistos unos mexicanos que introducían pieles de conejo. Ellos dejaron escaparse la palabra de que con ellos entraban otros a escondidas. Por esto se dio estricta orden de que se vigilara, se cuidara con esmero por todos los caminos y por todas las acequias. Había grande vigilancia, había guardas cuidadosos.

Ahora bien, los que introducían pieles de conejo eran trabajadores enviados de los mayordomos de los de Ayotzintepec y Chinantlan. Allí no más rindieron el aliento, allí se acabó su oficio: en una acequia los acogotaron con horquillas de palo. Aún contra sí mismos se lanzaron los tenochcas: sin razón alguna aprisionaban a los trabajadores. Decían:

—«¡Este es!». Y luego lo mataban. Y si por ventura veían a alguno que llevara su bezote de cristal, luego lo atrapaban rápidamente y lo mataban. Decían:

Este es el que anda entrando, el que le está llevando de comer a Motecuhzoma.

Y si veían a alguno cubierto con el ayate propio de los trabajadores, también lo cogían rápidamente. Decían:

—También éste es un desgraciado, que trae noticias infaustas: entra a ver a Motecuhzoma.

Y el que en vano pretendía salvarse, les suplicaba diciendo:

—¿Qué es lo que hacéis, mexicanos? ¡Yo no soy! Le decían ellos:

—¡Sí, tú, infeliz!… ¿No eres acaso un criado? Inmediatamente allí lo mataban.

De este modo estaban fiscalizando a las personas, andaban cuidadosos de todos: no más examinaban su cara, su oficio: no más estaban vigilando a las personas los mexicanos. Y a muchos por fingido delito los ajusticiaron, alevosamente los mataron pagaron un crimen que no habían cometido.

Pero los demás trabajadores se escondieron, se ocultaron. Ya no se daban a ver a la gente, ya no se presentaban ante la gente, ya no iban a casa de nadie: estaban muy temerosos, miedo y vergüenza los dominaba y no querían caer en manos de los otros.

Cuando hubieron acorralado a los españoles en las casas reales, por espacio de siete días les estuvieron dando batalla. Y los tuvieron en jaque durante veintitrés días.

Durante estos días las acequias fueron desenzolvadas; se abrieron, se ensancharon, se les puso Maderos, ahondaron sus cavidades. Y se hizo difícil el paso por todas partes, se pusieron obstáculos dentro de las acequias.

Y en cuanto a los caminos, se les pusieron cercos, se puso pared de impedimento, se cerraron los caminos. Todos los caminos y calles fueron obstruccionados[39].

La versión de la matanza según el Códice Aubin

En Tóxcatl subían al ídolo. Mataron a los cantores cuando comenzaban el baile. No más lo vio Motecuhzoma y dijo a Malintzin:

—Favor de que oiga el dios: ha llegado la fiesta de nuestro dios: es de ahora a diez días. Pues a ver si lo subimos. Harán incensaciones y solamente bailaremos cuando se usaban los panes de bledos. Aunque haya un poco de ruido, eso será todo.

Dijo entonces el capitán:

—Está bien. Que lo hagan. Ya lo oí.

Luego partieron, fueron a encontrar a otros españoles que llegaban. Sólo El Sol se quedó aquí.

Y cuando llegó la hora en la cuenta de los días, luego dijo Motecuhzoma a éste:

—Favor de oír: aquí estáis vosotros. Pronto es la fiesta del dios; se ha aproximado la fiesta en que debemos festejar a nuestro dios.

Dijo aquél:

—¡Qué lo hagan; De algún modo ahora estaremos! Luego dijeron los capitanes:

—Favor de llamar a nuestros hermanos mayores:

Y dijeron los hermanos mayores:

Cuando éstos hubieron venido, luego les dan órdenes; les dicen:

—Mucho en esto se ponga empeño para que se haga bien.

Y dijeron los hermanos mayores.

—Que con fuerte impulso se haga.

Entonces dijo Tecatzin, el jefe de la armería:

—Favor de hacerlo saber al señor que está ante nosotros. ¡Así se hizo en Cholula: no más los encerraron en una casa! También ahora nosotros se nos han puesto difíciles las cosas. ¡Que en cada pared estén escondidos nuestros escudos!

Dijo entonces Motecuhzoma:

—¿Es que estamos acaso en guerra? ¡Haya confianza!

—Está bien.

Luego comienza el canto y el baile. Va guiando a la gente un joven capitán; tiene su bezote ya puesto: su nombre, Cuatlázol, de Tolnáhuac. Apenas ha comenzado el canto, uno a uno van saliendo los cristianos; van pasando entre la gente, y luego de cuatro en cuatro fueron a apostarse en las entradas.

Entonces van a dar un golpe al que está guiando la danza. Uno de los españoles le da un golpe en la nariz a la imagen del dios. Entonces abofetean a los que estaban tañendo los atabales. Dos tocaban el tamboril, y uno de Atempan tañía el atabal. Entonces fue el alboroto general, con lo cual sobrevino completa ruina.

En este momento un sacerdote de Acatl iyacapan[40], vino a dar gritos apresurado; decía a grandes voces:

—Mexicanos, ¿no que no en guerra? ¡Quién tiene confianza! ¡Quién en su mano tiene escudos de los cautivos!

Entonces atacan solamente con palos de abeto. Pero cuando ven, ya están hechos trizas por las espadas.

Entonces los españoles se acogieron a las casas en donde están alojados[41].

Capítulo X

Regreso de Cortés: la noche triste

Habiendo vencido Cortés a Pánfilo de Narváez, regresó con mayor número de soldados a México-Tenochtitlan. Los informantes de Sahagún relatan el modo como fue recibido. Los mexicas se pusieron de acuerdo en no dejarse ver. Estaban en acecho para dar principio a la batalla.

Según los mencionados informantes, Cortés hizo disparar los cañones, al entrar en las casas reales de Motecuhzoma. Esta fue la señal que dio principio a la guerra. Durante cuatro días se luchó con denuedo.

Fue por entonces cuando los españoles arrojaron a la orilla del agua los cadáveres de Motecuhzoma y de Itzcuauhtzin. Como escribe don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, a punto fijo no se supo cómo murió Motecuhzoma: «dicen que uno de los indios le tiró una pedrada de lo cual murió; aunque dicen los vasallos que los mismos españoles lo mataron y por las partes bajas le metieron la espada».

El texto indígena pinta las exequias de Motecuhzoma y el duro juicio que acerca de su actuación pública formularon algunos mexicas. Pasados siete días los españoles se aprestaron para abandonar por la noche a México-Tenochtitlan.

Entonces tuvo lugar el desquite de los guerreros mexicas, que se conoce como la «Noche Triste». Los indios nos pintan la forma en que tuvo lugar el asedio a los españoles que huían por la Calzada de Tacuba. Quienes lograron escapar, fueron a refugiarse por el rumbo de Teocalhueyacan, en donde fueron recibidos en son de paz.

El texto de los informadores que aquí se transcribe concluye narrando lo que pasaba entre tanto en México-Tenochtitlan, donde los guerreros mexicas victoriosos se repartían el botín de guerra quitado a los españoles.

En forma de pequeño apéndice a este capítulo se transcribe la breve noticia que acerca de estos hechos nos conserva don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl en su ya mencionada XIII relación.

Los españoles abandonan de noche la ciudad

Cuando hubo anochecido, cuando llegó la media noche, salieron los españoles en compacta formación y también los tlaxcaltecas todos. Los españoles iban delante y los tlaxcaltecas los iban siguiendo, iban pegados a sus espaldas. Cual si fueran un muro se estrechaban con aquéllos.

Llevaban consigo puentes portátiles de madera: los fueron poniendo sobre los canales: sobre ellos iban pasando.

En aquella sazón estaba lloviendo, ligeramente como rocío, eran gotas ligeras, como cuando se riega, era una lluvia muy menuda.

Aún pudieron pasar los canales de Tecpantzinco, Tzapotlan, Atenchicalco. Pero cuando llegaron al de Mixcoatechialtitlan, que es el canal que se halla en cuarto lugar, fueron vistos: ya se van fuera[42].

Se descubre su huida

Una mujer que sacaba agua los vio y al momento alzó el grito y dijo:

—Mexicanos… ¡Andad hacia acá: ya se van, ya van traspasando los canales vuestros enemigos!… ¡Se van a escondidas!…

Entonces gritó un hombre sobre el templo de Huitzilopochtli. Bien se difundió su grito sobre la gente, todo mundo oía su grito:

—Guerreros, capitanes, mexicanos… ¡Se van vuestros enemigos! Venid a perseguirlos. Con barcas defendidas con escudos… con todo el cuerpo en el camino.

Comienza la batalla

Y cuando esto se oyó, luego un rumor se alza. Luego se ponen en plan de combate los que tienen barcas defendidas. Siguen, reman afanosos, azotan sus barcas, van dando fuertes remos a sus barcas. Se dirigen hacia Mictlantonco, hacia Macuiltlapilco.

Las barcas defendidas por escudos, por un lado y otro vienen a encontrarlos. Se lanzan contra ellos. Eran barcas guarnicionales de los de Tenochtitlan, eran barcas guarnicionales de los de Tlatelolco.

Otros también fueron a pie, se dirigieron rectamente a Nonohualco, encaminando hacia Tlacopan. Intentaban cortarles la retirada.

Entonces los que tripulaban las barcas defendidas por escudos, lanzaron sus dardos contra los españoles. De uno y de otro lado los dardos caían.

Pero los españoles también tiraban a los mexicanos. Lanzaban pasadores[43], y también tiros de arcabuz. De un lado y de otro había muertos. Eran tocados por las flechas los españoles, y eran tocados los tlaxcaltecas. Pero también eran tocados por proyectiles los mexicanos.

La matanza del canal de los toltecas[44]

Pues cuando los españoles hubieron llegado a Tlaltecayohuacan, en donde es el canal de los toltecas, fue como si se derrumbaran, como si desde un cerro se despeñaran. Todos allí se arrojaron se dejaron ir al precipicio. Los de Tlaxcala, los de Tliliuhquitepec, y los españoles, y los de a caballo y algunas mujeres.

Pronto con ellos el canal quedó lleno, con ellos cegado quedó. Y aquellos que iban siguiendo, sobre los hombres, sobre los cuerpos, pasaron y salieron a la otra orilla.

Pero al llegar a Petlacalco, en donde hay otro canal, en paz y quietamente lo pasaron sobre el puente portátil de madera.

Y cuando hubieron llegado a Popotla amaneció, esclareció el cielo: allí, refrigerados ya, a lo lejos tenían combate.

Pero allí llegaron dando alaridos, hechos una bola en torno de ellos los mexicanos. Llegan a coger presos tlaxcaltecas y aún van matando españoles.

Pero también mexicanos mueren: gente de Tlatelolco. De una y de otra parte hubo muertos.

Hasta Tlacopan (Tacuba), los persiguen, hasta Tlacopan los echaron.

Pues en el tiempo en que los echaron, en Tlilyuhcan, en Xócotl iyohuican, que es lo mismo que Xoxocotla, allí murió en guerra Chimalpopoca el hijo de Motecuhzoma. Quedó traspasado, sobre él vino un tiro de ballesta.

También allí fue herido y en ese sitio murió Tlaltecatzin, príncipe tepaneca.

Era el que guiaba, el que dirigía, el que iba señalando y marcando los caminos a los españoles.

Los españoles se refugian en Teocalhueyacan

Luego de ahí vadearon el Tepzólatl, que es un riachuelo; pasaron al otro lado, vadearon el Tepzólatl y luego se remontaron al Acueco. Fueron a detenerse en Otoncalpulco. Su patio estaba defendido por una muralla de

madera, tenían un muro de madera. Allí se refrigeraron, allí tomaron descanso, allí restauraron sus fuerzas y recobraron el aliento.

Allí vino a darles la bienvenida el jefe de los de Teocalhueyacan.

El señor se llamaba con nombre propio de nobleza El Otomí. Este fue a encontrarlos allí les fue a entregar comida: tortillas blancas, gallinas, guisados y asados de gallina, huevos y algunas gallinas vivas y también algunas tunas: todo lo pusieron delante del capitán.

Les dijeron:

—Señores nuestros, os habéis fatigado, habéis pasado angustias. Que los dioses reposen. En tierra asentaos, tomad aliento.

Entonces les respondió Malintzin, les dijo:

—Señores míos, dice el capitán:

¿De dónde venís? ¿Dónde es vuestra casa?

Dijeron ellos:

—Óigalo nuestro señor:

Venimos de su casa en Teocalhueyacan. Somos gente de este lugar.

Dijo Malintzin:

—Bien está. Os estamos agradecidos. Allá de donde venís mañana o pasado iremos a pernoctar.

El botín recogido por los mexicas en Tenochtitlan

Luego que se alzó la aurora, cuando la luz relució, cuando estuvo claro el día, fueron acarreados los tlaxcaltecas todos, y los de Cempoala y los españoles que se habían despeñado en el canal de los toltecas, allá en Petlacalco o en Mictonco.

Fueron siendo llevados en canoas; entre los tules, allá en donde están los tules blancos los fueron a echar: no más los arrojaban, allá quedaron tendidos.

También arrojaron por allá a las mujeres (muertas): estaban desnudas enteramente, estaban amarillas; amarillas, pintadas de amarillo, estaban las mujeres.

A todos éstos desnudaron, les quitaron cuanto tenían: los echaron allá sin miramiento, los dejaron totalmente abandonados y desprovistos.

Pero a los españoles, en un lugar aparte los colocaron, los pusieron en hileras. Cual los blancos brotes de las cañas, como los brotes del maguey, como las espigas blancas de las cañas, así de blancos eran sus cuerpos.

También sacaron a los «ciervos» que soportan encima a los hombres los dichos caballos.

Y cuanto ellos llevaban, cuanto era su carga, todo se hizo un montón, de todo se hicieron dueños. Si alguien en una cosa ponía los ojos, luego al momento la arrebataba. La hacía cosa propia, se la llevaba a cuestas, la conducía a su casa.

Allí en donde precisamente fue la mortandad, todo cuanto pudo hallarse se lo apropiaron, lo que en su miedo abandonaron (los españoles). También todas las armas de guerra allí fueron recogidas. Cañones, arcabuces, espadas y cuanto en el hondo se había precipitado, lo que allí había traído. Arcabuces, espadas, lanzas, albardas, arcos de metal, saetas de hierro.

También allí se lograron cascos de hierro, cotas y corazas de hierro; escudos de cuero, escudos metálicos, escudos de madera.

Y allí se logró oro en barras, discos de oro, y oro en polvo y collares de chalchihuites con dijes de oro.

Todo esto era sacado, era recogido de entre el agua, era rebuscado cuidadosamente. Unos buscaban con las manos, otros buscaban con los pies. Y los que iban por delante bien pudieron escapar, pero los que iban atrás todos cayeron al agua[45].

La relación de Alva Ixtlilxóchitl

Cortés dio la vuelta para México, y entró por la ciudad de Tezcoco, en donde le recibieron algunos caballeros, porque a los hijos del rey Nezahualpiltzintli, los legítimos, los tenían escondidos sus vasallos, y los otros en México los tenían en rehenes. Entró en México con todo el ejército de españoles y amigos de Tlaxcala y otras partes el día de San Juan Bautista, sin que nadie se lo estorbase.

Los mexicanos y los demás aunque les daban todo lo necesario, con todo esto, viendo que los españoles, ni se querían ir de su ciudad, ni querían soltar a sus reyes, juntaron sus soldados, y comenzaron a dar guerra a los españoles otro día después de que Cortés entró en México y duró siete días.

El tercero de ellos Motecuhzoma viendo la determinación de sus vasallos,

se puso en una parte alta, y reprendióles; los cuales le trataron mal de palabras llamándole cobarde, y enemigo de su patria, y aun amenazándole con las armas, en donde dicen que uno de ellos le tiró una pedrada de lo cual murió, aunque dicen sus vasallos que los mismos españoles lo mataron, y por las partes bajas le metieron la espada.

Al cabo de los siete días, después de haber sucedido grandes cosas, los españoles con sus amigos los tlaxcaltecas, huexotzincas y demás naciones, desampararon la ciudad, y salieron huyendo por la calzada que va a Tlacopan, y antes de salir de la ciudad mataron al rey Cacamatzin, y a tres hermanas suyas, y dos hermanos que hasta entonces no estaban muertos, según don Alonso Axayácatl, y algunas relaciones de los naturales que se hallaron personalmente en estas dos ocasiones, los cuales al tiempo que se retiraron dieron muerte a muchos españoles y amigos hasta un cerro que está adelante de Tlacopan, y desde aquí dieron la vuelta para Tlaxcala[46].

CAPÍTULO XI

Comienza el asedio de México-Tenochtitlan

Varios son los testimonios indígenas que nos hablan acerca del asedio de la gran capital azteca. Rehechos los españoles, gracias principalmente a la ayuda prestada por sus aliados los tlaxcaltecas, reaparecieron al fin, para atacar de todas las maneras posibles a México-Tenochtitlan.

El texto que aquí se transcribe, debido a los informantes de Sahagún, comienza mostrando la persuasión abrigada por los indios de que los españoles ya no regresarían. Las fiestas volvieron a celebrarse como en los tiempos antiguos. Cuitláhuac fue electo gran tlatoani o rey, para suceder al trágicamente muerto Motecuhzoma.

Sin embargo, el primer presagio funesto se hizo sentir bien pronto. Se extendió entre la población una gran peste, la llamada hueyzáhuatl, o hueycocoliztli, que por lo general se piensa fue una epidemia de viruela, enfermedad desconocida hasta entonces por los indios. Una de las víctimas de este mal iba a ser precisamente el tlatoani Cuitláhuac.

Fue entonces cuando reaparecieron los españoles por el rumbo de Tezcoco, para venir a situarse en Tlacopan. El testimonio indígena nos refiere con numerosos detalles la manera como comenzaron a atacar los españoles desde sus bergantines. Trata también el texto indígena del desembarco de la gente de Cortés, de la reacción defensiva de los mexicas, del modo como fueron penetrando los españoles al interior de la ciudad. En vista del asedio implacable de la gran capital, la gente tenóchcatl fue a

refugiarse a Tlatelolco. Allí se iba a concentrar al fin la lucha. El texto que aquí se transcribe concluye trazando un magnífico retrato de la fisonomía del capitán mexicatl Tzilacotzin, que fue uno de los que jamás retrocedieron, al ser atacado por los españoles.

La actitud de los mexicas, después de idos los españoles

Cuando se hubieron ido los españoles se pensó que de una vez se iban, que para siempre se habían ido. Que nunca jamás regresarían, nunca jamás darían la vuelta. Por tanto, otra vez se aderezó, se compuso la casa del dios. Fue bien barrida, se recogió bien la basura, se sacó la tierra.

Ahora bien, llegó Huey Tecuílhuitl[47]. Una vez más, otra vez la festejaron los mexicanos en esta veintena[48].

A todos los representantes, a todos los sustitutos[49] de los dioses otra vez los adornaron, les pusieron sus ropas y sus plumajes de quetzal. Les pusieron sus collares, les pusieron sus máscaras de turquesas y les revistieron sus ropas divinas: ropa de pluma de quetzal, ropa de pluma de papagayo amarillo, ropa de pluma de águila. Todas estas ropas que se requieren, las guardaban los grandes príncipes…

La peste azota a los mexicas

Cuando se fueron los españoles de México y aún no se preparaban los españoles contra nosotros primero se difundió entre nosotros una gran peste, una enfermedad general. Comenzó en Tepeílhuitl[50]. Sobre nosotros se extendió: gran destruidora de gente. Algunos bien los cubrió, por todas partes (de su cuerpo) se extendió. En la cara, en la cabeza, en el pecho, etcétera.

Era muy destructora enfermedad. Muchas gentes murieron de ella. Ya nadie podía andar, no más estaban acostados, tendidos en su cama. No podía nadie moverse, no podía volver el cuello, no podía hacer movimientos de cuerpo; no podía acostarse cara abajo, ni acostarse sobre la espalda, ni moverse de un lado a otro. Y cuando se movían algo, daban de gritos. A muchos dio la muerte la pegajosa, apelmazada, dura enfermedad de granos.

Muchos murieron de ella, pero muchos solamente de hambre murieron: hubo muertos por el hambre: ya nadie tenía cuidado de nadie, nadie de otros se preocupaba.

A algunos les prendieron los granos de lejos: esos no mucho sufrieron, no murieron muchos de esos.

Pero a muchos con esto se les echó a perder la cara, quedaron cacarañados, quedaron cacarizos. Unos quedaron ciegos, perdieron la vista.

El tiempo que estuvo en fuerza esta peste duró sesenta días, sesenta días funestos. Comenzó en Cuatlan: cuando se dieron cuenta, estaba bien desarrollada. Hacia Chalco se fue la peste. Y con esto mucho amenguó, pero no cesó del todo.

Vino a establecerse en la fiesta de Teotleco y vino a tener su término en la fiesta de Panquetzaliztli. Fue cuando quedaron limpios de la cara los guerreros mexicanos.

Reaparición de los españoles

Pero ahora, así las cosas, ya vienen los españoles, ya se ponen en marcha hacia acá, por allá por Tezcoco, del lado de Cuauhtitlan: vienen a establecer su real, a colocarse en Tlacopan. Desde allí después se reparten, desde ahí se distribuyen.

A Pedro de Alvarado se le asignó como su campo propio para el camino que va a Tlatelolco. Pero el marqués tomó el rumbo de Coyohuacan. Y era su campo propio el que va por Acachinanco hacia Tenochtitlan.

Sabedor era el marqués de que era muy valiente el capitán de Tenochtitlan.

Y en el cenicero de Tlatelolco, o en la Punta de los Alisos, fue en donde primero comenzó la guerra.

De ahí se fue a dar a Nonohualco: los persiguieron los guerreros, y no murió ni un mexicano.

Luego se vuelven los españoles y los guerreros en barcas atacan. Llevan sus barcas bien guarnecidas. Lanzan dardos: sus dardos llueven sobre los españoles. Luego se metieron.

Pero el marqués se lanza luego hacia los tenochcas, va siguiendo el camino que conduce hacia Acachinanco. Luego se traslada el marqués al sitio de Acachinanco. Con muchos batalla allí y los mexicanos le hacen frente.

Los españoles atacan con bergantines

Y entonces vienen los barcos desde Tetzcoco. Son por todos doce. Todos ellos se juntaron allí en Acachinanco. Luego se muda el marqués hasta Acachinanco.

Después anda revisando dónde se entra, dónde se sale en los barcos. Dónde es buena la entrada en las acequias, si están lejos; si no están lejos; no vaya a ser que encallen en al un lugar.

Y por las acequias, retorcidas, no derechas, no pudieron meter por allí a los barcos. Dos barcos metieron solamente, los hicieron pasar por el camino de Xoloco: van a ir derechamente.

Y hasta entonces resolvieron unos con otros, se dieron la palabra de que iban a destruir a los mexicanos y a acabar con ellos.

Se pusieron en fila, entonces, llevando los cañones. Los precede el gran estandarte de lienzo. No van de prisa, no se alteran. Van tañendo sus tambores, van tocando sus trompetas. Tocan sus flautas, sus chirimías y sus silbatos.

Dos bergantines lentamente vienen bogando: solamente de un lado del canal van pasando. Del otro lado no viene barco alguno, por haber casas.

Luego hay marcha, luego hay combate. De un lado y otro hay muertos, de un lado y otro hay cautivos.

Cuando vieron los tenochcas, los habitantes de Zoquiapan, emprendieron la fuga, echaron a correr llenos de miedo. Son llevados los niñitos al lado de otras personas. Van por el agua, sin rumbo ni tino, los de la clase baja. Hay llanto general.

Y los dueños de barcas, en las barcas colocaron a sus niñitos, los llevan remando, los conducían remando afanados. Nada tomaron consigo: por el miedo dejaron abandonado todo lo suyo; su pequeña hacienda la dejaron perder.

Pero nuestros enemigos se apoderaron de las cosas, haciendo fardo con ellas, van tomando cuanto hallan por donde van pasando, todo lo que sale a su paso. Toman y arrebatan las mantas, las capas, las frazadas, o las insignias de guerra, los tambores, los tamboriles.

Y los tlatelolcas les hicieron resistencia allí en Zoquiapan desde sus barcas.

Cuando llegaron los españoles a Xoloco, en donde hay un muro, que por medio del camino cierra el paso, con el cañón grande lo atacaron.

Aún no se derrumbó al caer el primer tiro, pero al segundo, se partió y al tercero, por fin, se abatió en tierra. Ya al cuarto tiro totalmente quedó derruido.

Dos barcos vinieron a encontrar a los que tienen barcas defendidas por escudos. Se da batalla sobre el agua. Los cañones estaban colocados en la

proa y hacia donde estaban aglomeradas las barcas, en donde se cerraban unas con otras, allá lanzaban sus tiros. Mucha gente murió, y se hundieron en el agua, se sumergieron y quedaron en lo profundo violentamente.

De modo igual las flechas de hierro, aquel a quien daban en el blanco, ya no escapaba: moría al momento, exhalaba su aliento final.

La reacción defensiva de los mexicas

Pero los mexicanos cuando vieron, cuando se dieron cuenta de que los tiros de cañón o de arcabuz iban derechos, ya no caminaban en línea recta, sino que iban de un rumbo hacia otro haciendo zigzag; se hacían a un lado y a otro, huían del frente.

Y cuando veían que iba a dispararse un cañón, se echaban por tierra, se tendían, se apretaban a la tierra.

Pero los guerreros se meten rápidamente entre las casas, por los trechos que están entre ellas: limpio queda el camino, despejado, como si fuera región despoblada.

Pero luego llegaron hasta Huitzilan. Ahí estaba enhiesta otra muralla. Y muchos junto a ella estaban replegados, se refugiaban y protegían con aquel muro.

Desembarco de los españoles

Un poco cerca de ella anclan, se detienen sus bergantines; un poquito allí se detienen, en tanto que disponen los cañones.

Vinieron siguiendo a los que andaban en barcas. Cuando llegaron cerca de ellos, luego se dejaron ir en su contra, se acercaron a todas las casas.

Cuando hubieron preparado los cañones, lanzaron tiros a la muralla. Al golpe la muralla quedó llena de grietas. Luego se desgarró, por detrás se abrió. Y al segundo tiro, luego cayó por tierra: se abrió a un lado y otro, se partió, quedó agujerada. Quedó el camino entonces totalmente limpio. Y los guerreros que estaban colocados junto a la muralla al punto se desbandaron. Hubo dispersión de todos, de miedo huyeron.

Pero la gente toda llenó el canal; luego de prisa lo cegó y aplanó, con piedras, con adobes, y aun con algunos palos, para impedir el paso del agua.

Cuando estuvo cegado el canal, luego pasaron por allí los de a caballo. Eran tal vez diez. Dieron vueltas, hicieron giros, se volvieron a un lado y a otro. Y en seguida otra partida de gente de a caballo vino por el mismo

camino. Iban en pos de los que pasaron primero.

Y algunos de los tlatelolcas que habían entrado de prisa al palacio, la casa que fue de Motecuhzoma, salieron con gran espanto: dieron de improviso con los de a caballo. Uno de éstos dio de estocadas a los de Tlatelolco.

Pero el que había sido herido, aún pudo agarrar la lanza. Luego vinieron sus amigos a quitar la lanza al soldado español. Lo hicieron caer de espaldas, lo echaron sobre su dorso, y cuando hubo caído en tierra, al momento le dieron de golpes, le cortaron la cabeza, allí muerto quedó.

Luego se ponen en marcha unidos, se mueven en un conjunto los españoles. Llegaron de esta manera a la Puerta del águila. Llevaban consigo los cañones grandes. Los colocaron en la Puerta del águila.

La razón de llamarse este sitio Puerta del águila es que en él había un águila hecha de piedra tajada. Era muy grande, tan alta y tan corpulenta en extremo. Y le hicieron como comparte y consorte un tigre. Y en la otra parte estaba un oso mielero, también de piedra labrado.

Y estas cosas así hechas, los guerreros mexicanos se recataron en vano detrás de las columnas. Porque había dos hileras de columnas en aquel sitio.

Y sobre la azotea de la casa comunal también estaban colocados los guerreros, estaban subidos sobre la azotea. Ya ninguno de ellos daba la cara abiertamente.

Por su parte los españoles no estaban ciertamente ociosos. Cuando hubieron disparado los cañones, se oscureció mucho como de noche, se difundió el humo. Y los que estaban recatados tras las columnas huyeron: hubo desbandada general. Y los que estaban en la azotea se echaron abajo: todos huyeron lejos.

Avanzan los españoles al interior de la ciudad

Luego llevaron los españoles el cañón y lo colocaron sobre la piedra del sacrificio gladiatorio.

Los mexicanos, entre tanto, sobre el templo de Huitzilopochtli aun en vano se estaban atalayando. Percutían sus atabales, con todo ímpetu tocaban los atabales.

Y al momento subieron allá dos españoles, les dieron de golpes, y después de haberlos golpeado, los echaron para abajo, los precipitaron.

Y los grandes capitanes y los guerreros todos que combatían en barcas al

momento se vinieron, vinieron a desembarcar a tierra seca. Y los que remaban eran los muchachos: eran ellos los que conducían las barcas.

Hecho esto, se pusieron a inspeccionar las calles: iban recorriendo por ellas, gritaban y decían:

¡Guerreros, venid a seguir la cosa!…

Y cuando los españoles vieron que ya iban contra de ellos, que ya los vienen persiguiendo, luego se replegaron y empuñaron las espadas.

Hubo gran tropel, carrera general. De un lado y otro caían flechas sobre ellos. De un lado y otro venían a estrecharlos. Hasta Xoloco fueron a remediarse, fueron a tomar aliento. Desde allí fue el regreso (de los mexicanos).

También por parte de los españoles hubo regreso. Fueron a colocarse en Acachinanco. Pero el cañón que habían colocado sobre la piedra del sacrificio gladiatorio, lo dejaron abandonado.

Lo cogieron luego los guerreros mexicanos, lo arrastraron furiosos, lo echaron en el agua. En el Sapo de Piedra (Tetamazolco) fue donde lo echaron.

La gente mexicatl se refugia en Tlatelolco

En este tiempo los mexicas-tenochcas vinieron a refugiarse a Tlatelolco.

Era general el llanto, lloraban con grandes gritos. Lágrimas y llanto escurren de los ojos mujeriles.

Muchos maridos buscaban a sus mujeres. Unos llevan en los hombros a sus hijos pequeñitos.

El tiempo que abandonaron la ciudad fue un solo día. Pero los de Tlatelolco se encaminaron a Tenochtitlan para seguir la batalla.

Fue cuando Pedro de Alvarado se lanzó contra Iliacac (Punta de alisos) que es el rumbo de Nonohualco, pero nada pudo hacer.

Era como si se arrojaran contra una roca: porque los de Tlatelolco eran hombres muy valientes.

Hubo batalla en ambos lados: en el campo seco de las calles y en el agua con lanchas que tenían sus escudos de defensa.

Alvarado quedó rendido y se volvió. Fue a acampar en Tlacopan.

Pero al siguiente día, cuando llegaron allá los dos bergantines que primero

habían arribado, se juntaron todos en la orilla de las casas de Nonohualco, allí se fueron a situar.

Luego saltaron a tierra y siguieron por los caminos secos, los caminos entre el agua. Luego fueron a dar al centro de los poblados, a donde estaban las casas, llegaron hasta el centro.

Donde llegaban los españoles, todo quedaba desolado. Ni un solo indio salía afuera.

El capitán mexicatl Tzilacatzin

Tzilacatzin gran capitán, muy macho, llega luego. Trae consigo bien sostenidas tres piedras: tres grandes piedras, redondas, piedras con que se hacen muros o sea piedras de blanca roca.

Una en la mano la lleva, las otras dos en sus escudos. Luego con ellas ataca, las lanza a los españoles: ellos iban en el agua, estaban dentro del agua y luego se repliegan.

Y este Tzilacatzin era de grado otomí[51]. Era de este grado y por eso se trasquilaba el pelo a manera de otomíes. Por eso no tenía en cuenta al enemigo, quien bien fuera, aunque fueran españoles: en nada los estimaba sino que a todos llenaba de pavor.

Cuando veían a Tzilacatzin nuestros enemigos luego se amedrentaban y procuraban con esfuerzo ver en qué forma lo mataban, ya fuera con una espada, o ya fuera con tiro de arcabuz.

Pero Tzilacatzin solamente se disfrazaba para que no lo reconocieran.

Tomaba a veces sus insignias: su bezote que se ponía y sus orejeras de oro; también se ponía un collar de cuentas de caracol. Solamente estaba descubierta su cabeza, mostrando ser otomí.

Pero otras veces solamente llevaba puesta su armadura de algodón; con un paño delgadito envolvía su cabeza.

Otras veces se disfrazaba en esta forma: se ponía un casco de plumas, con un rapacejo abajo, con su colgajo del águila que le colgaba al cogote. Era el atavío con que se aderezaba el que iba a echar víctimas al fuego.

Salía, pues, como un echador de víctimas al fuego, como el que va a arrojar al fuego los hombres vivos: tenía sus ajorcas de oro en el brazo; de un lado y de otro las llevaba atadas en sus brazos, y estas ajorcas eran sumamente relucientes.

También llevaba en las piernas sus bandas de oro ceñidas, que no dejaban de brillar.

Y al día siguiente una vez más vinieron. Fueron llevando sus barcas al rumbo de Nonohualco, hasta junto a la Casa de la Niebla (Ayauhcalco). También vinieron los que andan a pie, y todos los de Tlaxcala y los otomíes. Con grande ardor se arrojaron contra los mexicanos los españoles.

Cuando llegaron a Nonohualco luego se trabó el combate. Fue la batalla y se endureció y persistió el ataque y la guerra. Había muertos de un bando y de otro. Los enemigos eran flechados todos. También todos los mexicanos. De un lado y de otro hubo gran pena. De este modo todo el día, toda la noche duró la batalla.

Sólo hubo tres capitanes que nunca retrocedieron. Nada les importaban los enemigos; ningún aprecio tenían de sus propios cuerpos.

El nombre de uno es Tzoyectzin, el del segundo es Temoctzin y el tercero es el mentado Tzilacatzin.

Pero cuando los españoles se cansaron, cuando nada podían hacer a los mexicanos, ya no podían romper las filas de los mexicanos, luego se fueron, se metieron a sus cuarteles, fueron a tomar reposo.

Siguiéndoles las espaldas fueron también sus aliados[52].

CAPÍTULO XII

Incursiones de los españoles en la ciudad sitiada

Los testimonios indígenas conservan la descripción de numerosas escenas de vivo realismo acerca de lo que ocurrió en México-Tenochtitlan, durante el largo sitio impuesto por los conquistadores. Los textos de los informantes de Sahagún que aquí se transcriben se refieren a los combates que a cada momento tenían lugar en los alrededores y aun en el interior mismo de la ciudad.

En una de las primeras embestidas de los conquistadores, los mexicas hicieron prisioneros a quince españoles, que fueron sacrificados luego, a la vista de sus compatriotas, que miraban desde los bergantines cómo les daban muerte. Trata asimismo el texto acerca de la trágica situación de los sitiados, del modo como penetraron los españoles al mercado de Tlatelolco, del incendio del templo y de la forma como rechazaban los mexicas con valentía increíble a quienes trataban de adueñarse de su ciudad.

Más adelante se describe el modo como los españoles colocaron un trabuco o catapulta sobre el templete que había en la plaza del mercado de Tlatelolco para atacar con él a los mexicas. Y tratando ya del final del sitio, se recuerda el último esfuerzo hecho para salvara la ciudad. Cuauhtémoc, que había sucedido en el mando supremo de los mexicas a Cuitláhuac, muerto a consecuencia de la epidemia, determinó entonces revestir a un capitán de nombre Opochtzin con las insignias del rey Ahuízotl. Esos atavíos que convertían a aquel hombre en Tecolote de Quetzal, le daban asimismo fuerza invencible. Se decía que en esas insignias estaba colocada la voluntad de Huitzilopochtli. Se creía que lanzando el dardo del dios, «la serpiente de fuego», si lograba ésta alcanzara uno o dos de los enemigos, era posible aún la victoria. El documento indígena refiere que los españoles mostraron espanto al contemplar la figura del Tecolote de Quetzal.

Así acabó la batalla, hubo un momento de calma que presagiaba el desenlace fatal. Como se verá en el capítulo siguiente, apareció por ese tiempo una como gran llama que parecía venir del sol. Era como un remolino que andaba haciendo espirales: era el último presagio de la ruina final de México-Tenochtitlan.

Quince españoles son apresados y sacrificados

Comienza luego el estruendo, empiezan a tañerse flautas. Golpean y blanden los escudos, los que están para afrontar la guerra. Persiguen a los españoles, los acosan, los atemorizan: luego atraparon a quince españoles. Los llevaron y sus barcas retrocedieron y fueron a colocarlas en medio de la laguna.

Y cuando completaron dieciocho cautivos, tenían que ser sacrificados allá en Tlacochcalco (Casa del Arsenal). Al momento los despojan, les quitan sus armaduras, sus cotas de algodón y todo cuanto tenían puesto. Del todo los

dejaron desnudos. Luego así ya convertidos en víctimas, los sacrifican.

Y sus congéneres estaban mirando, desde las aguas, en que forma les daban muerte.

Otra vez introdujeron dos bergantines en Xocotitlan. Cuando allí hubieron anclado, se fueron hacia las casas de los que habitaban allí. Pero Tzilacatzin y algunos otros guerreros cuando vieron a los españoles, se arrojaron contra ellos, los vinieron acosando, los estrecharon tanto que los precipitaron al agua.

También en otra ocasión llevaron sus bergantines al rumbo de Coyonazazco para dar batalla y atacar. Y cuando hubieron llegado allá, salieron algunos españoles. Venía guiando a aquella gente Castañeda y Xicoténcatl. Este venía trayendo su penacho de plumas de quetzal.

Tiraron con la ballesta y uno fue herido en la frente, con lo cual murió al momento.

El que tiró la ballesta era Castañeda. Se arrojaron sobre él los guerreros mexicanos y a todos los acosaron, los hicieron ir por el agua y a pedradas los abrumaron. Hubiera muerto allí Castañeda, pero se quedó cogido de la barca y fue a salir a Xocotitlan.

Había puesto otro bergantín en la espalda de la muralla, donde la muralla da vuelta, y otro estaba en Teotlecco, donde el camino va recto hacia el Peñón (Tepetzinco). Estaban como en resguardo de la laguna.

Por la noche se los llevaron. Y hasta pasados algunos días otra vez contra nosotros vinieron.

Vinieron a resultar por el rumbo de Cuahuecatitlan, en el camino se colaron. Y los de Tlaxcala, Acolhuacan, Chalco luego llenaron el canal, y de esta manera prepararon camino. Echaron allí adobes, maderamento de las casas: los dinteles, las jambas, los pilares, las columnas de madera. Y las cañas que cercaban, también al agua las arrojaron.

Nuevo ataque español

Cuando así se hubo cegado el canal, ya marchan los españoles, cautelosamente van caminando: por delante va el pendón; van tañendo sus chirimías, van tocando sus tambores.

A su espalda van en fila los tlaxcaltecas todos, y todos los de los pueblos («aliados de los españoles»). Los tlaxcaltecas se hacen muy valientes, mueven altivos sus cabezas, se dan palmadas sobre el pecho.

Van cantando ellos, pero también cantando están los mexicanos. De un lado y de otro se oyen cantos. Entonan los cantares que acaso recuerdan, y con sus cantos se envalentonan.

Cuando llegan a tierra seca, los guerreros mexicanos se agazapan, se pliegan a la tierra, se esconden y se hacen pequeños. Están al acecho esperando a qué horas alzarse deben, a qué horas han de oír el grito, el pregón de ponerse en pie.

Y se oyó el grito:

—¡Mexicanos, ahora es cuando!…

Luego viene a ver las cosas el tlapaneca otomí Hecatxin; se lanza contra ellos y dice:

—¡Guerreros de Tlatelolco, ahora es cuando!

¿Quiénes son esos salvajes? ¡Que se dejen venir acá!…

Y al momento derribó a un español, lo azotó contra el suelo. Y éste se arrojó contra él y también lo echó por tierra. Hizo lo que con él había aquél hecho primero. Pero (Hecatzin) lo volvió a derribar y luego vinieron otros a arrastrar a aquel español.

Hecho esto, los guerreros mexicanos vinieron a arrojarlo por allá. Los que habían estado recatados junto a la tierra, se fueron persiguiendo a los

españoles por las calles.

Y los españoles, cuando los vieron, estaban meramente como si se hubieran embriagado.

Al momento comenzó la contienda para atrapar hombres. Fueron hechos prisioneros muchos de Tlaxcala, Acolhuacan, Chalco, Xochimilco. Hubo gran cosecha de cautivos, hubo gran cosecha de muertos.

Fueron persiguiendo por el agua a los españoles y a toda la gente (aliada suya).

Pues el camino se puso resbaloso, ya no se podía caminar por él; solamente se resbalaba uno, se deslizaba sobre el lodo. Los cautivos eran llevados a rastras.

Allí precisamente fue donde el pendón fue capturado allí fue arrebatado. Los que lo ganaron fueron los de Tlatelolco. El sitio preciso en que lo capturaron fue donde hoy se nombra San Martín. Pero no lo tuvieron en estima, ningún caso hicieron de él.

Otros (de los españoles) se pusieron en salvo. Fueron a retraerse y reposar allá por la costa de rumbo de Colhuacan, en la orilla del canal. Allá fueron a colocarse.

Cincuenta y tres españoles sacrificados

Pues ahora ya llevan los mexicanos a sus cautivos al rumbo de Yacacolco. Se va a toda carrera, y ellos guardan a sus cautivos. Unos van llorando, otros van cantando, otros se van dando palmadas en la boca, como es costumbre en la guerra.

Cuando llegaron a Yacacolco, se les pone en hilera, en filas fueron puestos: uno a uno van subiendo al templete: allí se hace el sacrificio.

Fueron delante los españoles, ellos hicieron el principio. Y en seguida van en pos de ellos, los siguen todos los de los pueblos (aliados de ellos).

Cuando acabó el sacrificio de éstos, luego ensartaron en picas las cabezas de los españoles; también ensartaron las cabezas de los caballos. Pusieron éstas abajo, y sobre ellas las cabezas de los españoles. Las cabezas ensartadas están con la cara al sol.

Pero las cabezas de los pueblos aliados, no las ensartaron, ni las cabezas de gente de lejos.

Ahora bien los españoles cautivados fueron cincuenta y tres y cuatro caballos.

Por todas partes estaban en guardia, había combates, y no se dejaba de vigilar. Por todos los rumbos nos cercaban los de Xochimilco en sus barcas. De un lado y de otro se hacían cautivos, de un lado y otro había muertos.

La situación de los sitiados

Y todo el pueblo estaba plenamente angustiado, padecía hambre, desfallecía de hambre. No bebían agua potable, agua limpia, sino que bebían agua de salitre. Muchos hombres murieron, murieron de resultas de la disentería.

Todo lo que se comía eran lagartijas, golondrinas, la envoltura de las mazorcas, la grama salitrosa. Andaban masticando semillas de colorín y andaban masticando lirios acuáticos, y relleno de construcción, y cuero y piel de venado. Lo asaban, lo requemaban, lo tostaban, lo chamuscaban y lo comían. Algunas yerbas ásperas y aun barro.

Nada hay como este tormento: tremendo es estar sitiado. Dominó totalmente el hambre.

Poco a poco nos fueron repegando a las paredes, poco a poco nos fueron haciendo ir retrocediendo.

Los españoles entran al mercado de Tlatelolco

Y sucedió una vez que cuatro de a caballo entraron al mercado. Y después de haber entrado, recorrieron su circuito, fueron caminando al lado del muro que cierra el mercado. Iban dando estocadas a los guerreros mexicanos, de modo que muchos murieron. Atropellaron todo el mercado. Fue la primera vez que vinieron a dar al mercado. Luego se fueron, retrocedieron.

Los guerreros mexicanos echaron a correr tras ellos, fueron en su seguimiento. Pues la primera vez que entraron al mercado los españoles fue de improviso, sin que se dieran cuenta de ello (los mexicanos).

El incendio del templo

Fue en este mismo tiempo cuando pusieron fuego al templo, lo quemaron. Y cuando se le hubo puesto fuego, inmediatamente ardió: altas se alzaban las llamas, muy lejos las llamaradas subían. Hacían al arder estruendo y reverberaban mucho.

Cuando ven arder el templo, se alza el clamor y el llanto, entre lloros uno

a otro hablaban los mexicanos. Se pensaba que después el templo iba a ser saqueado.

Largo tiempo se batalló en el mercado, en sus bordes se estableció el combate: apenas dejaban libre el muro por el rumbo en que la cal se vende. Pero por donde se vende el incienso, y en donde estaban los caracoles del agua, y en la casa de las flores, y en todos los reductos que quedan entre las casas, iban entrando.

Sobre el muro se mantenían los guerreros mexicanos y de todas las casas de los habitantes de Quecholan, que están al entrar al mercado se hizo como un solo muro. Sobre de las azoteas estaban muchos colocados. Desde allí arrojaban piedras, desde allí lanzaban dardos. Y todas aquellas casas de los de Quecholan fueron perforadas por detrás, se les hizo un hueco no grande, para que al ser perseguidos por los de a caballo, cuando iban a lancearlos, o estaban para atropellarlos, y trataban de cerrarles el paso, los mexicanos Por esos huecos se metieran.

Otra incursión de los españoles

Sucedió en una ocasión que llegaron los españoles hasta Atliyacapan. Desde luego saquearon y atraparon a las gentes para llevárselas, pero cuando los vieron los guerreros mexicanos, luego los persiguieron, les hicieron disparos de flechas los mexicanos.

Iba andando por allí un jefe cuáchic[53] llamado Axoquentzin. Acosó a los enemigos, les hizo soltar su presa, los hizo retroceder: ese jefe allí murió: le dieron una estocada: le atravesaron el pecho: en el corazón le entró el estoque. De ambas partes cogido, quedó allí muerto.

Entonces los enemigos se replegaron y en el suelo se tendieron. También allá en Yacacolco hubo batallas. Los españoles lanzaban sus pasadores[54]. En fila bien colocados iban dándoles ayuda, iban dándoles consejos aquellos cuatro reyes: ellos les cerraban el paso.

Pero los guerreros mexicanos se pusieron en acecho, para entrar por la retaguardia, cuando el sol hubiera declinado.

Pero, hecho esto, llegaron algunos de los enemigos y treparon a las azoteas, y desde allí, luego gritaron:

—Ea, gente de Tlaxcala: venid a juntaros acá. ¡Aquí están vuestros enemigos!

Entonces lanzaron dardos contra los emboscados: éstos se entregaron a general desbandada.

Con toda calma llegaron aquéllos hasta Yacacolco: allí se trabó el combate. Pero allí nada más hallaron resistencia: no pudieron abrir las columnas de los tlatelolcas: éstos apostados en la ribera opuesta lanzaban contra aquéllos dardos, lanzaban piedras.

Ya no pudieron los españoles seguir pasando los vados, ya no tomaron puente ninguno…

Colocación de la catapulta en el mercado de Tlatelolco

En este tiempo colocaron los españoles en el templete una catapulta hecha de madera, para arrojar piedras a los indios.

Cuando ya la habían acabado, cuando estaba para tirar, la rodearon muchos a ella, la señalaban con el dedo, la admiraban unos con otros los indios que estaban reunidos en Amáxac.

Todos los del pueblo bajo estaban allí mirando. Los españoles manejan para tirar en contra de ellos. Van a lanzarles un tiro como si fuera una honda.

En seguida le dan vueltas, dan vueltas en espiral, y dejan enhiesto luego el maderamento de aquella máquina de palo que tiene forma de honda.

Pero no cayó la piedra sobre los naturales, sino que pasó a caer tras ellos en un rincón del mercado. Por esto se pelearon unos con otros, según pareció, los españoles. Señalaban con las armas hacia los indios y hacían gran alboroto.

Pero el artificio aquél de madera iba dando vuelta y vuelta, sin tener dirección fija, sólo con gran lentitud iba enderezando, su tiro. Luego se dejó ver que era: en su punta había una honda, la cuerda era muy gruesa. Y por tener esa cuerda se le dio el nombre de «honda de palo».

Una vez más se replegaron a una los españoles y todos los de Tlaxcala. Otra vez se ponen en hileras en Yacacolco, en Tecpancaltitlan y en donde se vende el incienso. Y allá en Acocolecan dirigía (su jefe) a los que nos acosaban, lentamente iba pasando por la tierra.

Contraataque de los mexicas

Por su parte, los guerreros mexicanos vienen a ponerse en pie de defensa, en hileras. Muy fuertes se sienten, muy viriles se muestran. Ninguno se siente tímido, nadie muestra ser femenil. Dicen:

—Caminad hacia acá, guerreros, ¿quiénes son esos salvajillos? ¡Son gentuza del sur de Anáhuac!

Los guerreros mexicanos no van en una dirección, van y vienen por doquiera. Nadie se para en directo, nadie va por línea recta.

Ahora bien, los españoles muchas veces se disfrazaban: no se mostraban lo que eran. Como se aderezan los de acá, así se aderezaban ellos. Se ponían insignias de guerra, se cubrían arriba con una tilma, para engañar a la gente, iban del todo encubiertos, de este modo hacían caer en error.

Cuando a alguno habían flechado los españoles, la gente se replegaba contra la tierra, había desbandada. Estaban muy atentos. Fijaban la mirada Para ver por cual rumbo venía a salir el tiro. Estaban muy en guardia, se recataban muy bien los guerreros de Tlatelolco.

Pero los españoles paso a paso iban entrando a su terreno, contra las casas se estrechaban. Y en donde se vende el incienso, en el camino hacia Amáxac, estaban muy pegados a nosotros sus escudos y venían a dar contra sus lanzas.

La acción del «Tecolote de Quetzal»

Por su parte, el rey Cuauhtémoc y con él los capitanes Coyohuehuetzin, Temilotzin, Topantemoctzin, Ahuelitoctzin, Mixcoatlailotlactzin, Tlacuhtzin y Petlauhtzin, tomaron a un gran capitán de nombre Opochtzin, tintorero de oficio. En seguida lo revistieron, le pusieron el ropaje de «tecolote de quetzal», que era insignia del rey Ahuizotzin.

Le dijo Cuauhtémoc:

—Esta insignia era la propia del gran capitán, que fue mi padre Ahuizotzin. Llévela éste, póngasela y con ella muera. Que con ella espante, que con ella aniquile a nuestros enemigos. Véanla nuestros enemigos y queden asombrados.

Y se la pusieron que cuatro capitanes fueran en su compañía, le sirvieron de resguardo. Le dieron aquello en que consistía la dicha insignia de mago. Era esto:

Era un largo colocado en vara, que tenía en la punta un pedernal.

Y con esto lo dispusieron tal que pudiera contarse entre los príncipes de México.

Dijo el cihuacóatl Tlacutzin:

—Mexicanos tlatelolcas:

«¡Nada es aquello con que ha existido México! ¡Con que ha estado perdurando la nación mexicana! ¡Se dice que en esta insignia está colocada la voluntad de Huitzilopochtli: la arroja sobre la gente, pues es nada menos que la Serpiente de fuego (Xiuhcóalt), el Perforador del fuego mamalhuaztli! ¡La ha venido arrojando contra nuestros enemigos!

»Ya tomáis mexicanos, la voluntad de Huitzilopochtli, la flecha. Inmediatamente la haréis ver por el rumbo de nuestros enemigos. No la arrojareis como quiera a la tierra, mucho la tenéis que lanzar contra nuestros enemigos. Y si acaso a uno, a dos, hiere este dardo, y si alcanza a uno, a dos, de nuestros enemigos, aún tenemos cuenta de vida, aún un poco de tiempo tendremos escapatoria. Ahora, ¡como sea la voluntad de nuestro señor!…».

Ya va en seguida el tecolote de quetzal. Las plumas de quetzal parecían irse abriendo. Pues cuando lo vieron nuestros enemigos, fue como si se derrumbara un cerro. Mucho se espantaron todos los españoles: los llenó de pavor: como si sobre la insignia vieran alguna otra cosa.

Subió a la azotea el tecolote de quetzal. Y cuando lo vieron algunos de nuestros enemigos, luego regresaron, se dispusieron a atacarlo. Pero otra vez los hizo retroceder, los persiguió el tecolote de quetzal. Entonces tomó las plumas, el oro y bajó inmediatamente de la azotea. No murió él ni se llevaron (oro y plumas) nuestros enemigos. Y también quedaron prisioneros tres de nuestros enemigos.

De golpe acabó la batalla, todo quedó en calma y nada más sucedió. Se fueron luego nuestros enemigos y todo quedó en calma. Nada aconteció durante la noche.

Y al día siguiente, nada en absoluto pasó. Nadie hablaba siquiera. Los indios estaban replegados en defensa. Y los españoles nada obraban. Sólo estaban en sus posiciones, veían constantemente a los indios. Nada se dispuso, no hacían más que estar a la expectativa unos y otros…[55]

CAPÍTULO XIII

Rendición de México-Tenochtitlan

Tres son las fuentes indígenas de las que provienen los textos aducidos en este capítulo, acerca de la rendición de la gran capital azteca. El primer testimonio, de los informantes indígenas de Sahagún, menciona un último presagio que pareció anunciar la ruina inminente de los mexicas. Según este texto indígena, fue Cuauhtémoc quien por su propia voluntad se entregó a los españoles. La tragedia que acompañó a la toma de la ciudad, nos la describe a continuación el documento indígena de manera elocuente.

El segundo testimonio aducido proviene de la ya varías veces citada XIII relación *de Alva Ixtlilxóchitl. Es en este texto donde se relata cuáles fueron las palabras que dijo Cuauhtémoc a Cortés, cuando hecho ya prisionero, tomando la daga que traía el conquistador, le rogó pusiera fin a su vida, como había puesto ya fin a su imperio. Es interesante notar las palabras textuales de Ixtlilxóchitl, que afirma que durante el sitio de México-Tenochtitlan murió «casi toda la nobleza mexicana, pues que apenas quedaron algunos señores y caballeros y, los más, niños y de poca edad».*

El tercero y último texto que se presenta en este capítulo, proviene de la VII relación *de Chimalpain, y en él se describe la forma como Cortés requirió por todas partes y aún sometió a tormento a los señores mexicas para obtener de ellos el oro y los demás tesoros que poseían los indios desde tiempos antiguos.*

En la Relación de 1528*, debida a un indígena anónimo de Tlatelolco, de la cual se publica íntegra la sección referente a la Conquista, en el capítulo XIV de este libro, se ofrece uno de los cuadros más patéticos en el que se pinta el éxodo de los vencidos y las vejaciones sin número de que fueron objeto, al ser sometida la capital mexicatl.*

El último presagio de la derrota

Y se vino a aparecer una como grande llama. Cuando anocheció, llovía, era cual rocío la lluvia. En este tiempo se mostró aquel fuego. Se dejó ver,

apareció cual si viniera del cielo. Era como un remolino; se movía haciendo giros, andaba haciendo espirales. Iba como echando chispas, cual si restallaran brasas. Unas grandes, otras chicas, otras como leve chispa. Como si un tubo de metal estuviera al fuego, muchos ruidos hacía, retumbaba, chisporroteaba. Rodeó la muralla cercana al agua y en Coyonacazco fue a parar[56]. Desde allí fue luego a medio lago, allá fue a terminar. Nadie hizo alarde de miedo, nadie chistó una palabra.

Pues al siguiente día nada tampoco sucedió. No hacían más que estar tendidos, tendidos estaban en sus posiciones nuestros enemigos.

Y el capitán (Cortés), estaba viendo constantemente hacia acá parado en la azotea. Era en la azotea de casa de Aztautzin, que está cercana a Amáxac. Estaba bajo un doselete. Era un doselete de varios colores.

Los españoles lo rodeaban y hablaban unos con otros.

La decisión final de Cuauhtémoc y los mexicas

Por su parte (los mexicas) se reunieron en Tolmayecan y deliberaron cómo se haría, qué tendríamos que dar como tributo, y en qué forma nos someteríamos a ellos. Los que tal hicieron eran:

Cuauhtémoc, y los demás príncipes mexicanos…

Luego traen a Cuauhtémoc en una barca. Dos, solamente dos lo acompañan, van con él. El capitán Teputztitóloc y su criado, Iaztachímal. Y uno que iba remando tenía por nombre Cenyáutl.

Y cuando llevan a Cuauhtémoc, luego el pueblo todo le llora. Decían:

—¡Ya va el príncipe más joven, Cuauhtémoc, ya va a entregarse a los españoles! ¡Ya va a entregarse a los «dioses»!

La prisión de Cuauhtémoc

Y cuando lo hubieron llevado hasta allá, cuando lo hubieron desembarcado, luego vinieron a verlo los españoles. Lo tomaron, lo tomaron de la mano los españoles. Luego lo subieron arriba de la azotea, lo colocaron frente al capitán, su jefe de guerra.

Y cuando lo hubieron colocado frente al capitán, este se pone a verlo, lo ve detenidamente, le acaricia el cabello a Cuauhtémoc. Luego lo sentaron frente al capitán.

Dispararon los cañones, pero a nadie tocaron ya. Únicamente, dispararon,

los tiros pasaban sobre las cabezas de los indios.

Luego tomaron un cañón, lo pusieron en una barca, lo llevaron a la casa de Coyohuehuetzin, y cuando allá hubieron llegado, lo subieron a la azotea.

La huida general

Luego otra vez matan gente; muchos en esta ocasión murieron. Pero se empieza la huida, con esto va a acabar la guerra. Entonces gritaban y decían:

—¡Es bastante!… ¡Salgamos!… ¡Vamos a comer hierbas!…

Y cuando tal cosa oyeron, luego empezó la huida general.

Unos van por agua, otros van por el camino grande. Aún allí matan a algunos; están irritados los españoles porque aún llevan algunos su macana y su escudo.

Los que habitaban en las casas de la ciudad van derecho hacia Amáxac, rectamente hacia el bifurcamiento del camino. Allí se desbandan los pobres. Todos van al rumbo del Tepeyácac, todos van al rumbo de Xoxohuiltitlan, todos van al rumbo de Nonohualco. Pero al rumbo de Xóloc o al de Mazatzintamalco, nadie va.

Pero todos los que habitan en barcas y los que habitan sobre las armazones de madera enclavadas en el lago, y los habitantes de Tolmayecan, se fueron puramente por el agua. A unos les daba hasta el pecho, a otros les daba el agua hasta el cuello. Y aún algunos se ahogaron en el agua más profunda.

Los pequeñitos son llevados a cuestas. El llanto es general. Pero algunos van alegres, van divirtiéndose, al ir entrelazados en el camino.

Los dueños de barca, todos los que tenían barcas, de noche salieron, y aún en el día salieron algunos. Al irse, casi se atropellan unos con otros.

Los españoles se adueñan de todo

Por su parte, los españoles, al borde de los caminos están requisionando a las gentes. Buscan oro. Nada les importan los jades, las plumas de quetzal y las turquesas.

La mujercitas lo llevan en su seno, en su faldellín, y los hombres lo llevamos en la boca, o en el maxtle.

Y también se apoderan, escogen entre las mujeres, las blancas, las de piel trigueña, las de trigueño cuerpo. Y algunas mujeres a la hora del saqueo, se

untaron de lodo la cara y se pusieron como ropa andrajos. Hilachas por faldellín, jilachas como camisa. Todo era harapos lo que se vistieron.

También fueron separados algunos varones. Los valientes y los fuertes, los de corazón viril. Y también jovenzuelos, que fueran sus servidores, los que tenían que llamar sus mandaderos.

A algunos desde luego les marcaron con fuego junto a la boca. A unos en la mejilla, a otros en los labios.

Cuando se bajó el escudo, con lo cual quedamos derrotados, fue:

Signo del año: 3-Casa. Día del calendario mágico: 1-Serpiente.

Después de que Cuauhtémoc fue entregado lo llevaron a Acachinanco ya de noche. Pero al siguiente día, cuando había ya un poco de sol, nuevamente vinieron muchos españoles. También era su final. Iban armados de guerra, con cotas y con cascos de metal; pero ninguno con espada, ninguno con su escudo.

Todos van tapando su nariz con pañuelos blancos: sienten náuseas de los muertos, ya hieden, ya apestan sus cuerpos. Y todos vienen a pie.

Vienen cogiendo del manto a Cuauhtémoc, a Coanacotzin. A Tetlepanquetzaltzin. Los tres vienen en fila…

Cortés exige que se le entregue el oro

Cuando hubo cesado la guerra se puso (Cortés) a pedirles el oro. El que habían dejado abandonado en el canal de los toltecas, cuando salieron y huyeron de México.

Entonces el capitán convoca a los reyes y les dice:

—¿Dónde está el oro que se guardaba en México?

Entonces vienen a sacar de una barca todo el oro. Barras de oro, diademas de oro, ajorcas de oro para los brazos, bandas de oro para las piernas, capacetes de oro, discos de oro. Todo lo pusieron delante del capitán. Los españoles vinieron a sacarlo.

Luego dice el capitán:

—¿No más ése es el oro que se guardaba en México? Tenéis que presentar aquí todo. Busquen los principales.

Entonces habla Tlacutzin:

—Oiga, por favor, nuestro señor el dios: todo cuanto a nuestro palacio llegaba nosotros lo encerrábamos bajo pared. ¿No es acaso que todo se lo llevaron nuestros señores?

Entonces Malintzin le dice lo que el capitán decía:

—Si, es verdad, todo lo tomamos; todo se juntó en una masa y todo se marcó con sello, pero todo nos lo quitaron allá en el canal de los toltecas; todo nos lo hicieron dejar caer en el agua. Todo lo tenéis que presentar.

Entonces le responde el Cihuacóatl Tlacotzin:

—Oiga por favor el dios, el capitán:

La gente de Tenochtitlan no suele pelear en barcas: no es cosa que hagan ellos. Eso es cosa exclusiva de los de Tlatelolco. Ellos en barcas combatieron, se defendieron de los ataques de vosotros, señores nuestros. ¿No será que acaso ellos de veras hayan tomado todo (el oro), la gente de Tlatelolco?

Entonces habla Cuauhtémoc, le dice al Cihuacóatl:

—¿Qué es lo que dices, Cihuacóatl? Bien pudiera ser que lo hubieran tomado los tlatelolcas… ¿Acaso no ya por esto han sido llevados presos los que lo hayan merecido? ¿No todo lo mostraron? ¿No se ha juntado en Texopan? ¿Y lo que tomaron nuestros señores, no es esto que está aquí?

Y señaló con el dedo Cuauhtémoc aquel oro.

Entonces Malintzin le dice lo que decía el capitán:

—¿No más ése es?

Luego habló el Cihuacóatl:

—Puede ser que alguno del pueblo lo haya sacado… ¿Por qué no se ha de indagar? ¿No lo ha de hacer ver el capitán?

Otra vez dijo Malintzin lo que decía el capitán:

—Tenéis que presentar doscientas barras de oro de este tamaño…

Y señalaba la medida abriendo una mano contra la otra.

Otra vez respondió el Cihuacóatl, y dijo:

—Puede ser que alguna mujercita se lo haya enredado en el faldellín. ¿No se ha de indagar? ¿No se ha de hacer ver?

Entonces habla por allá Ahuelítoc, el Mixcoatlailótlac. Dijo:

—Oiga por favor el señor, el amo, el capitán:

Aun en tiempo de Motecuhzoma cuando se hacía conquista en alguna región, se ponían en acción unidos mexicanos, tlatelolcas, tepanecas y acolhuas. Todos los de Acolhuacan y todos los de la región de las Chinampas.

Todos íbamos juntos, hacíamos la conquista de aquel pueblo, y cuando estaba sometido, luego era el regreso: cada grupo de gente se iba a su propia población.

Y después iban viniendo los habitantes de aquellos pueblos, los conquistados; venían a entregar su tributo, su propia hacienda que tenían que dar acá: jades, oro, plumas de quetzal, y otra clase de piedras preciosas, turquesas y aves de pluma fina, como el azulejo, el pájaro de cuello rojo, venían a darlo a Motecuhzoma.

Todo venía a dar acá, todo de donde quiera, en conjunto llegaba a Tenochtitlan: todo el tributo y todo el oro…[57]

La relación de Alva Ixtlilxóchitl

Hiciéronse este día (cuando fue tomada la ciudad), una de las mayores crueldades que sobre los desventurados mexicanos se han hecho en esta tierra. Era tanto el llanto de las mujeres y niños que quebraban los corazones de los hombres. Los tlaxcaltecas y otras naciones que no estaban bien con los mexicanos, se vengaban de ellos muy cruelmente de lo pasado, y les saquearon cuanto tenían.

Ixtlilxóchitl (de Tezcoco y aliado de Cortés) y los suyos, al fin como eran de su patria, y muchos de sus deudos, se compadecían de ellos, y estorbaban a los demás que tratasen a las mujeres y niños con tanta crueldad, que lo mismo hacía Cortés con sus españoles. Ya que se acercaba la noche se retiraron a su real, y en éste concertaron Cortés e Ixtlilxóchitl y los demás señores capitanes, del día siguiente acabar de ganar lo que quedaba.

En dicho día que era de San Hipólito Mártir, fueron hacia el rincón de los enemigos. Cortés por las calles, y Ixtlilxóchitl con Sandoval, que era el capitán de los bergantines, por agua, hacia una laguna pequeña, que tenía aviso Ixtlilxóchitl cómo el rey (Cuauhtémoc) estaba allí con mucha gente en las barcas. Fuéronse llegando hacia ellos.

Era cosa admirable ver a los mexicanos. La gente de guerra confusa y triste, arrimados a las paredes de las azoteas mirando su perdición; y los niños, viejos y mujeres llorando. Los señores y la gente noble, en las canoas

con su rey, todos confusos.

La prisión de Cuauhtémoc

Hecha la seña, los nuestros embistieron todos a un tiempo al rincón de los enemigos, y diéronse tanta prisa, que dentro de pocas horas le ganaron, sin que quedase cosa que fuese de parte de los enemigos; y los bergantines y canoas embistieron con las de éstos, y como no pudieron resistir a nuestros soldados echaron todas a huir por donde mejor pudieron, y los nuestros tras ellos. García de Olguín, capitán de un bergantín que tuvo aviso por un mexicano que tenía preso, de cómo la canoa que seguía era donde iba el rey dio tras ella hasta alcanzarla.

El rey Cuauhtémoc viendo que ya los enemigos los tenía cerca, mandó a los remeros llevasen la canoa hacia ellos para pelear; viéndose de esta manera, tomó su rodela y macana, y quiso embestir; mas viendo que era mucha la fuerza de los enemigos, que le amenazaban con sus ballestas y escopetas, se rindió.

Cuauhtémoc frente a Cortés

García de Olguín lo llevó a Cortés, el cual lo recibió con mucha cortesía, al fin como a rey, y él echó mano al puñal de Cortés, y le dijo:

—¡Ah capitán! Ya yo he hecho todo mi poder para defender mi reino, y librarlo de vuestras manos; y pues no ha sido mi fortuna favorable, quitadme la vida, que será muy justo, y con esto acabaréis el reino mexicano, pues a mi ciudad y vasallos tenéis destruidos y muertos… Con otras razones muy lastimosas que se enternecieron cuantos allí estaban, de ver a este príncipe en este lance.

Cortés le consoló, y le rogó que mandase a los suyos se rindiesen, el cual así lo hizo, y se subió por una torre alta, y les dijo a voces que se rindieran, Pues ya estaban en poder de los enemigos. La gente de guerra, que sería hasta sesenta mil de ellos los que habían quedado, de los trescientos mil que eran de la parte de México, viendo a su rey dejaron las armas, y la gente más ilustre llegó a consolar a su rey.

Ixtlilxóchitl, que procuró harto de prender por su mano a Cuauhtémoc, y no pudo hacerlo solo, por andar en canoa, y no tan ligera como un bergantín, pudo sin embargo alcanzar dos, en donde iban algunos príncipes y señores, como eran Tetlepanquetzaltzin, heredero del reino de Tlacopan, y Tlacahuepantzin, hijo de Motecuhzoma su heredero y otros muchos, y en la

otra iban la reina Papantzin Oxómoc, mujer que fue del rey Cuitláhuac, con muchas señoras.

Ixtlilxóchitl los prendió, y llevó consigo a estos señores hacia donde estaba Cortés: a la reina y demás señoras las mandó llevar a la ciudad de Tezcoco con mucha guarda, y que allá las tuviesen.

La duración del sitio

Duró el cerco de México, según las historias, pinturas y relaciones, especialmente la de don Alonso Axayaca, ochenta días cabalmente. Murieron de la parte de Ixtlilxóchitl y reino de Tezcoco, más de treinta mil hombres, de más de doscientos mil que fueron de la parte de los españoles, como se ha visto; de los mexicanos murieron más de doscientos cuarenta mil, y entre ellos casi toda la nobleza mexicana, pues que apenas quedaron algunos señores y caballeros, y los más niños, y de poca edad.

Este día, después de haber saqueado la ciudad, tomaron los españoles para sí el oro y la plata, y los señores la pedrería y plumas y los soldados las mantas y demás cosas, y estuvieron después de estos otros cuatro en enterrar los muertos, haciendo grandes fiestas y alegrías[58].

La relación de Chimalpain: lo que siguió a la toma de la ciudad

Y después que fueron depuestos los atavíos de guerra, después que descansó la espada y el escudo fueron reunidos los señores en Acachinanco. El mero Cuauhtémoc, señor de Tenochtitlan, el segundo Tlacotzin, el Cihuacóatl, el tercero Oquiztzin, señor de Azcapotzalco Mexicapan, el cuarto Panitzin, señor de Ecatépec, el quinto de nombre Motelhuihtzin, mayordomo real, éste no era príncipe, pero era un gran capitán de la guerra:

A estos cinco hizo descender el capitán Hernando Cortés. Los ataron y los llevaron a Coyoacan. Tan sólo Panitzin no fue atado. Allá en Coyoacan fueron encerrados, fueron conservados prisioneros. Allá se les quemaron los pies. Además a los sacerdotes Cuauhcóhuatl y Cohuayhitl, Tecohuentzin y Tetlanmécatl se les inquirió acerca del oro que se había perdido en el Canal de los Toltecas (cuando huyeron los españoles por la Calzada de Tacuba, perseguidos por los mexicas). Se les preguntó por el oro que había sido reunido en el palacio, en forma de ocho barras y que había quedado al cuidado de Ocuitécatl, que era mayordomo real. Cuando murió éste —lo mató la epidemia de viruela— sólo quedó su hijo, y de las ocho barras tan sólo aparecieron cuatro. El hijo huyó en seguida.

Y salieron entonces de la prisión quienes habían sido llevados a Coyoacan. El capitán Hernán Cortés (les habló a) aquellos cinco mexicas a quienes había combatido, los señores mexicas, Cuauhtémoc, Tlacotzin el Cihuacóatl, Oquiztzin, Panitzin, Motelhuihtzin; a éstos les habló el capitán Cortés allá en Coyoacan, se dirigió a ellos por medio de los intérpretes Jerónimo de Aguilar y Malintzin. Les dijo el señor capitán:

—Quiero ver cuáles eran los dominios de México, cuáles los de los epanecas, los dominios de Aculhuacan, de Xochimilco, de Chalco.

Y aquellos señores de México en seguida entre sí deliberaron. El Cihuacóatl Tlacotzin luego respondió:

—Oh, príncipe mío, oiga el dios esto poco que voy a decir. Yo el mexicatl, no tenía tierras, no tenía sementeras, cuando vine acá en medio de los tepanecas y de los de Xochimilco, de los de Aculhuacan y de los de Chalco; ellos sí tenían sementeras, sí tenía tierras. Y con flechas y con escudos me hice señor de los otros, me adueñé de sementeras y tierras.

Igual que tú, que has venido con flechas y con escudos para adueñarte de todas las ciudades. Y como tú has venido acá, de igual modo también yo, el mexicatl, vine para apoderarme de la tierra con flechas y con escudos.

Y cuando oyó esto el capitán Cortés, dijo con imperio a los tepanecas, a los acolhuas, a los de Xochimilco y de Chalco, así les habló:

—Venid acá, el mexicatl con flechas y con escudos se apoderó de vuestra tierra, de vuestra pertenencia, allí donde vosotros le servíais. Pero ahora, de nuevo con flechas y con escudos, os dejo libres, ya nadie allí tendrá que servir al mexicatl. Recobrad vuestra tierra…[59]

Capítulo XIV

Una visión de conjunto

Relación de la Conquista (1528) por informantes anónimos de Tlatelolco

En los trece capítulos anteriores se presentaron una serie de cuadros de la Conquista, tomados de diversas fuentes indígenas intercaladas de acuerdo con la secuencia cronológica de los hechos. En seguida se ofrece, a modo de recapitulación final, otra relación indígena de la Conquista de particular interés, que menciona todos esos mismos hechos de manera más breve.

La relación de la Conquista, redactada en náhuatl hacia 1528, por autores anónimos de Tlatelolco, y conservada actualmente en la Biblioteca Nacional de París, formando parte de Unos anales históricos de la nación mexicana, *es tal vez el documento indígena más antiguo en el que se nos ofrece la que hemos llamado* Visión de los vencidos. *Iniciándose la narración con la llegada de los españoles a las costas del golfo, por donde hoy se halla la antigua Veracruz, el año de 1519, viene a culminar con la toma de la capital azteca y las desdichas que acompañaron a su caída en poder de Cortés.*

No obstante tratarse de un documento relativamente breve, puede decirse que es tal vez el que nos da la visión de conjunto más netamente indígena de la Conquista. Al presentarlo a continuación, vertido al castellano por el doctor Garibay, se introducen tan sólo algunos subtítulos que ayudan a distinguir las diversas etapas de la Conquista a que se refiere el texto indígena.

Llegada de Cortés. Los mensajeros de Motecuhzoma

Año 13-Conejo. Fueron vistos españoles en el agua.

Año 1-Caña. Salieron los españoles al palacio de Tlayácac. Con esto ya viene el capitán.

Cuando hubo salido al palacio de Tlayácac, luego le fue a dar la bienvenida el Cuetlaxteca (enviado por Motecuhzoma Xocoyotzin). Por este motivo va a darle allá soles de metal fino, uno de metal amarillo y otro de blanco[60]. Y un espejo de colgar, una bandeja de oro, un jarrón de oro, abanicos y adornos de pluma de quetzal, escudos de concha nácar.

Delante del capitán se hacen sacrificios. Se enojó por ello. Porque le daban al capitán sangre en una «cazoleta del águila». Por esto maltrató al que le daba sangre. Le dio golpes con la espada. Con esto se desbandaron los que le fueron a dar la bienvenida.

Todo esto lo llevó al capitán para dárselo por mandato espontáneo de Motecuhzoma. Por esta razón fue a encontrar al capitán. Ese fue el oficio que hizo el de Cuetlaxtlan.

Cortés en Tenochtitlan

Y luego vino a llegar hasta Tenochtitlan. Llegó en el mes de Quecholi, en un signo del día 8-Viento.

Y cuando ya llegó acá a Tenochtitlan, luego le dimos gallinas, huevos, maíz blanco, tortillas blancas, y le dimos qué beber. Entregamos pastura para los venados (caballos) y leña.

Por una parte le hizo entrega de dones el de Tenochtitlan y por otra le hizo entrega de dones el de Tlatelolco.

Entonces el capitán marchó a la costa. Dejó a don Pedro de Alvarado (apodado) «El Sol».

La matanza del Templo Mayor en la fiesta de Tóxcatl

En este tiempo van a preguntar a Motecuhzoma en qué forma han de celebrar a su dios. Él les dijo:

Ponedle todo lo que es su atavío propio. Hacedlo.

En este tiempo fue cuando dio órdenes «El Sol» (Alvarado): ya está atado preso Motecuhzoma y el Tlacochcálcatl de Tlatelolco, Itzcohuatzin[61].

Fue cuando ahorcaron a un principal de Acolhuacan, de nombre Nezahualquentzin junto a la albarrada.

En segundo lugar, murió el rey de Nauhtla, llamado Cohualpopocatzin. Lo asaetearon, y después de asaeteado, vivo aún, fue quemado.

Con este motivo estaban en guardia los tenochcas de la Puerta del águila. Por un lado estaba el garitón de los tenochcas; por otro lado, el garitón de los tlatelolcas.

Vinieron a decir a aquellos que ataviaron a Huitzilopochtli.

Luego le ponen a Huitzilopochtli todo aquello con que se adorna, sus ropas de papel y todos los atavíos que le son propios. Todo se lo pusieron.

Luego ya cantan sus cantos los mexicanos. Así lo estuvieron haciendo el primer día.

Aún pudieron hacerlo el segundo día: comenzaron a cantar y fue cuando murieron tenochcas y tlatelolcas.

Los que estaban cantando y danzando estaban totalmente desarmados. Todo lo que tenían eran sus mantillos labrados, sus turquesas, sus bezotes, sus collares, sus penachos de pluma de garza, sus dijes de pata de ciervo. Y los que tañen el atabal, los viejecitos, tienen sus calabazos de tabaco hecho polvo para aspirarlo, sus sonajas.

A éstos (los españoles) primeramente les dieron empellones, los golpearon en las manos, les dieron bofetadas en la cara, y luego fue la matanza general de todos éstos. Los que estaban cantando y los que estaban mirando junto a ellos, murieron.

Nos dieron empellones, nos maltrataron por tres horas. En donde mataron a la gente fue en el Patio Sagrado.

Luego se meten (los españoles) dentro de las casas (del templo) para matar a todos: a los que acarreaban el agua, a los que traían la pastura de los caballos, a los que molían, a los que barrían, a los que estaban de vigilancia.

Pero el rey Motecuhozoma acompañado del Tlacochcálcatl de Tlatelolco, Itzcohuatzin, y de los que daban de comer a los españoles, les dicen:

—Señores nuestros… ¡Basta! ¿Qué es lo que estáis haciendo? ¡Pobres gentes del pueblo!… ¡Andan enteramente desarmados!…

Cuando llegó acá el capitán, ya nos había matado «El Sol» (Alvarado).

Hacía veinte días que el capitán había partido para la costa cuando nos mató a traición «El Sol».

Cuando llegó acá el capitán no fue recibido con guerra; en paz y calma entró acá. Hasta el día siguiente lo atacamos con fuerza y así dio principio la guerra.

La noche triste

En consecuencia luego salieron de noche. En la fiesta de Tecuílhultl salieron; fue cuando murieron en el Canal de los Toltecas. Allí furiosamente los atacamos.

Cuando de noche salieron, primero fueron a reconcentrarse en Mazatzintamalco. Allí fue la espera de unos a otros cuando salieron de noche.

Año 2-Pedernal. Fue cuando murió Motecuhzoma; también en el mismo tiempo murió el Tlacochcálcatl de Tlatelolco, Itzcohuatzin.

Cuando se fueron (los españoles), fueron a asentarse en Acueco. Los echaron de allí. Fueron a situarse en Teuhcalhueyacan. Se fueron para Zoltépec. De allí partieron, fueron a situarse en Tepotzotlan. De allí se fueron, fueron a situarse en Citlaltépec; de allí fueron a establecerse en Temazcalapan. Allí los salieron a encontrar: les dieron gallinas, huevos, maíz en grano. Allí tomaron resuello.

Ya se fueron a meter a Tlaxcala.

Entonces se difundió la epidemia: tos, granos ardientes, que queman.

El regreso de los españoles

Cuando ha pasado un poco la epidemia, ya se ponen en marcha. Van a salir a Tepeyácac, fue el primer lugar que conquistan.

Se van de allí: cuando es la fiesta de Tomar Licor (Tlahuano), van a salir a Tlapechhuan. Es la fiesta de Izcalli.

A los doscientos días vinieron a salir, se vinieron a situar en Tetzcoco. Estuvieron allí cuarenta días.

Luego ya vienen, de nuevo vienen en seguimiento de Citlaltépec. A Tlacopan. Allí se establecen en el Palacio.

Y también se metieron acá los Chiconauhtla, Xaltocan, Cuauhtitlan, Tenayucan, Azcapotzalco, Tlacopan, Coyoacan.

Por siete días no están combatiendo.

Estaban solamente en Tlacopan. Pero luego de nuevo retroceden. No más se van todos juntos y por allá van a salir, para establecer en Tetzcoco.

Ochenta días y otra vez van a salir a Huaxtepec, Cuauhnahuac (Cuernavaca). De allá bajaron a Xochimilco. Allí murió gente de Tlatelolco. Otra vez salió (el español) de allí; vino a Tetzcoco, allí también a situarse. También en Tlaliztacapa murieron gentes de Tlatelolco.

Cuando él se fue a situar a Tetzcoco fue cuando comenzaron a matarse unos con otros los de Tenochtitlan.

En el año 3-Casa mataron a sus príncipes el Cihuacóatl Tzihuacpopocatzin y a Cicpatzin Tecuecuenotzin. Mataron también a los hijos de Motecuhzoma, Axayaca y Xoxopehuáloc.

Esto más: se pusieron a pleitear unos con otros y se mataron unos a otros. Esta es la razón por la que fueron muertos estos principales: movían, trataban de convencer al pueblo para que se juntara maíz blanco, gallinas; huevos, para que dieran tributo a aquéllos (a los españoles).

Fueron sacerdotes, capitanes, hermanos mayores los que hicieron estas muertes. Pero los principales jefes se enojaron porque habían sido muertos aquellos principales.

Dijeron los asesinos:

—¿Es que nosotros hemos venido a hacer matanzas? Últimamente, hace sesenta días que hubo muertos a nuestro lado… ¡Con nosotros se puso en obra la fiesta del Tóxcatl!… (La matanza del templo mayor).

El asedio de Tenochtitlan

Ya se ponen en pie de guerra, ya van a darnos batalla (los españoles). Por espacio de diez días nos combaten y es cuando vienen a aparecer sus naves. A los veinte días van a colocar sus naves por Nonohualco, en el punto llamado Mazatzintamalco.

Cuando sus naves llegaron acá, llegaron por el rumbo de Iztacalco. Entonces se sometió a ellos el habitante de Iztacalco. También se sometió a ellos el habitante de Iztacalco. También de allá se dirigieron acá. Luego se fueron a situar las naves en Acachinanco.

También desde luego hicieron sus casas de estacamento los de Huexotzinco y Tlaxcala a un lado y otro del camino. También dispersan sus

barcos los de Tlatelolco. Estos están en sus barcas en el camino de Nonohualco, en Mazatzintamalco están sus barcas.

Pero en Xohuiltitlan y en Tepeyácac nadie tiene barcas. Los únicos que estamos en vigilancia del camino somos los de Tlatelolco cuando aquéllos llegaron con sus barcas. Al día siguiente las fueron a dejar en Xoloco.

Por dos días hay combate en Huitzilan. Fue cuando se mataron unos a otros los de Tenochtitlan. Se dijeron:

—¿Dónde están nuestros jefes? ¿Tal vez una sola vez han venido a disparar? ¿Acaso han hecho acciones de varones?

Apresuradamente vinieron a coger a cuatro: por delante iban los que los mataron. Mataron a Cuauhnochtli, capitán de Tlacatecco, a Cuapan, capitán de Huitznáhuac, al sacerdote de Amantlan, y al sacerdote de Tlalocan. De modo tal, por segunda vez, se hicieron daño a sí mismos los de Tenochtitlan al matarse unos a otros.

Los españoles vinieron a colocar dos cañones en medio del camino de Tecamman mirando hacia acá. Cuando dispararon los cañones la bala fue a caer en la Puerta del águila.

Entonces se pusieron en movimiento juntos los de Tenochtitlan. Tomaron en brazos a Huitzilopochtli, lo vinieron a meter en Tlatelolco, lo vinieron a depositar en la Casa de los Muchachos (Telpochcalli), que está en Amáxac. Y su rey vino a establecerse a Acacolco. Era Cuauhtemoctzin.

La gente se refugia en Tlatelolco

Y eso bastó; los del pueblo bajo en esta ocasión dejaron su ciudad de Tenochtitlan para venir a meterse a Tlatelolco. Vinieron a refugiarse en nuestras casas. Inmediatamente se instalaron por todas partes en nuestras casas, en nuestras azoteas. Gritan sus jefes, sus principales y dicen:

—Señores nuestros, mexicanos, tlatelolcas…

Un poco nos queda… No hacemos más que guardar nuestras casas.

No se han de adueñar de los almacenes, del producto de nuestra tierra.

Aquí está vuestro sustento, el sostén de la vida, el maíz.

Lo que para vosotros guardaba vuestro rey: escudos, insignias de guerra, rodelas ligeras, colgajos de pluma, orejeras de oro, piedras finas. Puesto que todo esto es vuestro, propiedad vuestra.

No os desaniméis, no perdáis el espíritu. ¿Adónde hemos de ir?

¡Mexicanos somos, tlatelolcas somos!

Inmediatamente tomaron deprisa todas las cosas los que mandan acá, cuando ellos vinieron a entregar las insignias, sus objetos de oro, sus objetos de pluma de quetzal.

Y éstos son los que andan gritando por los caminos y entre las casas y en el mercado:

Xipanoc, Teltlyaco, el vice-Cihuacóatl, Motelchiuh, cuando era de Huiznáhuatl, Zóchitl, el de Acolnáhuac, el de Anáhuac, el Tlacochcálcatl, Itzpotonqui, Ezhuahuácatl, Coaíhuitl, que se dio a conocer como jefe de Tezcocoac, Huánitl, que era Mixcoatlailótlac; el intendente de los templos, Téntil. Estos eran los que anduvieron gritando, como se dijo, cuando se vinieron a meter a Tlatelolco.

Y aquí están los que lo oyeron:

Los de Coyoacan, de Cuauhtitlan, de Tultitlan, de Chicunauhtla, Coanacotzin, el de Tetzcoco, Cuitláhuacñ, el de Tepechpan, Itzyoca. Todos los señores de estos rumbos oyeron el discurso dicho por los de Tenochtitian.

Y todo el tiempo en que estuvimos combatiendo, en ninguna parte se dejó ver el tenochca; en todos los caminos de aquí: Yacacolco, Atezcapan, Coatlan, Nonohualco, Xoxohuitlan, Tepeyácac, en todas estas partes fue obra exclusiva nuestra, se hizo por los tlatelolcas. De igual modo, los canales también fue obra nuestra exclusiva[62].

Ahora bien, los capitanes tenochcas allí (en su refugio de Tlatelolco), se cortaron el cabello, y los de menor grado, también allí se lo cortaron, y los cuachiques, y los otomíes[63], de grado militar, que suelen traer puesto su casco de plumas, ya no se vieron en esta forma, durante todo el tiempo que estuvimos combatiendo.

Por su parte, los de Tlatelolco rodearon a los principales de aquéllos y sus mujeres todas los llenaron de oprobio y los apenaron diciéndoles:

—¿No más estáis allí parados?… ¿No os da vergüenza? ¡No habrá mujer que en tiempo alguno se pinte la cara para vosotros!…

Y las mujeres de ellos andaban llorando y pidiendo favor en Tlatelolco.

Y cuando ven todo esto los de esta ciudad alzan la voz, pero ya no se ven

por ninguna parte los tenochcas.

De parte de los tlatelolcas, pereció lo mismo el cuáchic que el otomí y el capitán. Murieron a obra de cañón, o de arcabuz.

El mensaje del señor de Acolhuacan

En este tiempo viene una embajada del rey de Acolhuacan, Tecocoltzin. Los que vienen a conferenciar en Tlatelolco son:

Tecucyahuácatl, Topantemoctzin, Tezcacohuácatl Coyohuehuetzin y el Tziuhtecpanécatl Matlalacatzin.

Dicen los enviados del rey de Acolhuacan Tecocoltzin:

—Nos envía acá el señor el de Acolhuacan Tecotzin. Dice esto:

«Oigan por favor los mexicanos tlatelolcas:

»Arde, se calcina su corazón y su cuerpo está doliente.

»De igual modo a mí me arde y se calcina mi corazón.

»¿Qué es lo poquito que yo tengo? De mi fardo, el hueco de mi manto, por dondequiera cogen: me lo van quitando. Se hizo, se acabó el habitante de este pueblo».

Pues digo:

«Que por su sola voluntad lo disponga el tenochca: que por su propio gusto perezca: nada ya haré en su favor, ya no esperaré en su palabra.

»¿Qué dirá? ¿Cómo dispondréis los poquitos días? Es todo: que oigan mis palabras».

Ya le retornan el discurso los señores de Tlatelolco, le dicen:

—No haces honor, oh tu capitán, hermano mío:

¿Pues qué, es acaso nuestra madre y nuestro padre el chichimeca habitante de Acolhuacan?

Pues aquí está: lo oyen: sesenta días van de que tiene intención de que se haga como él lo ha dicho. Y ahora no más lo ha visto: totalmente se destruyen, no más lo ha visto: totalmente se destruyen, no más dan gritos: pues unos se conservan como gente de Cuauhtitlan, otros como de Tenayucan, de Azcapotzalco, o de Coyoacan se hacen pasar.

No más esto veo: y es que ellos gritan que son tlatelolcas. ¿Cómo lo haré?

¡Se ha satisfecho su corazón, ha tenido el gusto de hacerlo, le han salido bien, le vino como deslizado!… ¡Ah, ya estamos haciendo el mandato y la disposición de nuestro señor! ¡Hace sesenta días que estamos combatiendo!…

Los tlatelolcas son invitados a pactar

Vino a amedrentarlos de parte de los españoles, a dar gritos el llamado Castañeda, en donde se nombra Yauhtenco vino a dar gritos. Lo acompañan tlaxcaltecas, ya dan gritos a los que están en atalaya de guerra junto al muro en agua azul. Son el llamado Itzpalanqui, capitán de Chapultepec, dos de Tlapala, y Cuexacaltzin.

Viene a decirles:

—¡Vengan acá algunos!

Y ellos se dicen:

—¿Qué querrá decir? Vayamos a oírlo.

Luego se colocan en una barca y desde lejos dispuestos le dicen a aquél:

—¿Qué es lo que queréis decir?

Ya dicen los tlaxcaltecas:

—¿Dónde es vuestra casa?

Dicen:

—Está bien: sois los que son buscados. Venid acá, os llama el «dios», el capitán.

Entonces salieron, van con él a Nonohualco, a la Casa de la Niebla en donde están el capitán y Malintzin y «El Sol» (Alvarado) y Sandoval. Allí están reunidos los señores del pueblo, hay parlamento, dicen al capitán:

—Vinieron los tlatelolcas, los hemos ido a traer.

—Dijo Malintzin a ellos:

«Venid acá: dice el capitán:

»¿Qué piensan los mexicanos? ¿Es un chiquillo Cuauhtémoc?

»¿Qué no tienen compasión de los niñitos, de las mujeres?

»¿Es así como han de perecer los viejos?

»Pues están aquí conmigo los reyes del Tlaxcala, Huexotzinco, Cholula,

Chalco, Acolhuacan, Cuauhnáhuac, Xochimilco, Mízquic, Cuitláhuac, Culhuacan».

Ellos (varios de esos reyes) dijeron:

—¿Acaso de las gentes se está burlando el tenochca? También su corazón sufre por el pueblo en que nació. Que dejen sólo al tenochca; que solo y por sí mismo… vaya pereciendo…

¿Se va a angustiar acaso el corazón del tlatelolca, porque de esta manera han perecido los mexicanos, de quienes él se burlaba?

Entonces dicen (los enviados tlatelolcas) a los señores:

—¿No es acaso de este modo como lo decís, señores?

Dicen ellos (los reyes indígenas aliados de Cortés):

—Sí. Así lo oiga nuestro señor el «dios»: dejad solo al tenochca, que por sí solo perezca… ¿Allí está la palabra que vosotros tenéis de nuestros jefes?

Dijo el «dios» (Cortés):

—Id a decir a Cuauhtémoc: que toman acuerdo, que dejan sólo al tenochca. Yo me iré para Teucalhueyacan, como ellos hayan concertado allá me irán a decir sus palabras. Y en cuanto a las naves, las mudaré para Coyoacan.

Cuando lo oyeron, luego le dijeron (los tlatelolcas):

—¿Dónde hemos de coger a aquellos (a los tenochcas) que andan buscando? ¡Ya estamos al último respiro, que de una vez tomemos algún aliento!…

Y de esta misma manera se fueron a hablar con los tenochcas. Allá con ellos se hizo junta. Desde las barcas no mas se gritó. No era posible dejar solo al tenochca.

Se reanuda la lucha

Así las cosas, finalmente, contra nosotros se disponen a atacar. Es la batalla. Luego llegaron a colocarse en Cuepopan y en Cozcacuahco. Se ponen en actividad con sus dardos de metal. Es la batalla con Coyohuehuetzin y cuatro más.

Por lo que hace a las naves de ellos, vienen a ponerse en Texopan. Tres días es la batalla allí. Vienen a echarnos de allí. Luego llegan al Patio

Sagrado: cuatro días es la batalla allí.

Luego llegan hasta Yacacolco: es cuando llegaron acá los españoles, por el camino de Tlilhuacan.

Y esto fue todo. Habitantes de la ciudad murieron dos mil hombres exclusivamente de Tlatelolco. Fue cuando hicimos los de tlatelolco armazones de «hileras de cráneos» (tzompantli). En tres sitios estaban colocados estos armazones. En el que está en el Patio Sagrado de Tlilancalco (casa negra). Es donde están ensartados los cráneos de nuestros señores (españoles).

En el segundo lugar, que es Acacolco también están ensartados cráneos de nuestros señores y dos cráneos de caballo.

En el tercer lugar que es Zacatla, frente al templo de la diosa (Cihuacóatl), hay exclusivamente cráneos de tlatelolcas.

Y así las cosas, vinieron a hacernos evacuar. Vinieron a estacionarse en el mercado.

Fue cuando quedó vencido el tlatelolca, el gran tigre, el gran águila, el gran guerrero. Con esto dio su final conclusión la batalla.

Fue cuando también lucharon y batallaron las mujeres de Tlatelolco lanzando sus dardos. Dieron golpes a los invasores; llevaban puestas insignias de guerra; las tenían puestas. Sus faldellines llevaban arremangados, los alzaron para arriba de sus piernas para poder perseguir a los enemigos.

Fue también cuando le hicieron un doselete con mantas al capitán allí en el mercado, sobre un templete. Y fue cuando colocaron la catapulta aquí en el templete. En el mercado la batalla fue por cinco días.

Descripción épica de la ciudad sitiada

Y todo esto pasó con nosotros. Nosotros lo vimos, nosotros lo admiramos: con esta lamentosa y triste suerte nos vimos angustiados.

> En los caminos yacen dardos rotos,
> los cabellos están esparcidos.
> Destechadas están las casas,
> enrojecidos tienen sus muros.
> Gusanos pululan por calles y plazas,
> y en las paredes están los sesos.
> Rojas están las aguas, están como teñidas,

y cuando las bebimos,
es como si bebiéramos agua de salitre.
Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo,
pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad.
Hemos comido palos de colorín (eritrina),
hemos masticado grama salitrosa,
piedras de adobe, lagartijas, ratones,
tierra en polvo, gusanos…

Comimos la carne apenas sobre el fuego estaba puesta. Cuando estaba cocida la carne de allí la arrebataban, en el fuego mismo, la comían.

Se nos puso precio. Precio del joven, del sacerdote, del niño y de la doncella. Basta: de un pobre era el precio sólo dos puñados de maíz, sólo diez tortas de mosco; sólo era nuestro precio veinte tortas de grama salitrosa.

Oro, jades, mantas ricas, plumajes de quetzal, todo eso que es precioso, en nada fue estimado.

Solamente se echó fuera del mercado a la gente cuando allí se colocó la catapulta.

Ahora bien, a Cuauhtémoc le llevaban los cautivos. No quedan así. Los que llevan a los cautivos son los capitanes de Tlacatecco. De un lado y de otro les abren el vientre. Les abría el vientre Cuauhtemoctzin en persona y por sí mismo.

El mensaje del Acolnahuácatl Xóchitl

Fue en este tiempo cuando vinieron a traer (los españoles) al Acolnahuácatl Xóchitl, que tenía su casa en Tenochtitlan. Murió en la guerra. Por veinte días lo habían andado trayendo con ellos. Vinieron a dejarlo en el mercado de Tlatelolco.

Allí las flechas lo cazaron.

Cuando lo vinieron a dejar fue así: lo venían trayendo de ambos lados cogido. Traían también una ballesta, un cañón, que vienen a colocar en el lugar donde se vende el incienso. Allí dieron gritos.

Luego van los de Tlatelolco, van a recogerlo. Va guiando a la gente el capitán de Huitznahuac, un huasteco.

Cuando hubieron recogido a Xóchitl viene a dar cuenta (a Cuauhtémoc) el capitán de Huitznahuac, viene a decirle:

—Trae un recado Xóchitl.

Y Cuauhtémoc conferenció con Topantémoc:

—Tú irás a parlamentar con el capitán (con Cortés).

Durante el tiempo en que fueron a dejar a Xóchitl, descansó el escudo, ya no hubo combates, ya no se cogía prisionero a nadie.

Luego llevan a Xóchitl, lo vienen a poner en el templo de la Mujer (Cihuacóatl), en Axocotzinco.

Cuando lo han colocado allí, luego Topantemoctzin, Coyohuehuetzin y Temolitzin dicen a Cuauhtémoc:

—Príncipe mío: (los españoles) han venido a dejar a uno de los magistrados, Xóchitl, el de Acoinahuácatl. Dizque te ha de dar su recado.

Respondió (Cuauhtémoc), luego dijo:

—¿Y vosotros, qué decís?

Inmediatamente todos alzaron el grito y dijeron:

—Que lo traigan acá… ha venido a ser como nuestra paga. Ya hicimos agüeros con incienso. Que oiga solamente su mensaje el que lo ha ido a recoger.

Por tanto, inmediatamente va el capitán de Huitznáhuac, el huasteco, a ver cómo es el mensaje que viene a dejar Xóchitl.

El Acolnahuácatl Xóchitl dijo: os manda decir el «dios» capitán y Malintzin:

—Oigan, por favor, Cuauhtémoc, Coyohuehuetzin, Topantémoc:

«¿No tienen compasión de los pobres, de los niñitos, de los viejecitos, de las viejecitas? ¡Ya todo acabó aquí! ¿Acaso todavía pueden las vanas palabras? ¡Todo está ya terminado!

»¡Entreguen mujeres de color claro, maíz blanco, gallinas, huevos, tortillas blancas! Aún es esto posible. ¿Qué responden? ¡Es necesario que por su propia voluntad se someta el tenochca, o que por su propia voluntad perezca!…».

Cuando hubo recibido el mensaje el capitán de Huitznáhuac, el huasteco,

luego va a dar la palabra a los señores de Tlatelolco y allí al rey de los tenochcas, Cuauhtémoc. Y cuando oyeron el mensaje que les vino a comunicar al Acoinahuácatl Xóchitl luego se ponen en deliberación los señores de Tlatelolco. Dicen:

—¿Qué es lo que decís vosotros? ¿Qué determinación tomáis?

Dijo a esto el Tlacochcálcatl Coyohuehuetzin:

—Habladle al huasteco.

Se consulta a los agoreros

Y dice Cuauhtémoc (a los agoreros):

—Venid por favor: ¿qué miráis, qué veis en vuestros libros?

Le dice el sacerdote, el sabedor de papeles, el que corta papeles.

—Príncipe mío: oíd lo que de verdad diremos:

Solamente cuatro días y habremos cumplido ochenta. Y acaso es disposición de Huitzilopochtli de que ya nada suceda. ¿Acaso a excusas de él tendréis que ver por vosotros? Dejemos que pasen estos cuatro días para que se cumplan ochenta.

Y hecho esto, no se hizo caso. Y también de nueva cuenta empezó la batalla. De modo que solamente fue a presentarla, a dar comienzo a la guerra el capitán de Huitznáhuac, el huasteco.

Por fin de cuentas todos nos pusimos en movimiento hacia Amáxac. Hasta allá llegó la batalla. Luego fue la dispersión, no más por las cuestas están colocadas las gentes. El agua está llena de personas; los comienzos de los caminos están llenos de gente.

La ciudad vencida

Este fue el modo como feneció el mexicano, el tlatelolca. Dejó abandonada su ciudad. Allí en Amáxac fue donde estuvimos todos. Y ya no teníamos escudos, ya no teníamos macanas, y nada teníamos que comer, ya nada comimos. Y toda la noche llovió sobre nosotros.

Prisión de Cuauhtémoc

Ahora bien, cuando salieron del agua ya van Coyohuehuetzin, Topantemoctzin, Temilotzin y Cuauhtemoctzin. Llevaron a Cuauhtemoctzin donde estaba el capitán, y don Pedro de Alvarado y doña Malintzin.

Y cuando aquéllos fueron hechos prisioneros, fue cuando comenzó a salir la gente del pueblo a ver dónde iba a establecerse. Y al salir iba con andrajos, y las mujercitas llevaban las carnes de la cadera casi desnudas. Y por todos lados hacen rebusca los cristianos. Les abren las faldas, por todos lados les pasan la mano, por sus orejas, por sus senos, por sus cabellos.

Y esta fue la manera como salió el pueblo: por todos los rumbos se esparció; por los pueblos vecinos, se fue a meter a los rincones, a las orillas de las casas de los extraños.

En un año 3-Casa (1521), fue conquistada la ciudad. En la fecha en que nos esparcimos fue en Tlaxochimaco, un día 1-Serpiente.

Cuando nos hubimos dispersado los señores de Tlatelolco fueron a establecerse a Cuauhtitlan: son Topantemoctzin, el Tlacochcálcatl Coyohuehuetzin y Temilotzin.

El que era gran capitán, el que era gran varón sólo por allá va saliendo y no lleva sino andrajos. De modo igual, las mujeres, solamente llevaban en sus cabezas trapos viejos, y con piezas de varios colores habían hecho sus camisas.

Por esta causa están afligidos los principales y de eso hablan unos con otros: ¡hemos perecido por segunda vez!

Un pobre hombre del pueblo que iba para arriba fue muerto en Otontlan de Acolhuacan traicioneramente. Por tanto, se ponen a deliberar unos con otros los del pueblo que tienen compasión de aquel pobre. Dicen:

—Vamos, vamos a rogar al capitán nuestro señor.

La orden de entregar el oro

En este tiempo se hace requisa de oro, se investiga a las personas, se les pregunta si acaso un poco de oro tienen, si lo escondieron en su escudo, o en sus insignias de guerra, si allí lo tuvieron guardado, o si acaso su bezote, su colgajo del labio, o su luneta de la nariz, o tal vez su dije pendiente, todo cuanto sea, luego ha de Juntarse.

Y hecho así, se rejuntó todo cuanto se pudo descubrir. Luego lo viene a presentar uno de sus jefes, Cuezacaltzin de Tlapala, Huitziltzin, de Tepanecapan, el capitán de Huitznáhuac, el huasteco, y Potzontzin de Cuitlachcohuacan. Estos van a entregar el oro a Coyoacan. Cuando han llegado allá dicen:

—Capitán, señor nuestro, amo nuestro: te mandan suplicar los señores tus vasallos los grandes de Tlatelolco. Dicen:

«Oiga por favor el señor nuestro.

»Están afligidos sus vasallos, pues los afligen los habitantes de los pueblos en donde están refugiados por los rincones y esquinas.

»Se burlan de ellos el habitante de Acolhuacan y el Otomí, los matan a traición.

»Y esto más: aquí está esto con que vienen a Implorarte: esto es lo que estaba en las orejeras y en los escudos de los dioses de tus vasallos».

En su presencia colocan aquello, lo ponen en cestones para que lo vea. Y cuando el capitán y Malintzin lo vieron se enojaron y dijeron:

—¿Es acaso eso lo que se anda buscando? Lo que se busca es lo que dejaron caer en el Canal de los Toltecas. ¿Dónde está? ¡Se necesita!

Al momento le responden los que vienen en comisión:

—Lo dio Cuauhtemoctzin al Cihuacóatl y al Huiznahuácatl. Ellos saben en dónde está: que les pregunten.

Cuando lo oyó finalmente mandó que les pusieran grillos, que los encadenaran. Vino a decirles Malintzin:

—Dice el capitán: que se vayan, que vayan a llamar a sus principales. Les quedó agradecido. Puede ser que de veras estén padeciendo los del pueblo, pues de él se están mofando.

Que se vengan, que vengan a habitar sus casas de Tlatelolco; que en todas sus tierras vengan a establecerse los tlatelolcas. Y decid a los señores principales de Tlatelolco: ya en Tenochtitlan nadie ha de establecerse, pues es la conquista de los «dioses», es su casa. Marchaos.

El suplicio de Cuauhtémoc

Hecho así, cuando se hubieron ido los embajadores de los señores de Tlatelolco, luego se presentaron ante (los españoles) los principales de Tenochtitlan. Quieren hacerlos hablar.

Fue cuando le quemaron los pies a Cuauhtemoctzin.

Cuando apenas va amanecer lo fueron a traer, lo ataron a un palo, lo ataron a un palo en casa de Ahuizotzin en Acatliyacapan.

Allí salió la espada, el cañón, propiedad de nuestros amos.

Y el oro lo sacaron en Cuitlahuactonco, en casa de Itzpotonqui: Y cuando lo han sacado, de nuevo llevan atados a nuestros principales hacia Coyoacan.

Fue en esta ocasión cuando murió el sacerdote que guardaba a Huitzilopochtli. Le habían hecho investigación sobre dónde estaban los atavíos del dios y los del Sumo Sacerdote de Nuestro Señor y los del Incensador (máximo).

Entonces fueron hechos sabedores de que los atavíos que estaban en Cuauhchichilco, en Xaltocan; que los tenían guardados unos jefes.

Los fueron a sacar de allá. Cuando ya aparecieron los atavíos, a dos ahorcaron en medio del camino a Mazatlan.

El pueblo regresa a establecerse en Tlatelolco

Fue en este tiempo cuando comenzó a regresar acá el pueblo bajo, se vino a establecer en Tlatelolco. Fue el año 4-Conejo.

Luego viene Temilotzin, viene a establecerse en Capultitlan.

Y don Juan Huehuetzin se vino a establecer en Atícpac.

Pero Coyohuehuetzin y Topantemoctzin murieron en Cuauhtitlan.

Cuando vinimos a establecernos en Tlatelolco aquí solamente nosotros vivimos. Aún no se venían a instalar nuestros amos los cristianos. Aún nos dejaron en paz, todos se quedaron en Coyoacan.

Allá ahorcaron a Macuilxochitl, rey de Huitzilopochco. Y luego al rey de Culhuacan, Pizotzin. A los dos allá los ahorcaron.

Y al Tlacatécatl de Cuauhtitlan y al mayordomo de la Casa Negra los hicieron comer por los perros.

También a unos de Xochimilco los comieron los perros.

Y a tres sabios de Ehécatl, de origen tetzcocano, los comieron los perros. No más ellos vinieron a entregarse. Nadie los trajo. No más venían trayendo sus papeles con pintura (códices). Eran cuatro, uno huyó: sólo tres fueron alcanzados, allá en Coyoacan.

En cuanto a los españoles, cuando han llegado a Coyoacan, de allí se repartieron por los diversos Pueblos, por dondequiera.

Luego se les dieron indios vasallos en todos estos pueblos. Fue entonces

cuando se dieron como esclavos.

En este tiempo también dieron libres a los señores de Tenochtitlan. Y los libertados fueron a Azcapotzalco.

Allí (en Coyoacan) se pusieron de acuerdo (los españoles) de cómo llevarían la guerra a Metztitlan. De allá se volvieron a Tula.

Luego ya toma la guerra contra Uaxacac (Oaxaca) el capitán.

Ellos van a Acolhuacan, luego a Metztitlan, a Michoacan…

Luego a Huey Mollan y a Cuauhtemala, y a Tecuantépec.

No más aquí acaba. Ya se refirió cómo fue hecho este papel[64].

Capítulo XV

Cantos tristes de la Conquista

Tal vez el mejor final que pueda darse a la Visión de los vencidos *sea la trascripción de unos cuantos icnocuícatl, cantares tristes, verdaderas elegías, obra de los cuicapicque o poetas nahuas postcortesianos.*

El primer icnocuícatl acerca de la Conquista que a continuación se transcribe, proviene de la colección de «Cantares Mexicanos» y probablemente fue compuesto hacia el año de 1523. En él se recuerda con tristeza la forma como se perdió para siempre el pueblo mexicatl. El siguiente poema es todavía más expresivo. Tomado del manuscrito indígena de 1528, describe con un dramatismo extraordinario cuál era la situación de los sitiados durante el asedio de México-Tenochtitlan.

Finalmente, el tercer poema, que forma parte del grupo de poemas melodramáticos que servían para ser representados. Comprende desde la llegada de los conquistadores a Tenochtitlan, hasta la derrota final de los mexicas. Aquí tan sólo se transcriben los más dramáticos momentos de la parte final. Estos poemas, con más elocuencia que otros testimonios, muestran ya la herida tremenda que dejó la derrota en el ánimo de los indios. Son, usando las palabras de Garibay, uno de los primeros indicios del trauma de la Conquista.

Se ha perdido el pueblo mexicatl

El llanto se extiende, las lágrimas gotean allí en Tlatelolco.

Por agua se fueron ya los mexicanos; semejan mujeres; la huida es general.

¿Adónde vamos?, ¡oh amigos! Luego ¿fue verdad?

Ya abandonan la ciudad de México: el humo se está levantando; la niebla se está extendiendo…

Con llanto se saludan el Huiznahyácatl Motelhuihtzin, el Tlailotlácatl Tlacotzin, el Tlacatecuhtli Oquihtzin…

Llorad, amigos míos, tened entendido que con estos hechos hemos perdido la nación mexicana.

¡El agua se ha acedado, se acedó la comida!

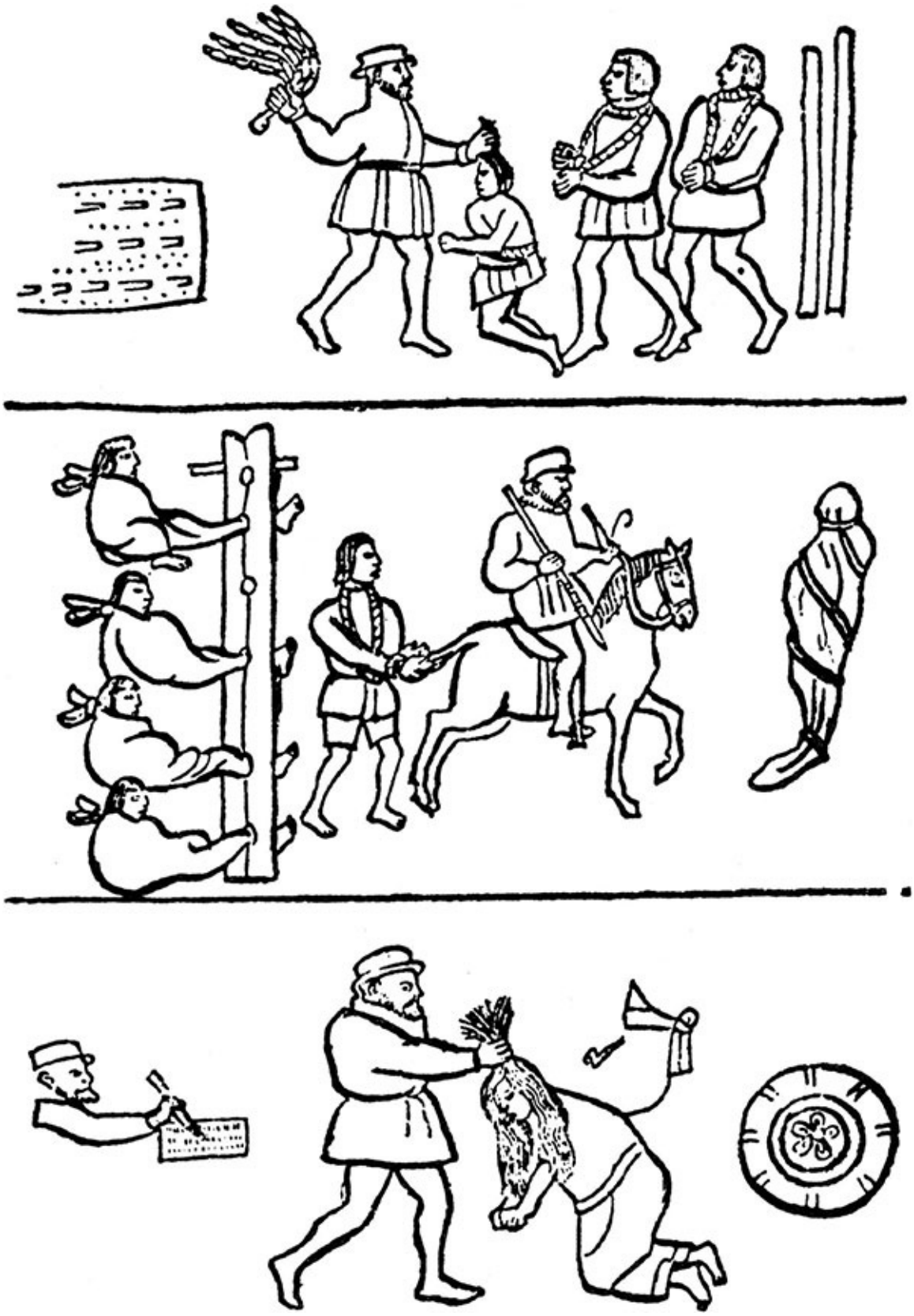
Esto es lo que ha hecho el Dador de la vida en Tlatelolco.

Sin recato son llevados Motelhuithtzin y Tlacontzin.

Con cantos se animaban unos a otros en Acahinanco, ah, cuando fueron a ser puestos a prueba allá en Coyoacan…[65]

Los últimos días del sitio de Tenochtitlan

Y todo esto pasó con nosotros.
Nosotros lo vimos,
nosotros lo admiramos.
Con esta lamentosa y triste suerte
nos vimos angustiados.
En los caminos yacen dardos rotos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos,
es como si bebiéramos agua de salitre.
Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo,
pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad.



La suerte de los vencidos
(Quejas contra el corregidor Magariño. Archivo de Indias)

Hemos comido palos de colorín,

hemos masticado grama salitrosa,

piedras de adobe, lagartijas,

ratones, tierra en polvo, gusanos…

Comimos la carne apenas,

sobre el fuego estaba puesta.

Cuando estaba cocida la carne,

de allí la arrebataban,

en el fuego mismo, la comían.

Se nos puso precio.

Precio del joven, del sacerdote,

del niño y de la doncella.

Basta: de un pobre era el precio

sólo dos puñados de maíz,

sólo diez tortas de mosco;

sólo era nuestro precio

veinte torta de grama salitrosa.

Oro, jades, mantas ricas,

plumajes de quetzal,

todo eso que es precioso,

en nada fue estimado…[66]

La ruina de tenochcas y tlatelolcas

Afánate, lucha, ¡oh Tlacatéccatl Temilotzin!:

ya salen de sus naves los hombres de Castilla y los de las Chinampas.

¡Es cercado por la guerra el tenochca;

es cercado por la guerra el tlatelolca!

Ya viene a cerrar el paso el armero Coyohuehuetzin;

ya salió por el gran camino del Tepeyac: el acolhua.

¡Es cercado por la guerra el tenochca;

es cercado por la guerra el tlatelolca!

Ya se ennegrece el fuego;

ardiendo revienta el tiro,

ya se ha difuminado la niebla:

¡Han aprehendido a Cuautémoc!

¡Se extiende una brazada de príncipes mexicanos!

¡Es cercado por la guerra el tenochca,

es cercado por la guerra el tlatelolca![67].

La prisión de Cuauhtémoc

¡Es cercado por la guerra el tenochca;

es cercado por la guerra el tlatelolca!

Ya se ennegrece el fuego, ardiendo revienta el tiro:

ya la niebla se ha difundido:

¡Ya aprendieron a Cuauhtemoctzin:

una brazada se extiende de príncipes mexicanos!

¡Es cercado por la guerra el tenochca;

es cercado por la guerra el tlatelolca!

Pasados nueve días son llevados en tumulto a Coyohuacan,

Cuauhtemoctzin, Coanacoch, Tetlepanquetzaltzin:

prisioneros son los reyes.

Los confortaba Tlacotzin y les decía:

«Oh, sobrinos míos, tened ánimo: con cadenas de oro atados,

prisioneros son los reyes».

Responde el rey Cuauhtemoctzin:

«Oh sobrino mío, estás preso, estás cargado de hierros.

»¿Quién eres tú, que te sientas junto al Capitán General?

¡Ah es doña Isabel, mi sobrinita!

¡Ah, es verdad, prisioneros son los reyes!

»Por cierto serás esclava, serás persona de otro:

“será forjado” el collar, el quetzal será tejido en Coyohuacan.

»¿Quién eres tú, que te sientas junto al Capitán General?

¡Ah es doña Isabel, sobrinita!

¡Ah, es verdad, prisioneros son los reyes!»[68].

APÉNDICE

Evolución cultural del México antiguo

El esplendor azteca que contemplaron los conquistadores no fue, como es obvio, resultado de generación espontánea. Constituía en realidad, el último eslabón de una larga secuencia cultural, que se remonta a tiempos muy antiguos, anteriores a la era cristiana.

Para hacer comprensible la evolución cultural prehispánica, ensayaremos un rápido recorrido, a través de los milenios del México antiguo, correlacionándolos con hechos bien conocidos en la historia del Viejo Mundo.

Ante todo hay que recordar que mientras la presencia del hombre en la tierra tiene por lo menos medio millón de años, la llegada de los primeros seres humanos al Continente Americano parece haber ocurrido tan sólo hace aproximadamente treinta mil años. El hombre en el Valle de México es todavía más reciente, ya que el fósil humano más antiguo, encontrado en Tepexpan, cerca de las pirámides de Teotihuacan, parece remontarse a unos diez mil años aproximadamente.

La aparición de formas de cultura superior en América es igualmente mucho más tardía que en el Viejo Mundo. Mientras en Egipto y Mesopotamia se encuentran testimonios escritos desde el milenio IV, a. de C., en América y concretamente en México, hay que aguardar hasta un milenio y medio a. de C., para encontrar los primeros vestigios de una agricultura sistemática y de la confección de objetos de cerámica que comenzaron a aparecer poco después.

Los más antiguos restos arquitectónicos, que indican la presencia de centros ceremoniales en el México prehispánico, datan probablemente de unos quinientos años a. de C., o sea precisamente del tiempo en que en el Viejo Mundo se habían escuchado ya las palabras de los profetas de Israel y cuando en Grecia hacían su aparición los primeros filósofos presocráticos. Quizás el más importante fermento de cultura superior precolombina se localiza en las costas del Golfo de México, donde aparecieron extraordinarios

artífices y de donde procede la inscripción calendárica más antigua, anterior a la era cristiana. Estos misteriosos creadores de cultura de la región del Golfo, que a falta de nombre mejor, han sido llamados «los olmecas», palabra que quiere decir en lengua nahuatl, «gente de la región del hule», iban a influenciar posteriormente con su arte, sus técnicas y sus ideas religiosas a numerosos grupos provenientes de las lejanas costas del norte del océano Pacífico. Pronto se dejarían sentir las consecuencias de ese influjo cultural.

A principios de la era cristiana, mientras en Roma se consolidaba el imperio y el cristianismo empezaba a extenderse por el mundo Mediterráneo, en el México Antiguo comenzaban a surgir los que con razón podrían llamarse también otros imperios. En las selvas centroamericanas se echaban los fundamentos de las que llegarían a ser las ciudades sagradas de los mayas en Tikal, Uaxactún, Copán y Palenque. Y en la región central de México, a unos cuarenta kilómetros al norte de la actual ciudad del mismo nombre, se comenzaba a edificar la gran ciudad de los dioses, Teotihuacan, que con sus pirámides, sus palacios, esculturas y pinturas llegaría a ser paradigma e inspiración de las ulteriores creaciones de los otros pueblos que habrían de venir. La ruina del imperio romano coincide en el tiempo con el esplendor clásico de las ciudades del mundo maya y de Teotihuacan, con sus incontables palacios cubiertos de inscripciones y frescos. Muchas de esas mismas inscripciones y representaciones de dioses habrán de encontrarse más tarde en los libros de pinturas y en el arte de los aztecas contemporáneos de la conquista.

Hacia el siglo IV y V, especialmente en el mundo maya, las inscripciones redactadas con una escritura en parte ideográfica y en parte fonética, se vuelven en extremo abundantes. Son testimonios de que esos pueblos poseyeron un hondo sentido de la historia y del tiempo, como lo prueba su calendario, dos diezmilésimos más cercano del año astronómico que nuestro propio calendario actual.

Por razones en gran parte desconocidas, hacia los siglos VIII y IX, los grandes centros rituales de Teotihuacan y del mundo maya comenzaron a decaer y fueron al fin abandonados. Algunos autores han atribuido esto a la llegada de nuevas tribus procedentes del norte, que como en el caso de los bárbaros de origen germánico, constituyeron la gran amenaza de los creadores de cultura ya establecidos. Así, mientras en Europa hacia el siglo IX d. de C., se consolidan el feudalismo y posteriormente los nuevos reinos, dentro de una cultura que llamaríamos mestiza, resultado de los elementos grecorromanos y

bárbaros, en la región central de México, nace también un nuevo Estado, asimismo mestizo influido culturalmente por la civilización teotihuacana. Se trata del llamado «imperio tolteca», integrado por gentes venidas del norte que hablan ya sin género de duda la misma lengua nahuatl que varios siglos más tarde sería también el idioma de los aztecas.

Los toltecas se establecieron en Tula y bajo la égida del gran héroe cultural Quetzalcóatl, extendieron aún más la cultura creada por los teotihuacanos. Acerca de los toltecas hablan numerosos textos indígenas. Se dice de ellos que fueron grandes artífices, gente en extremo religiosa, comerciantes, hombres extraordinarios. Tan grande fue el prestigio dejado por ellos, que la palabra *tolteca* se volvió sinónimo de artista.

Los toltecas extendieron su influencia mucho más allá de Tula, situada a unos 60 kilómetros al noroeste de la actual ciudad de México. Su presencia se dejó sentir más allá de los grandes volcanes, llegando hasta Centroamérica y Yucatán, como puede comprobarse visitando la ciudad sagrada de Chichén-Itzá. Allí los mismos mayas que también habían iniciado un renacimiento cultural, se vieron hondamente influidos por los toltecas.

Pero, una vez más los moradores de Tula, impelidos probablemente por nuevas hordas llegadas del norte, tuvieron que abandonar su ciudad. Quetzalcóatl marchó hacia el oriente, con la promesa de que algún día habría de regresar de más allá de las aguas inmensas. Los nuevos grupos venidos del norte recibieron de nuevo la influencia cultural de origen teotihuacano y tolteca. Así fueron apareciendo alrededor del gran lago del valle de México numerosas ciudades-Estados, principio de otro renacimiento cultural, casi contemporáneo del primer renacimiento italiano.

Hacia el siglo XIII, nacen dos Estados que alcanzan considerable esplendor. Uno estaba situado al sur de los lagos y había florecido gracias a la presencia de numerosas gentes de origen tolteca. Se trata del célebre Culhuacan, relativamente cerca de la actual Ciudad Universitaria, al sur de la ciudad de México. El otro era un Estado integrado por gentes de las más diversas filiaciones étnicas. Dotado de sentido guerrero y administrativo, había logrado mayor poderío que sus vecinos del sur. Se trata de Azcapotzalco, lugar que hoy día forma parte de la gran ciudad de México en la región noroeste de la misma.

A mediados del siglo XIII, penetró en el Valle de México el último de los muchos pueblos nómadas que habían llegado del norte. Al pasar cerca de las

ciudades-Estados donde ya florecía la cultura, se les rechazaba con violencia como a forasteros indeseables. Es cierto que hablaban la misma lengua que los antiguos toltecas, pero carecían de buena parte de su cultura. Como dice un viejo texto indígena, «en realidad nadie conocía su rostro». Esos nómadas eran precisamente los aztecas o mexicas, que traían consigo como única herencia una fuerza de voluntad indomeñable.

Después de sufrir incontables vejaciones, los aztecas lograron establecerse en un islote del lago. La fecha de la fundación de su ciudad, de acuerdo con antiguos libros de pinturas, fue el año de 1325. En poco más de un siglo, aunque parezca increíble, hacia 1428, los antiguos menesterosos, los forasteros aztecas, habían logrado asimilar la cultura milenaria, consolidando al mismo tiempo su plena independencia. A partir de ese momento, los aztecas dieron principio a su etapa dominadora. Y de nuevo, en menos de un siglo, extendieron sus dominios desde las costas del Golfo hasta el Pacifico, llegando al sur hasta apartadas regiones de Guatemala. Como veremos, el móvil de su acción fue lo que hoy día pudiera llamarse hondo misticismo guerrero, derivado le su concepción del mundo y de la divinidad.

Su ciudad se enriqueció. Conocida con el nombre de México-Tenochtitlan, vino a ser una ciudad más poderosa que la antigua Tula de los toltecas. Sus templos, sus jardines y palacios habrían de dejar estupefactos a los conquistadores españoles que iban a contemplarla por primera vez en noviembre de 1519.

Pero, simultáneamente con este período de expansión de los aztecas, en el Viejo Mundo desde 1416, empezaban a tener lugar los primeros descubrimientos. Entre ese año y 1432, navegantes portugueses descubrían las islas de Madera y Azores, primer paso que llevaría al descubrimiento del nuevo continente.

Durante los años que siguieron, otros marinos españoles y lusitanos llegaron a atravesar la línea ecuatorial en las costas del áfrica, hacia 1470, y en 1487 el célebre Bartolomé Díaz llegaba al Cabo de Buena Esperanza, tan sólo unos cuantos años antes de que Cristóbal Colón viniera a toparse con el Nuevo Mundo.

De este modo la nación azteca que ensanchaba sus dominios y difundía la antigua cultura, iba precisamente a encontrarse frente a frente con otro movimiento expansionista mucho más poderoso, por poseer armas y técnicas de destrucción que deben calificarse de superiores. Ese encuentro iniciado,

por lo que a los aztecas se refiere, en 1519, iba a ser interpretado inicialmente en formas bien distintas. Los aztecas creyeron que los forasteros llegados por las costas del Golfo, eran Quetzalcóatl y los dioses que por fin regresaban. Los españoles, desdeñosos de la antigua cultura precolombina, tuvieron por bárbaros a los aztecas y vieron en ellos la posibilidad de adueñarse de sus riquezas, imponiéndoles nuevas formas de vida.

Ese encuentro del que dejaron un vivo testimonio los conquistadores y también los vencidos, significa en realidad no ya sólo el choque de dos movimientos expansionistas, sino la confrontación de dos culturas y de dos maneras de entender la existencia. Por una parte, la mentalidad de los españoles, que recién terminadas las guerras de reconquista contra los árabes, se habían convertido de pronto en la potencia más poderosa de Europa. Por otra, el Estado azteca que llegaba entonces a su clímax, como lo mostraba entre otras cosas su extraordinaria capital, México-Tenochtitlan y su vigorosa estructura religiosa, social, económica y política. Para comprender mejor la tragedia, vale la pena trazar en breves líneas el cuadro de su grandeza final, el mismo que contemplaron quienes en un principio fueron tenidos por dioses venidos de más allá del mar, en 1519.

México-Tenochtitlan, metrópoli de los aztecas

Humildes fueron los principios de la capital azteca, fundada en 1325 en un islote en medio de los lagos que cubrían entonces la mayor parte del gran Valle de México. Las crónicas indígenas hablan de las vicisitudes y trabajos de los aztecas al empezar a edificar unas cuantas chozas miserables y un pequeño altar en honor de su dios supremo, el señor de la guerra Huitzilopochtli. Pero, la fuerza de voluntad lo pudo todo. Poco menos de dos siglos más tarde, el conquistador español Bernal Díaz del Castillo, describe entusiasmado lo que casi como un sueño contemplaron sus ojos, cuando establecidos ya en Tenochtitlan los españoles en calidad de huéspedes de Motecuhzoma, pudo darse cuenta de su grandeza al recorrerla con su mirada desde lo más alto del templo mayor:

> *De allí vimos las tres calzadas que entran a México, que es la de Iztapalapa, que fue por la que entramos cuatro días había, y la de Tacuba, que fue por donde después salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate, cuando Cuedlabaca (Cuitláhuac), nuevo señor, nos echó de la ciudad, como adelante diremos y la de Tepeaquilla. Y veíamos el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad, y en aquellas tres calzadas, las puentes que tenía hechas de trecho a trecho, por donde entrata y salía el agua de la laguna de una parte a otra; y veíamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos y otras que volvían con cargas y mercaderías; y veíamos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las más ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera, o en canoas; y veíamos en aquellas*

ciudades cúes y adoratorios a manera de torres y fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiración, y las casas de azoteas, y en las calzadas otras torrecillas y adoratorios que eran como fortalezas. Y después de bien mirado y considerado todo lo que habíamos visto, tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había sonaba más que de una legua, y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza también compasada y con tanto concierto y tamaña y llena de tanta gente no la habían visto…[69]

Razón tenía el conquistador español al describir la ciudad en forma tan entusiasta. Hoy día, en función de algunos mapas antiguos y del testimonio de la arqueología, es posible ofrecer algunos datos concretos que corroboran y esclarecen la opinión de Bernal Díaz del Castillo. La ciudad que había ido creciendo gracias al terreno que, fruto de lo que podría llamarse hábil ingeniería lacustre se iba ganando, se extendía en una superficie con la forma de un cuadrado más o menos regular de aproximadamente tres kilómetros por lado.

Por el norte, México-Tenochtitlan se habían unido con el islote vecino de Tlatelolco, en otro tiempo independiente pero sometido al fin al poderío azteca en 1473. Tlatelolco estaba comunicado por una calzada construida en medio del lago con el santuario de la diosa madre Tonantzin, situado ya en tierra firme en la orilla septentrional del lago, donde hoy se levanta la Basílica del Tepeyac en honor de la Virgen de Guadalupe.

Hacia el sur de la ciudad salía otra calzada que comunicaba con Iztapalapa en la tierra firme por donde penetraron los conquistadores. Por el rumbo del oriente se abría la superficie del lago y solamente en días claros podía contemplarse en la ribera opuesta la ciudad del Texcoco, famosa por su célebre rey poeta Nezahualcóyotl. Finalmente al occidente, otra calzada se dirigía al señorío aliado de Tlacopan o Tacuba, calzada por la cual tuvieron que escapar los españoles en la célebre noche triste.

México-Tenochtitlan estaba dividida en cuatro grandes secciones, orientadas hacia cada uno de los rumbos del universo. Al noroeste, Cuepopan, «el lugar donde se abren las flores», que corresponde al actual barrio de Santa María la Redonda. Al suroeste, Moyotlan, «el lugar de los mosquitos», sección consagrada posteriormente por los misioneros españoles en honor de San Juan Bautista.

Al sureste, estaba Teopan, «el lugar del dios», donde se erguía el gran recinto del templo mayor de la ciudad, barrio conocido después, durante la colonia, con el nombre de San Pablo. Finalmente, al noreste, estaba

Aztacalco, «en la casa de las garzas», lugar en donde edificaron los misioneros la iglesia de San Sebastián.

En México-Tenochtitlan los dos sitios más importantes eran sin duda el enorme recinto sagrado en el que se levantaban los setenta y ocho edificios que constituían el templo mayor con sus adoratorios, escuelas y dependencias y la gran plaza de Tlatelolco donde tenía lugar el mercado en el que se vendían y compraban los más variados productos, procedentes de lejanas tierras. El recinto del templo mayor estaba circundado por un muro que formaba un gran cuadrado de aproximadamente 500 metros por lado. En la actualidad tan sólo unos cuantos restos del edificio principal pueden contemplarse ftente al costado oriental de la Catedral de México. Allí mismo recientemente se ha instalado una maqueta que permite contemplar en pequeño la grandeza extraordinaria de esa verdadera ciudad dedicada al culto de los dioses[70].

Frente al templo mayor, por su costado occidental, se levantaba el palacio de Axayácatl, antiguo gobernante azteca de 1469 a 1481, que fue precisamente donde fueron alojados los españoles cuando llegaron a la ciudad en calidad de huéspedes. El palacio imperial de Motecuhzoma, situado frente a una gran plaza, ocupaba aproximadamente el mismo sitio en el que hoy se levanta el Palacio Nacional de México.

Además de éstos y otros palacios había un sin fin de templos menores y de construcciones de cal y canto reservadas para habitación de los nobles, de los comerciantes, de los artistas y de la gente del pueblo.

Las calles eran más bien estrechas y en muchas de ellas existían canales que permitían la entrada de las embarcaciones provenientes de las riberas del lago. Entre los atractivos de la ciudad pueden mencionarse los jardines botánico y zoológico, que tanta admiración provocaron en los conquistadores españoles.

En México-Tenochtitlan, al tiempo de la conquista vivía una población que puede calcularse en cerca de trescientos mil habitantes. Su actividad era múltiple. Por una parte estaban las ceremonias en honor de los dioses, los sacrificios y el solemne ritual. A esto hay que añadir la presencia de los sabios maestros que con sus grupos de estudiantes entraban y salían de los Calmécac y Telpuchcalli, centros de educación prehispánicos. El ir y venir de las canoas cargadas de mercaderías y la actividad continua de los comerciantes y la gente del pueblo en el mercado de Tlatelolco eran tan impresionantes que a los

conquistadores pareció todo aquello algo así como un hormiguero. Los ejercicios militares y la entrada y salida de los guerreros constituían asimismo otro espectáculo en externo interesante. En pocas palabras, puede decirse que la vida de esa gran ciudad era la de una metrópoli, cabeza de lo que en forma análoga puede llamarse un inmenso imperio. A ella llegaban embajadores y gobernantes de lejanas regiones. Por sus canales y calles entraban los tributos, las joyas de oro y plata, los plumajes finos, el cacao, el papel hecho de corteza de amate, los esclavos y las víctimas para los sacrificios humanos. México-Tenochtitlan era ciertamente un hormiguero en el que todos sus integrantes trabajaban incansablemente en servicio de los dioses y en favor de la grandeza del que habría de llamarse «pueblo del sol».

Lo que hizo posible el imperio de los aztecas

La riqueza y el poderío militar y económico de México-Tenochtitlan eran consecuencia de las conquistas realizadas desde los tiempos del rey Itzcóatl (1428-1440 d. de C.). Él había sido quien junto con el famoso rey de Texcoco, el sabio Nezahualcóyotl, había derrotado a los antiguos dominadores de Azcapotzalco y había establecido la que se conoce como «triple alianza», o sea la unión de México-Tenochtitlan, Texcoco y lo que podría llamarse «Estado pelele» de Tlacopan o Tacuba.

Un factor asimismo muy importante en la consolidación de la grandeza azteca fue la acción del consejero real, Tlacaélel, personaje en extremo sagaz, sobrino de Itzxóatl, quien inició una reforma en el orden político, religioso, social y económico. Profundo conocedor de la herencia cultural recibida de los toltecas, aprovechó de ella cuanto creyó conveniente, pero dándole un sesgo distinto, dirigido fundamentalmente a consolidar el poderío y la grandeza de su pueblo.

Un texto indígena, que se conserva en el *Códice Matritense*, relata que además de engrandecer con títulos y tierras a los principales caudillos del pueblo azteca, a raíz de su victoria en 1428, sobre los antiguos dominadores de Azcapotzalco, Itzcóatl y Tlacaélel decidieron dar a su pueblo una nueva versión de la historia azteca. He aquí las palabras del texto indígena:

> Se guardaba su historia.
> Pero, entonces fue quemada:
> cuando reinó Itzcóatl, en México.
> Se tomó una resolución,
> los señores mexicas dijeron:
> no conviene que toda la gente

conozca las pinturas.

Los que están sujetos (el pueblo)

se echarán a perder

y andará torcida la tierra,

porque allí se guarda mucha mentira,

y muchos en ellas han sido tenidos por dioses[71].

La nueva visión de su historia iniciada entonces se conserva en los textos de procedencia azteca que hoy día se conocen. En ellos los mexicas aparecen frecuentemente emparentados con la nobleza tolteca. Las divinidades mexicas, especialmente Huitzilopochtli, se sitúan en un mismo plano con los antiguos dioses creadores, es decir con Tezcatlipoca y con Quetzalcóatl. Pero, sobre todo, se trasluce en la documentación azteca ese espíritu místico-guerrero, del «pueblo del Sol», o sea de Huitzilopochtli, que tiene por misión someter a todas las naciones de la tierra, para hacer cautivos, con cuya sangre habrá de conservarse la vida del astro que va haciendo el día.

La figura de Huitzilopochtli dejó de ser el numen tutelar de una pobre tribu perseguida y se fue agigantando cada vez más, gracias a la acción de Tlacaélel. A Huitzilopochtli comenzaron a dirigirse las antiguas plegarias de origen tolteca y los sacerdotes compusieron himnos en su honor, como los que ya existían a honra de Quetzalcóatl principalmente. Identificado con el sol, Huitzilopochtli es al mismo tiempo quien da vida y conserva, alentando la guerra, esta época en que vivimos. Por otra parte, Tlacaélel fue quien insistió en la idea, de la necesidad de mantener la vida del Sol-Huitzilopochtli con el agua preciosa de los sacrificios.

Es cierto que ya antes de los aztecas había sacrificios humanos. Sin embargo, no se sabe que se practicaran con tanta frecuencia como entre ellos. La explicación de esto es tal vez que Tlacuélel supo inculcar a los varios reyes mexicas, de quienes fue consejero, la idea de que era su misión extender los dominios de Huitzilopochtli, para obtener víctimas con cuya sangre pudiera preservarse la vida del sol. De un breve discurso de Itzcóatl, de quien se dice, que «no hacía más que lo que Tlacaélel le aconsejaba», transcribimos las siguientes palabras:

«… Este es —dice— el oficio de Huitzilopchtli, nuestro dios, y a esto fue venido: para recoger y atraer a sí a su servicio todas las naciones con la fuerza de su pecho y de su cabeza…»[72].

En honor de Huitzilopochtli, se empezó a edificar luego —por consejo también de Tlacaélel— un templo mayor, rico y suntuoso. En él se iban a

sacrificar numerosas víctimas al Sol-Huitzilopochtli, que había llevado a los mexicas a realizar grandes conquistas: primero de los señoríos vecinos, y luego de los más lejanos de Oaxaca, Chiapas y Guatemala.

Tal fue en el pensamiento del Tlacaélel el sentido de las «guerras floridas» organizadas para obtener víctimas que ofrecer a su dios Huitzilopochtli. Y así como introdujo reformas en el pensamiento y culto religioso, así también transformó, el orden jurídico, el servicio de la casa real de Motecuhzoma, el ejército, la organización de los *pochtecas* o comerciantes y aún, por no dejar, llevó a cabo la creación de un verdadero jardín botánico en Oaxtepec, en las cercanías de Cuauhtla, en el Estado actual de Morelos.

Tlacaélel, que así consolidó el poderío de los aztecas, no quiso aceptar jamás la suprema dignidad de rey o Tlatoani que insistentemente le ofrecieron los nobles, al morir Itzcóatl (1440), o al morir el primero de los Motecuhzomas (1469). Prefirió seguir influyendo con su consejo como un verdadero poder detrás del trono que hacía posible la realización de los que consideró supremos designios de su pueblo.

Habiendo muerto, según parece poco antes de 1481, Tlacaélel no llegó a sospechar que toda la grandeza de su pueblo, sería destruida por la conquista antes de cuarenta años. Mas, pensando en la sagacidad de este hombre extraordinario, y por desgracia tan poco estudiado en las historias, fácilmente se ocurre una pregunta de respuesta imposible: ¿qué hubiera sucedido si la llegada de los europeos hubiera tenido lugar en tiempos de Tlacaélel?

Pero, volviendo de nuevo la atención a los que sí fueron resultados reales de la acción de Tlacaélel, conviene enumerar al menos las principales conquistas realizadas por los aztecas y la forma como en ellas establecieron su poderío. Consolidada la triple alianza con Texcoco y Tlacopan, se inició la denominación de los numerosos señoríos situados en las riberas del lago. Sucumbieron así Coyoacan, Cuitlahuac, Xochimilco y Chalco.

Ante la amenaza optaron por suscribir tratados de alianza, en los que además se comprometían a pagar un tributo a México-Tenochtitlan. Entre otros muchos pueden mencionarse a los tlahuicas, gente de la misma lengua y cultura que los aztecas, pobladores de la región sur del actual Estado de Morelos.

Marchando hacia el oriente llegaron los aztecas a las costas del Golfo, estableciendo contacto con la región de Cempoala, que también se comprometió a pagar tributos al rey de México. Precisamente por esa región

habrían de aparecer los conquistadores españoles y habrían de percatarse con extraordinaria sagacidad de la poca simpatía que en realidad tenían los cempoaltecas respecto de México-Tenochtitlan.

Unas veces en plan de conquista, otras en misión comercial, pero siempre con un criterio determinado, los ejércitos aztecas avanzaron después hacia el sur, a lo que hoy son los Estados de Oaxaca y Chiapas, llegando en ocasiones hasta Guatemala y según algunas relaciones, hasta el Istmo de Panamá. De todas esas comarcas llegaban tributos y asimismo productos resultado de comercio que se hacía a nombre del rey de Tenochtitlan. Los aztecas respetaron, sin embargo, a un Estado vecino de ellos, integrado por lo que hoy cabría llamar una «confederación de cuatro repúblicas». Se trata de Tlaxcala que conservo su independencia frente al poderío azteca. Probablemente la razón principal por la cual los aztecas gustosamente aceptaron reconocer la independencia de los señoríos tlaxcaltecas, fue la de hacer posible la obtención en territorio cercano de víctimas para los sacrificios humanos. Para esto mantenían con ellos un estado permanente de guerra, no de conquista, sino de lo que en su propio lenguaje llamaban «guerras floridas». Además de esto, los aztecas pensaban que Tlaxcala ofrecía la posibilidad de adiestrar sus ejércitos en un territorio vecino, capturando al mismo tiempo esclavos y víctimas para ser sacrificadas al Sol-Huitzilopochtli. Esta extraña forma de convenio, aceptado por los tlaxcaltecas a más no poder, despertó en ellos profundo odio contra los aztecas, odio que se puso más de manifiesto a la llegada de los españoles y que explica por qué los tlaxcaltecas se aliaron con Cortés, con la esperanza de vencer al fin a los aztecas.

Consecuencia de la acción dominadora de México-Tenochtitlan, fue que a la llegada de los españoles en 1519, los aztecas ejercían dominio sobre varios millones de seres humanos, que hablaban distintas lenguas, desde el Pacífico hasta el Golfo y desde la región central de México hasta apartadas regiones vecinas con la actual República de Guatemala. El desarrollo de su poderío y la afluencia continua de riquezas, tuvieron por consecuencia la transformación de la forma de vida de los antiguos mexicanos. Las incipientes clases sociales fueron consolidándose y adquiriendo gran prestancia. Surgió así una compleja estructura político-social que dejó asombrados a los mismos conquistadores españoles.

La sociedad azteca

La estratificación en clases sociales de lo que había sido una antigua tribu de nómadas tuvo su origen en un hecho en cierto modo singular. Al entrar en

contacto desde mediados del siglo XIII con pueblos de avanzada cultura descendientes de los toltecas, experimentaron los aztecas inmensa admiración por ellos y quisieron desde luego, ligarse con el mundo tolteca por vínculos de parentesco. Para esto, lograron los aztecas que su primer rey o tlatoani fuera precisamente un noble culhuacano de origen tolteca, llamado Acamapichtli. Habiendo procreado este numerosos hijos de varias mujeres aztecas, sus descendientes vinieron a constituir el núcleo de la clase social de los nobles o pipiltin. Por diversas ligas y parentescos con antiguos jefes aztecas, esta clase de los nobles creció considerablemente y obtuvo al fin un *status* social propio: los pipiltin, que recibían de ordinario una educación mucho más esmerada, eran propietarios de tierras tituladas en forma individual; eran ellos quienes ejercían los más elevados cargos en el gobierno y únicamente más elevados cargos en el gobierno y únicamente de entre ellos podía ser electo el rey o tlatoani.

Diferente de la clase social de los pipiltin existía, claramente definida la clase de los macehualtin, o gente del pueblo. Los macehualtin formaban parte de lo que se ha llamado clanes geográficos, o sea linajes de gente emparentada entre sí, con una determinada ubicación y una dotación de tierras poseídas en forma comunal. Es cierto al menos entre los aztecas, que tanto los pipiltin, como los macehualtin, todos debían concurrir a las escuelas comunales. Pero, la educación de los pipiltin o nobles era de ordinario más esmerada ya que aprendían, entre otras cosas, el arte de interpretar y escribir los códices, la astrología, la teología y en una palabra la antigua sabiduría heredada de los toltecas.

Los macehualtin se ocupaban en la agricultura, formaban los ejércitos y precisamente algunos de ellos llegaron a constituir las organizaciones o gremios de comerciantes y artesanos. Juntamente con estas clases sociales, coexistían los grupos de los mayeques que trabajaban la tierra en beneficio de otros, así como varias categorías de esclavos, casi siempre por un período limitado de tiempo. Sin embargo es menester subrayar que ni los mayeques, ni los esclavos, constituían en realidad clases sociales claramente diferenciadas de los macehualtin.

De entre los pipiltin o nobles se escogían quienes habían de desempeñar las más importantes dignidades, tales como la de sumos sacerdotes, jueces comandantes de los ejércitos, etcétera. Según el testimonio de varias fuentes indígenas, parece ser que fue principalmente entre los pipiltin entre quienes se conservan no rocas ideas y prácticas de antiguo origen tolteca.

Tanto en la vecina ciudad de Texcoco, como en Tenochtitlan y en otras poblaciones, había grupos de sabios, conocidos con el nombre de tlamatinime que continuaban el estudio del antiguo pensamiento religioso tolteca, del que por obra de Tlacaélel había surgido enteramente transformada la que cabe llamar visión místico-guerrera de los aztecas.

Los tlamatinime preservaron, en contraste con el culto popular al dios de la guerra, Huitzilopochtli, la antigua creencia en un dios único que estaba más allá de todos los pisos celestiales. Ese dios supremo era conocido e invocado con diversos títulos. Se le llamaba a veces Tloque-Nahuaque, «Dueño del cerca y del junto», Ipalnemohuani, «Dador de la vida»; Mayocoyatzin, «El que se está inventando a sí mismo». Desde otro punto de vista, se consideraba que esta divinidad suprema, siendo única en sí misma, tenía en realidad dos aspectos o rostros, uno masculino y otro femenino. Así era invocada como Ometéotl, «el dios de la dualidad». Otras veces se le designaba por medio de dos términos. Ometecuhtli y Omecihuatl, «el Señor y la Señora de la dualidad».

En función de este concepto de un dios dual que es al mismo tiempo potencia generativa y principio que concibe cuanto existe en el universo, se encuentran innumerables títulos referidos a esa misma pareja suprema, en sus diversos atributos. Así por ejemplo se habla de Mictlantecuhtli, Mictecacíhuatl, «el Señor y la Señora de la región de los muertos»; Chalchiuhtlicue y Chalchiuhtlaltónac, «la Señora y el Señor de las aguas», etcétera.

Mas, debe añadirse que lo que en el pensamiento de los sabios aparecía como meros títulos del principio supremo, el pueblo lo interpretaba como si se tratara de un sinnúmero de dioses distintos. Esto y la introducción de los númenes tutelares, como en el caso de Huitzilopochtli, produjo en los conquistadores la impresión de que los aztecas eran un pueblo en extremo idólatra y politeísta. Un análisis más cuidadoso del pensamiento de los sabios prehispánicos, muestra que al menos en los estratos sociales superiores en realidad se adoraba tan sólo a un único dios, Señor de la dualidad, Dador de la vida, que se está inventando a sí mismo.

La guerra en el México antiguo

Si se recuerda la interpretación místico-guerrera tan insistentemente inculcada entre los aztecas desde los tiempos de Tlacaélel, y en función de la cual había que someter a todos los pueblos al yugo de Huitzilopochtli,

identificado con el sol, para alimentarlo con la sangre de las víctimas, habrá que reconocerse la preponderante importancia de la guerra como institución cultural. La guerra se emprendía, como es obvio, por diversos motivos. Unas veces eran fines de conquista y otras se dirigía a repeler diversas formas de agresión. Por otra parte, las «guerras floridas», concertadas periódicamente sobre todo con los señoríos tlaxcaltecas, tenían como fin hacer posible la obtención de víctimas para conservar con los sacrificios la vida del sol.

Desde jóvenes los aztecas, al igual que los habitantes de otros señoríos del México central, se adiestraban en la guerra principalmente en los Techpochcalli (centros de educación). El ejército estaba compuesto por pequeñas unidades de veinte hombres, que se combinaban para formar cuerpos mayores de aproximadamente 400 individuos, a las órdenes de un tiachcauh, precedente del propio barrio. Los jefes superiores que iban al frente de los varios cuerpos de guerreros, eran generalmente caballeros águilas y tigres que recibían diversos títulos como el de tlacatécatl «jefe de hombres», tlacochcálcatl «señor de la casa de las flechas».

Las armas que se usaban eran principalmente las macanas, hechas de madera con agudas puntas de obsidiana. Como una prueba de la eficacia de estas macanas puede recordarse que durante la conquista con ellas de un sólo tajo se cortó en más de una ocasión la cabeza de un caballo. Otra arma sumamente usada era el átlatl, tiradera o lanzadardos, al igual que los arcos y flechas de diversos tamaños, las cerbatanas, así como varias clases de lanzas principalmente con punta de obsidiana. Para su defensa usaban los guerreros prehispánicos escudos de madera o tejidos de diversas clases de fibras, algunas veces ricamente pintados y adornados con plumas. Igualmente empleaban una especie de armadura hecha de algodón acolchado, cuya utilidad era tan grande que algunos de los españoles pronto sustituyeron sus armaduras de metal por las indígenas de algodón.

En ocasiones, algunos guerreros llevaban además diversas especies de máscaras y cascos, hechos de pieles de animal, en los que se representaban las insignias principalmente de águilas y tigres y de los diversos grados militares. La guerra no podía iniciarse sin practicar antes una especie de ritual. Consistía éste en el envío de ciertos escudos, flechas y mantas a aquellos con los cuales se iba a luchar, haciéndoles saber por este medio que se apercibieran a la guerra. Precisamente este hecho explica la sorpresa de los aztecas al ser atacados súbitamente por los españoles, que residían en calidad de huéspedes dentro de su capital, sin que mediara un solo motivo que justificara la lucha y

fuera enteramente de lo que cabría llamar el ritual preliminar de la guerra.

Educación prehispánica

Entre las instituciones culturales, que permiten mejor comprender el desarrollo de los antiguos mexicanos, están su sistema educativo, y su posesión de una escritura y de sistemas calendáricos. Para los aztecas, al menos durante los cien años que precedieron a la conquista, la educación era universal y obligatoria. Todos los niños aztecas debían asistir, bien sea a los calmécac o centros de educación especializada, o a los telpochcalli, a los que acudía la mayor parte del pueblo. Según parece, en la ciudad de México-Tenochtitlan existían al menos seis calmécac. Según los testimonios indígenas, en estas escuelas, se transmitían las doctrinas y conocimientos más elevados, como eran los cantares divinos, la ciencia de interpretar los códices, los conocimientos calendáricos, la historia y las tradiciones, la memorización de textos, etcétera. Existiendo en forma sistemática esta memorización de textos, fue posible después de la conquista, reducir a escritura latina, pero en idioma indígena, muchos de los poemas y tradiciones, que de otro modo se hubieran perdido para siempre.

Aún cuando generalmente concurrían a los calmécac los hijos de los nobles y de los sacerdotes, de acuerdo con varios testimonios históricos, en algunos casos, podían asistir niños y jóvenes del pueblo, siempre que tuvieran particular disposición para estos estudios.

Las telpochcalli «casas de jóvenes», eran los centros de educación para la gran mayoría del pueblo en el mundo prehispánico. Casi todos los calpullis o «barrios» tenían su propio telpochcalli. Dichos centros de educación estaban consagrados al dios Tezcatlipoca. En ellos se transmitían a los niños y jóvenes los elementos fundamentales de la religión, la moral, etcétera. Asimismo se adiestraba allí a los jóvenes en las artes de la guerra. Comparados los telpochcallis con los camécac, puede decirse que los primeros poseían un carácter más técnico y elemental. Como se ha dicho, al menos en la ciudad de México-Tenochtitlan, todos los niños concurrían a uno de estos dos tipos de centros educativos, ya que al nacer, sus padres hacían promesa de enviarlos, cuando tuvieran la edad adecuada, que al parecer fluctuaba entre los seis y los nueve años.

Escritura prehispánica

Las culturas más desarrolladas del México antiguo, principalmente la maya, mixteca, tolteca y azteca, llegaron a poseer sistemas propios de

escritura, como lo muestran entre otras cosas, sus inscripciones en piedra y los códices de origen precolombino que todavía se conservan. Puede decirse que fue la escritura maya la más desarrollada del México antiguo.

Los sistemas de representación azteca y mixteco, distintos de la escritura maya, poseían caracteres o glifos pictográficos, ideográficos y parcialmente fonéticos. Además de la representación de los números y signos calendáricos, eran abundantes los glifos de carácter onomástico y toponímico. Especialmente en estos últimos se llegó al análisis fonético de sílabas y aún de algunas letras como es el caso de la a, la e y la o, representadas por el símbolo del agua (a-tl), de frijol (e-tl), y de camino (o-tli), respectivamente. Aún cuando existen varios estudios sobre la escritura prehispánica, queda aún un amplio campo de investigar, acudiendo a los manuscritos indígenas, tanto precolombinos, como de la primera etapa de la colonia, o sea del siglo XVI, en el que aún se conservaba bastante pura la técnica precolombina. Los libros indígenas, conocidos generalmente como códices, estaban hechos de papel procedente de la corteza del amate *(ficus petiolaris)*. Como lo prueban entre otros los códices del llamado grupo Borgia, su contenido era de carácter mitológico, religioso, calendárico y en algunos casos histórico.

Al ofrecerse en el presente libro el testimonio indígena de la conquista, se incluyen precisamente no pocas ilustraciones tomadas de algunos de esos códices posthispánicos, en los que siguiendo la antigua tradición, se preservó también el recuerdo del drama de la conquista.

Calendario prehispánico

En el mundo azteca, al igual que entre otros pueblos como los mayas y mixtecas, existían dos formas principales de calendario. Uno era el xiuhpohualli o «cuenta de año». Este calendario estaba formado por dieciocho grupos de 20 días que daban un total de 360, a los que se añadían cinco más, considerados como nefastos. Durante cada grupo de 20 días, bajo el patrocinio de diversos dioses, se iban combinando los 20 signos del calendario con sus respectivos numerales del 1 al 13, dieciocho veces consecutivas hasta completar los 360 días.

Como, a pesar de los cinco días que se añadían al fin, el calendario se iba adelantando en relación con el año trópico, los sabios indígenas según el testimonio de algunos cronistas, añadieron un día más cada cuatro años, al modo como se hace en el calendario de tipo occidental en los años bisiestos. En el presente libro, con frecuencia aparecerán fechas en función de este

calendario, indicándose unas veces el nombre del grupo de veinte días y otras el signo calendárico precedido de un numeral. Para su comprensión, en nota se indica siempre el equivalente de dichas fechas en el calendario de tipo occidental.

La segunda forma de calendario existente en el México antiguo, era el tonalpohualli, o «cuenta de los días». Estaba formado por veinte grupos de 13 días que daban un total de 260 y que al relacionarse con el año de 365 días, no coincidían en una misma fecha idéntica, sino hasta al cerrarse «un ciclo indígena», formado por un período de 52 años. Según parece, la finalidad principal del tonalpohualli era la de servir como una especie de almanaque o calendario astrológico, para determinar el carácter fasto o nefasto de los diversos días.

Literatura indígena

Los pobladores del México antiguo, entre sus diversas creaciones culturales, dejaron un rico legado de carácter literario. Como se ha dicho, los mayas, los aztecas y otros varios pueblos más, poseyeron un sistema de representación de tipo pictórico, ideográfico y parcialmente fonético. Aún se conservan algunos de sus códices o libros de pinturas de procedencia claramente prehispánica. Por otra parte, en sus antiguos centros de educación, o sea, en los Calmécac y Telpochcalli, se transmitían y fijaban en la memoria desde tiempos inmemoriales, los cantares divinos, los mitos, las narraciones épicas y otras formas de composición literaria. Los conquistadores españoles destruyeron durante el siglo XVI esos antiguos sistemas educativos y redujeron a cenizas la mayor parte de los códices y antiguos libros de pinturas.

Pero, en contraste con esta actitud destructora, algunos misioneros excepcionales como fray Andrés de Olmos, Bernardino de Sahagún, Diego de Durán y otros varios se empeñaron en recoger de los indígenas, tanto sus antiguos libros de pinturas, como las tradiciones y cantares que en lengua indígena habían memorizado en la época prehispánica. Reduciendo al alfabeto castellano los antiguos textos, recibidos de labios de los indios, allegaron un caudal sumamente grande de esas producciones, consideradas con razón como literarias.

El sentido crítico que mostraron los recopiladores de los textos indígenas, principalmente en el caso de Sahagún, así como el mismo contenido de los textos, son la mejor prueba de su genuino carácter prehispánico. Además de ese grupo de misioneros humanistas, empeñados en conocer la antigua

cultura, hubo también indígenas, tanto entre los mayas de Yucatán, como entre los aztecas de la región central, que habiendo aprendido el uso del alfabeto europeo, se valieron de él para transcribir en idioma indígena sus tradiciones, poemas, historias y mitos antiguos.

Hoy día se conservan en bibliotecas de Europa y América no pocos de esos manuscritos. Por lo que se refiere a la literatura azteca, el doctor Ángel M.ª Garibay K., moderno iniciador de estos estudios, ha mostrado la existencia de más de cuarenta manuscritos en dicho idioma en los que puede estudiarse la producción poética de tipo religioso, lírico, épico, dramático, así como la prosa, los discursos didácticos, leyendas, historias, etcétera, de los antiguos mexicanos. Entre los manuscritos que contienen textos literarios del México antiguo ocupan lugar principal: los Textos de los informantes indígenas de Sahagún (Códices *Matritense* y *Florentino*), la *Colección de cantares mexicanos* de la Biblioteca Nacional de México, los varios Huehuetlatolli o pláticas de los viejos, varios de ellos en la Biblioteca Nacional de París, los *Anales de Cuauhtitlan*, la *Historia tolteca chichimeca*, la *Colección de cantares* que se conserva en la Universidad de Texas, etcétera.

Continuando esa tradición prehispánica de carácter literario e histórico, algunos de los sabios sobrevivientes a la conquista redactaron precisamente los textos cuya versión se ofrece en este libro. En ellos se conserva el testimonio de quienes contemplaron con sus propios ojos la conquista y la destrucción de su propia cultura.

No siendo posible en esta breve introducción, referirnos a otras muchas instituciones culturales prehispánicas, entre las que pueden mencionarse la organización sacerdotal, el culto a los dioses, las diversas formas de sacrificios, las varias técnicas de los artistas, el modo cómo se llevaba a cabo el comercio, lo tocante a su alimentación, vestido, etcétera, referimos al lector a la bibliografía final, donde se mencionan algunas obras que tratan de estos puntos.

La visión aquí expuesta acerca de la vida, el pensamiento y la evolución cultural del México antiguo, muestra al menos algunos de los aspectos fundamentales de ese pueblo que experimentó en carne propia la tragedia de la conquista. Mientras el mundo azteca parecía llegar a lo más alto de su desarrollo, las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba y de Juan de Grijalva merodeaban ya por las costas del golfo. El jueves santo de 1519 Hernán Cortés ponía pie en tierra irme unos cuantos kilómetros al norte de lo

que hoy es la moderna ciudad de Veracruz. Las noticias recibidas por Cortés acerca de la grandeza azteca, lo movieron a ponerse en marcha para realizar la conquista de lo que consideró ser un imperio fabuloso, en el que el oro y las piedras preciosas existían en abundancia.

La ruta de los conquistadores

El 18 de febrero de 1519, Hernán Cortés partió de la Isla de Cuba al frente de una Armada integrada por 10 naves. Traía consigo 100 marineros, 508 soldados, 16 caballos, 32 ballestas, lo cañones de bronce y algunas otras piezas de artillería de corto calibre. Venían con él varios hombres que llegarían a ser famosos en la conquista de México: entre ellos estaba Pedro de Alvarado, a quien los aztecas habían de apodar Tonatiuh, «el Sol», por su extraordinaria prestancia y el color rubio de su cabellera. Venía también Francisco de Montejo que posteriormente conquistaría a los mayas de Yucatán; Bernal Díaz del Castillo y otros varios más que consignarían por escrito la historia de esa serie de expediciones.

Al pasar por la isla de Cozumel, situada frente a la península de Yucatán, Hernán Cortés recogió a Jerónimo de Aguilar que como resultado de un naufragio había quedado allí, junto con otro español desde 1511 y había aprendido la lengua maya con bastante fluidez.

Más adelante frente a la desembocadura del Grijalva, tuvo lugar el primer encuentro bélico entre los españoles y los indígenas. Hecha la paz, entre otros presentes, les fueron ofrecidas 20 esclavas indias, una de las cuales, Malintzin (la Malinche), había de desempeñar un papel de suma importancia. Esta mujer hablaba la lengua maya y la náhuatl. Gracias a la presencia simultánea de Jerónimo de Aguilar y de la Malinche, Hernán Cortés iba a contar desde un principio con un sistema perfecto para darse a entender con los aztecas. Él hablaría en español a Jerónimo de Aguilar, éste a su vez traduciría lo dicho hablando en maya con la Malinche, y ella por fin se dirigía directamente en la lengua náhuatl a los enviados y emisarios de Motecuhzoma, desde sus primeros encuentros en las cercanías de la actual Veracruz.

En tanto que los cronistas españoles de la Conquista se refieren a sus primeros contactos con la gente de Cempoala en la costa del golfo, los cronistas indígenas tratan de los mensajes enviados a Motecuhzoma, informándole de la llegada de esos hombres blancos que venían en unas barcas grandes como montes.

Unos y otros coinciden en lo que se refiere al envío de presentes por parte

de Motecuhzoma a Hernán Cortés, tratando de persuadirlo de que se alejara de esas tierras. Precisamente algunos de esos presentes en particular dos grandes discos, uno de oro y otro de plata artísticamente grabados, iban a ser enviados a España por Hernán Cortés aún antes de la caída de México-Tenochtitlan, como un testimonio de su lealtad a Carlos V. El célebre pintor alemán Albrecht Dürer (Durero), tuvo ocasión de contemplar dichos objetos dejando consignado en su diario que «nunca había visto trabajos tan maravillosos, que tanto llenaran de satisfacción a su propio corazón».

El 16 de agosto de 1519 Hernán Cortés, quien ya se había ganado la alianza de la gente de Cempoala, se puso en marcha rumbo a Tlaxcala y a México-Tenochtitlan. Detrás de sí dejaba un Ayuntamiento en la que había bautizado como Villa Rica de la Vera Cruz. Cortés llevaba consigo 400 peones, 15 jinetes, y 6 piezas de artillería, algunos centenares de soldados e incontables cargadores indígenas que llevaban los alimentos y la impedimenta.

Los textos indígenas hablan de la astucia de los tlaxcaltecas quienes valiéndose de un grupo otomí sometido a ellos, quisieron poner a prueba la fuerza militar de los españoles. Al ver cómo éstos eran fácilmente vencidos por los castellanos, quedaron convencidos los tlaxcaltecas de que esos hombres blancos poseían armas superiores. Decidieron entonces aliarse con ellos, con la secreta esperanza de ver derrotados a sus antiguos enemigos los poderosos aztecas. Así, el 23 de septiembre de 1519, los españoles entraban en la capital de los señoríos tlaxcaltecas, Ocotelolco, quedando desde ese momento convertidos en aliados de los mismos.

El 14 de octubre del mismo año de 1519 tuvo lugar otro hecho importante, acerca del cual difieren las versiones indígenas y las de los propios conquistadores. Se trata de la matanza perpetrada en Cholula por orden de Cortés, que había llegado a esa ciudad sometida al poderío azteca en compañía de sus aliados tlaxcaltecas. Las crónicas españolas afirman que Cortés había descubierto una traición por parte de la gente de Cholula. Según los indígenas, en realidad a traición fue perpetrada por los españoles y por sus aliados tlaxcaltecas.

Por fin, el 8 de noviembre de 1519, después de atravesar los volcanes, Hernán Cortés y su gente hicieron su primera entrada en México-Tenochtitlan, llegando por la calzada de Iztapalapa que unía a la ciudad con la ribera del lago por el sur. Los textos indígenas son en extremo expresivos al pintar el encuentro de Motecuhzoma con Cortés en dicha calzada, convertida

hoy día en moderno viaducto en la actual ciudad de México. Alojados los españoles en los palacios reales de la ciudad, pudieron percatarse plenamente de la grandeza y poderío de ésta.

Su permanencia en la capital azteca, tuvo un final trágico, debido al ataque por traición perpetrado por don Pedro de Alvarado, estando ausente Hernán Cortés, durante la gran fiesta de Tóxcatl, que se celebró en fecha cercana a la fiesta de Pascua de Resurrección del año de 1520. Los textos indígenas que aquí se publican relatan este episodio con tal fuerza de expresión que bien parece un poema épico, especie de *Ilíada* indígena.

Cuando los españoles, en compañía de Hernán Cortés, que había regresado, decidieron escapar de la ciudad, perdieron más de la mitad de sus hombres, así como todos los tesoros de que se habían apoderado. Esta derrota sufrida por los conquistadores que trataban de huir de la ciudad por el rumbo del poniente, por la calzada de Tacuba, se conoce con el nombre de «la no e triste», del 30 de junio de 1520.

Los españoles fueron en busca del auxilio de sus aliados tlaxcaltecas y no fue sino hasta casi un año después, o sea el 30 de mayo de 1521, cuando pudieron dar principio a un asedio formal de México-Tenochtitlan. Para esto concentró Hernán Cortés más de 80 000 soldados tlaxcaltecas y reforzó sus propias tropas españolas con la llegada de varías otras expediciones a Veracruz. Además, desde el 28 de abril de ese mismo año había botado al agua 13 bergantines que jugarían un papel muy importante en el asedio de la isla.

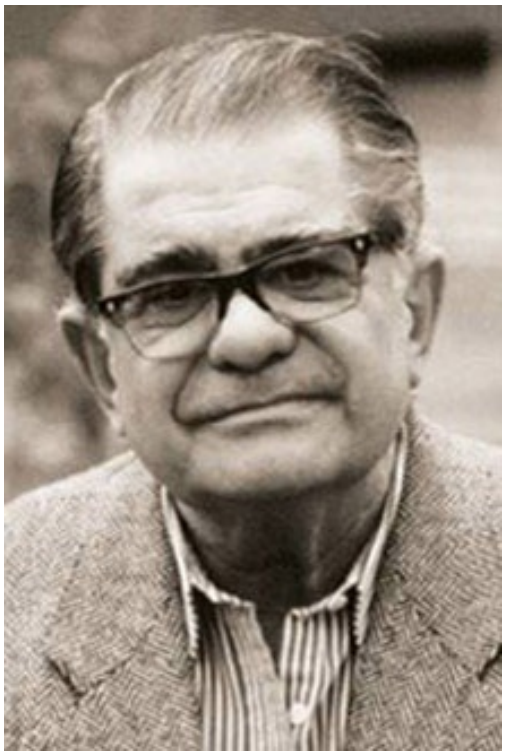
El Valle de México en 1519

Las crónicas indígenas hablan de la forma en que los españoles comenzaron a atacar la ciudad a partir del 30 de mayo de 1521. Refieren las diversas incursiones de esos hombres que en un principio habían sido tenidos por dioses, pero a los que al fin se les llamó «popolocas», palabra con que designaban los aztecas a los bárbaros. Debido a que algunos de esos documentos indígenas fueron escritos por historiadores nativos de la sección norte de la ciudad, o sea, del antiguo Tlatelolco, con frecuencia se pondera en ellos el valor de los tlatelolcas por encima del de los mismos aztecas.

En las crónicas se habla también de la elección del joven Cuauhtémoc, que había sido escogido como gobernante supremo, ya que muerto Motecuhzoma, su sucesor el príncipe Cuitláhuac había también fallecido víctima de la epidemia de viruela que traída por los españoles causo tantas ajas entre los indígenas. Durante el reinado de Cuauhtémoc los hechos de armas se suceden unos tras otros y no puede negarse que hubo actos de heroísmo por ambas partes. Una vez más las crónicas indígenas vuelven a hablar con la elocuencia de un maravilloso poema épico. Por fin, casi después de 80 días de sitio, en una fecha 1-Serpiente, del año 3-Casa, que corresponde al 13 de agosto de 1521 cayó la ciudad de México-Tenochtitlan, y fue hecho prisionero el joven el joven Cuauhtémoc. Lo que siguió a la Conquista lo relatan también las crónicas indígenas. Los «cantos tristes» que aquí se publican muestran el trauma que dejó en el alma azteca la destrucción de su ciudad y de su extraordinaria cultura.

Tal es en breve síntesis la secuencia de los hechos que en este libro se presentan, desde el punto de vista de los vencidos. El estudio de las relaciones indígenas de la Conquista abre las puertas a posibles investigaciones de hondo interés histórico. Esta antología pretende ofrecer al lector contemporáneo uno de los más valiosos testimonios dejado por un pueblo que tuvo conciencia de la historia y del valor de sus propias creaciones culturales.

En la introducción general a esta obra se ofrece una breve descripción del origen de los documentos indígenas que aquí se publican, indicándose el sitio preciso en que actualmente se conservan. La traducción de los mismos, procurando ser lo más fiel posible, ha buscado también conservar su fuerza de expresión y su hondo dramatismo. Además del valor histórico de estas crónicas indígenas, se pretende poner de manifiesto su valor como obra literaria, capaz de transmitir un mensaje de profundo sentido humano y universal.



MIGUEL LEÓN-PORTILLA. Nació el 22 de febrero de 1926 en Ciudad de México. Historiador y antropólogo mexicano. Estudió en la Universidad de Loyola, en Los Ángeles, California, donde obtuvo un grado en artes en 1951. En 1956 recibió el doctorado en filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Entre 1955 y 1963 desempeñó los cargos de subdirector y director del Instituto Nacional Indigenista Interamericano. Desde 1963 y durante más de una década fue director del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y entre 1974 y 1975 fue nombrado cronista de la Ciudad de México. En 1995 ingresó a la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos en el área especial de antropología e historia. A lo largo de su vida, ha recibido innumerables premios y reconocimientos, tales como el Premio Nacional de Ciencias Sociales, Historia y Filosofía (1981), el Premio Internacional Menéndez Pelayo (2001), entre otros. En 1995, el Senado de la República le otorgó la Medalla Belisario Domínguez.

Como antropólogo, historiador, filólogo y filósofo, León-Portilla centró su interés en los pueblos del México prehispánico. Su vasta obra recoge y estudia las creencias, las tradiciones y el pensamiento de estas culturas. Entre sus libros más importantes cabe destacar *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes* (1956), *Visión de los vencidos: relaciones indígenas de la conquista* (1959), *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares* (1961), *El reverso de la conquista: relaciones aztecas, mayas e incas* (1964), *Trece poetas del mundo azteca* (1967), *Nezahualcóyotl. Poesía y pensamiento*

(1972), *Literaturas indígenas de México* (1992) y *Quince poetas del mundo náhuatl* (1994), entre muchos otros.

El trabajo de Miguel León-Portilla ha trascendido no sólo a nivel nacional, sino también al internacional, lo que contribuye a preservar la cultura y las etnias indígenas que aún existen a lo largo de América.

Notas

[1] Lo escrito por Américo Vespucio, sobre sus viajes ha sido recopilado entre otros, por Roberto Levillier, *Américo Vespucio*, *El Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1951.

El célebre mapa de 1507, obra de Martín Waldseemüller (1470-1521), fue descubierto en 1901 en la Biblioteca del príncipe Waldburg-Wolbeeg en Wurttemberg, Alemania. Sus características corresponden a lo expresado por su mismo autor en el libro *Universalis Cosmographia Secundum Ptholomai Traditionem et Americi Vespucii Alioriumque Lustrationes*, Strasburgo, 1507. <<

[2] Ofrecen reproducciones y comentarios de estos mapas, Emerson D. Fite y Archibald Freeman, A *Book of Old Maps*, Cambridge, Harvard University Press, 1926, p. 10-24. <<

[3] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición de Miguel León-Portilla, col. «Crónicas de América», Historia 16, 2 vols., 1984, vol. I, pág. 106. <<

[4] Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, 3 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1951, t. III. p. 255. <<

[5] Juan Díaz, «Itinerario de la armada, del rey católico a la isla de Yucatán, en la India, el año de 1518, en la que fue por comandante y capitán general Juan de Grijalva…» en Joaquín García Icazbalceta, *Colección de documentos para la historia de México*, 2 v., México, 1858, t. I, p. 281-308. <<

[6] *Ibid.*, p. 286, y *ss.* <<

[7] *Ibid.*, p. 307. <<

[8] *Loc. cit.* <<

[9] La primera vez que se reprodujo el texto del «Itinerario…» fue como apéndice en la obra de Ludovico de Vanthema, viajero y explorador que había recorrido desde Arabia hasta la India. El título de dicha publicación es: *Itinerario de Ludovico de Vanthema bolognese ne lo Egypto, ne la Siria, ne la Arabia deserta e felice, ne la Persia, ne la India e ne la Ethiopia. La fede, el vivere e costumi de le prefate provincie. Et al presente agiontovi alchure isole novamente nitrovatte*, impresso in Venetia, M.D.XX. a di III de Marzo.

Las islas *novamente encontradas*, sobre las que versa el apéndice con el texto del «Itinerario de la armada» de Grijalva son las tierras descubiertas por éste en Yucatán y México. <<

[10] Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. I, p. 81. <<

[11] *Ibid*, t. I., p. 204-208. <<

[12] Antonio de León Pinelo, *Epítome Oriental y Occidental*, (1629) edición facsimilar dispuesta por Agustín Millares Carlo, Washington, D. C. Unión Panamericana, 1958, p. 73. <<

[13] Pedro Mártir, *De Orbe Novo Decades et Legatio Babilonica*, Alcalá de Henares, 1516. <<

[14] Una reproducción facsimilar del *Enchiridion* bajo el título de *Epítome de Pedro Mártir, de las Islas recientemente descubiertas…*, ha sido publicado por Jorge Gurría Lacroix, México, Editorial Juan Pablos, 1973. (Colección Juan Pablos, IV). <<

[15] *Ibid.*, t. I, p. 429-430. <<

[16] La relación de los primeros presentes enviados por Cortés al Emperador, se incluye con base en las rectificaciones hechas por José Fernando Ramírez en *Cartas de relación de la Conquista de América* (Julio Le Riverend, editor), 2 v., México, Editorial Nueva España, s. f., t. I, p. 128-135. <<

[17] Albrecht Dürer, «Tagebuch der Reise in die Niederlande, Anno 1520», *Albrecht Dürer in seiner Briefe und Tagebüchern*, Zusammengestellt von Ulrich Peters, Frankfurt am Main, von Moritz Diestwerg, 1925, p. 24-25. <<

[18] Sobre la expedición enviada por Garay en 1519 informan tanto el propio Cortés en su segunda cana de relación (30 de octubre, 1520), como Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general de las Indias*, libro XIV, capítulo II. <<

[19] Aunque dicho mapa no fue publicado sino hasta tiempos muy posteriores, como en el caso de la edición hecha por Francisco del Paso y Troncoso de la *Crónica de Nueva España*, de Francisco Cervantes de Salazar, 3 v., Madrid, Hauser y Menet, 1914, p. LVII-LVIII, sin embargo, conocido el mapa en España, sobre él se basaron distintos cartógrafos, incluyendo el que preparó el mapa que se incluyó con la primera edición de la segunda carta de Cortés (Sevilla, 1522). <<

[20] El elenco de las varias tempranas ediciones de la segunda relación de Cortés lo proporcionan Carlos Sanz, *Bibliotheca Americana Vetustíssima*, últimas adiciones, 2 v., Madrid, 1960, t. II, p. 842-843. <<

[21] Díaz del Castillo, *op. cit.*, vol. II, págs. 160-177. <<

[22] Véanse las referencias bibliográficas que proporcionan el ya citado Carlos Sanz, *Bibliotheca Americana Vetustíssima, op cit*., t. II, t. 844-846. <<

[23] Emerson D. Fite y Archibald Freeman, *A Book of Old Maps, op. cit.*, p. 39. <<

[24] *Ibid*., p. 40-41. <<

[25] *Ibid*., p. 42-45. <<

[26] *Ibid*., p. 46-49. <<

[27] Véase Sanz, *op*, *cit*., t. II, p. <<

[28] José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, edición preparada por Edmundo O'Gorman, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, p. 361. <<

[29] *Ibid*., p. 366. <<

[30] Ángel Mª. Garibay en su edición de la obra de Diego Durán proporcionan noticias sobre la elaboración de la misma y su ulterior destino: *Historia de las Indias y Islas de Tierra Firme*, 2 v., México, Editorial Porrúa. <<

[31] Sobre las relaciones de dependencias de estos cronistas, véase: *The Tovar Calendar*, con un comentario por George Kubler y Charles Gibson, New Haven, Yale University Press, 1951, p. 9-21. <<

[32] Sobre Juan de Torquemada y su obra *Monarchia Indiana*, veáse: Miguel León-Portilla y otros, «Estudios sobre la vida de fray Juan de Torquemada, el plan y la estructura de su obra, las fuentes de que se valió para escribir la misma su idea de la historia…», en *Monarquía Indiana*, 7 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975-1983, t. VII, p. 14-366. <<

[33] Torquemada, *op. cit.*, t. II, p. 59-60. <<

[34] *Ibid*., t. II, p. 60. <<

[35] Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los, castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar océano* (Décadas desde el año de 1492 hasta el de 1554), Madrid, Imprenta Real, 4 v., 1601-1615. Véase la más reciente edición: 10 v., Editorial Guarania, Buenos Aires, 1943-1947, t. VI, p. 204 y t. VII, p. 307. <<

[36] Sobre Francisco Cervantes de Salazar, su obra y sus fuentes, véase: Edmundo O'Gorman, «Estudio introducido» a *México en 1554 y Túmulo Imperial*, México, Editorial Porrúa, 1963, p. IX-XLVII. <<

[37] Toribio de Benavente Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España*, México, Editorial Salvador Chávez Hayhoe, 1941, p. 161-162. <<

[38] José Vasconcelos, *Breve historia de México*, México, Editorial Botas, 1937, p. 19-20. <<

[39] *Ms. Anónimo de Tlatelolco* (1528), edición facsimilar de E. Mengin, Copenhagen, 1945, fol. 33. <<

[40] *Ms. Cantares mexicanos*, edición facsimilar de A. Peñafiel, México, 1904, fol. 54 vuelto. <<

[41] Garibay K., Ángel M.ª, *Historia de la literatura náhuatl*, 2 vols. Editorial Porrúa, México, 1953-54, t. II, pp. 90-92. <<

[42] Garibay K. Ángel M.ª, «Introducción al libro Doce», e *Historia general de las cosas de Nueva España*, 4 vols. Editorial Porrúa. México, 1956, t. IV, p. 10. <<

[43] Como en los casos anteriores véanse las referencias bibliográficas de estas obras al final del libro.

Conviene notar aquí, expresamente, para evitar posibles confusiones, que en Tezcoco hubo tres personajes principales llamados Ixtlilxóchitl. El primero fue el padre del célebre Nezahualcóyotl, conocido como «Ixtlilxóchitl el viejo», entronizado señor de Tezcoco hacia 1363 y muerto por orden de Tezozómoc, señor de Azcapotzalco.

El segundo es don Hernando Ixtlilxóchitl, hijo de Nezahualpilli y hermano de Coanacochtzin, señor de Tezcoco, a la llegada de los españoles. Fue precisamente a quien reprendió su madre Yacotzin en el episodio aludido, por abrazar tan deprisa la religión de los castellanos.

Finalmente, el tercero, pariente de los dos anteriores, es el historiador don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, autor de la *Historia chichimeca* y de numerosas relaciones acerca de la historia prehispánica de Tezcoco, así como acerca de la Conquista. <<

[44] «La tinta negra y roja» (in tlilli, in tlapalli), en el simbolismo náhuatl la yuxtaposición de estos dos colores, negro y rojo, oscuridad y luz, evoca la idea del sabor más elevado. De los sabios ahuas (los tlamatinime), se dice expresamente que «eran los dueños de la tinta negra y roja». <<

[45] Textos de los informantes indígenas de Sahagún, *Códice Florentino*, lib. XII, cap. XV. <<

[46] *Ibid*., cap. XV. <<

[47] *Ms. Anónimo de Tlatelolco* (1528). Edición facsimilar de E. Mengin, Copenhagen, 1945, fol. 38. <<

Notas

[1] Tzummulco o Tzomolco: «en el cabello mullido», era uno de los edificios del templo mayor de Tenochtitlan. <<

[2] El texto parece referirse a Cihuacóatl, que gritaba y lloraba por la noche. Es éste uno de los antecedentes de la célebre «llorona». <<

[3] Sección tomada de los «Informantes de Sahún»: *Códice Florentino,* cap. I. (Versión de náhuatl del doctor Garibay). <<

[4] La primera parte de la «relación de los presagios de México» manifiesta claramente que Muñoz Camargo conoció los textos de los informantes de Sahagún, que sigue muy de cerca. <<

[5] Tlacantzolli: «hombres estrechados», o como nota Muñoz Camargo, «dos hombres unidos en un cuerpo». <<

[6] La sierra Matlalcueye o «Sierra de Tlaxcala» se conoce hoy día como «la Malinche». <<

[7] *Historia de Tlaxcala* de Muñoz Camargo, lib. II, cap. I. <<

[8] Petlacálcatl: especie de mayordomo mayor. Jefe de calpixques: funcionarios encargados de diversos oficios en el palacio o en el templo. <<

[9] Otra alusión, como la que se halla en el sexto presagio incluido en el capítulo anterior, acerca de los recorridos nocturnos de la diosa Cihuacóatl, que iba llorando y gritando. <<

[10] Cuauhnochtli: nombre de un alto funcionario de Tenochtitlan y Tlatelolco. Tlacochcálcatl: «jefe de la casa de los dardos». <<

[11] Mictlancuauhtla: «Bosque de la región de los muertos». Según Orozco y Berra, se trata de una población ya desaparecida, situada en las costas de Veracruz. Todavía en un mapa enviado a Felipe II en 1580 por el alcalde mayor Álvaro Patiño, aparece con el nombre alterado como Metlangutla. <<

[12] Teucnenenqui: «gran caminante o emisario». <<

[13] Ychtilmatle, mejor: ichtilmatli, capa o «tilma» hecha con fibra de maguey. <<

[14] Tlauhquechol: ave roja; posiblemente el flamenco o la guacamaya, Según Garibay, probablemente es toda ave roja y grande. Tzinitzcan: ave de pluma fina. (Trogonorus mexicanus). Zacuan: otra ave de vistoso plumaje, color amarillo dorado. <<

[15] Tomado de *Crónica Mexicana* de Alvarado Tezozómoc, caps. CVI y CVII. El texto presentado se conserva sólo en castellano. Su autor, Tezozómoc, escribió también la *Crónica mexicáyotl* en náhuatl. <<

[16] Chalchihuites: diversas clases de piedras verdes: jades y jadeítas. <<

[17] Los mensajeros de Motecuhzoma y los españoles pudieron entablar estos diálogos desde un principio gracias a que Cortés traía consigo a Jerónimo de Aguilar y a Malintcin. Esta última que comprendía las palabras de los indios dichas en náhuatl, las comunicaba a Aguilar en maya, quien finalmente las traducía al castellano para que los conquistadores pudieran entenderlas. <<

[18] Informantes de Sahagún: Códice *Florentino*, lib, XII, caps, III y IV. (Versión de Ángel M.ª Garibay K.). <<

[19] Informantes de Sahagún: Códice *Florentino*, lib. XII, caps. VIII y IX. (Versión de Ángel M.ª Garibay K.). <<

[20] Texcala: «En los peñascos». Tal es la interpretación dada por los mexicas al origen de la palabra Tlaxcala, que para los tlaxcaltecas significaba: «En el lugar de las tortillas de maíz». <<

[21] Informantes de Sahagún: *Códice Florentino*, lib. XII, cap. X (Versión de Ángel M.ª Garibay K.). <<

[22] Zulaque: palabra derivada del árabe zulaca: beduín, a propósito para tapar las junturas en los años de agua. <<

[23] *Historia de Tlaxcala*, por Diego Muñoz Camargo, lib II, cap. V. <<

[24] Puercos: el texto náhuatl dice pitzome, «puercos de la tierra». <<

[25] Informantes de Sahagún: *Códice Florentino*, lib. XII, cap. XIII. (Versión del náhuatl por Ángel M.ª Garibay K.). <<

[26] Este Ixtlilxóchitl, como se indica en la nota 7 de la *Introducción General* a este libro, era hermano de Coanacochtzin, señor de Tezcoco e hijo de Nezahualpilli. No debe confundirse, ni con Ixtlilxóchitl «el viejo», padre de Nezahualcóyotl, ni con don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl el historiador. <<

[27] *Códice Ramírez* (Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España según sus historias), fragmentos 3 y 4. <<

[28] Xoloco: «en la bifurcación». Sitio donde se bifurcaba la calzada que conducía a México. <<

[29] Tlacatécatl: «el que acomoda a los hombres». Título militar, propio de quien había hecho cuatro cautivos. <<

[30] Véase nota 3 del capítulo II. <<

[31] Tizacahuácatl: «el que tiene la tiza o greda»: funcionario de Tenochtitlan. <<

[32] Totocalco: «En el lugar de la casa de las aves». Nombre del jardín zoológico de Tenochtitlan. <<

[33] Informantes de Sahagún: *Códice Florentino*, lib. XII, caps. XVI y XVII. (Versión de Ángel M.ª Garibay K). <<

[34] Alva Ixtlilxóchitl, Fernando, XIII relación: «De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica». <<

[35] La fiesta de Tóxcatl. Dice Sahagún: «Esta fiesta era la principal de todas las fiestas: era como pascua y caía cerca de la pascua de Resurrección, pocos días después…» (*Op. cit.*, t. I, p. 114). <<

[36] Chicalote: hierba medicinal y comestible (argemone mexicana). <<

[37] Anecúyotl: Insignia de Huitzilopochtli, especie de «ceñidero». <<

[38] Maxtle; propiamente máxtlatl era la prenda de vestir masculina que cubría las partes pudendas. Jacques Soustelle en La *vie quotidienne des Azteques*, París, 1955, describe así el máxtlatl: «Era un paño que daba vuelta alrededor de la cintura, pasando entre las piernas y se anudaba al frente, dejando caer por delante y por atrás sus dos extremos adornados con frecuencia con bordados y franjas. Bien sea en una forma muy sencilla, una banda de tejidos sin adornos, o en formas muy elaboradas, el máxtlatl apareció desde los tiempos más antiguos entre los olmecas y los mayas. En el siglo XVI todos los pueblos civilizados de México lo usaban, con excepción de los tarascos al oeste y los huastecos al noroeste, lo que no dejaba de escandalizar un poco a los mexicanos del centro». <<

[39] Informantes de Sahagún: *Códice Florentino*, lib. XII, caps. XIX, XX y XXI. (Versión de Ángel M.ª Garibay K.). <<

[40] Acatl iyacapan: «En la punta del cañaveral». Sitio dentro del templo mayor. <<

[41] *Códice Aubin*, Edic. de A. Peñafiel, p. 84 y ss (Versión de Ángel M. Garibay K.). <<

[42] De acuerdo con el doctor Alfonso Caso en «Los Barrios Antiguos de México y Tlatelolco» (*Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, t. XV núm. 1, enero-marzo de 1956), pueden identificarse esos canales, señalando su probable ubicación: Tecpantzinco «seguramente daba sobre la Calzada de Tacuba…» «Quizá era la acequia de S. Juan de Letrán». Tzapotlan: Estaba en el barrio del mismo nombre. «Seguramente en 1519 pertenecía este barrio a una buena parte de lo que hoy es la Alameda». Atenchicalco: «en la orilla de los cangrejos» y Mixcoatechialtilan: «en el mirador de Mixcóatl», ambas acequias «deben haber estado comprendidas entre las calles de S. Juan de Letrán y Zarco». <<

[43] Pasadores: «flechas o saetas muy agudas que se disparaban con una ballesta». <<

[44] El Canal de los Toltecas (Tolteca Acalocan) «Este fue el lugar del gran desastre en la retirada… Don Fernando Ramírez dice que cree que estaba por la iglesia de San Fernando y la Ermita de los Mártires o de San Hipólito, debe marcar el lugar aproximadamente…» (Caso, Alfonso, *op. cit.*). <<

[45] Informantes de Sahagún: *Códice Florentino*, lib. XII, caps. XXIV y XXV. (Versión de Ángel M.ª Garibay K.). <<

[46] Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de *XIII relación*, «De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica». <<

[47] Huey Tecuíhuitl: nombre del séptimo mes. En el primer día de él se hacía la fiesta a la diosa de la sal, Huixtocíhuatl. <<

[48] Veintena: uno de los 18 «meses» o grupos de veinte días de que se componía el xiuhpohualli o «cuenta del año». (18 x 20 = 360 + 5 días que llamaban nemontemi). <<

[49] Los sustitutos de los dioses eran los que los representaban en las fiestas. <<

[50] Tepeíhuitl: décimo tercer mes, se hacían fiestas a los dioses de los montes. <<

[51] Otomí: como se indica en el texto, con esta palabra se designaba un grado, dentro de la jerarquía militar de los mexicas o aztecas. <<

[52] Informantes de Sahagún. *Códice Florentino*, lib. XII. caps. XXIXXXXII. (Versión de Ángel M.ª Garibay K.). <<

[53] Cuáchic: «El hombre varón fuerte llamado quáhic tiene estas propiedades, que es amparo, muralla de los suyos, furioso, rabioso contra sus enemigos, valentazo por ser membrudo, al fin es señalado en la valentía». (Sahagún, *op. cit.*, t. III, p. 112). <<

[54] Pasadores (véase nota del cap. X). <<

[55] Informantes de Sahagún: *Códice Florentino*, lib. XII, caps. XXXIV, XXXVIII. (Versión de Ángel M.ª Garibay K.). <<

[56] Coyonacazco: «En la oreja del adive». Topónino de un sitio de la ciudad. <<

[57] Informantes de Sahagún: *Códice Florentino*, lib. XII, caps. XXXIX-XLI. (Versión de Ángel M.ª Garibay K.). <<

[58] Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de *XIII relación*; «De la venida de los españoles y principios de la ley evangélica». <<

[59] Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, Francisco de San Antón Muñón, *Séptima relación*. (Véase Bibliografía). (Versión del náhuatl: Miguel León-Portilla). Como puede verse, Cortés se empeñó en consolidar su dominio sobre los mexicas o aztecas, ganándose para esto las simpatías de los otros pueblos que hasta entonces habían estado sometidos a los aztecas. <<

[60] Cozticteocuítlatl, «metal amarillo»; oro, e iztacteocuítiatl, «metal blanco»: plata. <<

[61] Tlacochcálcatl «jefe de la casa de los dardos». Jefe militar, a cuyo cuidado estaba el arsenal. <<

[62] Nótese el constante empeño de los mexica-tlatelolcas por mencionar su valentía y sus proezas en la defensa de la ciudad, reprochando con frecuencia a los mexica-tenochcas. Como una explicación de esto puede recordarse el antiguo resentimiento de los tlatelolcas, vencidos y sometidos por los tenochcas, desde los tiempos del rey Axayácatl. <<

[63] Cuachiques y otomíes, grados militares ya descritos anteriormente (ver nota 1 del capítulo XII). <<

[64] *Ms. Anónimo de Tlatelolco* (1528) (Sección referente a la Conquista). Versión de Ángel M.ª Garibay K. <<

[65] *Cantares Mexicanos*, (Bibl. Nacional de México). <<

[66] *Ms. Anónimo de Tlalelolco*, 1528. (Bibl. Nacional de París). <<

[67] *Cantares Mexicanos*. (Biblioteca Nacional de México). <<

[68] *Cantares Mexicanos*, (Biblioteca Nacional de México). <<

[69] Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de México*, 2 vols., Edición de Miguel León-Portilla, col. «Crónicas de América», vol. 21., págs. 333-334. <<

[70] Véase, Marquina, Ignacio. *El templo mayor de México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1960. <<

[71] *Códice Matritense de la Academia de la Historia*, fol. 192 v. (Edición facsimilar de Paso y Troncoso). <<

[72] Durán, fray Diego. *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de tierra firme*. Ed. Josxé F. Ramírez. México, I-867-1880, t. I, p. 95. <<